

MAX AUB

# ENERO SIN NOMBRE

LOS RELATOS COMPLETOS DEL LABERINTO MÁGICO



de

Max Aub

# **ENERO SIN NOMBRE**

**LOS RELATOS COMPLETOS DEL LABERINTO MÁGICO**

# PRESENTACIÓN

## MAX AUB, ESCRITOR ESPAÑOL

### EXILIADO

Max Aub nació en París en el seno de una familia de judíos alemanes, nacionalidad ésta que, al estallar la guerra de 1914, haría difícil, quizá imposible, su permanencia en Francia. Así, el primer exilio de nuestro futuro escritor, a la sazón un niño, le traería a España. Establecida su gente en Valencia, allí cursó los estudios de bachillerato. Andando el tiempo, vendríamos a conocernos en el Madrid literario de los años veinte, donde ambos éramos colaboradores de la *Revista de Occidente*. En la década siguiente la guerra civil nos empujó al exilio, a mí bajo circunstancias relativamente muy tolerables; a él, bajo circunstancias que su doble condición de antifascista y de judío contribuiría a hacer aflictivas en grado sumo. De ellas hay en su obra literaria testimonios y ecos que muestran el sufrimiento transformado en belleza. Era, pues, su segundo exilio, esta vez en un mundo cuya crueldad alcanzaba extremos indecibles. Y en el exilio desarrollaría Max Aub el torso de una obra literaria apenas iniciada antes de la guerra civil.

Max Aub vivió en calidad de escritor español exiliado, con una fidelidad que no puede dejar de resultar conmovedora. La decisión de ser un escritor español fue para Max Aub una decisión particularmente libre y sostenida en el exilio con impresionante ahincamiento. Max se había querido español, se sentía español, y la lengua castellana no era para él mero instrumento adoptado para su expresión literaria, sino algo esencial, algo vitalmente asumido. Así, insistió siempre con obstinado empeño en ser no ya un escritor español, y escritor de lengua española, sino un escritor español, y escritor español exiliado.

Diría yo que de todos los exiliados españoles él fue el más exiliado, el escritor que ha hecho de España, de la guerra civil y del exilio mismo, asunto principal y casi único de su creación literaria. Vista su obra en conjunto, constituye una especie de obsesiva meditación acerca de la realidad española —los cuentos recogidos en este libro son una buena muestra de ello—, meditación figurada en imágenes, que a veces toma, incluso, un sesgo cómico —en verdad, más bien tragicómico—, aunque sin duda predomine en ella el tono grave, la preocupación seria y acuitada. El intenso españolismo de Max Aub ha de entenderse, a mi parecer, como resultado de su deliberada opción por la que se afirma español; y su meditación, tan larga y dolorida, sobre la realidad española, es reflejo de su preocupada autodefinición individual. Para afirmarse español, alejado de España siguió soñándola hasta el final de sus días.

FRANCISCO AYALA

# PRÓLOGO

*A Elena Aub*

*Max Aub, escritor español...*

En el mes de diciembre de 1971 se publicaba en México el libro *La gallina ciega. Diario español*, lúcido y amargo diario de la breve visita a España que realizó Max Aub en 1969, tras treinta años de exilio. Se lamentaba en sus páginas el escritor de ser, tanto él como su obra, totalmente desconocidos para los españoles de entonces: «¿Quién soy yo para todos estos que llenan estos cafés del centro de Barcelona y sus enormes terrazas? No, nadie sabe quién eres». También, en cruda imagen del desarraigo, escribía: «¿Sobre qué lloras? ¿Sobre los mineros de Asturias? ¿Sobre los obreros de Sabadell o de los alrededores de Madrid? ¿Sobre los campesinos andaluces? No me hagas reír. Lloras sobre ti mismo. Sobre tu propio entierro, sobre la ignorancia en que están todos de tu obra mostrenca, que no tiene casa ni hogar ni amo conocido, ignorante y torpe». Han pasado más de veinte años desde entonces y no podemos decir que hoy la situación haya cambiado mucho en lo que se refiere a la edición de las obras de este olvidado escritor español, de este valenciano universal.

Cuando Max Aub —nacido en París, en 1903, de madre francesa y de padre alemán— vino con su familia a España en 1914, tal vez no sospechaba que no muchos años después, en 1939, sería expulsado por la fuerza de las armas junto a miles y miles de compatriotas. Quien se había nacionalizado español en 1924, y había adoptado el castellano como lengua de expresión y creación, se veía abocado, de ese modo, a un largo exilio del que nunca le fue permitido regresar; tantas veces como lo intentó, le fue denegado el visado. Ni siquiera se le permitió la entrada en España para asistir al entierro de su padre, que murió en Valencia en 1951. Y lo mismo le sucedió en 1962, al morir su madre.

No fue fácil, para Max Aub, el camino del exilio. Pasó tres años en campos de concentración, primero en Francia y luego en Argelia, y no consiguió llegar a México hasta 1942. Con no pocas penurias al principio, logró rehacer su vida; su mujer y sus tres hijas se reunieron con él en 1946. Desde entonces su labor creativa fue intensa: publicó numerosas obras de teatro, novelas, relatos, poemas, ensayos, guiones cinematográficos, revistas, etc. Asombra, a cualquier lector que se acerque a la obra literaria de Aub, el carácter proteico de su escritura. A Max Aub todo entre las manos se le volvía literatura, que lo mismo podía adoptar la forma de un relato, que de una pieza teatral, un poema o un ensayo. Como dijo Borges de Quevedo, también Aub «es una dilatada y compleja literatura».

Publicó, el joven Max Aub, sus primeras obras en el ámbito de la estética vanguardista. Así, *Geografía* o *Fábula verde* comparten, con otras obras de ese período, lenguaje y estilo. Aunque su primer libro lo fue de poemas —*Los poemas cotidianos*, 1923—, pronto se decanta Aub hacia la

narrativa y el teatro: en 1931 publicó un tomo bajo el título de *Teatro incompleto*; y en 1934 la novela *Luis Álvarez Petreña* —posteriormente la amplió en 1965 y, en versión definitiva, en 1971—. Aunque se ha escrito mucho acerca de las llamadas dos épocas en la obra de Max Aub, la vanguardista y la realista, creemos que no tiene demasiado sentido, a la altura de hoy, semejante diferenciación. Si bien es verdad que el cambio que se produce a partir de 1934-1936 en la narrativa de Aub es manifiesto, no es menos cierto que a poco que se lea con detenimiento la obra posterior a esas fechas, no pasará por alto al lector el caudal expresivo y estilístico que, heredado en parte del vanguardismo, se manifiesta en los textos de Aub. Del mismo modo, a pesar de que a partir del exilio domine en la producción aubiana la literatura testimonial, nunca abandona el escritor la prosa imaginativa —*Jusep Torres Campalans*— e incluso fantástica —*Ciertos cuentos*—, mezclando a veces —*Manuscrito cuervo*— ambas. En *Hablo como hombre* —libro clave para entender las posiciones éticas y estéticas del autor— escribe Aub: «El realismo español no representa sólo lo real sino también lo irreal porque, para España en general, siempre fue imposible separar lo que existe de lo imaginado». Así, podríamos decir que la obra de Max Aub oscila en torno a dos extremos, en absoluto contradictorios, sino más bien complementarios: el testimonio y la imaginación.

Con la publicación en mayo de 1938 —en el número 17 de la prestigiosa revista *Hora de España*— del relato titulado *El cojo*, iniciaba Max Aub un ciclo narrativo que habría de concluir casi treinta años después al dar a la imprenta, en 1968, la novela *Campo de los almendros*. Con el paso de los años, en una labor tenaz de rememoración y de análisis de lo que supuso la guerra civil, fue publicando Aub, en México, todos los textos que integran el ciclo que él mismo tituló *El laberinto mágico*. Escritas estas obras desde nuevos planteamientos estéticos, el propio escritor denominó a ese nuevo estilo «realismo trascendente». En su *Discurso de la novela española contemporánea*, de 1945, escribe Aub: «Todo parece predecir el éxito de un realismo que un crítico mejicano adjetivó trascendente, y a mi juicio con acierto. No por la importancia, sino por el hecho de ser un arte llamado a traspasar y penetrar en un público cada vez más amplio. Realismo en la forma pero sin desear la nulificación del escritor, como pudo acontecer en los tiempos del naturalismo. Subjetivismo y objetividad parecen ser las directrices internas y externas de nuestra novelística».

Desde 1943, fecha en la que se publica *Campo cerrado* —aunque fuese escrita en 1939, en París—, primera novela del ciclo, hasta 1969, en que ve la luz la última recopilación de relatos, *Últimos cuentos de la guerra de España*, Aub va dando a la imprenta todas las novelas, relatos, obras de teatro, diarios poéticos que constituyen, tanto por calidad como por cantidad, la obra literaria más importante que sobre la guerra civil y sus consecuencias se haya hecho, hasta la fecha, en España.

Esa extensa obra, cuyo indudable valor no ha pasado inadvertido a la crítica especializada, fue escasamente conocida en España durante muchos años. La férrea censura franquista, impedía que los libros de Aub se publicaran; su teatro no se representaba; casi nada se sabía de su quehacer literario. Con el paso del tiempo y el cambio de régimen político esa situación fue cambiando. El proceso de recuperación de la obra literaria de los escritores del exilio, en los primeros años de la transición, también alcanzó a Max Aub. Se publicaron entonces algunos textos: las novelas de *El laberinto mágico*, dos colecciones misceláneas de relatos y poca cosa más. El entusiasmo se fue

apagando y nuevamente el olvido se cernió sobre nuestro escritor y también sobre otros autores importantes. Aunque recientemente se han publicado algunas obras de Aub —reedición de *Crímenes ejemplares*, edición del *San Juan*, edición crítica a cargo de José Antonio Pérez Bowie de *La calle de Valverde*—, sigue existiendo, sobre todo en teatro y narrativa breve, un gran número de obras que aún no han visto la luz en España[1].

Tal vez ahora, cuando ya no existen motivos extraliterarios que justifiquen el obligado silencio al que fue sometido Aub y parece haber pasado el tiempo necesario para que lo que se cuenta en muchos de estos relatos pueda ser leído con la necesaria distancia, sea un buen momento para que nuevos, viejos y curiosos lectores se acerquen a la obra de este escritor español, de cuyas obras podríamos decir lo mismo que él dijo, en su *Manual de Historia de la Literatura Española*, de Pérez Galdós: «Perdiérase todo el material histórico de esos años, salvándose la obra de Galdós, no importaría. Ahí está, completa, viva, real, la vida de la nación. Existen, para siempre, sus centenares y centenares de personajes históricos e imaginados, tan ciertos los unos como los otros».

### Los relatos del *Laberinto mágico*

En las «páginas azules» de *Campo de los almendros*, última novela del ciclo, escribía Max Aub: «A estas alturas el autor no puede pararse a mirar detenidamente lo hecho ni reparar en el cómo. Es lo último que piensa escribir acerca de la guerra de España que, hace ya dos años, cumplió un cuarto de siglo de muerte y treinta y dos de nacida. Ya están escritos los relatos que siguen a este tomo. Sólo falta recoger, ordenar tanto folio; van a hacerlo». Esos relatos a los que se refiere el escritor fueron publicados, de modo paralelo a las novelas, a lo largo de treinta años. Recogidos en diferentes libros —no editados, como tales, en España—, nunca fueron ordenados como hubiese sido el deseo de Aub, si hacemos caso de sus palabras.

Según nuestro estudio —que tiene muy en cuenta el trabajo del profesor Ignacio Soldevila-Durante[2]— son cuarenta los relatos que forman parte del ciclo *El laberinto mágico*[3]. El desorden en lo que hace a la edición de esos cuentos en España es desolador, también lo son las carencias. Los que han sido publicados en España lo fueron en colecciones misceláneas de relatos —lo que hace que pierdan parte de su fuerza y sentido narrativo—, en publicaciones del todo inencontrables, o en revistas de difícil acceso al lector medio; por último, un elevado número de cuentos —casi la mitad de los que integran el libro— nunca ha visto la luz entre nosotros.

Se los ofrecemos hoy al lector, completos, clasificados y ordenados en tres grupos temáticos: la guerra, los campos de concentración y el exilio.

Escritos desde el «realismo trascendente» y pertenecientes a la literatura testimonial, cumple en ellos Max Aub lo que señalaba como misión del escritor en *Hablo como hombre*: «Posiblemente nuestra misión no vaya más allá que la de ciertos clérigos o amanuenses en los albores de las nacionalidades: dar cuenta de los sucesos y recoger cantares de gesta». Los sucesos que se recogen en estos relatos son los que, en parte, vivió su autor: la guerra civil, el camino del exilio a través de la frontera de La Junquera, los campos de concentración franceses y argelinos, el destierro en tierras mexicanas, las vueltas clandestinas, las obsesiones con respecto a España y a su situación

política, el debate sobre el pasado, el desgarró, la nostalgia, las afrentas personales, el olvido.

Al igual que en las novelas del ciclo, también en los relatos se recogen sucesos pertenecientes a la realidad histórica intercalados con otros procedentes de la ficción novelesca. Max Aub se documenta exhaustivamente antes de relatar los hechos históricos que incluye en sus textos, de modo que la precisión documental es muy rigurosa. El objetivo principal por parte del escritor, que da cabida en las páginas de su obra a los sucesos acaecidos en la realidad histórica, no es sino desentrañar la vida que late debajo de tales sucesos y acercarse a la problemática del ser humano inmerso en esos acontecimientos.

Max Aub, profundamente novelista, crea un gran retablo de personajes a través del cual nos va mostrando los avatares de la vida de aquel tiempo. La base del discurso narrativo es, pues, la interiorización del fenómeno de la guerra y del exilio en la conciencia de los hombres y mujeres de la España de entonces. La encarnación subjetiva de la historia en los hombres, de la que da testimonio el novelista, es lo que confiere, a nuestro juicio, valor atemporal a las novelas y relatos del *Laberinto mágico*, permitiendo que, leídos muchos años después de sucedidos los acontecimientos, sigan teniendo vigencia y actualidad, en tanto que son reflejo de unos hombres que viven una tragedia histórica.

### Los relatos de la guerra civil

Los relatos que recogemos en este grupo, diferentes en extensión y temática, narran episodios de la guerra civil, como la caída del Norte o la salida por la frontera de La Junquera. Otras veces, se recrean situaciones en las que se ven envueltos los personajes: las horas previas a un ataque, los juicios sumarísimos, la vida en la retaguardia, la destrucción causada por las bombas.

La estructura narrativa de los *Campos*, deliberadamente fragmentaria, posibilita que muchos capítulos tengan la forma de relatos autónomos. Varios de los cuentos de este apartado parecen tener su origen en textos que, al no ser incluidos en las novelas, cobraron vida como relatos independientes y como tal fueron publicados por Aub en distintos libros. *Santander y Gijón* —en el que se cuenta, en primera persona, la caída del Norte— y *Espera* —una reflexión sobre la melancolía y la soledad llevada a cabo por un capitán republicano que espera un avión que ha de trasladarse a la zona centro en el aeródromo de Sabadell— están directamente emparentados con *Campo de sangre*. La presencia de Julián Templado, personaje central del ciclo, y de Herrera así lo confirma. Por el contrario, otros relatos parece que fueron concebidos como tales desde el principio; por ejemplo, *Enero sin nombre*, para nosotros, uno de los más intensos relatos de Max Aub —por su estilo, por su construcción, por su temática, por su originalidad, por los valores humanos que encierra—, y, tal vez, uno de los mejores cuentos escritos sobre la guerra civil española —de ahí que lo eligiéramos para dar título al libro.

Escritos en estilo de frase breve, con gran riqueza léxica, abundantes elipsis —narrativas y verbales—, diálogos entrecortados y secos, suelen aparecer mezclados en ellos personajes de ficción con personajes históricos. A menudo, como en casi todo el *Laberinto*, el protagonista es colectivo.

Aunque de hecho el *Laberinto mágico* empiece en el pueblo castellonense de Viver de las Aguas y Rafael López Serrador —protagonista de *Campo cerrado*— sea su primer personaje, lo cierto es que el verdadero primer texto del ciclo es el relato *El cojo* —calificado por Eugenio G. de Nora como la mejor novela corta de nuestra guerra—. El Cojo de Vera es uno de los grandes aciertos de Aub en lo que se refiere a la creación de personajes. Este campesino, antiguo cantaor de flamenco, taciturno, solitario, de carácter reconcentrado, de poco fiar según los otros, encuentra la felicidad en la defensa de lo que es suyo: la tierra, trabajada durante largos años para el amo y recién adjudicada por el Comité. Pero la defiende al lado de los milicianos, codo con codo, enraizado en ella hasta la cintura, en comunión con una naturaleza áspera pero agradecida que prefiere el trabajo del arado al estallido destructor de las bombas que revientan sus entrañas: «El Cojo buscaba una palabra y no daba con ella: defendía lo suyo, su sudor, los sarmientos que había plantado, y lo defendía directamente: como un hombre. Esa palabra el Cojo no la sabía, no la había sabido nunca, ni creído que se pudiera emplear como posesivo. Era feliz».

En medio del éxodo de la población civil y del ejército republicano desde Málaga hasta Almería, la historia del Cojo y su familia adquiere un valor simbólico. Mientras el Cojo defiende, con las armas en la mano, la tierra, su hija es ametrallada, en la huida por la carretera, por la aviación fascista en el momento en que está dando a luz a una niña, que vivirá a pesar de la muerte de su madre y a la que pondrán por nombre Esperanza. Este relato —justo el que empieza el *Laberinto mágico*— es de los más ilustrativos del ciclo.

Aunque no ocurre con demasiada frecuencia, ya que la guerra suele aparecer como telón de fondo, se relata en *Cota* una acción bélica. Se recrea la tensión previa al ataque y la organización del mismo: el papel del comisario político, el arrojamiento de los soldados, el avance sobre el terreno, etc. Al final, el ataque trae la victoria, simbolizada en la conquista de la cota, pero también el dolor por la muerte de los hombres. En *Una canción*, un soldado republicano, tumbado entre los olivos, escucha el ir y venir de balas perdidas mientras una canción le habla del sueño y del amor. La cruda realidad de la guerra se impone al remanso lírico de la canción.

Sin embargo, lo más frecuente es que se sitúen los sucesos de los relatos en la retaguardia. En *La Ley* un capitán republicano es encargado —sin saber nada de leyes— de la defensa de los desertores. En la figura de uno de ellos dibuja el novelista el perfil del apolítico que sólo se mueve por la defensa de sus intereses; insolidario, poco le importa la suerte de la guerra, sólo le preocupan sus negocios. Se plantea luego, como ocurre en otros relatos, un problema moral: la defensa de los desertores y la repugnancia que causa en el capitán defensor la pena de muerte. Muchas veces, como una característica de su estilo, utiliza el escritor la ironía como elemento distanciador. Tal ocurre en el relato *Un asturiano*, en el que se ironiza sobre el carácter de los vascos y sobre su religiosidad. Frente al orden, la pulcritud, el raciocinio vasco, se levanta el valor, el arrojo y la decisión asturiana.

Tanto en *Santander y Gijón* como en *Lérida y Granollers, 1938* da cuenta, Aub, con crudeza de los devastadores efectos de la guerra sin ahorrar detalles escabrosos al lector. La violencia de la destrucción, el dolor moral y físico que causa la guerra en la población, es tal vez el motivo central común a ambos cuentos y es relatado sin ambages por parte del escritor; valga esta descripción de los efectos de un bombardeo sobre la inerme población civil: «A lo largo de la

calle se amontonan los cadáveres, los íntegros o los partidos en pedazos. Pasan las ambulancias llegadas de Barcelona, unos hombres recogen despojos en grandes cestas de mimbre, grises de sangre vieja. Pasan aullando tres mujeres. Corre, grita la gente. Estamos a ciento cincuenta kilómetros del frente. Es la retaguardia. Una niña —¿qué tendrá, seis o siete años?—, pegada a una pared mira fijo, sin poder llorar ni cerrar los ojos. De un poste cuelga un trozo de carne».

Sobre el trasfondo histórico de la retirada del ejército y la población civil por la frontera de La Junquera en los últimos días del mes de enero de 1939, construye Aub *Enero sin nombre*. Cede el papel de narrador —lo que ejemplifica, al igual que ocurre en *Manuscrito cuervo*, cómo recursos de la narrativa fantástica son puestos al servicio de lo testimonial— a un haya centenaria que describe, desde el borde de la carretera, el éxodo de miles y miles de republicanos. A algunas reflexiones de tipo moral sobre la condición humana, le sigue la descripción de la riada de hombres, mujeres, viejos y niños camino de Francia: «La carretera está llena de camiones, de carabineros, de soldados, de automóviles, de guardias, de viejos, de mujeres, de carros, de periódicos rotos, de viejos, de tanques de gasolina, de tres cañones que han abandonado a mi derecha, de niños, de soldados, de mulos, de viejos, de heridos, de coches, de heridos, de mujeres, de niños, de heridos, de viejos». La enumeración caótica, acumulativa, de elementos que crean en el lector la sensación de multitud en desorden, es un buen ejemplo de la versatilidad de la prosa aubiana. Esos seres anónimos toman la palabra y cuentan sus historias, un poco las de tantos y tantos españoles de entonces: detenciones, fusilamientos, asesinatos.

Podrá el lector comprobar —en uno de los pasajes más intensos, dramáticos y efectistas, sobre todo por el enorme despliegue léxico, de la prosa aubiana— la calidad y hondura en la descripción de los efectos de un bombardeo sobre la población civil que sólo busca la huida. Esos párrafos son, a nuestro juicio, uno de los alegatos más rotundos que salieron de la pluma de Aub contra los horrores de la guerra, contra lo que supuso el fascismo en la desolada Europa de aquellos años.

Aunque es el momento de la desesperanza, de la derrota que se presume cercana —Aub, en una de sus fobias, vuelve a arremeter contra la Francia de la «No intervención»—, aún queda un rayo de esperanza que se manifiesta al final del relato.

### Los relatos de los campos de concentración

Nunca, como en estos relatos, fue Aub, a la vez que testigo, denunciador implacable del horror de los campos de concentración, prelude evidente de lo que muy poco tiempo después sería el holocausto nazi.

Se agrupan aquí diversos relatos que, en su mayor parte, debieran haber formado parte del proyecto de novela que, sobre los campos franceses y argelinos, nunca escribió Aub.

Sin embargo, la experiencia por él mismo sufrida en los campos franceses —París y Vernet— y argelinos —Djelfa— cristaliza en una serie de cuentos cuya indudable unidad nos habla bien a las claras de un proyecto común que finalmente, sin que sepamos por qué razones, se truncó. Presididos por la crudeza de las situaciones que en ellos se desarrollan, constituyen, en su

conjunto, un grito a veces desgarrado contra la injusticia, contra la violencia, contra el sinsentido de un mundo que ve cómo los que han luchado por la justicia y la libertad son hechos prisioneros y tratados como vulgares delincuentes. En *Hablo como hombre* se refiere Aub a esa experiencia con estas palabras: «En marzo de 1940, por una denuncia, posiblemente anónima, fui detenido, a lo que supe después, por comunista. Conocí campos de concentración —París, Vernet, Djelfa—, cárceles —Marsella, Niza, Argel—, fui conducido esposado a través de Toulouse para ser transportado, en las bodegas de un barco ganadero, a trabajar en el Sahara y otras amenidades reservadas a los antifascistas. Esto no tiene, desgraciadamente, nada de particular y fue el premio de muchos españoles defensores de la legitimidad de su gobierno».

No son, sin embargo, únicamente españoles los personajes que toman la palabra en estos relatos. Parece europeizarse el conflicto, convertirse casi en un «laberinto europeo», como queriendo decirnos Aub que el fascismo no entiende de nacionalidades o fronteras. Veremos, pues, cómo los personajes que pueblan esos campos de concentración toman la palabra y convertidos en narradores nos cuentan, cada uno en su peculiar estilo coloquial, sus dramáticas historias. Otras veces es un narrador ajeno quien relata las peripecias de estos seres derrotados detrás de las alambradas. En muchas ocasiones, cuando los protagonistas son españoles, lo que sucede en la mayoría de los relatos, cuentan episodios de la guerra civil, lo que hermana los cuentos de este grupo con los del anterior, al margen de que los campos de concentración son resultado de la guerra que en aquéllos se narra. Así, Enrique Serrano Piña, nombre del protagonista del relato *Vernet, 1940*, desde el campo de concentración de Vernet rememora la guerra civil, la batalla del Ebro y la represión de los primeros días del alzamiento en un pueblo de Sevilla: «Después vino un comandante de Sevilla, con unos cuantos falangistas que se reunieron con unos cuantos del pueblo. Les dio por afusilar, y afusilaron».

En esa galería anónima de personajes que nos relatan su encierro en los campos cobran nombre propio, entre otros: Luis le Portiller, protagonista de *Una historia cualquiera*, quien cuenta su historia y su traslado, a través de la Francia ocupada, desde París hasta el campo de concentración de Vernet; Vidal, sujeto casi pasivo de su propia historia —*Historia de Vidal*—, de quien un narrador anónimo nos dice que al enterarse de que su mujer —exiliada en Toulouse— se dedica a la prostitución, vaga sin rumbo, desinteresado de todo y de todos, por los estrechos límites del campo recogiendo colillas; Luis González Merino, en quien Max Aub personifica al traidor en el relato *Un traidor* —la denuncia de la traición es uno de los temas centrales del *Laberinto mágico*— al ser llevado a un campo de concentración y seguir actuando allí como delator; también, *Manuel, el de la Font*, quien desde un campo de concentración francés —tal vez Vernet— cuenta su historia y la de algunos habitantes de su pueblo desde los años anteriores a la República hasta las reclusiones masivas en los campos.

*Manuscrito cuervo: Historia de Jacobo* se cuenta entre los relatos más originales e imaginativos de Max Aub. Se trata de una fantasía moral, en clave satírica, sobre la condición humana. Jacobo es un cuervo que sobrevuela el campo de concentración de Vernet. A partir de sus observaciones y reflexiones sobre las costumbres, la manera de vivir, la forma de pensar y los valores de los hombres, escribe su manuscrito. En clara parodia de los métodos filológicos, Abén Máximo Albarrón (nombre que recuerda a Max Aub) traduce del lenguaje corvino y edita el texto con notas. La visión escéptica de la condición humana, la severa crítica de un mundo caótico donde

las naciones antifascistas mantienen en campos de concentración a los luchadores antifascistas, la miseria y la injusticia de un mundo donde la delación es norma y los valores son despreciados cuando no duramente reprimidos, el cuestionamiento crítico de las maneras y formas de organizar la sociedad, son los temas que predominan en el relato.

Aunque todo parece un error, Jacobo extrae conclusiones sobre los hombres a partir de lo que ve en el campo de Vernet y por tanto generaliza desde una situación límite y excepcional; al final el lector advierte que, más allá de ese error, el relato pone los puntos sobre las íes de algunas de nuestras contradicciones más flagrantes. Sirva este ejemplo: «de la libertad. Cifran los hombres su ideal en la libertad, amontonando fronteras. Quieren viajar para aprender, su máxima ilusión, e inventaron los pasaportes y los visados para entorpecer su paso [...] Más quieren la libertad cuando más lejos están de alcanzarla, con lo que se pone de manifiesto, una vez más, su falta de sentido. Por la libertad viven encerrados, cuando no por gusto, a la fuerza, por donde pruebo, una vez más, que gozan con lo que no tienen».

En noviembre de 1940, Max Aub, junto a otros presos republicanos españoles en Vernet, es trasladado en la bodega de un barco de ganado —el *Sidi Aicha*—, al campo de Djelfa, en Argelia. Así lo relata el narrador de *Yo no invento nada*: «Fuimos entrando en la bodega del *Sidi Aicha* encadenados de dos en dos. Del vagón de ferrocarril a las entrañas hediondas del vapor anduvimos seis metros, ciegos, anonadados por la luz estallante de la lechada de los muros, el azul dorado del mar, el morado lejano de los Pirineos: España al alcance de la mano. Aquellas entrañas de hierro rezumaban olor a caballo. Tres días tardamos en llegar a Argel». Allí iba a estar cerca de dos años, hasta que consiguió fugarse y embarcar desde Casablanca rumbo a México, donde llegaría el 10 de octubre de 1942. De la experiencia de su paso por el campo de Djelfa, de cuanto allí vio y vivió, dejó Aub testimonio en un diario poético titulado *Diario de Djelfa* y en los cuentos que a continuación comentamos.

Por su extensión y desarrollo narrativo *El limpiabotas del Padre Eterno* es casi una novela corta, aunque como cuento lo incluyera Aub en su libro *Cuentos ciertos*. Centrado en la figura del *Málaga*, limpiabotas madrileño deficiente mental, en él se narran los sucesos desde la salida por la frontera de La Junquera, hasta su muerte en el campo de concentración de Djelfa, pasando antes, en su peregrinar, por los campos franceses de Argelès, Gours y Vernet.

La ternura y la inocencia del *Málaga* contrastan con la brutalidad ambiental. Nunca, como en estas páginas, cobra la prosa de Aub un tono más ácido de denuncia. La recreación de las condiciones de vida en el campo de Djelfa es un aldabonazo en la conciencia de los lectores y un grito desgarrado contra la historia y sus artífices, contra todos aquellos que permitieron que luchadores antifascistas murieran en las condiciones en que allí lo hicieron: «El *Málaga* ya no sabe más que pedir. Todo el día esté donde esté, venga o no a cuento: Dame, dame, dame. Y se enfada: ¿Por qué no me das? ¿Cómo es posible que esté aquí? ¿Quién lo trajo? Nadie sabe nada de él. Ni escribe ni le escriben. Su retraso mental ¿es consecuencia de una herida? Ruiz dice que no, que debió nacer así. Entonces, ¿cómo vino a parar aquí? La verdad es que si se pone uno a pensarlo en serio, un momento tan sólo: ¿cómo vinimos todos nosotros a parar aquí?».

Tanto el *Málaga* como muchos personajes, aunque aparezcan bajo el manto de la ficción,

responden a personas reales que el escritor, preso en ese campo, conoció. Las fotos que ilustran la edición mexicana de *Diario de Djelfa* lo atestiguan. Aparecen también —dando una vez más pruebas de la adscripción de estos relatos al proyecto definitivo del *Laberinto*— personajes importantes del ciclo, como Paulino Cuartero. Grávella, personaje histórico, encarna la represión arbitraria, el trato inhumano, el fascismo. Con una técnica narrativa pluriperspectiva, es éste uno de los más estremecedores relatos del *Laberinto mágico*.

Cumple *El cementerio de Djelfa* la función de epílogo en este grupo. Estamos en 1961, han pasado diecinueve años desde 1942. Ya nadie se acuerda de que en Djelfa hubo un campo de concentración reservado para los republicanos españoles. Nadie excepto el narrador del relato, quien en forma epistolar le cuenta a otro interno —exiliado ya en México— que al salir del campo se quedó en Djelfa, trabajando, y allí se casó. Al estallar la guerra de Argel, los huesos de los españoles muertos en el campo son removidos, desenterrados y esparcidos para hacer sitio a los rebeldes —*fellegas*— muertos. Total, ¿a quién le importa?, ¿quién se acuerda?: «Tenía razón el capitán: ¿quién se acuerda de ellos?, ¿quién les va a agradecer que murieran aquí, en los confines del Atlas sahariano, por defender la libertad española? Nadie, absolutamente nadie».

### Los relatos del exilio

La experiencia del exilio ocupa la mayoría de los relatos de este tercer grupo de clasificación. De composición heterogénea, domina en ellos el sentimiento de fracaso, de derrota, de la inutilidad de la lucha, del esfuerzo baldío. Conforme pasan los años y el tiempo avanza, crece la añoranza y todo se vuelve rememoración y debate sobre el pasado, sobre lo que se pudo haber hecho y no se hizo, sobre las causas que provocaron la guerra civil y la derrota de los republicanos. España, siempre viva en el recuerdo del exiliado, es evocada a menudo en estos textos, bien de modo nostálgico, bien para recordar un pasado casi siempre doloroso. En otras ocasiones, se imagina desde el exilio la vida en el interior de España, incluso algunos relatos transcurren, en parte, en ciudades españolas.

Sabida es la dificultad del español para adaptarse a la nueva realidad que le impone el exilio forzoso y su tendencia a vivir, cuando lo hace fuera de su tierra, como si aún continuara viviendo en ella. Trata el español de mantener sus costumbres formando casi un mundo al margen del país en el que reside, y viviendo más pendiente del pasado que de su realidad presente. En tanto que característica central del exilio, varios relatos están dedicados a este tema. Así, en *De cómo Julián Calvo se arruinó por segunda vez un tipógrafo*, Julián Calvo, comunista, se niega a la petición de sus trabajadores mexicanos de que un cura venga a bendecir la nueva máquina de la imprenta. Razón contra superstición, puede la segunda y, por segunda vez, la primera por la guerra, se arruina el tipógrafo. En *Un atentado* cinco republicanos españoles —cuyos retratos son tomados por Aub literalmente de las páginas de *Campo del moro*—, anarquistas, mal adaptados, sin trabajo y con dificultades, planean un atentado-robo que sale mal.

El estancamiento histórico de los exiliados —sólo viven del pasado—; el anquilosamiento —son incapaces de hacer nada para cambiar la realidad de España, ni siquiera los anarquistas—; la falta de adaptación a la nueva situación que supone el exilio; las desavenencias entre republicanos; la pérdida, en fin, de contacto con la realidad de un país que evoluciona y del que, parece que

inevitablemente, el exiliado queda al margen, son temas recurrentes en muchos cuentos. El relato *Reverte de Huelva* ilustra las desavenencias entre los republicanos, ¡veinte años después del final de la guerra!, con la historia de Reverte, cuyo hijo ha sido encarcelado en España, y para cuya liberación se piden firmas. En *La Merced* tres anarquistas discuten sobre la necesidad de atentar contra Franco. El pasado les pesa, pero su situación actual les pesa aún más. Han pasado casi veinte años, ya no tienen el mismo empuje.

*La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco* es, con todo merecimiento, uno de los más renombrados cuentos de Aub. En él, un mesero de un café de México, harto de oír a los republicanos españoles discutir vociferando sobre el pasado —una de las costumbres de los exiliados españoles en México era reunirse en los cafés, lo que mantenía el vínculo con el pasado—, decide viajar a España y atentar contra Franco, con la esperanza —luego frustrada— de que los transterrados regresen a su patria y vuelva la paz al café. La presencia de personajes históricos en el café —León Felipe, Bergamín, Moreno Villa, etc.— confiere al relato un fuerte sentido de vida. Bien resueltos, con verosimilitud, el imaginario viaje a Madrid y el atentado. Escrito en clave irónica, el relato pone de manifiesto muchos de los defectos del carácter español: «Los españoles —como de costumbre, decía don Medardo— lo resolvieron todo con sus partidos y subdivisiones sutiles que sólo el tiempo se encargó de aclarar en la mente nada obtusa, para esos matices, del mesero sonoreense; por ejemplo: de cómo un socialista partidario de Negrín no podía hablar sino mal de otro socialista, si era largocaballerista o de Prieto, no dirigirle la palabra, a menos que fuesen de la misma provincia; de cómo un anarquista de cierta fracción podía tomar café con un federal, pero no con un anarquista de otro grupo y jamás —desde luego— con un socialista, fuera partidario de quien fuera, de la región que fuese. El cobrar los exiguos subsidios que se otorgaron a los refugiados los primeros años, subdividió más a los recién llegados: los del SERE frente a los del JARE, así fuesen republicanos, socialistas, comunistas, ácratas, valencianos, andaluces, gallegos, catalanes, aragoneses, valencianos, montañeses o lo que fueran. En una cosa estaban de acuerdo: en hablar sólo del pasado, con un acento duro, hiriente, que trastornaba».

Como en otros relatos, a pesar de haber transcurrido el tiempo, los recuerdos de la guerra siguen vivos en la memoria de los protagonistas. En *El baile* dos soldados que luchan contra los alemanes, en 1944, en Cahors, recuerdan el pasado. Uno en el bando nacional; el otro en el republicano. El primero narra un suceso ocurrido durante los últimos días de la guerra en la costa levantina: el fusilamiento de varias decenas de enfermos evacuados por la fuerza de un hospital. Es la crueldad lo que mantiene vivo el recuerdo: «Hizo —el teniente que manda a un grupo de soldados— salir los heridos de la iglesia parroquial y caminar hasta el cementerio. Allí los alineó, como si fuese a fusilarlos, pero los metió en camiones y los llevamos a Paterna. Seis veces los hizo bajar durante el viaje, de las diez de la mañana a las siete de la tarde, con todo el paripé de los fusilamientos. Al pasar por Benimamet ninguno dudó que serían pasados por las armas en el Campamento. Pero fuimos hasta el pueblo. Los hizo bajar. No todos, porque había un fiambre. A bailar, cabrones. Luego, al buen tuntún: —Éste. Y pensar que dentro de nada nadie se recordará».

En otros cuentos, el escenario es España, una España inventada, claro, imaginada a medias con los recuerdos del pasado, a medias con las informaciones que se recibían. Se cuenta, en *Librada*, en forma epistolar, la historia de un exiliado, militante del PCE, quien recibe la orden de regresar a España en 1948 para rehacer el aparato del partido en el interior. Es detenido, sin poder

cumplir su misión, y fusilado. Antes, escribe una carta a su mujer relatándole la verdad de los hechos. En un periódico comunista, aparecido clandestinamente en España, se dice que el personaje era un traidor y un delator. Librada, su mujer, al enterarse, se suicida. Se trata, pues, de un relato claramente político —aunque visto a la altura de hoy, se haga necesario leerlo con la perspectiva histórica de 1948—. Partidario como era Aub de la llamada «tercera vía» —un estado socialista en sus medios de producción y liberal en lo político— no resulta extraña esta diatriba contra el totalitarismo —en este caso comunista— que margina al individuo y justifica los medios en función de los fines. Al final, tres personajes dialogan y reflexionan, al hilo de los sucesos que se relatan en el cuento y a la vuelta del cementerio donde ha sido enterrada Librada, sobre el comunismo, el totalitarismo y el precio que debe pagarse por la revolución: «Hubo una época, entre las dos guerras, en que toda nuestra gente liberal y progresista pudo tener fe en la revolución rusa. Después de la bárbara colectivización agraria, después de los procesos de Moscú, después del pacto germano-soviético, que, digáis lo que digáis, por muchas explicaciones que tenga, y las tiene, no dejó de ser eso: un pacto entre fascistas y comunistas, ¿qué nos quedó? De pronto, en el mundo, todas las personas como yo se quedaron al garete. No sólo los españoles somos exiliados españoles: hay miles de desterrados en su propia tierra y en la ajena».

La evocación de España, de sus tierras, de sus gentes, de sus ciudades, de sus piedras, de sus montes y de sus ríos, se tiñe de una fuerte coloración nostálgica en varios relatos. El lirismo inunda la prosa de Aub en relatos como *Amanecer en Cuernavaca* donde la descripción de la naturaleza —con sus olores, formas y colores— en un amanecer, despierta en el narrador, un exiliado, el recuerdo melancólico de España. En *Homenaje a Lázaro Valdés* el protagonista —profesor de geografía exiliado— le dice a su sobrino, que salió de España siendo niño en 1939, que luche por no olvidar a España: «No te baste con recordar: abre libros donde haya fotografías de España y míralas. Aprende, velas como nuevas, no recuerdes. Que las piedras, tal como están ahora, no son ya las que tú viste. Tienes que ver a España con tus ojos nuevos, no con aquellos que dejaste allí». Desde México, un narrador recoge de Mrs. L., una americana que estuvo en España, la historia de *Teresita*, homosexual americano que combatió en las Brigadas Internacionales. Emotivas evocaciones de la costa levantina y de Juan Chabás —amigo personal de Aub y gran crítico literario—. El recuerdo de España vuelto melancolía: «Denia y su playa, al sur Ifach, al norte Cullera, girón de Valencia y Alicante. Por las faldas y la llanura los naranjales, y, en baldosas de agua, asomando su naricilla verde, hierba todavía, el arroz».

Al final, un breve grupo de cuatro relatos, tres de ellos de corta extensión, tienen la virtud de ser el epílogo, entre trágico e irónico, de todo el ciclo. *El remate* resulta intensamente patético porque en él se pone de manifiesto el esfuerzo inútil, el sacrificio de toda una generación. Veinticinco años después de finalizada la guerra civil, dos amigos se reúnen en el sur de Francia. Los dos republicanos, los dos exiliados. Reflexionan sobre el pasado y sobre el olvido en que han caído los exiliados: «No hijo, ya no somos nadie, ni sabe nadie quiénes fuimos [...] nos han borrado del mapa». Uno de ellos es escritor y también se lamenta de que a los escritores españoles del exilio no se les lea y no sean tenidos en cuenta. Familias rotas, esperanzas frustradas, desesperanza: otra España. Leen, los dos amigos, un artículo de *ABC* sobre la muerte de Queipo de Llano. Las alabanzas que en él se vierten indignan tanto a uno de los personajes que decide relatar lo que vio y vivió en los días del alzamiento en Sevilla. Asistimos, como lectores, al proceso de tergiversación de la historia llevada a cabo por el franquismo. Al final el personaje exiliado en

México acaba suicidándose en el túnel de Cerbère, por donde salió de España en 1939. Relato, pues, que testimonia el fracaso de toda una generación que luchó y murió por la libertad y la justicia: «Nos enseñaron a ser decentes clamando que la porfía en los ideales es una virtud esencial; que la libertad vale más que todo, que cualquier cosa debe sacrificarse a la honradez; y ahora, porque cumplí esos mandamientos lo mejor que pude, me han borrado del mapa. Si me hubiera quedado en España o vuelto en seguida, seguramente sería alguien. Y no soy nadie. Ser decente ni viste ni sirve. Dejadme hablar. Es hora. Son cosas que no se dicen a nadie. A vosotros, bueno. ¿Qué nos queda sino morirnos?».

*El testamento* es un relato satírico. Han pasado ya muchos años desde el final de la guerra y algunos republicanos han seguido hasta su muerte obsesionados con Franco y con España. La realidad, más terca e irónica, acaba por imponerse. El destino quiere, así, que el testamento del protagonista —republicano exiliado— no se cumpla: «“Si muero en México, entiérreseme normalmente, es decir, acostado en un ataúd, cara arriba. Si muero en cualquier otro lugar de la tierra cuyo gobierno reconozca al de Franco, entiérreseme cara para abajo para no ver un mundo tan indecente. Si muero en España otra vez republicana, entiérreseme de pie. Si por casualidad, que no se puede prever, paso a mejor vida, en la que no creo, en la España de Franco, entiérreseme cabeza para abajo”. —Nunca se sabe con quién se juega uno el dinero. Lo que sucedió fue que el sobrino, ignorando la existencia del testamento, lo hizo incinerar de buenas a primeras, siguiendo sus propios deseos. Ahí lo tiene, en la trastienda, un poco remordida la conciencia».

*De los beneficios de las guerras civiles*, en fin, es un relato epilodal en su brevedad, de tono levemente irónico, que ilustra las consecuencias de la guerra civil: la aniquilación —un poco porque sí— de familias enteras.

*... y ciudadano mexicano*

Tal vez la mejor aportación que se pueda hacer en el caso de los escritores del exilio sea facilitar al público lector sus obras para que sea su calidad literaria, y sólo eso, lo que las sitúe en el lugar que les corresponda. Recuperar la obra de esos escritores, injustamente olvidados, es, más allá de un deber literario, un ajuste de cuentas con el pasado, un reescribir la historia, y no sólo literaria, con mirada amplia y no exclusivista, ni por razones ideológicas ni por cualesquiera otras.

El lector que decida recorrer las vueltas y revueltas de este laberinto de la memoria que nos propone Aub, no saldrá decepcionado. Al margen de vérselas con un gran escritor, conocerá —o recordará— los avatares de una generación de hombres y mujeres, luchadores por la libertad y la justicia, que sufrieron cárcel, persecución, destierro y olvido.

Queremos cerrar este prólogo tal como lo abríamos, con la voz del escritor, con su propio autorretrato tal y como nos lo dejó en el mencionado libro *Hablo como hombre*: «Escritor español y ciudadano mexicano, me hice hablando un idioma extranjero —nadie nace hablando— que resultó ser el mío. Poco le debo a los demás, mucho a mí mismo o lo que es casi igual: todo a los demás. Me forjaron a fuerza de golpes, como crecen todos los hombres. Tuve algunos amigos —pocos—,

la mayoría han muerto. Me siento más a gusto con los jóvenes que con los viejos. Tengo tres hijas, muchos nietos; son ya otra vida, en otro tiempo. Mi mujer me ha acompañado siempre que pudo; cuando no, plantó cara a la vida, sin desfallecimiento. Ni alto ni bajo, más bien feo, me gustó lo bueno, lo que me sabía bien. Aprendí poco de los hombres, creyéndolos parecidos a mí. Me hubiera gustado saber mucho más de lo que sé, tener memoria y no andar dando vueltas alrededor de mí mismo. Al paso de los años se va uno quedando solo. Lo que más me ha gustado es escribir; seguramente para que se supiera cómo soy, sin decirlo. Creí que lo adivinarían. Una vez más me equivoqué».

JAVIER QUIÑONES

*Barcelona, julio del 94*

# LA GUERRA

# *EL COJO*

Desde aquel último recodo todavía se alcanzaba a ver el mar. Las laderas se quebraban en barrancos grises y pardos y se allanaban a lo lejos, en eriazos verdes y azules con rodales amarillentos. Hacia arriba los cerros aparecían pelados como si la tierra estuviese descorticada en terrazas sucesivas, sin hierbas ni flores; sólo los sarmientos plantados al tresbolillo, como cruces de un cementerio guerrero. Los murallones, cubiertos de zarzamoras y chumberas, cuadriculaban la propiedad siguiendo, geoméricamente, los pliegues del terreno.

La carretera serpenteaba, cuesta abajo, camino de Motril, y el polvo caminero se salía de madre: las collejas, las madre selvas, los cardos y otros hierbajos cobraban bajo su efecto un aire lunar; más lejos, los juncos se defendían sin resultado: lo verde vivo se cargaba de piedra, lo cano era sucio, pero lo que perdía en lozanía lo ganaba en tiempo: aquel paisaje parecía eterno. El polvo se añascaba por las ramas más delgadas: para quien gustase verlo de cerca parecía nieve fina, una nieve de sol, o mejor harina grisácea, molida a fuerza de herraduras y llantas, esparcida por el viento. Los automóviles levantaban su cola de polvo: por el tamaño podía un pastor entendido en mecánicas, que no faltaba, estimar el número de caballos del armatoste y su velocidad.

Desde aquel hacho se divisaba siempre una teoría de carros, camino de Málaga o, en sentido inverso, hacia Almería. Tiraban de ellos dos, tres o cuatro caballerías, mulos por lo general; todos los carros con su lona grisácea puesta, color de carretera y con el carrero durmiendo, a menos que bajara acometido de alguna necesidad o a liar un cigarrillo en compañía. Chirriaban los ejes, las piedras producían baches de vez en cuando. El carretero no suele ser hombre de cante, que es cosa de campos; aquello era el paraíso de las chicharras, es decir, el silencio mismo. No se sudaba: los poros estaban cerrados a lodo por el polvo, la piel se corría del cetrino al gris, el pelo de moreno a cano. El aire se podía coger con los dedos, de caliente y pesado. Los que van a Motril husmean el mar; los que de allí vienen no se dan cuenta de que pierden horizonte: básta les el cielo.

En aquella revuelta, vuelto el cuerpo hacia Málaga, a mano izquierda parte de la carretera un camino de herradura con sus buenos doscientos metros, empinado como él solo; viene a morir a la puerta de una casucha, chamizo o casa de mal vivir, en el sentido estricto de la palabra. Allí vivían «La Motrilerá», su marido «El Cojo de Vera» y una hija de ambos, Rafaela Pérez Montalbán, único retoño de diez partos fáciles. Tan fáciles y rápidos que cuatro de ellos tuvieron por tolo las copas verde-grises de los olivos; lejanos de toda habitación, anduvieron huérfanos de toda asistencia: como siempre, se había equivocado de fechas. El hombre trabajaba lejos y allá iba ella con su barrigón a llevarle la comida por mediodías imposibles y bancales poco propicios. Llegaba tropezando en surcos y piedras, sucia del sudor de los dolores y de su voluntad de no parir hasta volver a casa; el hastial lanzaba su maldición y su taco, cortaba el cordón umbilical con su navaja de Albacete lavada con el vino que le trajera la cónyuge para el almuerzo. La sangre corría derramada ya sin dolor, el crío se liaba en el refajo. Según donde se hallaran, el hombre se la cargaba en hombros a menos que la proximidad de algún vecino permitiese unas primitivas

angarillas. Una vez en que él andaba renqueante, la mujer volvió a pie. «Todas son iguales —solía comentar con el compadre—. No aciertan nunca». Ella enfermó una vez y estuvo veinte días con calentura. Se le pasó por las buenas y la criatura vivió por milagro. Fue la última. En aquellos trances la madre solía ver las cosas turbias, tras una pantalla de algo desconocido que acababa por caer rodando sobre su corpiño por no hallar mejillas por donde correr.

Cetrina, vestía de negro; con los años se le había ido abombando el vientre y ahora tenía la costumbre de cruzar las manos al nivel de su cintura de manera que descansaran sobre el abultamiento de su abdomen, como sobre una repisa. Ambos eran callados y no se enteraban de las cosas fuera del área de las tierras a cultivar. A cultivar para el amo, como era natural. Los tenían por gente extraña, no extravagante, pero sí extranjera; no eran de la tierra y se habían quedado ahí, lejos del pueblo, sin contacto alguno. Vivían y no le importaba a nadie, posiblemente ni a ellos mismos.

El Cojo era pequeño, escuálido y todavía más parco en palabras que su consorte. Parecía tenerle cierto rencor a su voz porque el Cojo de Vera había sido un buen cantaor; nunca tuvo una gran voz, pero sí le salían roncros, hondos y con gracia los fandanguillos de su tierra: expresaba con naturalidad y sentimiento ese lamento amargo de los mineros de Almería. Porque había sido, a lo primero, minero. Minero de esas sierras de entraña rojiza que corren de Huercal a Baza; el polvo que respiró por aquel entonces le fue, más tarde, minando la voz cuando vivía de ella, en Málaga. El Cojo de Vera conoció su época de gloria; no había noche sin juerga ni amanecer que él no viera. Aquello duró poco, la voz se le fue muriendo. Primero se espaciaron los clientes, luego fueron bajando de categoría, el papel se fue convirtiendo en plata: los jolgorios en merenderos y aguaduchos en largas esperas en trastiendas de burdeles, perdidas en lentas conversaciones con ciegos tocadores de guitarra. Entre las risas del bureo cercano no se oía distintamente más que aquel mecánico «dame diez céntimos para el contador de gas», seguido del sonido de hucha que hacía la calderilla al caer en el armatoste. Las mujeres eran morenas, tristes, sucias y honradas. «Tú qué te has creído, yo soy una mujer decente». «La Peque», que por seguir la corriente solía tener fama de perversa, no bajaba casi nunca, retenida «arriba» por su clientela de canónigos y horteras. El amanecer no estaba hecho para dar lustre a las cosas. Con las primeras luces solían ir a tomar café a una plazoleta donde corrían airecillos y olía a jazmín. Se caían de sueño; los ciegos se marchaban en hilera con el bastón a la derecha, la guitarra en el sobaco izquierdo. Nadie sabe a qué menesteres hubiese bajado el Cojo cuando una noche de junio, para adorno de una juerga, se lo llevaron a Motril y lo dejaron allí, por hacer una gracia.

Dando una vuelta por el pueblo, que no conocía, se cruzó con la Rafaela y como no carecía de salero no tuvo que insistir mucho para que la chavala se fijara en él. Se quedó allá. «¿Qué haces?», le preguntaba la mocita. «Chalaneo», le respondía. Y ella se daba por satisfecha. Él seguía ganando su vida como podía: lecho no le faltaba.

Una noche en que prestaba sus servicios entre la gente de paso le reconoció un señorón de los de la tierra, don Manuel Hinojosa.

—¿Dónde te has guardado aquella voz?

—Aquello se acabó, don Manuel.

—¿Y qué piensas hacer?

El cantaor se encogió de hombros, don Manuel tenía el vino generoso y en uno de los descansos, mientras los amigos estaban «arriba», como el Cojo le hablara de la muchacha, arrastrado por la mucha manzanilla, que el rumbo de los mequetrefes descorchaba, el señorón le dijo de pronto:

—¿Quieres una colocación?

El amontillado le abría la espita de la filantropía: aquella mañana había rechazado con mal humor el arriendo de aquella casucha, sus viñedos y sus cañaverales a varios campesinos a quienes debía algunos favores electoreros; pero ahora, de pronto, con el calor del alcohol en el estómago y un vago optimismo en la cabeza, le hacía gracia convertir a aquel infeliz testigo de sus jolgorios en trabajador de sus tierras, un capricho que se pagaba.

—Con tal de que tengas siempre algunas botellas de la Guita y una guitarra, por si caemos por allí...

—¿Y esa niña? ¿Es de la casa?

El Cojo puso cara seria.

—No, hombre, no, ya sabes tú que yo no...

En efecto, aquel hombre acompañaba a los amigos, era buen pagador de escándalos, pero su condición de acaudalado le permitía mantenerse aparte de ciertos contactos que por lo visto juzgaba poco en armonía con sus posibilidades. Esos aires de superioridad, de juez de los divertimientos ajenos y árbitro de los placeres, que pagaba el vino y a veces hasta las mujeres, le proporcionaban andar siempre rodeado de una corte de aduladores capaces de las más extraordinarias bajezas. Nunca consideró como hombres a los seres que le rodeaban.

—Es una chica decente —dijo el Cojo con cierta vergüenza. El amo se echó a reír. Aún le duraban los hipos y los borborismos cuando bajó el tropel de sus falseadores.

Y allá se fueron, después de las bodas, el Cojo de Vera y la Motriltera; el trabajo era duro y más todavía para él que había olvidado en pocos años lo que era el mango de una herramienta y no había conocido apero. El sueldo, de seis reales al día. No se quejó nunca, pero amaneció mudo y se le fue ensombreciendo el rostro como a ella, que como mujer leal se le fue pareciendo a medida del tiempo pasado; y así fueron paridos al azar de las piedras hasta nueve varones y una hembra. El más chico murió de cinco años atropellado por un automóvil que desapareció sin rastro. Los entierros fueron las faenas más desagradables de todos esos años.

Allá a la derecha quedaba Nerja; el mar de tan azul desteñía sobre el cielo. Aquello era el río de la Miel. La costa era abrupta, pero sin festón de espuma: la mar se moría de quieta. Las rocas y

los peñascos se podían ver los pies limpios, dándoles mil colores a las aguas. Las barcas, con su vela terciada, entreabrían sus caminos. Veleros pequeños, peces pequeños, vida pequeña, miseria bajo un cielo unicolor. Monotonía terrible, falta de agua, sólo los geranios rompían lo uniforme y crecían a la buena de Dios. Sobre las trébedes los pucheros de barro, y, con el espinazo roto, aventar las brasas. Las berzas, el gazpacho y demasiado pan. Así un día y un año y otro. Las cañas de azúcar se escalofrían en los aires y silban. Mirando a lo alto, hacia la derecha, los olivares y los espartales: el polvo; más arriba la sierra entre azules morada; abajo todo es parduzco, gris sin color, verde patinado. Allá enfrente se adivina Málaga con un ruido de vida olvidada. La vida cae como el sol, entontece. Trabajar, sudar, sentarse en las piedras cuando no hacen sombra, a esperar, bajo el olivo más cercano o en el jorfe más propicio, que le traigan a uno el almuerzo, idéntico al de ayer. Ni ella se acuerda del nombre del Cojo de Vera ni él del de ella. Ya no se hablan casi nunca, los ojos se les han vuelto pequeños porque ya no tienen qué mirar. Viven en su noche. La Virgen de las Angustias lo preside todo con manso amor.

El Cojo, de vez en cuando, le echa unas miradas a la niña. ¿Cómo ha crecido? ¿Cómo han podido pasar esos dieciocho años? La medida del tiempo se la dan cepas, olivos y cañas, el metro humano se le escapa y sorprende. Se le menean las teticas que deben ser blandas. El padre corta con su navaja su pan de almodón, mira sin ver hacia la almarcha. ¿Cómo han pasado esos dieciocho años? No se contesta. Mira el surco que acaba de trazar: ¿le dejará el amo plantar tomates? Ya le dijo que no, pero él piensa insistir y si se vuelve a negar los plantará de todas maneras; nunca viene por aquí. Masca la pitanza con sus dientes blanquísimos. «No podré pagar si no planto los tomates y el señor tiene a menos que su tierra los produzca». «Eso es bueno para los que no tienen extensión y quieren que una fanega les dé un poco de todo. Yo no soy de éstos». Pasan unos grajos gañendo. «Tendré que ir a cerro Gordo...».

Por una historia de loriga saltada apareció por allí un Juan Pérez cualquiera, carrero de Vélez-Málaga. Un tanto harbullista y fandanguero el mozo, pero su misma media lengua le da un toque gracioso. Se acostumbró a descansar unas horas en la casucha, cada diez o quince días, al paso.

Se encaprichó con la moza y la moza de él; las cosas vinieron rodadas. A los padres no les pareció mal (se entendieron con un gruñido y un encogerse de hombros) y los casaron. La chica hace tiempo que tenía ganas de saber cómo era «eso». Debía de correr por entonces la Navidad de 1935. La niña se fue con su marido a vivir a Vélez-Málaga. Sus padres se quedaron en el recodo esperando la muerte. Los enterrarían en la hoyanca de Nerja; el camino era largo, hacía tiempo que él no lo había hecho, pero ¡por una vez! De la proclamación de la República se habían enterado sin comentarios; de lo de Asturias ya se había hablado más, el yerno mismo y Alfredo, el Pescadilla, el carrero que bajo su lona les traía las pocas cosas que necesitaban. Le llamaban el Pescadilla porque, a veces, si la casualidad lo quería, solía traer pescado para venderlo a su clientela. En su carromato se encontraba de todo: botijos, velas, chorizos, palillos, criollas, lendreras, papel de escribir y de adorno, jabón y cintas de colores, azafrán, pozales, toallas, horquillas y perfumería, broches y espejos, neceseres y todos los encargos que le hubiesen hecho la semana anterior. Al Cojo todo aquello de la República y la revolución no le interesaba. Él no era partidario de eso. Las cosas como eran. Si así las habían hecho, bien hechas estaban y no había por qué meterse en honduras. Eso era cuestión de holgazanes. Él —que vivió lo suyo— lo sabía. Que cada uno coma

su pan y que no se meta donde no le llamen. Los señoritos son los señoritos. Ya sabemos que son unos tontainas; veinticinco años después, el Cojo seguía teniendo el mismo concepto del mundo que cuando vivía en la promiscuidad de los prostíbulos malagueños. No se podía figurar el mundo ordenado de otra manera. Y en el fondo le quedaba un resquemor contra sus primeros camaradas, los mineros, que, al fin y al cabo, le habían estropeado la voz, produciendo tanto polvillo rojo «que lo penetraba todo». La madre ni siquiera oía, encapazonada bajo el techo de sus partos y sus ropas negras. Una mañana, allá por agosto del 36, vinieron dos hombres del pueblo a quienes conocían apenas, con escopetas de caza al hombro. «Salud». «Hola». «El Comité te ha asignado esta tierra, desde la cerca aquella al barranco: del barranco para allá la debe de trabajar Antonio, el Madera». «Ya has tenido suerte, había quien quería dejarte fuera de la colectividad». «Tienes que bajar al Comité». Y se fueron. El Cojo se encogió de hombros y siguió haciendo su vida de antes, como si nada hubiese sucedido. Una mañana se encontró con el Cuchipato. «¿Qué haces aquí?». «Esta tierra es mía». El Cojo le miró con desprecio. «¿Es que don Manuel te la ha vendido?». El hombre dijo: «Bien». Y le volvió la espalda. Le llamaban el Cuchipato porque andaba un tanto despatarrado.

Se lo llevaron a la mañana siguiente entre dos escopetas de caza, terciadas en las espaldas. Los cañones relumbraban al sol. Bajaron hacia el pueblo; había dos kilómetros de buena carretera. Uno de ellos, el que iba a la derecha dijo: «Bueno está el campo del Francés». Los otros asintieron sin palabras. Hacía demasiado calor para hablar. Al Cojo no se le ocurría gran cosa, andaba, se daba cuenta de que sus miembros acogían con gratitud aquel paseo. «Y si me matan, qué más da, para lo que le queda a uno de vida. Ya me he levantado, me he vestido, he comido, trabajado y dormido bastante. Tanto monta la fecha del se acabó. Sí, el Francés siempre cuidó bien su campo, pero ya lo he visto muchas veces, qué más da no volverlo a ver. Además, no me van a matar». Se le metió una guija en la alpargata, dobló la pierna y la sacó. Los otros, cinco metros más abajo, esperaban.

—Ya podía el tío Merengue tener esto más decente —dijo el Hablador—, el de la derecha.

En esto llegaron al pueblo. En una plazoleta donde crecían seis acacias cercadas por una tira de ladrillos estaba la casa del Conde. Una casona enlucida con un portalón y dos rejas que ocupaba todo un lado de la plaza. El sol la apuntaba con un prisma de sombra. En el zaguán enlosado con lanchas sombrías estaba reunido el Comité. Era donde corría más el aire. Un botijo, en el suelo, parecía un gato acurrucado. Esperaron un momento, al soslayo de la sorpresa del cambio de temperatura, el sudor, de pronto, adquiría calidad de parrilla helada.

—Hola, Cojo —dijo uno de los que estaban sentados alrededor de la mesa—. Siéntate.

El hombre obedeció. El Comité lo formaban cinco hombres a quienes el Cojo conocía vagamente; tres de ellos estaban en camiseta, los otros en mangas de camisa.

—¿Dicen que no quieres la tierra que te ha tocado?

El enjuiciado se encogió de hombros.

—¿Por qué?

Hubo un silencio y el más gordo dijo con sorna:

—Le tiene miedo a la guardia civil.

Y otro:

—Es un esquirol de toda la vida.

Y el Cojo:

—No es verdad.

El que estaba sentado en medio atajó:

—Tú eres un obrero, has trabajado bien esa tierra, es natural que te corresponda, ¿comprendes?

El Cojo gruñó. El gordo intervino:

—Me alegro poder decírtelo en la cara, Cojo, como lo dije hace unos días en el Sindicato: eres un mal bicho y lo que hay que hacer contigo es lo posible para que no hagas daño.

—Yo no me he metido con nadie.

Y el Presidente:

—Por eso, por no meterte con nadie, por aguantarte, por cobardía, es por lo que el mundo anda como anda. Si todos fueran como tú, los amos seguirían siendo siempre los amos —y añadió, dándose importancia—: La propiedad es un robo.

—Ya lo sé —comentó el Cojo—. No soy tan tonto.

—Tu examo, don —y recalcó el calificativo— Manuel Hinojosa está con los rebeldes; nosotros nos repartimos sus tierras para trabajarlas en pro de la colectividad.

El Cojo ya no comprendía nada, estaba como borracho, sentía una barra pesada en la frente.

—Y porque queremos que todos los trabajadores participen en los beneficios de la reforma, hemos decidido darte tu parcela sin tener en cuenta que nunca has querido nada con nosotros. Tampoco has estado en contra, hay que reconocerlo.

Hubo una pausa. El que debía ser presidente se levantó:

—¿Aceptas tu tierra o no?

El Cojo cogió un palillo que se le había caído de la cintura al suelo, se levantó y dijo:

—Acepto.

Y el Presidente:

—Pues ya estás andando.

Cuando hubo salido se enzarzaron en una discusión:

—Siempre estaremos a tiempo —sentenció el gordo.

El Cojo echó hacia arriba, las manos tras la espalda, en una posición que le era familiar, poco corriente entre campesinos y que quizás no era extraña a la fama de raro que tenía. Miraba la carretera: el polvo y las piedras. «La tierra es mía, me la dan». Se paró un segundo. «Me la dan porque la he trabajado, sin que tenga que rendir cuentas. Claro, si yo no hubiese estado allí veinticinco años la tierra se hubiese podrido; lo que es mío es el trabajo. No la tierra, lo que produce». Se volvió a detener. «Pero si yo no hubiese trabajado la tierra me hubiesen despedido y hubieran puesto a otro en mi lugar. Entonces, claro está, la tierra debiera ser de ese otro». Volvió a echar adelante más ligero. «Si quiero la puedo dejar en barbecho». Se rió. «Sin comprarla, sin heredarla». Pensó en su mujer y se extrañó de ello. «Plantaré tomates. Don Manuel se opuso siempre. Decía que las viñas se podían estropear. ¡Qué terco era! Sí, tomates». Tropezó con una piedra y la apartó del camino. Refrescaba, llegaba el viento en rachas, cargado de mar, levantando polvo. «Hace demasiado calor para la fecha en que estamos. ¿Qué día es hoy? No sé, pero sin embargo es un día importante. Desde ahora soy propietario». La palabra chocó en su pecho, le molestaba. No quiso acordarse de ella y, sin embargo, se la notaba en la mollera, como una piedra en la alpargata. «Habrá que trabajar más. Sí, era evidente; además, él podía hacerlo. Desde mañana, no, desde aquella misma tarde, tan pronto como llegara». Apretó el paso. «Ya se lo habían dicho, ¿o no?, de eso no le dijeron nada, ¿no dijo el Miguel que ahora trabajaría para todos?». No se acordaba; de aquella conversación en el zaguán se le había borrado todo, sólo prevalecía una cosa: había aceptado la tierra. Él comprendía que trabajando para él trabajaba para todos, ¿se lo había dicho alguien alguna vez? No lo acababa de comprender, pero sentía que esa idea estaba bien y le tranquilizaba. Se paró a mirar el paisaje; no lo había hecho nunca, nunca se le hubiera ocurrido pararse a mirar una tierra que no tuviese que trabajar. Ahora descubría la tierra; le pareció hermosa en su perpetuo parto. Allí, a lo lejos, unos hombres la herían cuidándola. Le dieron ganas de correr para llegar antes. Se reprendió. «Dejémonos de tonterías», y pensó algo que nunca le vino a la imaginación: «Si tuviese uno veinte años menos...». ¿Qué traía el aire? Le acometieron ganas de fumar y se las aguantó para no perder tiempo. Sin darse cuenta ya estaba en el caminejo de su casa.

La mujer no dijo nada al verle entrar. Le miró y él huyó los ojos. Ahora —iba de descubrimiento en descubrimiento— se dio cuenta de que había perdido la costumbre de hablarle, y que le era difícil así, de buenas a primeras, darle la noticia. Se quedó plantado en medio de la habitación.

Ella: ¿Qué te querían?

Él: Nada.

Estuvo a punto de contestar: «Nos dan la tierra». Ella, que estaba a medio agachar, se quedó inmóvil esperando más palabras; pero el Cojo se calló y ella se enderezó poco a poco.

—Ah —dijo, y no hablaron más.

Él salió al quicio de la puerta y se estuvo quieto, mirando, mucho tiempo. En las esquinas de sus ojos había unas lágrimas que por no saber su obligación se quedaron allí, secándose al aire frío de un otoño ya en agonía. La mujer vino arrastrando una silla y se sentó en el umbral. El Cojo se acordaba de aquellos hombres de los cuales nunca había hecho caso: anarquistas y socialistas, y que ahora le daban la tierra. Sentía, de pronto, un gran amor hacia ellos: no se le ocultaba que aquel agradecimiento era interesado, pero comprendía que, a pesar de todo, aquel sentimiento era puro. Le remordían ciertos chistes, el desprecio. «¡Si lo llevo a saber! Pero ¿cómo lo va uno a saber? ¿Quién me lo iba a decir?, no había quien me lo explicara...». La mujer rompió los silencios —el suyo y el de ella.

—Si vienen los otros...

El hombre no contestó. No vendrían, y si venían a él no habría nadie que le quitara la tierra. Era suya, se la sentía subir por la planta de los pies, como una savia. Tan suya como sus manos, o su pecho, más suya que su hija.

—Que vengan —dijo, y se sentó en el suelo.

Al entrecruzar las manos sobre las rodillas se acordó de las ganas de fumar que había pasado subiendo del pueblo y que luego se le habían perdido en la concatenación de sus ideas. Con toda calma sacó su petaquilla de Ubrique, deforme, pelada (la había comprado al cosario hacía diez o doce años) y pausadamente lió un cigarro rodando con ternura la hierba en el papel a favor de los pulgares sobre los índices, lo pegó con lentitud humectándolo de izquierda a derecha con un movimiento de cabeza, se lo echó a la esquina siniestra de la boca, sacó el chisquero, encendió a la primera. Recostó la espalda en la pared, y aspiró hondo, se quemó el papel, prendió el tabaco, la boca tragó el humo: era su primera bocanada de hombre, el primer cigarro que fumaba dándose cuenta de que vivía. Por lo bajo, con su voz atelarañada, empezó a cantar hondo. Mil ruidos de la tierra le contestaban: era el silencio de la noche.

Pasan los días; en una parata, recostado en un acebuche, el Cojo fuma unos pitillos delgaduchos, deformes, como sus dedos; no piensa en nada; el sol le llega a través de una chumbera subida en el borde del bancal inmediato.

«Aquellos sarmientos que planté hace tres años y que se dan tan bien... ésos son más míos que los otros. De eso no hay duda porque don Manuel no sabía nada de ello. No me recibió, hace dos años, cuando se lo fui a decir». Rompe una tijereta y la lleva a la boca, masca su sabor agraz. Baja después la mano a la tierra, la tiente: es una tierra dura, difícil de desmoronar, seca, un poco como yo —se le ocurre— y de pronto querría verla transformada en tierra de pan llevar, rica,

hinchida de savia trigueña, llena a reventar. Acaricia la tierra, la desmenuza en la palma de su mano. La soba como si fuese el anca de una caballería lustrosa. Nota cómo el olivo le cubre la espalda, le resguarda.

Le entran ganas de ir a perderse por trochas y abertales, pero le basta con el deseo. Al abrigo del jorfe crece una mata de tamujo, la alcanza con el pie y juega a doblar el mimbre. La tierra sube por todas partes: en la hierba, en el árbol, en las piedras, y él se deja invadir sin resistencia notando tan sólo: ahora me llega a la cintura, ahora al corazón, me volveré tarumba cuando me llegue a la cabeza.

A la caída de la tarde todo es terciopelo. El Cojo vuelve con el azadón al hombro; se cruza con el Cuchipato: «Hola, hola». Cuando les separan más de diez metros, el Cojo se vuelve y le interpela:

—Oye, ¿dónde puedo encontrar una escopeta?

—Pídesela al Comité.

Se fue para allá.

—¿Qué quieres?

—Un arma.

—¿Para qué?

—Por si acaso...

—No tenemos bastantes para la guerra.

—¡Qué le vamos a hacer!

Y se vuelve para su tierra.

Una mañana aparece por allí la hija, con un barrigón de ocho meses.

—¿Y tu marido?

—Por Jaén. De chófer. En el batallón X...

—¿Y tú estás bien?

—Bien.

—Eso es bueno.

La madre se afana:

—Dicen que vienen.

La hija:

—Sí, moros e italianos.

El padre:

—¿Por dónde?

—Por Antequera.

El padre:

—Aún falta. No llegarán aquí.

La madre:

—No sé por qué.

El padre la mira y se calla, casi dice: «Porque la tierra es mía...».

La madre y la hija se pasan el día sentadas en el talud de la carretera pidiendo noticias a todo bicho viviente. Pasan y repasan autos, pronto se notan que van más de Málaga a Almería que no al contrario. Los días pasan...

—¿No tienes fresco?, —le pregunta de cuando en cuando.

—No se preocupe, madre.

No saben qué esperan. Allí viene un burro; en él montada una mujer con un niño en los brazos; detrás con una vara en la mano, un gañán cubierto con fieltro verde, de viejo y negro. Les interpelan al paso:

—¿De dónde sois?

—De Estepona.

—¿Vienen?

—Dicen que sí, y que lo queman todo.

Ya están lejos. El Cojo, allá abajo, no sale del majuelo; la carretera va adquiriendo una vida nueva: corriente. Poco a poco ha ido creciendo su caudal, primero fueron grupos, ahora es desfile. Y los hombres atraen a los hombres: se puede dejar pasar indiferente una comitiva, no un ejército.

A la mañana siguiente el Cojo subió a la carretera y se estuvo largo tiempo de pie, mirando

pasar la cáfila. Venían en islotes o archipiélagos, agrupados tras una carretilla o un mulo: de pronto aquello se asemejó a un río. Pasaban, revueltos, hombres, mujeres y niños tan dispares en edades y vestimenta que llegaban a cobrar un aire uniforme. Perdían el color de su indumentaria al socaire de su expresión. Los pardos, los grises, los rojos, los verdes se esfumaban tras el cansancio, el espanto, el sueño que traían retratado en las arrugas del rostro, porque en aquellas horas hasta los niños tenían caras de viejos. Los gritos, los ruidos, los discursos, las imprecaciones se fundían en la albórbola confusa de un ser gigantesco en marcha arrastrante. El Cojo se encontraba atollado sin saber qué hacer, incapaz de tomar ninguna determinación, echándolo todo a los demonios por traer tan revuelto el mundo. Los hombres de edad llevaban a los críos, las mujeres con los bártulos a la cintura andaban quebradas, las caras morenas aradas por surcos recientes, los ojos rojizos del polvo, desgredadas, con el espanto auestas. Los intentos de algunos niños de jugar con las gravas depositadas en los bordes de la carretera fracasaban, derrotados implacablemente por el cansancio pasado y futuro. De pronto la sorda algarabía cesaba y se implantaba un silencio terrible. Ni los carros se atrevían a chirriar; los jacos parecían hincar la cabeza más de lo acostumbrado como si las colleras fuesen de plomo en aquellas horas. Lo sucio de los acalamones de cobre en las anteojeras daba la medida del tiempo perdido en la huida. Los hombres empujaban los carromatos en ese último repecho; las carretillas, en cambio, tomaban descanso. Las mujeres, al llegar al hacho, rectificaban la posición de sus cargas y miraban hacia atrás. De pronto, el llanto de los mamones, despierto el uno por el otro. Una mujer intentaba seguir su camino con un bulto bajo el brazo derecho y un chico a horcajadas en su cintura mantenido por un brazo izquierdo, cien metros más allá lo tuvo que dejar: se sentó encima de su envoltorio, juntó las manos sobre la falda negra, dejó pasar un centenar de metros de aquella cadena oscura soldada por el miedo y el peso de los bártulos; echó a andar de nuevo arrastrando el crío que berreaba.

«No puedo más, no puedo más». Ahora pasaba algún coche; dos camiones plegaban jadeando, en segunda, desembragaban al llegar allí y seguían en directa; ese silencio, de una marcha a otra, era como un adiós al mar. Se veían los vendajes de algún herido, el rojo y negro de los gorros de la FAI. El terror se convertía en muerte, las hileras de gente en multitud. El Cojo bajó a la casa y dijo a las mujeres:

—Tenéis que marcharos.

—¿Y tú?

—Yo me quedo.

No protestaron, y con un hatillo se unieron al tropel. Les empujaba algo que les impedía protestar, huían por instinto, porque sabían que aquello que llegaba era una catástrofe, algo antinatural, una mole que los iba a aplastar, un terremoto del que había que apartarse a cualquier precio así se fuese la vida en la huida misma. «Mi padre que vivía en Ronda...». «Lo fusilaron sin más». «No dejan ni rastro». «Y llegaban y robaban». Lo poco que se oía eran relatos, comentarios ni uno, o, a lo sumo, un «no lo permitiré Dios» airado salía de una desdentada boca de mujer. Los autos se abrían surcos a fuerza de bocina, la gente se apartaba con rencor. Mas ya no se corría y contestaba vociferando a los bocinazos. Por otra parte los coches se convertían en apiñados racimos que los frenaban. Alguno intentó pasar y el barullo acabó a tiros. La gente se arremolinó

alrededor del vehículo. Un hombre subido en el estribo, colgado el fusil en el hombro, una pistola del 9 largo en la mano, vociferando: «Compañeros...». El coche, sin freno, echó a andar hacia atrás y fue a hincarse veinte metros más abajo, sin violencia, en el talud. El hombre lanzó un reniego y siguió a pie. Tumbado sobre el volante, el conductor, muerto.

Al dar la vuelta y perder de vista el mar, la multitud se sentía más segura y aplacaba su carrera. Se veían algunos grupos tumbados en los linderos de la carretera. El Cojo seguía de pie viendo desfilas esa humanidad terrible. Pasaron unos del pueblo y viendo al Cojo ahí plantado:

—¿Vienes?

—No.

—Es que llegan.

—Si me habéis dado la tierra es por algo. Y me quedo.

Lo interpretaron mal, pero uno dijo: «Déjalo», y siguieron adelante.

Ahora, de pronto, pasaba menos gente; el Cojo se decidió a volver a su casa. Hacía una temperatura maravillosa. De bancal en bancal se iban cayendo las tierras hasta las albarizas tiñéndose de espalto. Cerca de su chamizo se encontró con tres milicianos.

—Hola, salud.

Se oyó el motor de un avión, debía de volar muy bajo, pero no se le veía. Al ruido del motor levantaron la cabeza una veintena de hombres tumbados tras las bardas del jorfe. De pronto se le vio ir hacia el mar. El motor de la derecha ardía. El trasto planeó un tanto y cayó hacia el agua. Al mismo tiempo dos escuadrillas de ocho aparatos picaron hacia el lugar de la caída ametrallando al vencido. Luego cruzaron hacia Málaga. A lo lejos sonaban tiros.

—Si fuésemos unos cuantos más... de aquí no pasan.

—Si ellos no quieren...

—No digas tonterías. Blázquez me ha asegurado que han salido anteayer tropas de Jaén y que de Lorca han llegado a Guadix tres mil hombres. De Almería ya habían salido antes.

—Yo no creo...

—Cállate.

El que hablaba parecía tener cierto ascendiente sobre los demás. Le preguntó al Cojo:

—¿Tienes agua?

Cambió de tono.

—Es para la ametralladora.

El Cojo contestó que sí, y añadió sin darse él mismo cuenta de lo que decía:

—Si tenéis un fusil, yo tiro bastante bien.

—¿Cómo lo sabes?

—De cuando serví al Rey.

—¿A qué partido perteneces?

—A ninguno.

—¿A qué Sindicato?

—A la CNT.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unos meses.

Lo dijo sin vergüenza. Entre los milicianos había uno del pueblo y terció en la conversación.

—Es un tío atravesado; un correveidile del antiguo dueño de estas tierras. Yo no le daría un arma. Más bien le daría con ella. A lo mejor nos pica por detrás. No te fíes.

El otro le preguntó:

—¿De quién es la tierra ahora?

—Suya.

—¿Cuál?

—Ésta.

—Que le den el fusil. Y tú —le dijo al Cojo— ponte aquí, a mi lado.

Distribuyó a la gente por los banales que dominaban la carretera, fuese a emplazar la ametralladora cien metros más arriba. Envió a uno con un parte a otro grupo que, según dijo, les cubriría la derecha.

—Vosotros en las hazas, lo más pegado a la tierra que podáis. ¿Qué distancia hay de aquí allá abajo?

—Kilómetro y medio, más o menos.

—Entonces ya lo sabéis, el alza al quince.

Y como el Cojo se hiciera un lío, él mismo se lo arregló.

Esperaron. La carretera estaba limpia de gente. Un camión había volcado sin que ninguno se diera cuenta; una carretilla, abandonada y vuelta al revés, hacía girar su rueda como si fuese un molinete. Empezaron a caer obuses hacia la derecha. Olía a tomillo. El Cojo se sobrecogió, notó cómo le temblaban sus escasos molledos, sin que el esfuerzo que hizo para tener mando sobre ellos le diese resultado. Sin embargo, no sentía ningún miedo. Con espacios regulares, el cañón disparaba. El Cojo se puso a contar entre un disparo y otro para ver de darse cuenta de cuánto tardaba. Se hizo un lío. Intentó hundirse más en la tierra. Por vez primera la veía tan de cerca y descubrió cosas asombrosas en sus menores rendijas. Las hierbas se le convertían en selva, unas collejas próximas, con sus tallos ahorquillados, le parecieron monstruos fantásticos. El olivo que tenía a la izquierda y que ahora adivinaba inconmensurable, le protegía. De eso tuvo la sensación muy exacta. Disparó tres tiros sobre algo que se movía a lo lejos y alcanzó luego la cabezuela de una margarita; descubría dos mundos nuevos. Pensó en la paz y palpó la tierra acariciándola. Giró el cerrojo, tomó un cargador y realizó la carga con mayor seguridad y rapidez que antes. Su compañero de la izquierda le miró riendo.

—¿Qué, bien?

—Bien.

Unas balas pasaron altas segando unas ramillas de olivo. La ametralladora de la derecha empezó a funcionar. Allá, mucho más lejos, entró otra en acción.

—De aquel recodo —dijo el compañero— no pasarán.

Carretera adelante el éxodo continuaba. La Rafaela y su madre andaban confundidas con la masa negra.

Sobre el llano no había más líneas verticales que los postes del telégrafo. De pronto, desde allá abajo vino un alarido: «¡Que vienen!». La gente se dispersó con una rapidez inaudita; en la carretera quedaron enseres, carruajes y un niño llorando.

Llegaba una escuadrilla de caza enemiga. Ametrallaban, a cien metros de altura. Se veían perfectamente los tripulantes. Pasaron y se fueron. Había pocos heridos y muchos ayes, bestias muertas que se apartaban a las zanjas. El caminar continuaba bajo el terror. Una mujer se murió de repente. Los hombres válidos corrían, sin hacer caso de súplicas. Los automóviles despertaban un odio feroz. La Rafaela se había levantado con dificultad. Su madre la miró angustiada.

—¿Te duele?

La hija, con un pañuelo en la boca, no contestaba. «¡Que vuelven!». La Rafaela sufría tanto

que no pudo hacer caso al alarido que un viejo le espetaba, diez metros más allá.

—Acuéstese, acuéstese.

Agarrada a un poste de telégrafo, espatarrada, sentía cómo se le desgarraban las entrañas.

—Tumbate, chiquilla, tumbate —gemía la madre, caída. Y la Rafaela de pie, con el pañuelo mordido en la boca, estaba dando a luz. Le parecía que la partían a hachazos. El ruido de los aviones, terrible, rapidísimo y las ametralladoras y las bombas de mano: a treinta metros. Para ellos debía ser un juego acrobático. La Rafaela sólo sentía los dolores del parto. Le entraron cinco proyectiles por la espalda y no lo notó. Se dio cuenta de que soltaba aquel tronco y que todo se volvía blando y fácil. Dijo «Jesús» y se desplomó, muerta en el aire todavía.

Los aviones marcharon. Había cuerpos tumbados que gemían y otros quietos y mudos; más lejos, a campo traviesa, corría una chiquilla loca. Un kilómetro más abajo el río oscuro se volvía a formar; contra él se abrían paso unas ambulancias; en sus costados se podía leer: «El pueblo sueco al pueblo español». Hallaron muerta a la madre y oyeron los gemidos del recién nacido. Cortaron el cordón umbilical.

—¿Vive?

—Vive.

Y uno que llegaba arrastrándose con una bala en el pie izquierdo dijo:

—Yo la conocía, es Rafaela. Rafaela Pérez Montalbán; yo soy escribano. Quería que fuese chica.

Uno: Lo es.

El escribano: Y que se llamara Esperanza.

Uno cualquiera: ¿Por qué no?

El Cojo se enriscaba en la tierra, sentía su cintura y su vientre y sus muslos descansar en el suelo y su codo izquierdo hundido en la tierra roja. A la altura de su pelo llegaban dos pedruscos pardos sirviéndole de aspillera. Tenía el fusil bien metido en el hombro, apuntaba con cuidado. El disparo se le clavaba en el hombro y repercutía en la tierra a través de su cuerpo. Y él notaba cuánto se lo agradecía. Sentíase seguro, protegido, invulnerable. Cada disparo llevaba una palabra a su destinatario. «Toma. Toma y aprende». Iba cayendo la tarde. Las ametralladoras seguían tirando ráfagas. El compañero le dijo:

—Tú quédate ahí.

Los disparos se espaciaban. El Cojo buscaba una palabra y no daba con ella: defendía lo suyo, su sudor, los sarmientos que había plantado, y lo defendía directamente: como un hombre. Esa

palabra el Cojo no la sabía, no la había sabido nunca, ni creído que se pudiera emplear como posesivo. Era feliz.

# UNA CANCIÓN

*A Joaquín Díez-Canedo*

El sol restalla y la tierra está sorda. Nada tiene sombra.

Sólo bajo las piedras está la frescura, el agua y la muerte.

También el sudor es sordo. Allá, abajo, el riachuelo está seco; cauce de piedras, cantos, arena y polvo: lecho de nadie.

Se desprende una hoja de olivo, y cae: acontecimiento. Gira lenta, roncera, despacio, sostenida por el calor, antes de depositarse, parsimoniosamente, en el polvo ardiente del olivar. Una hoja de olivo es una hoja pequeña, una hoja gris y pequeña, gris de polvo y de sol, verde.

Entonces llega la canción, una canción lejana de sierra lejana, de campo llano y sombras de atardecer; la canción que se lleva adentro, y que, de pronto, viene por el aire irrespirable del mediodía de fuego. La canción vieja del mundo viejo.

Olivar vetusto, blanca ladera rojiza, piedras blancas de los bancales y la hoja del olivo cayendo por el azul del cielo.

La canción, la vieja canción.

Todo existe. Sí: ahora suena un tiro y hay un muerto tirado, panza arriba, tras el tercer olivo, a la derecha. Un muerto de mi compañía. Un muerto que me hace compañía. Un compañero muerto en campaña, en el campo, al duro sol que merodea allá arriba, verdadero.

La canción, la vieja canción, que viene del otro lado del muerto.

España, toda España.

(Las moscas verdes sobre la herida negra: apretadas, juntas, quitándose el puesto las unas a las otras, procurando que la sangre no se seque, pequeño oasis, fuente imperceptible ya barrosa y borrosa. Ahí, con sus trompas, no dejando que se seque. ¡Que mane, dios de las moscas verdes, que mane todavía un poco, que no se seque! Las moscas verdes, tornasoladas, calientes, en piña, amontonadas, a granel, semillas de muerte, pléyade familiar, ya más de él que de ellas. Racimo moviente, única vida que le queda. Y el sol tremendo, a plomo).

Hasta la noche no se le puede buscar.

Ahora disparan a la izquierda, pero con desgana: las balas que más duelen. Morir en un ataque es cosa leve, o rechazándolo: no le pasan a uno por encima. Se puede más. Pero así, tontamente, ¡habiendo tanto aire!, que le den a uno por casualidad. Balas perdidas. Disparar por no hacer otra cosa, por no dormirse.

Olivar al mediodía, leve declive escalonado. Chicharras. Achicharrado.

El olor del sol, y el fusil a mano. Y la canción lejana. ¿Quién canta? Uno de por aquí, o aquel bizco, de Córdoba. No se mueve nada. ¡Que nadie se mueva! Mediodía. Nada se mueve. ¡Oh, torcidos troncos retorcidos, grises, que continuáis creciendo al ritmo de la tierra!

La canción, otra vez, y una hormiga. Una vieja canción cualquiera:

*En el alma te tengo*

*tan a lo vivo,*

*que despierto soñando*

*siempre contigo.*

*Y en despertando*

*me digo yo a mí mismo:*

*vamos soñando.*

Seguidilla de la tierra: yo soy el muerto. La hormiga, negra, sube por el tronco, vivo y muerto. Vivo y muerto, como yo. Uno vive siempre y siempre está muerto: fuera y dentro; de arriba abajo; de las raíces al pelo.

La canción, la vieja canción.

La guerra, estamos en guerra. Matar y morir. La hormiga se metió por un gran agujero. Sol de mediodía. Ni un soplo. Las chicharras y el silencio.

Olivar: olvidar. Y dormir. Pero si me duermo, me puedo morir sin darme cuenta, y siempre hay que morir con los ojos abiertos.

¿Quién eres tú?

(A veces, uno vuelve solo a casa, después de la lluvia. El cielo está más azul, con nubes. Los charcos brillan entre el lodo. Los setos verdes y negros. La hierba, todavía mojada. Los zapatones embarrados, los carriles con aguas paralelas, de trecho en trecho, plata. La niebla dormida en las laderas de los oteros. Transido. El airecillo frío. Allá arriba. Parece mentira que sea también España).

El olivar, oro.

Yo soy el muerto, todavía vivo. Yo vivo, todavía muerto. Me pegaron un tiro entre los dos ojos. Sordo sudor sordo, mudo. Mediodía de plomo ensordecedor. Peso hundido, mudo. ¿Quién recuerda el recuerdo? Yo. Pero ¿qué recuerda el recuerdo?

Quema el cerrojo. Si atacaran, ¿qué haría yo? Pegarme a la tierra, entre el tronco y esta piedra. Olivar, ¿te estremeces? ¿Es posible que sea el viento? No: la calentura del sol. Todo quieto, todo blanco, todo rojo.

La hormiga ha vuelto a salir del agujero del tronco, empujando algo blanco, un grano. ¡Qué sueño! ¿Qué sueño? Y aquél —¿de Córdoba?— otra vez, cantando:

*En el alma te tengo*

*tan a lo vivo,*

*que despierto soñando*

*siempre contigo.*

*Y en despertando*

*me digo yo a mí mismo:*

*vamos soñando.*

Allá, entre las líneas, por el arroyo —ni nuestro, ni de ellos— de pronto, cola al aire, husmeando, un perro.

# COTA

*A Francisco Giner de los Ríos*

La mañana ronceaba en el hálito de la noche: blanca bruma a ras de hombros encubriendo el cielo para los hombres; que no va más allá el día que la vista. Al rape del camino húndese el desmonte de la trinchera entre raña, rapónchigos, jisca: maleza desolada. La tierra herida se desentraña cárdena y parda. El campo es largo, como un mar sembrado de piedra, aborregado. Erízanse los rastros entre la cantalinada. Ni árboles, ni pueblos: meseta pura; fría en invierno, brasa viva de julio a septiembre. Sobre aquella llanura la carretera parece un paralelo pintado; un cartel dice: «Ojo, el frente». No se avisa nada, sino lejanía y soledad. El aire es un gran río, reino de abejas, que de la Alcarria la miel, y la corrida de los italianos; miel sobre hojuelas. La trinchera anuncia un valle insospechado. Guillén apresura el paso, imítanle los que le siguen a hilo, doblan todos el espinazo sin darse cuenta de la protección de la húmeda manta mañanera. Llámase aquel recodo, por su buen nombre, «el Trino»; por lo que sacuden los fachas, que lo observan fácilmente de la ladera contraria: la que hay que subir aquella mañana para tranquilidad del futuro. En la trinchera las zarzadoras tienden enseguida sus alambradas por cima. Abajo, la hondonada se baña en leche y silencio. Los hombres andan cien metros sin topar con nadie, la zanja contorna la ladera. Todavía no huele a sol, ni a piedra caliente; ya apunta el cantueso morado, el romero y el espliego azules, el poleo sus dos colores y la manzanilla su tinte cornudo; nótase, por las buenas, que el día olerá a chicharras, embebida la bruma por un julio sin tacha. Tras el hondón de la vega, frente por frente, el enemigo.

—A la orden, mi comisario.

—Salud, muchachos.

Salen todos del sueño, torpes de tan corta muerte.

—¿Vamos allá?

—Vamos allá.

Allá, del otro lado del valle.

Despiertan a regañadientes, contra esa sombra que todavía les invade e inmoviliza en un día tan importante: que antes del dormir les avisaron: «Mañana atacamos». La inmovilidad es el más cansado vicio guerrero; todos los que hacen la guerra quieren acabarla cuanto antes y vencer; hasta el día del mejor método: moler al adversario. Para moler, atacar.

—Ahí llega el coñac —avisa un sargento.

—Todavía hay neblina por aquí —dice el comisario, dando una palmada en el coco de un reclutilla soñero.

—No os quejaréis de munición.

—Por primera vez.

—¿Cuántos cartuchos llevas?

—Doscientos.

—No seas bárbaro; quítate cincuenta. No sabes lo que pesan. El entusiasmo no cuenta.

—Y cuatro bombas de mano.

Lo dice con el orgullo del propietario nuevo rico de futura muerte; orgullo del bien abastecido. La cartuchera repleta le da la sensación de que la República carbura, de que le hacen caso y protegen; le parece que todos los sufrimientos acaban, que hay aviones, que hay artillería, que hay tanques para dar y vender; el apoyo del mundo tantas veces prometido y vuelto leche condensada, lo siente vivo en su cargada cintura, que le asegura que ya han entendido su razón: «Hay material». Luego rectifican: «Habrà material». «Yo he visto las máquinas nuevas. Bueno, las ha visto Fulano, como si fuera yo. Más de quinientas». Quinientas igual a mil. Mil igual a cinco mil, o el deseo de vencer. «Con la cuarta parte de lo que tienen ellos...». A un escuchimizadillo campesino callado le dice Guillén:

—Tú, tú me tienes que traer la cabeza de un moro, ¿me oyes? La cabeza: no quiero más. Pero eso sí: la cabeza de un moro. ¿Conformes?

El muchacho ríe, todos sus dientes al aire.

—Cuente con ella, mi comisario.

Ya no piensa en otra cosa. Para no desmerecer, merece. Están todos ahí, morenez de los rostros curtidos de viento, las arrugas batidas de sol, chapadas de hambre; hondos surcos grises en el oro cobrizo de las epidermis, los ojos más negros brillan de claros en tan oscuras teces. Recios de recia honra. De manotazo en puñada, de metido en apretón, Guillén, con palmas y nudillos, pasa revista a la compañía. Los conoce a todos: a éste por el nombre, a aquél por rezongón, al de más allá en el leve cojeo, al de más acá porque canta mal y porfía, al de en medio porque es tardo y con la boina siempre encimada como socarrén de sus cejas, ya muy cerradas de sí.

—Lo que necesitamos es un mortero del 80. ¿Sabéis? Un mortero del 80. No tenemos ninguno. Un mortero del 80 —fija un teniente sin sombra de bozo. El aludido chupetea sus mocos y no suelta prenda.

En la hondonada empieza a adivinarse el pueblo; la falta de humos denuncia la muerte. Las techumbres, del color de las tierras; alguna casucha destejada sostiene sus costillas ennegrecidas al aire: ni de ellos, ni nuestro: de nadie. Las paratas se suceden aprovechando las laderas del alcor para, al socaire de la solana, hacer medrar unos olivos, unas higueras, unos sarmientos: retuércense más que crecen, desesperados de tanto frío y de tanto calor. A la derecha, los flancos vienen a voladero al recortar la torrentera el alcor; allí empieza un cañaveral. El horizonte muere en la rasa de la colina frontera.

—No habléis tan alto.

Contra más obuses, más aviones de bombardeo, más cazas, más cañones, más ametralladoras, más tanques, más municiones —en la proporción de diez a uno—, sólo cabe astucia y sorpresa (de lo uno lo otro) y valor. Ni nuestras ofensivas pueden durar, proseguir ni desarrollarse porque las paran emparedándonos con material. De hombre a hombre, no habría guerra, bastaría con la vergüenza para acabar con ellos. La lucha es de ametralladora contra dedo, de cañón contra una mano. Y aun así a veces se puede. Guillén nota cómo el aire de la mañana de ataque es distinto al de todas las madrugadas; sopla viento de adentro y sálese por las niñas dándoles un brillo insospechado; el estómago da sensación de vacío, la boca es pura sed, y el mador aflora a pesar del frío, cuando lo hace; mundo al revés: atacamos.

«Estos que son y están, éste moreno y éste rojal, éste más moreno y éste todavía más, todos de iris pizmiento; todos aceitunados, éstos verdosos, aquéllos azabacheños como muestras de sus olivares natales (éste de Cártama, éste de Utiel, éste de Madrid), todos con la palma más clara que el dorso de tanto cerrar el puño, requemados de tanta injuria e ignominia tanta (y dos o tres señoritos que no por serlo valen menos), tanto tiempo de estiércol, tanta tanda de curas, tanto espinazo doblado —sin derecho a mirar más allá de los mojones—, sin horizonte (guárdanse las lejanías para los cancos ojeadores); éste de Miraflores, éste de Úbeda, éste de 26 años (con la mujer del otro lado) éste de 21, aquél de 36; estos que mando al tanque...».

Vuélvese Guillén a la tierra por conquistar. En la mañana no se oye más que el pío de un gorrión. Levántase la neblina sin chistar. Los olivos se van sucediendo del gris al negro, los más cercanos ya verdinegros y plata temprana.

«Estos muchachos que yo quiero, este Manuel Villalón, este José Pastor, aquel Vicente Montalbán; estos que siento en mis espaldas, ardidios, los mando yo a morir —que no es nada—, y a invalidarse, que es horrible. No te vuelvas, comisario, que no vale. El objetivo es aquél, enfrente: Manuel Villalón, con muletas y muñón, Vicente Montalbán, ciego. Y tú lo mandas, comisario. El querer no tiene entrañas. Los has conocido y los quieres por la guerra. Ellos no son ellos, sino tú mismo, tu sentido de España. Y como ellos, tú no dudarás en saltar el parapeto, de bancal en bancal, de piedra en piedra; a paseo el sentimiento. Mancos, cojos, muertos por un cochino interés —el de ellos— y por tu fe en los hombres».

Solíase atacar al amanecer para duplicar sorpresas. (Aquel teniente, más tonto que un hilo de uvas, que explicaba: «Así los cogemos dormidos»). Tanto les convenció que al primer tiro no hubo quien siguiera adelante. Si esto no es sectarismo, que me lo digan bajito).

—Sobre todo el mortero.

—Descuide, mi comisario.

—Y tú un cuarterón. Que si no nos quedamos sin humo. A cada uno su frase. El acento lo da la muerte, en la chanza. La guerra la hemos hecho con las manos y honda, y cuatro bombas de mano por hombre; una ametralladora es una cosa demasiado complicada.

La compañía tiene un fusil ametrallador que avanza en punta.

No hay como una piedra en el combate: un buen canto, lo suficientemente alto para adargar la cabeza, que lo que sigue es llano, la panza no es prenda española: un pedrusco gris con vetas de cuarzo, brillantes, o un buen canto pelado, caído del cielo, bayo o pardillo, picado como de viruelas, donde rebote el plomo: no hay como la piedra para detener la muerte, la arquitectura es la madre de la historia y no hay archivo como la arqueología, ni escudo o defensa como el canto: si le dan, no le da; atenúase el vacío del estómago y se amengua la sed; no hay agua como el risco: el mejor amigo del hombre, el pedernal.

Han llegado sin dificultad al horcajo. Hay que atravesar aquel rodal de amapolas y dientes de león y empezar a subir de albarrada en albarrada. Allá en aquella parata, la máquina. Si saltas y puedes llegar a aquella pared de piedra seca, luego la misma vertiente te protege... ¿Qué esperas, Comisario? ¿No te atreves de seca que tienes la boca? ¿Cuentas? ¿Por qué cuentas?, ¿es que a la de tres te van a arrear menos? ¿Pamema? ¡A las tres! Guillén da el salto. Ya zumbaban las balas: país de mieles, todo huele a romero, la muerte huele a romero, la sangre huele a romero. Ya lude el sol la hierba y los matojos. El fusil ametrallador dale que dale, los otros siguen. Un tronco no es una piedra, pero ya está bien. Caen rapa y ramillas del olivo:

—No te las traen palomas —barbillea Guillén. La gente avanza bien. Sin bajas visibles. «Se van a fastidiar». Morterazo. Otro. Del 80. «Me lo traerían». El puntero del fusil ametrallador se despatarra sin remedio. (Juan Expósito para servir a Dios y a usted). Guillén mira hacia atrás: «¿Quién lo coge?».

—Yo. —Es el hermano del muerto y ni siquiera le mira; coge el trasto y siguen hacia arriba.

—Sube y cázalos. ¡Quietos los demás!, —ordena Guillén.

Si siguen todos no habrá manera de darles por detrás. Hay que aguantar aquí hasta que se les encime el del fusil en el bancal propicio.

Al observarles detenidos arrecia el fuego enemigo; el que no tiene piedra busca un árbol y se fastidia: los olivos son delgadines y no hay más que un algarrobo; los más escarban la tierra. «Tres heridos y el muerto. ¿Y aquél? ¿No ha llegado todavía a su sitio? Se nos van a cargar a todos». Tres metros delante de Guillén, Pedro Ruiz, un jabato, tira tras una piedra pequeña. Los rebeldes sacan chispas: frente por frente, la máquina. Tanto le dan que se resigna a no tirar.

—Si te mueves te fríen —le grita el comisario.

—Oye —le contesta el mozo—, ¿qué hay que hacer para ingresar en carabineros?

Ni él mismo sabe si lo dice de veras o burlando: el momio de los cien mil hijos de Negrín en el magín de todos. Se le olvidará luego.

Al medio cinto de un peine se calla la ametralladora. Ya todo es correr y lanzarse, tirar adelante a lo que salga.

—¡Maricón el último!, —grita Pedro Ruiz.

No hay poder como el de las bombas de mano, ese va a salir y llegar la muerte, de la mano a la tierra, tan lejos como alcance tu fuerza.

Nuestra la ladera, nuestro el observatorio, nuestra la ametralladora, nuestra la trinchera con seis pares de botas nuevas. Síguese para adelante y Vicente, los brazos en alto, de pie sobre el terraplén, eleva al cielo una pieza del mortero gritando a los del otro lado del valle.

—Nuestro, nuestro.

Tírale Guillén de una pierna y le fuerza a caer.

—¡Imbécil!

Una ráfaga le da la razón. Llega el escuchimizado riendo:

—No había moros, mi comisario. A ver si sirve esto.

Y le alarga un banderín y una botella de Pedro Domecq. Ahora se desespera el del fusil ametrallador ante el cadáver de su hermano. Retahíla de tacos secos, como sus ojos. Brama barbaridades.

Tres prisioneros, el mortero y vuelta a casa.

El muerto lo lleva, solo, su hermano; rechaza cualquier ayuda.

—Si estuviera herido, bueno.

Guillén se queda atrás, en el pueblo deshabitado. Las lagartijas son las dueñas del lugar. Salen sobre las piedras y se están quietas, miran y desaparecen como trallas de látigos al viento. Un gato. La hierba ya se venga y levanta su bandera verde donde puede, y es en muchos sitios; la maleza da flores blancas, moradas y amarillas. El sol empieza a soplar cálido y la tierra a oler, las moscas a zumbiar. Cáese un ladrillo con un ruido manso.

Guillén piensa que en el fondo lo que a él le gusta es eso: la guerra.



# LA LEY

Manuel García Cienfuegos se cuadró a su pesar:

—¿Yo, defensor?

—Sí.

Miró a su comandante con fijeza y arqueó las cejas.

—Y no pongas esa cara de imbécil.

—No he estudiado derecho.

—¿Comercio, no?

—Unos años; otros medicina. Pero soy perito agrónomo.

—Lo que eres es capitán. Y vas a defender a esos individuos. —Nos ha *amolao*...

—Ahora sí, te cuabras, das media vuelta y te vas. Tienes un par de horas para estudiar el sumario. Te advierto que estoy obrando con todas las de la ley. Puedo nombrar defensores de oficio, escogiéndolos entre los oficiales, si faltan letrados. —Como quieras. Salud.

Manuel saludó, se encogió de hombros y salió de la cocina de la masía, que era —desde hacía tres días— puesto de mando del batallón.

Afuera no se veía ni gota; noche de noviembre cerrada y el agua, cayendo mansamente, sin repiqueteo, aumentaba el silencio y el espesor de la oscuridad. Se envolvió en su poncho y, a tientas, se fue hacia la techumbre que resguardaba la paja sobre la que dormía.

«Nos ha fastidiado el gordo ése. ¿Qué se ha creído? ¿Que para despachar a esos dos al otro mundo tiene necesidad de fastidiar a los demás?».

Desechó la mala intención, que fue una de las cosas que primero se le ocurrieron. ¿Por qué? No, Santiesteban no la tenía tomada con él, ni los presos eran particularmente amigos suyos; lo cual podía justificar el que se le hubiese escogido por defensor de su causa perdida. No: la casualidad, el primer nombre que se le debió ocurrir entre los agregados al Estado Mayor.

Llevaban dos semanas de retirada y a aquellos dos imbéciles se les había ocurrido pasarse al enemigo. No eran los primeros, ni serían los últimos. Pero lo hicieron tan mal...

Desertores cogidos *in fraganti*, el resultado del consejo de guerra no podía dejar lugar a dudas, pero había que cumplir con las formalidades de rigor. (¿De rigor?, —se preguntaba Manuel—. Hay palabras que ni pintadas...). El paripé: los jueces, el fiscal, el defensor. El defensor era él. Había hecho muchas cosas en su vida, y pensado ser muchas, pero eso de verse convertido en abogado nunca se le había ocurrido. Además, ¿defender a unos desertores? «¿Entonces, qué? ¿Voy a tener que identificarme con su manera de ser, con su manera de pensar? Me parece que es lo correcto. ¿De otra manera, cómo podría hacerlo? ¡Qué sumario ni qué narices! Lo que debo hacer es hablar con ellos».

—Oye tú, Germán, déjame tu lámpara.

Los tenían encerrados en una porqueriza. El uno se llamaba Primitivo Ramírez, el otro Domingo Soria. Primitivo era cocinero. Domingo había llegado con la última remesa de movilizados. Era un hombre de treinta y cinco años que ya peinaba canas, chato, taciturno y malhumorado, alto, cargado de hombros; con su media nariz subrayada por un bigote regularmente poblado, el hablar quedo y tamañas manazas. Agente de aduanas, hijo de familia sin familia: tíos y gracias, pero la mitad de las acciones de la empresa era suya; agencias en Port Bou y en Irún, despachos en Barcelona, en Bilbao, en Madrid, en Valencia. Un buen negocio, saneado, sin preocupaciones, fundado en 1882.

Solía vivir en Barcelona, pasar los veranos en San Sebastián y, al socaire de la Concha, examinar el estado de cuentas de las agencias próximas. Tenía amigos, ninguno íntimo; amigas, ninguna querida. Se guardaba y resguardaba de todo, y una manía: los seguros. Estaba asegurado y contraasegurado de y contra todo. Nunca le había sucedido nada: nadie le robó, nunca se le incendió su automóvil. Pero vivía tranquilo: la sociedad y las sociedades le resguardaban. Además, obtenía condiciones muy ventajosas, porque la índole de su negocio le obligaba a asegurar las mercancías que pasaban por las manos de sus empleados. Desapercibido, todos le respetaban. Nunca fue nadie como no fuera, como sucedió, soldado de cuota. Y aun en eso tuvo suerte, que salió libre. Era de la quinta del 22 y pudieron haberle enviado a Marruecos. Se libró de todo sin hacer nada. Los hay con suerte, se decía, sintiéndose asegurado.

Le gustaba la ópera y le bastaba con la temporada del Liceo. A Francia iba, de cuando en cuando, para que no dijeran, dejando aparte las estancias obligadas en Perpiñán y en Bayona, por aquello del negocio.

Tuvo una aventura con una francesa: divorciada, en Tolosa, que amenazó durar. Cortó por lo sano; no se sentía seguro con una mujer que sólo chapurreaba español con tal de amarrarlo, o así se lo figuró.

De política no se había ocupado nunca, jamás votó, y le tenía sin cuidado lo que le parecía una cosa sin importancia. Mandaran liberales o conservadores, rigiese la constitución o una dictadura, estuviese al frente de la nación un rey o un presidente, lo mismo le daba; ni siquiera el cataclismo de 1936 le hizo tomar partido, hijo que era de castellanos, nacido en Port Bou. Más le importaban las revistas del Principal, pero sin entusiasmo. Había leído alguna novela de Pedro Mata, otra de Alberto Insúa. El mundo era inmutable y los pequeños cambios superficiales no

podían afectar, de ninguna manera, la organización secular que le sostenía a él, Domingo Soria, lo único que contaba de verdad en el mundo, además de su razón social: Soria sobrinos, sucesores de Soria hermanos.

Ni la proclamación de la República, ni los sucesos del 34 lograron hacer mella en su seguridad. El negocio seguía invariable, con sus pequeños altibajos en los beneficios, pero siempre suficientes para pagar las primas de sus cuantiosos seguros. Estaba en San Sebastián el 18 de julio de 1936, el 24 en Francia y se presentó en Barcelona el 28. En su oficina, nadie se extrañó al verle llegar. El contable principal se había hecho cargo del negocio, ya socializado. Le ofrecieron un sueldo —quince pesetas— si quería seguir acudiendo al despacho. Aceptó y nadie se metió nunca con él.

Tenía bastante dinero en sus cuentas corrientes para poder seguir viviendo como de costumbre. En el fondo estaba absolutamente seguro de que aquello duraría poco y que, al resolverse la situación, todo volvería a su cauce. Lo mismo le daba que triunfaran unos u otros, y era lo bastante prudente para callarlo. *La Victoria*, de Berlín, el *Crédit Banquaire de Lyon* y la *London Assurance* le hicieron saber que sus pólizas seguían en vigor y que no se preocupara por el pago inmediato de sus primas si surgían dificultades para la salida de divisas.

Cuando el gobierno de la República se trasladó a Barcelona, encontró a un subsecretario amigo que le libró de la movilización afectándolo a un ministerio, al que ni siquiera tuvo que acudir. Sus amistades en la frontera y en Perpiñán le permitían importar víveres, con los que compraba pequeños favores. Los feroces bombardeos de marzo de 1938 le removieron las tripas —con las ruinas a la vista—, pensó que los rebeldes ganarían la guerra. Lo único que le importaba es que fuera cuanto antes. El fervor popular le tenía sin cuidado, pero tampoco quiso afiliarse a una organización clandestina, tal como se lo propuso Ángel Soler, vecino suyo, hombre de edad, de pronto reverdecido por el peligro.

En la segunda quincena de agosto de 1938, todos los que vivían en Barcelona comían casi exclusivamente lentejas. Domingo Soria vio bajar alarmantemente los niveles de su despensa; le tranquilizaba la espera de una buena remesa de víveres que su amigo el subsecretario había de traerle uno de los días siguientes. El 18, fecha que no olvidaría, decidió ir a cenar a un restorán, por entonces floreciente, en un sótano de la plaza de Cataluña. Dinero no le faltaba y el hombre se olía que poco había de valer al entrar las huestes de Franco en Barcelona. Comiendo pescado le sorprendió la policía militar, que andaba a la captura de desertores: faltaban hombres en los frentes. No le valió su nombramiento. Si el subsecretario hubiese estado en Barcelona es evidente que lo hubiera sacado del cuartel donde lo internaron; pero estaba en París y no volvió sino cinco días más tarde cuando ya nuestro hombre estaba en Reus. De allí, una semana después, tras haberle enseñado el manejo del máuser, lo enviaron a Tremp y de allí al frente.

Domingo Soria estaba muerto de miedo, de miedo de que lo mataran. Lo demás le tenía sin cuidado, ni siquiera le molestaban las naturales incomodidades impuestas por la situación. Referente a la comida en seguida había hecho buenas migas con Primitivo Ramírez, bilbaíno gargantúa que se había aferrado desesperadamente a la cocina desde hacía meses, bien visto de todos, porque sabía darle algún sabor a lo más desabrido. Había sido cocinero de buen hotel, que

Domingo conocía.

Cuando los fascistas tomaron Bilbao, Primitivo fue a Santander; cuando ocuparon la Montaña, pasó a Asturias, de allí a Francia y luego, aquí estaba, en su fogón. La mujer se había quedado en Bilbao, a punto de parir. Ahora era padre de un niño, que es todo lo que pudo saber. Hablaba poco, y sólo de eso; socialista, porque todos los bilbaínos decentes lo eran.

Huérfano desde que tuvo uso de razón, lo recogió un pariente lejano, portero del hotel Inglés; pinche tan pronto como pudo serlo, su mundo, la cocina. Un universo cómodo. Se casó con una camarera —de Deusto era ella— y fue feliz.

—Militares tenían que ser...

Ahora había vuelto a blasfemar, vicio que Begoña le había quitado en un santiamén, muy de iglesia la moza.

Hasta ahí no le mintió Domingo Soria a Manuel García, en la porqueriza, como no fuera el asegurarle que siempre había sido republicano de pro. Por otra parte, nadie podía probarle lo contrario. Lo de pasarse al otro lado, era otro cuento. Aseguró que nunca fue ésa su intención; quedaron rezagados, él y Primitivo, y se desorientaron. ¿A quién no le sucede? ¿Que por qué se quedaron atrás? No es que se quedaran, volvieron; a Primitivo se le habían olvidado unas latas de sardinas, y, en las circunstancias actuales, no era cosa de dejárselas al enemigo.

—¿Es cierto eso?

—Sí, mi capitán —aseguró el bilbaíno, tras dudar un momento.

—¿Cuántas latas eran?

—Tres —dijo el cocinero, sin darse cuenta del despropósito.

—Tres cajas de cincuenta —acudió a corregir el catalán.

Iba a protestar Primitivo cuando, a la luz de la bujía que les iluminaba, vio los ojos de su compañero y se calló.

—Y luego, en vez de irse a reunir con el batallón, se fueron hacia las líneas enemigas...

—Ya le dije que nos desorientamos, mi capitán.

—Si no es porque les sorprendió una patrulla, se pasan...

—No, mi capitán.

—Yo creo que es mejor que me digáis la verdad. Conmigo no os comprometéis, soy vuestro defensor. A ti —le dijo a Domingo— casi no te conozco; pero a ti, cocinero, sí. ¿Querías ver a tu

hijo?

—Pues, sí, señor. ¿Y usted cree que nos vayan a fusilar por eso?

—Conocéis las ordenanzas. Pero yo haré todo lo que esté en mi mano.

—Usted es muy amigo del comandante...

—No creas que sirva para gran cosa.

—Pero usted puede alegar que nos perdimos —imploró Domingo.

—¿Quién lo va a creer?

—¿Qué razón tenemos, o tengo yo, para pasarme?

—Tú lo sabrás.

—La mayor parte de mis negocios están en Barcelona y en Port Bou. Además soy muy amigo de...

—Ya me lo has dicho.

—¿Y eso no sirve de nada? Él responderá.

—No creo que de aquí a dos horas se pueda consultar.

—¿No se podría posponer el consejo de guerra?

—No lo creo.

—Inténtelo. Se lo... (Iba a decir «se lo agradeceré toda la vida», pero se calló).

Manuel García ni siquiera se preocupó por saber quién había sido el inductor. La cosa estaba clara. Salió encogiéndose del cuchitril y se fue a pasear por el campo. Empezaba a amanecer. Ya no llovía, pero todo el suelo era lodazal. El techo de la masía se recortaba moradísimo en un livor ajeno. Un árbol, desnudo del invierno, calcaba las raíces de sus ramas en el hálito del día próximo. Dos hombres, encapuchados, chapoteaban alrededor del pozo. Manuel atravesó el patio —el gallinero vacío, la caballeriza vacía— y salió al campo. Cerca del portón, un arado volcado levantaba el filo de su vertedera hacia el cielo preñado de agua.

Una larga alameda atravesaba el llano mundo labrantío. Manuel, sin cuidarse de los charcos, bien protegidos los pies por fuertes botas de campo, no hallaba salida.

«Dos vidas, puñeta, dos vidas y yo su defensor. No es broma. Soy su defensor. Los tengo que defender. ¿Cómo? No soy abogado. ¿Qué sé yo de eso?». «La Ley».

Se le revolvió la sangre contra su comandante. «¿Qué tengo que ver yo con eso?». Pues sí, tenía que ver. Se ciscaba en la guerra. «Matar, bueno, un fusil en la mano, como fuera. Pero defender... ¿Al fin y al cabo no defendía a España contra los vendidos? Pero ¿defender a unos que se iban a pasar? ¿A unos desertores? El catalán ése, no me va ni me viene, pero Primitivo, el *Cochinero*...».

Se detuvo.

«No. Si de veras quiero defenderlos, me tengo que poner en su lugar. ¿O no? ¿Cómo lo haré mejor? Si fuera abogado es evidente que podría asumir una posición ecuánime, ver las cosas desde fuera, sacar argumentos de la bolsa del derecho. Pero el caso es distinto: si los quiero defender — que no quiero, pero debo—, me tengo que poner en su lugar. Y hacer todo lo que pueda. ¿Y qué puedo hacer?».

No se le ocurría nada, como no fuese echar pestes del comandante.

«¿Por qué me había de tocar a mí la defensa? Y a esos dos me los van a fusilar ahí, contra la tapia. Dos seres vivos, ni mejores ni peores que yo. ¿Por qué se dejaría embaucar Primitivo por el tipo ése? Y ese Domingo del demonio... Tampoco parece mala persona. A lo mejor, al intentar pasarse los hubieran frito a tiros. Dos más a los gusanos ¿qué importancia tiene? Ninguna. Lo único es que los tengo que defender. Y Primitivo... ¿Qué hago? ¿Doy por bueno eso de que se despistaron? Lo de las sardinas no se lo va a creer nadie. ¿Me limito a pedir benevolencia al tribunal, sabiendo que no hará caso? No, puñeta, yo soy defensor, abogado defensor. ¿No es para reírse? No, no es para reírse. Son dos vidas».

Y le salían los tacos en retahíla. Además, se le helaban los pies. Ya casi era de día. El pardo de la tierra cobraba su color. De las ramas desnudas caían algunas gotas, una se le metió por el pescuezo y le produjo un escalofrío. El deseo de una taza del llamado café caliente le hizo más punzante la presencia mortal de Primitivo.

Hizo cuanto pudo. El consejo de guerra se reunió en el granero. Manuel se sorprendió de su propia elocuencia. Resultó que no tenía que defender a Primitivo, sino únicamente a Domingo Soria. La defensa del cocinero fue encargada a otro capitán que se limitó a pedir clemencia, dados los antecedentes del inculpado. Ni la parquedad del uno, ni la insistencia de Manuel García sirvieron para nada. Los hechos eran claros y la sentencia sin remedio.

Fue el defensor a pasar los últimos momentos con su defendido; cada uno de los condenados tenía ahora una porqueriza para él solo. A Manuel le había entrado un verdadero afecto por aquel hombre que iba a morir un poco por azar. (—Si yo no hubiese ido a cenar aquella noche al restorán aquél de la plaza de Cataluña... —Si el subsecretario hubiera estado en Barcelona...). Hablaron de la ley, de lo inexorable de la guerra, de la disciplina. Enhebraron lugares comunes: La Ley, las leyes, sin leyes no se puede vivir. Hay que respetarlas. Es la norma de las cosas. El bien de todos.

Manuel se preguntaba si no estaba desvariando. No. Tenía razón. La Ley. Tal vez aquel hombre comprendía que su sacrificio era legal y aquello aplacaba sus nervios.

—¿Usted no sabe nada de seguros de vida?

—No. Francamente no. Siempre creí que se trataba de un engaño bobos.

Domingo Soria defendió los seguros de vida. Pero ahora no sabía si su muerte —la clase de muerte que la suerte le deparaba— entraba en las cláusulas de sus pólizas. Y no las tenía a mano. Encargó a su defensor que entrara en posesión de las mismas, tan pronto como fuera a Barcelona, e hiciese cuanto le pareciera prudente. Así se lo prometió Manuel.

Se sorprendía de la tranquilidad del futuro muerto. En el fondo, estaba satisfecho de su comportamiento, del suyo, del de Manuel García Cienfuegos, y de lo bien que había hablado y sobre todo del acierto que había tenido, ahora, al traer a colación la ley y su inexorabilidad, sustento del mundo. Se daba cuenta de que, por instinto, había dado en el único —¿el único?— clavo sedante para su defendido. ¿Por qué no estudiar leyes al acabar la guerra? Desde luego era una barbaridad matar a un hombre por un hecho tan nimio como ese intento fallido de pasarse al enemigo. Bueno, pero ése era el punto de vista del ciudadano Manuel García, perito agrónomo. No el del capitán García Cienfuegos, menos todavía el del abogado, Manuel García Cienfuegos.

De buen grado hubiese insistido acerca de ello, si el tiempo no fuera pasado. Domingo le entregó su pluma estilográfica, su reloj y su cartera, con encargo de hacerlos llegar a sus socios. Le regaló su encendedor, en prueba de agradecimiento. El hombre no flaqueaba.

—No se preocupe, capitán, es la Ley.

La Ley que había respetado toda su vida.

—Usted hizo cuanto pudo. Se lo agradezco.

Lo sacaron al campo y, mientras se procedía a las formalidades de rigor, Manuel se acercó a su comandante.

—Oye, tú. ¿No habría manera de aplazar la ejecución? Es una persona decente.

—Por lo visto, has tomado tu nuevo oficio muy en serio.

—Si quieres. Pero, de verdad...

—A lo tuyo.

No tenía sino resignarse. No era contra la tapia, sino en pleno campo. Ya estaba formado el pelotón: cinco hombres, que no había más disponibles. El pobre Primitivo no se tenía. Manuel, que marchaba al par que Domingo, sintió cierto orgullo por la entereza del condenado, del suyo.

Marcial mandaba al pelotón.

Eso lo hizo reconciliarse a medias con el comandante. No por dar las órdenes, sino por

aquello del tiro de gracia. (¿De gracia?). Podía haberle tocado a él. Prefirió su papel. Pero, de verdad, ahora que se acercaba el momento de la descarga y de la muerte de Domingo Soria, no las tenía todas consigo.

Echaba pestes de la guerra. ¿No era suficiente matar a los enemigos declarados?

El campo se abría, desolado y asolado. Ahora habían cobrado cuerpo unos cuantos setos que separaban diversas heredades.

Quién sabe por qué, a esa hora triste, el campo no parecía tener fin. La tierra era plana y el sol, invisible, estaba fijo. No habría otra noche. O, mejor, la noche ya había caído para siempre sobre Domingo Soria, y él tenía culpa en parte, en parte muy exigua, pero la tenía.

No los ataron, ni les vendaron los ojos.

—Apunten...

Domingo Soria echó a correr como un desesperado, como un conejo.

—¡Fuego!

Todos los del pelotón apuntaron a Primitivo, que no se había movido. Cayó blandamente.

Manuel García Cienfuegos, como un loco, echó a correr tras Domingo, desenfundó su pistola y vació todo su cargador contra el fugitivo. Domingo, más ligero, se perdió tras los setos.

A Manuel se le revolvía la sangre. ¿Para eso tanto respeto por la Ley? Estaba condenado, ¿no? ¡Pues a morirse como los hombres!

El comandante le miraba asombrado.

—¿Por qué no disparasteis contra él?

—Estabas tú entre el pelotón y el fugitivo.

—Pero, la Ley...

Se calló, miró a su superior, sonrió:

—Cómo cambian los hombres...

—No lo sabes bien.

# *ESPERA*

Llueve menudo. La masada, viniendo de Sabadell, no revela su condición: achaparrada, sin luces, los muros sucios de una lechada añosa, algunos olivos en abrazadera de campos. Una tapia alta corresponde al patio y las dependencias, que en sus tiempos aquello fue almazara. El sobrado se esconde bajo tejas pintonas. Perdidos en la extensión, quien se fija percibe los aviones, quien da la vuelta a la fábrica descubre los hangares. Muy a lo lejos otra alquería, en el otro extremo del campo, cobija soldados y oficiales. La carretera se desfonda de tantos ires y venires, luego sigue la vía del ferrocarril, y mejora.

A lo lejos el Tibidabo, verde oscuro, heraldo de Barcelona. Espero, desde las tres de la tarde, la llegada del aparato que me ha de llevar al Centro. Las horas pasan lentas, perdidas, pesadas de espera. Las ideas no llegan a concretarse: van y vienen, entremezcladas: Elisa, el frente, el mal tiempo, la ayuda internacional, el hambre, el frío, la lluvia, los motores, la velocidad, la soledad, el color tamizado de las lejanías; la ciudad, rojiza de sus tejados, el paso del tren, las manos: ¿más calientes en los bolsillos del pantalón o enguantadas en la guerrera?, ¿a qué hora llegaremos a Albacete? El cielo sin color, con escurriduras de carbón. Elisa. La guerra y la paz. Unos mecánicos se afanan, en silencio, alrededor de los cilindros de un motor nuevo. El teléfono funciona continuamente. Quieras que no, cada vez que lo oigo me acerco al despacho que lo encierra.

—¿Nada?

—Nada para usted.

La soledad, el silencio del campo, espacia dos martillazos, luego cruza un tanque de gasolina. Si llama otra vez el teléfono no me acercaré: a ver si es para mí... ¡Cuántas supersticiones! ¡Cuántas cosas de adentro a escardar todavía! Siempre nos quedaremos en las orillas de nuestra vida. ¿Qué hacer para vivir de verdad? ¿No vives? El cielo tiene sus culpas; con sol las preguntas son menos. No hay más vida que esta lucha nuestra cerrada. Lo demás es muévedo y dolo.

Cruzo el campo chapoteando charcos y la hierba rala. Bajo las alas de un trimotor empotrado, con sus motores enfundados, charlan tres o cuatro. Más allá los restos retorcidos de otro aparato. Llego a la alquería y subo —por tercera vez en dos horas— al despacho de la *Meteo*.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Y el tiempo?

—Mejor en Tarragona.

Anochece ahora de verdad. Vuelvo hacia los hangares. Lluve menudo. No hacer nada, reconcomerse; no poder pensar en nada preciso, idas las ideas a medio camino. No estaba preparado al descanso. Me coge sorprendido el paréntesis. ¿Volver a Barcelona? El avión puede llegar de un momento a otro. Recostado contra la caseta del teléfono, releo los anuncios de *La Vanguardia*. Cayó la noche, tan largo el tiempo que no la sentí. Las ocho: avisan que *El Dragón* ha aterrizado en Valls. Que vendrá. Que espere.

Me recojo al interior de la casa. Del hangar se pasa al patio. A la flaca luz de una bombilla el centro blanco de una yuca aparece como un fantasma. Corren a lo largo del pie de las paredes descuidados arriates. Los hilos menudos de la lluvia se doran a su paso por la luz. En el zaguán oscuro la horca enorme de las manceras curvas de un arado asido por telarañas, contra la pared. Que el campo era antes campo. Una cantera vacía al fondo, unos aperos olvidados descansan en ella. El suelo, recién barrido, duro, desigual; un azulejo de seis ladrillos muestra entre una orla de flores y frutos a la Virgen del Rosario; el polvo, levantado, se reparte por los paramentos formando, al sesgo de la escasa luz, aborbelladas nubes, dando profundidad a lo que no la tiene. A la izquierda un algarín oscuro.

Tuércese a la derecha para dar a la cocina, que sirve para todo. Baja de techo, córrele por la pared más larga, bajo un alizar blanco, una larga losa de piedra artificial que encastra una pila de mármol donde, culo al aire, se secan una veintena de copas, bajo un escurridor, donde cuatro platos descantillados dan a entender que si allí se da de beber no se espere comida.

El payés se ha vuelto ventero a la suerte de las armas. El tal no aparece; lleva el improvisado mesón su cónyuge ayudada por una moza; el servicio es fácil y la ganancia buena; sólo hay coñac y anís y a peseta la copa —y éstas de más vidrio que cabida—; las mujeres las desbordan al verter, a pesar de los rezongos de los finolis —por la pringue de los dedos— y de los ansiosos, por lo perdido. De la habitación vecina —el dormitorio de la honrada pareja—, donde está prohibido pasar, sólo se alcanza un quinqué de globo blanco y pie de vidrio anisado con filetes de oro.

La chimenea de campana ocupa un tercio de la cocina. De una cadena lustrada, carcomida y negra por los años, pende un candil olvidado. Alrededor de un escaso fuego, donde, sobre unas trébedes, anda plantada una olla pequeña, tres hombres adormilados. Ya cano, cae requemado un trozo de leña. Se oye el latido fuerte de un despertador, el chirriar de unos goznes. Se siente la gran manta de la lluvia.

Así es como viene, lenta, la soledad. Algún auto abre un mundo de puntos suspensivos de agua lenta en la noche negra. Un aire fresco penetra de pronto en la estancia. Enciendo un cigarrillo. Alguno me mira con envidia.

¿Dónde están mis amigos? La guerra. El frente. Mundo revuelto. La soledad. ¿Cómo he de escribir esto que anoto? ¿Cuántos miles han sentido lo que me pasa y no puedo reflejar? La soledad se convierte en melancolía, en recuerdos imprecisos de paisajes y personas queridas y fugaces, inaprehensibles. Así viene la tristeza, callada. Pesadumbre del cuerpo, incapacidad de mover un

brazo. Entumecimiento. Lentitud del rodar del mundo, desaliento. Ya debe de andar mediada la noche.

Me sirvo otra copa de anís sacarinoso. Las paredes sucias, la campana de la chimenea se deshace hacia el techo en ocres y negros repiqueteados por las moscas. Intento no apoyarme en la mesa pequeña y paticoja: me molesta su inseguridad. De cuando en cuando entra uno, de mono, y dice, a media voz:

—Salud.

Mira y se va. En la esquina, como un trapo, duerme encaracolado un gato negro.

Suenan las sirenas de la alarma. Nadie se mueve. A lo lejos, sobre Barcelona, los antiaéreos. Ni siquiera salimos a mirar. Luego la calma y de nuevo la sirena.

A la una se oye el ronroneo de un motor. Salgo al hangar, veo encenderse el balizaje rojo, luego el reflector del extremo del campo. Ha dejado de llover.

—No. Quédese aquí. Ya le avisarán.

Se apagan las luciérnagas coloradas.

—Ha tomado tierra.

—Todavía tendrá que esperar algún tiempo. La gasolina...

—Supongo que no saldremos hasta la madrugada.

Vuelvo a la cocina. Decido amodorrarme bajo la campana, al amor del fuego; retiro la silla del contacto de la pared y la echo atrás buscando un ángulo cómodo a la espalda. Entre sueños creo reconocer a Herrera en el centro de la habitación. Es Herrera. Salto de mi cuchitril.

—¿Qué haces por aquí?

Nos abrazamos.

—¿De dónde sales? ¿Caes del cielo? —Me lo dice por el escotillón de la chimenea.

—No nos hemos visto desde lo de Teruel.

—¿Y tú?

—De Archena.

—¿Acabó el curso?

—Eso dicen. ¿Qué haces aquí?

—Al Centro.

—Seguramente en el aparato que me ha traído.

—¿Bien?

—Regular. ¿Tienes coche?

—No.

—Ya avisaron a transportes. El tiempo que suba.

—¿Y los otros?

—Toma algo.

La moza había salido, la copita en la mano, cogido el pie entre el índice y el medio, a lo camarero.

—¿Qué hay?

—¿Anís o coñac?

—Coñac. ¿Qué noticias?

—Si siguen así llegarán a Vinaroz. Se han metido por el Maestrazgo como Pedro por su casa.

Nos sentamos.

—¿Y los otros?

—Ya los verás.

—No sé si me dará tiempo. Supongo que nos mandan más abajo de Caspe.

—Lo peor es el pesimismo de Prieto.

Entra un mecánico.

—Chica, calienta esto.

Le tiende una fiambarrera de aluminio.

—¿Hay algo para comer?, —pregunta Herrera.

—Sólo de encargo.

La muchacha se alza a coger una cerilla de una caja sucia, en el reborde de la campana de la chimenea, donde se empolvan cuatro frascos medio vacíos y la cajita de cartón de un medicamento, descolada del humo, y de la humedad, del tiempo.

—¿Así que...?

—Dieron los cursos por acabados. Todos hemos salido con destino, lo mismo los que estábamos hace cuatro meses que los que sólo han estado dos.

—¿Y hay tanques?

—Eso dicen.

—Tú, ¿qué crees?

—Podremos con ellos.

Entra un mecánico.

—Ahí afuera le esperan, mi capitán.

Nos levantamos y salimos al hangar. Por el intersticio de las inmensas moles correderas que ahora lo cierran, a la luz incierta del amanecer, la lluvia se hace visible. Prestando atención se oye la gran sábana del agua cayendo sobre la tierra.

Es el coche.

—Seguramente, con este tiempo, no saldréis hasta dentro de unas horas. ¿Quieres algo?

—No. Nada. Nadie sabe que cruzo.

—Quédate. ¿Para qué te vas a mojar?

Nos abrazamos. Me rehíla cierta comezón sensiblera. La combato y me tengo en menos.

—Salud.

—Salud.

Un portazo y el ronquido carraspeante del arranque.

—¡Vaya cacharro!, —dice el mecánico.

Me vuelvo a la cocina. No sé por qué me da la corazonada que no nos volveremos a ver. ¿Él o yo? Tal vez los dos. La culpa la tiene la lluvia. No es posible que lleguen a Vinaroz. Los detendremos en el Maestrazgo.



# UN ASTURIANO

—¡Asturias!

—¿Asturias?

—¡No habíamos de pasar! ¿Quién ha defendido Irún? ¿Quién defendió San Sebastián? ¿Quién les detuvo en Bilbao?: Los asturianos, nada más que los asturianos.

En Bilbao todo es muy bonito, todo está muy bien arreglado, todo muy limpio. Y los milicianos o los soldados, como los llamaban allí, ¡qué bien vestidos los ángeles del Señor! Daba gloria verlos, con sus botas charoladas, sus calcetines blancos, sus cascos relucientes y andando dándole a la mano: un, dos, un, dos. Tan bien alineados que daba gloria verlos... Lo digo de verdad, ¿eh?

No llevábamos salvoconductos ni hacían falta. ¿Para qué?

—¿Asturias?

—¡Adelante!

¡No habíamos de pasar! Como que donde ven u oyen Asturias todos se descubren. ¡Y bueno hubiera sido que no lo hubieran hecho! Llevábamos unas pistolas ametralladoras que eran un portento. Se nos había acabado el dinero. Íbamos a Bilbao, a arreglar eso de alguna manera. No teníamos papel para imprimir más, ni troqueles para acuñar metal, que ése no faltaba. Pasamos por Santander. Ya os digo; no llevábamos un mal papel, pero bastaba con el letrero: Asturias.

—¿Asturias?, —preguntaban en los controles.

—¡Adelante!

Llegamos a Bilbao. Allí todo tan limpio, tan bien ordenado, tan todo por la derecha, guardias para la circulación, en los cruceros, con sus cascos y todo (con la falta que hacían en los frentes). Y otra vez lo mismo: sin papeles ni nada.

—¿Asturias?

—¡Adelante!

Así llegamos, los banqueros que venían conmigo y yo, a ver al Ministro de Economía, de Hacienda o de lo que fuese.

—¿A quién anuncio? —preguntó un ordenanza de lo más ordenado.

—Una comisión de Asturias.

El sésamo. Nos recibió en seguida, de pie, tan correcto, tan bien afeitado, con corbata y todo. Nos dio la mano y nos hizo sentar.

—Bueno, ¿a qué debo el gusto de verlos por aquí? —Así, hablándonos de usted y todo.

Se lo explicamos: falta de papel, de troqueles.

Nos enseñó la moneda divisionaria que habían hecho en Francia. Preciosa, preciosísima. Mucho más preciosa que las francesas. Con una República que no se podía pedir más.

—Pero ustedes no la pueden hacer.

—¿No? ¿Por qué?

—La emisión nos ha costado un millón de francos.

—¡Ah, claro!

—El papel es más barato.

—¿Tiene papel?

—No sé.

—Vamos a ver.

Nos hizo acompañar a una fábrica de papel. Porque en Bilbao hay una fábrica de papel.

Por las calles, mientras cruzamos la ciudad, aquellos soldados tan bien vestidos, con sus botas de color, sus calcetines blancos y sus cascos, ¡qué bien andaban! Daba gloria verlos, acostumbrados como estábamos a los nuestros, desgalichados, con las alpargatas rotas, llenos de barro, sin afeitar, pegando tiros.

Llegamos a la fábrica y de buenas a primeras tropiezo con lo que buscábamos: un papel precioso, que tenían tirado en una esquina, de cualquier manera, y que era igual al que nos habían indicado: con un sello al agua, unos aeroplanitos preciosos. Ni hecho de encargo. Volvimos al Ministerio. Nuevos saludos, nuevos ofrecimientos, nuevos apretones de manos. Pagamos el papel.

—Es una lástima —se atrevió a reventar el ministro aquél.

—¿Lástima? ¿De qué?

—De que estén ustedes echando a perder la economía.

—¿La economía, señor Ministro?

—Sí, la economía.

—¿Cómo es eso?

—¿No es cierto que reparten el *champagne* a manos llenas?

—¿El *champagne*, señor Ministro? Dirá usted la sidra.

—Sí.

—¡Pues poca que tenemos!

—Sí, pero no es esto lo malo; sino que he oído o me han dicho que recomiendan ustedes que cuando se la beban rompan los cascós.

—Sí. ¿Y qué?

—Pues...

—Así tienen trabajo en las fábricas de vidrio, señor Ministro.

—¿No comprenden ustedes que es una barbaridad? ¿Con qué pagarán ustedes los nuevos?

—Con los billetes que le acabamos de pagar, señor Ministro. Y aunque estemos equivocados, ¿qué? ¿Pelemos peor por eso? ¿Tomaron los vascos el Naranco o los cuarteles de Gijón?

Uno de los banqueros acudió al quite.

—¿Tienen ustedes níquel? —preguntó.

El Ministro se quedó de piedra.

—¿Níquel? No. ¿Para qué?

—Para acuñar moneda.

—No.

—¿Y troqueles? —pregunté yo.

—¿Troqueles? ¿Troqueles?... Quizás.

—Entonces está todo resuelto.

—¿Qué acuñarán ustedes? —preguntó el Ministro, con una sonrisilla de superioridad.

—Bronce.

—¿Pero ustedes tienen bronce?

—Claro está.

—¿De dónde lo sacaron?

—De las campanas; el primer día mandamos bajarlas de todas las iglesias.

No os podéis figurar la cara que puso el catolicón aquél.

—Pero las campanas, señores, las campanas... están benditas.

—También bendicen los obispos los cañones con que nos...

Aquí dije una palabra que reventó como un tomate maduro en la cara del señor Ministro.

Nos llevamos los troqueles. Emitimos moneda. Con el papel, hicimos los billetes más bonitos que nunca se imprimieron.

A la vuelta tampoco llevábamos salvoconductos, sino el letrero aquel: Asturias... Y los controles, nada más verlo, nos decían:

—¿Asturias?

—¡Adelante!

*México, 1944*

# *SANTANDER Y GIJÓN*

—Aquí nunca os daréis cuenta de lo que pasó en el Norte —nos contó una noche Toribio Mayans, en Barcelona—. La diferencia que va de una frontera al mar. De lo artificial a la verdad. Del poste pasas, de la playa no. El mar, de pronto, se nos aparecía muralla: en pie, vertical. Hacia el mar se pueden hacer muchas cosas menos echar a correr. Jesús no hubo más que uno, en Santander perdió la ocasión de convencer a muchos. Andabas con pies de plomo en espera de que te subiera a la cabeza. He estado en todas, en Santander y en Gijón. En Santander murió mi hermano. Dios, ¡qué chaval! Lo hirieron en Torrelavega, cuando intentaron cortarnos. ¿He dicho intentaron? Cuando nos cortaron. Vinieron a decírmelo estando en el local de las Juventudes. Ya recordaréis que no estaba lejos del hospital. Fui para allá. Todos nosotros hemos visto cosas, no como aquélla. Valdecilla ya no olía a fenicado, a éter, a hospital, no: olía a sangre, a estiércol. Sangre por todas partes. Gritos, angustias, lamentos. Y nadie cerraba las puertas. Los traían en montones y los dejaban allí. (Los fascistas en Torrelavega, es decir, el camino de Asturias cerrado, sólo el mar. Y todos lo sabían). ¿No habéis oído nunca a una mujer con el vientre deshecho, con un feto en los brazos? ¿Y una muchacha con una rodilla colgando? Una rodilla, digo: una rodilla y no una pierna: una sola rodilla cercenada por bajo y colgando del muslo. Recordaré siempre un corredor donde había una runfla de tíos héticos, más de diez hombres tendidos en el suelo y en medio de aquéllos, que parecían muertos, un viejo, solo, aullando. Yo buscaba a mi hermano. La disnea de aquel hombre, blanco como no tenéis idea de cómo se puede perder el color, arrojando unos mocos verdes y sanguinolentos que le manchaban todo el pechero. El olor de la sangre, corroídos los cuerpos por los humores. Y sobre todo, ante todo, en los ojos de todos el miedo al abandono: la certeza de ver llegar a los moros y morir acuchillados, sin salida. El camino de Asturias cortado. Sólo el mar. Parecía que a todo le faltaba aire. Un ayear continuo. Faltos los médicos de lo más elemental, ante todo de tiempo. Los alaridos de una niña, clamando por su madre. Y gente corriendo, entre unos y otros, tropezando con los heridos tumbados, barbotando blasfemias. El gañir de los unos, el resollar de otro que respira por unos tubos que le penden por el costado, el acezar de diez, el jadeo de cien. El aire parecía ascua. Tuve que pasar por encima de un viejo que ululaba, para penetrar en otra sala.

Unas camas sucias y vacías.

—Los que puedan y quieran, que evacúen.

Se fueron cojos y mancos. En esa sala vi el cadáver de un compañero nuestro, Celso Ramírez; por piernas dos reburujones sanguinolentos. Ése por lo menos no gañe. El olor, el olor, el carcavinar de tanta extremidad podrida. A lo peor tropezabas con una chata llena de orines, algodones y pus. Ves un mozancón llorar los kiries y te vas llenando de una rabia feroz, una rabia tremenda y bárbara. Y lo peor, pensar que los que venían eran italianos. ¡Qué vergüenza! El camino de Asturias cerrado; sólo el mar.

A última hora tanto daba que fueran hombres o mujeres. Los dejaban en el zaguán. Igual se quejan. Quizá zollipeen un poco más las faldas. Allí les amontonaban a la buena de Dios. ¿Cómo quieres que diera con mi hermano entre tanto gusarapo hediondo, entre tanto trapo manchado de sangre? Quedaban dos médicos y una enfermera, Rosario Zamora. ¿No la conoces? Sí, hombre, esa chica que fue amiga de ese sinvergüenza de Arizmendi, guapetona ella; la dejó tirada. Con lo buena que está... A uno de los médicos ¡sí le tienes que conocer! Juanito Arderius, sí, hombre, aquel chico de la FUE de Madrid. Lo hirieron en San Carlos, ¿no te acuerdas? Allí en Santander se quedó. No consintió en marcharse. «Entre hundirme con un barco y hundirme con mi hospital, prefiero el hospital». No le salvó nadie del paredón.

Toribio Mayans hizo una pausa, porque era la décima vez que contaba aquello y valoraba sus efectos.

—Pues creerme, cada noche recuerdo el olor de aquella carnicería, no lo he podido olvidar nunca. Yo, vengo a buscar a mi hermano. ¿Cómo dar con él entre tantas caras informes, desdibujadas por la angustia de la muerte? Los ojos hundidos, las bocas ahelitas, a medio cerrar, las pupilas dilatadas. No le vi. Cuando salí al jardín, desesperado, entraban cuatro milicianos con una camilla. Inmediatamente tuve la certeza —¿cómo lo supe?— de que allí le traían. Me hubiera jugado la vida a que era él. Traía la manta echada sobre la cabeza. La levanté, no me había equivocado: era él.

No perdió nunca el conocimiento.

—Antonio, murmuró. (Me llamo Toribio, pero en casa siempre me han llamado Antonio). ¡Antonio! ¡Qué alegría! ¡Antonio, me han matado!

—¡Bah, no será tanto!, le contesté. Ya ves Vicente (mi hermano mayor, herido gravemente y que ya estaba bueno). ¡Cómo se le alegraron las llamillas de las niñetas!

—Además, continuó, no te preocupes: no tiene importancia. Traía un brazo colgando, más unido al cuerpo por la ropa que por la carne, y las piernas destrozadas. Yendo yo delante le llevamos a la sala de operaciones. Le vio Arderius.

—¿Para qué? —me dijo, aparte—. Yo le opero si quieres. Pero esos van a estar aquí dentro de unas horas; y transportarle, ni pensarlo. Además, no tengo quien me ayude para una operación de esta envergadura, ni tengo cloroformo. Me quedan unas inyecciones de morfina, a mano. Le voy a dar una, voy al almacén por más. Es lo único que puedo hacer por él, y por todos.

—Han cortado por Torrelavega, han cortado...

Fue en lo único en que mostró alguna exaltación. Le dejaron allí, en la mesa de operaciones.

—Le dirás a la madre que me he acordado de ella. Y a los hermanucos: a Rafael, a Víctor, a Santiago. El chaval levantó el brazo sano, apretó el puño y gritó. —¡Viva la Revolución! Se me saltaron las lágrimas—. Antonio, me reconvino, te creía más hombre.

Él tenía dieciocho años.

—Eso no tiene importancia, repitió.

Allí estuvimos. Tuvo una sola debilidad:

—Antonio, me pidió, no me dejes solo...

Aunque no me lo hubiese pedido. Y eso que yo sabía que cada minuto que pasaba allí era precioso para salvar mi vida. Si tardaba en morirse, me cogerían allí, y para qué os voy a contar. No se me ocurrió un solo momento irme. A veces me pregunto: ¿si no hubiese sido tu hermano, te hubieses quedado? Yo procuraba alentarle recordando compañeros nuestros salidos con bien de heridas graves. Aquello le reconfortaba. Se murió sin decir ni pío. Hasta en eso fue grande: se murió a tiempo. Salí de la sala, tropecé con Rosario, y quieras que no me la llevé. Fuimos a las Juventudes, no había nadie, los cajones por el suelo. Ya estaba la quinta columna en la calle. Tuvieron una idea peregrina: sacar barricas de vino a las aceras. Los nuestros empezaron a emborracharse. Todos bajaban hacia el puerto. El instinto de conservación le llevaba a uno al mar. Sonaban tiros sueltos por todas partes. Paqueaban por la parte alta. Los cafés estaban abiertos, las mesas revueltas. Borracheras de muerte. Yo vi a dos levantarse la tapa de los sesos; como te lo cuento. El muelle era algo serio. Te disparaban desde las embarcaciones como intentases tirarte a ellas, y por detrás los otros. Figúrate. Algunos se tiraban al mar con la intención de que los recogieran. Hubo quien murió de un toletazo o de un remazo en la morra. Otros se zambullían con un neumático bajo los brazos. Quién defendía el atracadero con ametralladora. Los aviones de los bitongos encima, peladilleando. Quisiera recordar si la gente chillaba, creo que no. Se oía como un crepitar de leña seca. Ya debían ser dueños de la calle Blanca. Por el Sardinero los señoritos habían empezado la caza. Añade el humo de los incendios. Por Atarazanas plantaban banderas. Salvarse, no teníamos otra idea en la cabeza. No veíamos, no oíamos. Salvarse. Salvarse. He visto salir gente agarrada al ancla de un barco, en proa. Se necesita un par de... Allí colgados hacia la mar abierta. Las pesqueras cargaban setenta, ochenta hombres. Los muelles abarrotados, en la ría la gente debatiéndose, las embarcaciones procurando alejarse. El mar quieto, la marea contraria. Los fachas debieron emplazar una ametralladora enfilando el paseo de Pereda, porque de pronto aquello se limpió. Nosotros ya estábamos frente a la Magdalena. Era muy tarde, salimos a la luz de los incendios, orleados de tiros. Nunca se me olvida aquél levantándose la tapa de los sesos: le estalló la cabeza como un coco.

Toribio Mayans se calló un rato. Bilbaíno, hijo mayor de una familia obrera de Sestao; el padre, socialista viejo; todos los hijos militantes. Toribio había sido más o menos un niño prodigio, con becas y pensiones; estudiaba en Valladolid cuando estalló la rebelión. Vicesecretario de las Juventudes Unificadas, dejó el cargo para ir al frente. Comisario de brigada. Murió, luego, en el Ebro. Seguía:

—Todo esto no fue nada comparado con lo de Gijón. Los muelles del Musel estaban hechos polvo. ¡Cuánto hierro retorcido! Hundieron el *Ciscar* al mediodía, y ya no hubo autoridad que valiera. Muchos pensaban haber salido en él. Una vez enfondado, ya nadie obedeció a nadie. Cada cuerpo se alzó en autoridad, los tanquistas porque tenían cuatro tanques, los de baterías de costa

porque pensaban que el tener cañones les daba preferencia para la evacuación. Además nadie se andaba con chiquitas. «Si salen otros antes que nosotros, los hundimos...». Los carabineros por estar en el mismísimo muelle; los de asalto porque controlaban la carretera. Añade que el sentimentalismo nos ha perdido siempre: ¡Esa moda absurda de salvar primero las mujeres y los niños! Como si fuese preferible que la diñen hombres, o que éstos corriesen menos peligro. Los barcos, las pesqueras, los botes reventando de mujeres y niños hambrientos. Yo con mi cochecillo, carretera adelante. Si no es por Aizpuru, que era jefe de las fuerzas de asalto y acertó a pasar en aquel momento, no me dejan seguir los del control. Ya no te valían papeles, fuesen los que fuesen. Ni galones. Llegamos al muelle, pistola en mano. En el malecón había cuatro tíos con cuatro fusiles, impidiendo la entrada en una barca vieja, de vieja como no puedes darte una idea, la única que humeaba.

—No se pasa, compañero.

—Ya no se cabe.

Y el cañón en el pecho: lo cogí con la izquierda, le planté mi nueve largo en el vientre: te destripo. Levanté el fusil y saltamos a bordo. Mi padre era el que venía conmigo. En el momento en que pisamos el puente, ya éramos del conglomerado de la barca y pasamos, al igual que los demás, a prohibir la entrada. De verdad la pesquera aquélla se hundía, no cabíamos.

Salidas de adentro, unas voces empezaron a gritar: «No hay maquinista. No hay maquinista». Enseguida una voz muy aguda: «No hay carbón». Te aseguro que se le revolvían a uno las tripas. Una vez a bordo me anegó una gran laxitud. No podía más. No sé los días que llevaba sin dormir. Habíamos luchado hasta el mediodía. Ya no había nada que hacer. Empezó a desembarcar gente. Luego, de pronto, aquello se movió, y salimos. Aquel trasto andaría, a lo sumo, tres millas. El mar estaba bueno. A bordo era un espanto. Dos de las mujeres que venían habían perdido sus hijos. Se dieron cuenta luego. Hay cosas que no se explican.

—Bonita frase, interrumpió Templado.

—Para mayor ventura, a las dos horas nos descubrió el *Cervera*. No sé si te das cuenta de lo que es estar metido en la bodega de una pesquera, apretados como las meras sardinas, sin poder mover ni los brazos. Y el olor. A ver si los engañábamos. Sí, sí... Abaniqueaban con los reflectores. Que nos ve, que no nos ve; que nos coge, que no nos coge. ¡No nos había de ver! Cañonazo por banda, el mar se los tragó. Qué gritería. Cada uno su consejo. «¡Adelante! ¡Hundamos el barco! ¡Para!». Quién arrancaba sus estrellas, quién tragaba sus documentos. Donde no había espacio para estar lo hubo para moverse. ¡Qué sudores! ¡Qué angustias! ¡Qué tripas removidas! ¡Qué arcadas! ¡Qué vómitos! Las mujeres que habían resistido el mareo hasta aquel momento empezaron a cambiar la peseta. Y fuera la voz: «¿Quiénes sois?». El viejo que mandaba estuvo muy bien: «Mujeres y niños», contestó. La barca ya estaba abarloada al falucho; echaron un vistazo rápido. «Rumbo al Ferrol, les acompañamos». Se fueron. De nuevo la noche. Los reflectores a otra parte. Se volvió a oír el resoplido jadeante del motor, todos callados menos unos mamones que berreaban. Dos hombres se echaron por la borda, a morir nadando. El *Cervera* venía detrás. A las dos horas nos comunicó: «Seguid rumbo, os convoya un bou». El pirata dio media

vuelta y se fue. Iba por presas mayores. Empezó entonces una discusión porfiada y confusa. Una controversia terrible entre los que querían acatar las órdenes y los que queríamos poner rumbo al norte, en busca de un puerto francés. La pesquera orzaba.

—No tenemos comida, no tenemos agua.

El agua nos la habían quitado los del falucho, para impedir que escapáramos.

—¿Cuántos días para llegar a Burdeos?

—Tres.

—¿Y si nos vuelven a coger?

—Las mujeres...

—¿Hay aparejos para pescar?

—No. ¿No ves que este trasto estaba retirado hacía años?

—No hay nada a bordo.

Acabamos por imponernos y pusimos rumbo al norte. Empezaba a amanecer. Del bou ni sombra. Y venga cabecear. Todos atafagados, rotos, a medio dormir, molidos, con un amargor de boca que no quieras saber. El día pasó en calma, sin más vista que el mar. La noche. El otro amanecer. Levantó viento al tercer día y la mar se removi6. Nada de comer, nada de beber. Los niños.

—¿Cuándo llegamos?

El viejo se alzaba de hombros. Mudo. Nadie hablaba gran cosa. Dos con ataques de epilepsia. ¿Te fijas? No tenían sitio para caer al suelo. Ese día, los que temíamos recaer en manos de alguna embarcación enemiga empezamos a amodorrarnos, más tranquilos. Sólo quedaba el hambre y la sed. Mañana... El día todo era mirar. Nos sostuvieron los ojos. Mar y mar. Sin más rumbo que el sol. Los niños se callaban solos, rendidos de berrear. El cuarto día el viejo anunció que el carbón se acababa. Tres horas después uno se volvió loco. Un asturiano de veinte años. El mar picado; si no, creo que hubiese sido peor. El hombre sacó su pistola y empezó a disparar. Hirió a dos. Lo mataron entre todos, a palazos. Y luego lo echaron a la caldera. Al día siguiente llegamos a Lorient. La noche de aquel día se armó un temporalazo que se debió tragar a muchas embarcaciones del tipo de la nuestra. Los gabachos se portaron muy mal, misereando: por algo estaba en el poder el Frente Popular. Pero lo que importaba eran los panecillos, la mantequilla, el café con leche. ¡Qué prodigio! Y eso que en lo del café los franceses están en las puras mantillas.

Toribio Mayans cogió una aceituna, la atarazó con prosopopeya con sus blanquísimos dientes. Luego miró el color tornasolado del hueso con alguna molla, entre sus dedos. Remachó:

—Nunca se sabrá lo que pasó en el Norte.

*Marsella, 1941*

# *LÉRIDA Y GRANOLLERS, 1938*

## I

Este es el frente. Corre lento el Segre entre las trincheras, partiendo mundos, vuelto frontera en la entraña misma de España, dejando a ellos la ciudad, dándonos los jardines y el teatro. Allá arriba está la catedral, bizantina, gótica, árabe; la plaza de la Pachería, las calles donde uno paseaba. Veo, ahora, a cuarenta metros, las fachadas traseras de la calle principal, las ventanas convertidas en aspilleras, las paredes en cartones de encajes de bolillos; las persianas deshechas, otras colgando; colchones, sacos terreros para la muerte. Las casas no pasan de tres o cuatro pisos, justos para reflejarse en el río; detrás suben a los cielos el castillo y la catedral que apunta, en lo más alto, su índice al cénit. En su torre duermen ametralladoras.

Corre lenta el agua sin más que un murmullo de sorpresa ante los dos puentes destruidos, los rieles en alto como en espera de voz de mando, o, si la imaginación crece, brazos desesperados.

Suenan secos algunos tiros por la distancia tan escasa: el silbido no tiene tiempo de nacer, muere inmediatamente en tierra, piedra, árbol o, como ahora, por chiripa, con estrépito de cristal roto y caído. Las trincheras son profundas, bien acondicionadas; en los fortines una que otra cama bajo anuncios de corsés y sostenes; en otro un emperifolladísimo reloj de pie da la medida del gusto de sus moradores por el lujo: ocupa el armatoste buena parte del sitio disponible. Los soldados parecen despreocupados, a lo suyo, sin prisa.

Los altos plátanos de los Campos Elíseos se recortan en el azul puro de un cielo sin tacha. La temperatura, de tan perfecta, no se nota. Las veredas, las carreteras están sembradas de ramas verdes segadas por la metralla enemiga. Corren por los escombros y entre nuestras piernas docenas de polluelos seguidos por su madre cloqueante. El sol lo enluzca todo y lo barniza de gloria. He dormido hace años allí enfrente, tiran desde la habitación que ocupé. En una haza duerme un gato, alrededor crecen rosales que estallan en todas direcciones sus molinetes de olor. Nunca fueron las rosas más rosas que hoy. Ni las peonías tan hermosas.

El aire salta roto por una ráfaga de ametralladora. El gato no se despierta, pían en el extremo de un corral improvisado más animalejos, los perales ven segadas por un invierno desconocido sus hojas recién nacidas de mayo. Una ambulancia llega por la carretera a recoger un herido, sin darle mayor importancia. Zumba la aviación arriba, los obuses antiaéreos salpican de puntos negros una nube blanca aparecida por equivocación. Señalando los aparatos un teniente andaluz, de Huelva, sonriente:

—¡Los vivorritos! ¡Los vivorritos!

—¿Cómo dices?

—Los vivorritos.

—¿Por qué?

—Yo qué sé.

Ríe. Los vivorritos: entra el sol por todas partes. Rito de vida, teniente de nuevo cuño, andaluz de allá abajo, creador de palabras alegres a las que añade erres por el placer de vivir y volver a oír en la onomatopeya el zumbido bravo de los aeroplanos republicanos. Los vivorritos: nombre de bicho, de primaveras, nombre recién nacido, apenas inventado. Espejo de la esperanza. Con el aire de mayo nacen los vivorritos.

En la carretera una bala perdida se pierde definitivamente, de un puntapié. Un capitán confederal, anarquista de Manresa, me enseña su estrella, sus galones:

—¡Quién me lo iba a decir!

También se ríe, de su grado.

—No había más remedio.

Lérida cercana y herida. Cae la tarde. Gana la catedral sombras moradas oscureciéndose en un cielo ababol. Tiran en ráfagas sobre la carretera, mas la primavera vence, acallan el plomo los ruidos menudos: los piases se disuelven, nace la paz y la tranquilidad. El gato se despereza. Va a empezar la noche. Los hombres acechan, el dedo en el gatillo. La guerra es la paz. Es el frente mismo.

## II

Por las calles crecen las rosas abrazándose de acacia a acacia. Hay nombres más bonitos que este de Granollers al que procuran dar lustre con limpieza y laboriosidad que se huelen y reflejan en sus casas de dos pisos en largas, correctas hileras. El pueblo se estira en aceras curiosas, en jardines cuidados. La guerra llega a través de discursos y papeles, quintos y voluntarios: el frente queda lejos, se desconoce su ruido.

Vinieron, eso sí, refugiados. Muchos, demasiados. Se repartieron por la ciudad que se hinchó de diez a trece, a catorce mil habitantes. El aletear del trabajo se hizo un poco más fragoroso.

De pronto, veinte segundos bastan, las casas vienen a escombros, los cristales a mil trozos, las aceras limpias a suciedad inverosímil, las calles a solar, las paredes a aire, el cielo azul a pardo, las voces a ayes o silencio, los cuerpos a guiñapos, los árboles a sarmientos, las piedras

molares a peñascos, los hilos del teléfono a enmarañamiento inútil, un piano a absurdo teclado sobre la tierra, los pedales por montera; el mercado queda sin techo, las venas sin sangre, las losas se tiñen de morado, un kiosco de periódicos desaparece. Las casas ya no tienen piso; los muros, crestería. Todo se ve por dentro, hundido.

A lo largo de la calle se amontonan los cadáveres, los íntegros o los partidos en pedazos. Paran las ambulancias llegadas de Barcelona, unos hombres recogen despojos en grandes cestas de mimbre, grises de sangre vieja. Pasan aullando tres mujeres. Corre, grita la gente. Estamos a ciento cincuenta kilómetros del frente. Es la retaguardia. Una niña —¿qué tendrá, seis o siete años?—, pegada a una pared mira fijo, sin poder llorar ni cerrar los ojos. De un poste cuelga un trozo de carne.

# *ENERO SIN NOMBRE*

Con ser vencidos llevan la victoria

CERVANTES

*26 de enero de 1939*

A los hombres les ha dado siempre por andar, para eso tienen piernas; pero hasta ahora no sabía que era el aire lo que les empujaba. Sólo tienen una oreja pequeña a cada lado de la cabeza, bástales para correr al menor ruido; no saben estarse quietos, ni ven más allá de la punta de su pequeña nariz, locos con un tema: la velocidad; ya no les contentan ruedas, quieren alas. Ignoran que una vez nacidos arraigan aunque no quieran y que no valen tretas, quiebros, artimañas o martingalas: no cuenta la carne, sino la savia.

He nacido de pie. Siempre fui alta, mayor de lo que a mi edad corresponde; nací allá por los alrededores del mil ochocientos ochenta y tantos y he ido, como corresponde, ensanchando poco a poco mi tronco y mi paisaje. Figueras ha ganado en planta lo que yo en vista, cuando me creyó cercada yo la vencía por lo alto. Los azacanes, con sudores y tiempo, fueron construyendo sus cuarteles siguiendo la disposición de las tierras, figurándose alinear atabones a su capricho. Alcancé a ver hace muchos años San Martín, y cuando alzaron en la Rambla casas de tres pisos, para tapiar mi horizonte, desde las puertas de la ciudad ya divisaba yo Perelada.

En mis años mozos, cuando avisé sobrados, pasaron por mis pies los primeros automóviles. A mí no me sorprende nada, siempre fui un poco marisabidilla: lo sé y no me importa. Cubrieron el albañal, erigieron los palos del teléfono, cipos eternos de nuestra grandeza, los celemineros vinieron a mozos de la gasolina.

Sucedieronse podas: tanto da, ya pueden los hombres baratear nuestra vida, somos más que ellos, tienen miedo a la intemperie y por ello perecen, desnudos parecen libres ¡y se visten! Desgraciados. Chapodan el mundo para poder sustentarse, por falta de raíces. Lo que vale es el viento, y lo ignoran. Se empeñan en sacar grano del escajo, madera —vida de nuestra muerte— de la moheda. Moceros malolientes, sólo viven si mojonean, llámanlo abono para darse lustre, pero se esconden para ello, lo sé porque lo veo; mostradores, jactanciosos, nepotistas que en cuanto pinteá pernean como gallinas o inventan paraguas; o aun se hacen vegetarianos como si sirviese para algo comer de lo que uno no está hecho: coman carne y déjennos en paz, o, si quieren, que sigan plantando renuevos en el ramblar aunque sólo sea para que los soldados acoplen rabizas al trastornarse el sol o que las ramas se somorgujen en las acequias, pero que no nos muelan a machetazos de años en años dando por razón que es por nuestro bien... Me voy por las ramas; a lo

que iba: las escarpas del castillo no han variado, verdecen en primavera, tal como se debe; un castillo es una cosa seria. La carretera se amolla, hunde y enfanga con la lluvia; con los calores espolvorea el campo, la alquitranaron y se va dando lustre, allá ella con sus hitos.

A la redonda, el llano se muere de lejos, allí está Llansá, allá dicen que el mar y frente a la puerta mañanera del sol, tras los collados que me lo esconden, Rosas. Los Pirineos son mi norte, y a mucha honra; ellos cumplen con su obligación de nieve cuando toca.

Alaban mi memoria, sé de Napoleón por lo que cuentan, de los carlistas por mi familia, vuelta gran parte de ella ceniza sin remedio, por el frío que pasó aquella horda. Los hombres tardan en crecer y, de todas maneras, no van más allá del chaparro.

(Posiblemente los hombres son desgraciados por moverse tanto, pero más se lleva el viento).

Anoche se murió un niño a mi pie; murió verde y se lo llevó su madre camino de Francia, creyendo que allí resucitará; no creo en milagros. Tampoco comprendo por qué se mueren los niños: morir es cosa de quedarse seco. Lo saben de sobra los hombres, y lo dicen. También se muere uno de podredumbre, de tener las entrañas roídas por los gusanos. Los hombres se mueren carcomidos por fuera, la cara consumida por la sangre y las vendas, por el pus, la sarna, los piojos y el dolor. Por lo que oí anoche, también de hambre. ¿Qué es el hambre? La tierra da para todo. «Sí, lo que quieras —decía uno—. Pero anteayer, no recuerdo si era el martes o el miércoles, tanto monta, antes de salir de Barcelona, llaman en casa. Eran las dos de la mañana. Había alarma; noche clara, proyectores y toda la pesca. Sí, para un parto. Allá que te vas con el miedo a los antiaéreos y sin poder encender la lámpara de bolsillo, con una pila nuevecita que me había traído Vicente, de Perpiñán. El niño nace muerto: Falta de alimentación de la madre. Me asistía una vecina —venga Ud. a ver el mío—, me dice, cuando todo estuvo listo. Allá voy echando pestes, acaba la alarma y vuelve la electricidad. ¡Ah!, sí, porque el famoso parto tuvo lugar a la luz de las velas que habían ido a requisar por toda la escalera y en un refugio de al lado; ¿te das cuenta? El recibidor era una sala de respeto, cada vecino venía a por su bujía y a preguntar por la parturienta. De cine, chico. A nadie le oí decir: Mejor, más vale así. No, todos decían: Lástima, otra vez será. La madre estaba desesperada. Bueno, subo a casa de mi asistenta y veo el niño, un año. Este niño se muere. Le damos un baño caliente, una inyección de aceite alcanforado: Ya decía yo —me espeta la madre— no comía. Y nada más. Ni un grito de protesta, ni un lamento. ¡Qué pueblo, Dios, qué pueblo!».

Los hombres no tienen idea de lo que es tener pájaros en los dedos, los hombres y los animales se parecen a las piedras, no los mueve el viento, se guarecen de huracanes y ciclones, les faltan raíces para afrontarlos, son puro tallo, sólo crecen para afuera, si lo hacen para adentro no se les ve, y yo creo lo que veo: por eso lo cuento. Los hombres dan idea de lo que son los fenómenos pasajeros, son como las tormentas o mejor, como dicen, atormentados. Para ellos no existen las estaciones y tanto les da primavera u otoño; la vida no brota del hombre sino de su alrededor, bajan a ser espejo del mundo y por defenderse de su inferioridad inventan el sueño, intento de semilla, moleña por los aires: no son capaces, para empezar, de discernir entre una haya y un tilo, un plátano o un castaño y no hablemos de cerezos o de naranjos. Triste condición la de animal; si quieren dar algo de sí, han de morir en la porfía; la sangre es savia muy escandalosa y los hombres siempre parece que estén pariendo; no saben dar fruto más que entre dolores, y en cuanto a echar

flores, van lucidos. No me comparéis una gallina con un almendro.

27.

—¿Has pensado alguna vez que podíamos perder?

—No pienso ná. No puedo pensar ná. Lo echaría tó a rodar y no tengo ná que echar a rodar.

Con oídos y sin lengua pasa un mundo por la carretera, se ha ido formando de la nada, lo ha traído el aire del sur y lo embotella en Figueras; la carretera de la Junquera es un embudo. Las resolanas se han convertido en garages. La dudad desborda de automóviles y camiones, es como una sangre negra que corre por las cien heridas que la noche le ha hecho. Mundo medio muerto que anda con dos piernas igual que si sólo tuviese una, mundo que sólo sabe andar y que sabe que con andar no resuelve nada, pero que anda para probarse que vive. Huyen de su sombra sin saber que sólo la noche resuelve el problema, andan, y por la noche encienden hogueras; con el fuego renacen las sombras. El mundo ha envejecido en cuarenta y ocho horas. Pasa un viejo viejísimo, de luto, como todos los viejos españoles. Estar de luto es el invierno. Una dijo: Mírale tan viejo y tiene miedo de morir. Andan. Vienen soplando por el mar las primeras claridades. La carretera está llena de camiones, de carabineros, de soldados, de automóviles, de guardias, de viejos, de mujeres, de carros, de periódicos rotos, de viejos, de tanques de gasolina, de tres cañones que han abandonado a mi derecha, de niños, de soldados, de mulos, de viejos, de heridos, de coches, de heridos, de mujeres, de niños, de heridos, de viejos. En cuclillas, frente a mí, una mujer en el talud, llora enseñando las piernas, enfundadas en medias color canela y, más arriba, sus muslos, color de la flor del almendro, llora que te llora. No se para nadie, cada uno con su cacho de carretera al hombro.

—La culpa es del gobierno.

—La culpa fue de los comunistas.

—La culpa la tiene la CNT.

—La culpa es de los republicanos.

Un niño está solo, con un paraguas.

—¿Y tu madre?

—En Francia.

—¿Y tu padre?

—Muerto.

Está solo, parado como un islote, en medio de todos, formando un remolino.

La gente llega, viene, va, camina, pasa, se mueve, se estira, se extiende, se desliza, se gasta, consume, envejece, muere. A tanto andar todo acaba. Las mujeres van más cargadas que los hombres, no se ayuda nadie. Los soldados con sus fusiles a la deriva van decididos no saben a qué.

—¿Y tú de dónde eres?

—De cerca de Bilbao. Un año que estábamos en Barcelona, con casa y tó. Y tó comprao de nuevo, donde *El Siglo*. Las colchas, la vajilla, tó. Tó s'a quedao allí. Ahora arrea otra vez p'alante. Una vergüenza. Los catalanes tienen la culpa.

Se para, jadea, pasa los costales que lleva encajados en la parte derecha de su cintura al lado contrario.

—Una vergüenza. Y no nos ayuda naidie, naidie.

Una voz. ¿Quieres que te lleven en berlina?

—Sois tós unos cobardes. Si yo pudiera, si yo pudiera...

Los carros son mil; pueden con ellos, sin esfuerzo, las caballerías, el peso no es mucho, el bulto sí: la carga de los que huyen no es pesada, sino grande. Los colchones abultan, las jaulas son aire, los conejos y las gallinas necesitan moverse. Las camas son de madera y sirven de varales, en las roscaderas van vasijas y cazos. No son carros con toldo de lienzo, de los de carretera adelante, son carros labriegos de llanta ancha y loriga chillona que no han salido de la heredad. Los bultos forman vejigones por encima de los adrales, por las bolsas de abajo; el carro se transforma en racimo bamboleante; la reata o el animal solitario lo arrastra con el hocico bajo, la melena y las crines sucias, la cruz y los ijares raspados, el corvejón en sangre, la caña y el espolón vueltos tierra. Cuando se atolla la carretera el parar no es descanso sino impaciencia; muerde el movimiento en las nalgas y lo echa todo a los demonios. Entonces alguna bestia alza su testuz y mira, tintinea la collera: las pupilas de los animales son dé cielo. Sobre el carro no hay sitio para nadie, a menos que una vieja haya venido a trasto negro, tumbado; no dirigen el bicho ni riendas ni tirantes, ni manda el bocado a derecha o izquierda, condúcelo la riada; cada carro un mundo con sus satélites a rastras, camino de la frontera francesa. Todos los ráticos son distintos; ningún carro se parece a otro, pero todos son iguales.

Despega un avión del campo de San Martín.

Un soldado: Nuestro.

Un manco: Nosotros a la Gloriosa la llamábamos la Invisible.

Una mujer arrastra dos niños, pañuelo negro en la cabeza, sobre él un saco descomunal, cada niño con su saco a cuestras.

—¿Para qué luchar más? ¿Es que no ven que estamos perdidos? Entonces ¿para qué? ¿Más muertos?

Y sigue.

Uno: ¿Quién te manda venir? Quédate.

La mujer no puede volver la cabeza, apretuja sus labios secos y sigue.

Miles de enmantados por la carretera, todos con su márfaga, menos los que andan con muletas y los que transportan esos inmensos artefactos enrejados de alambre, con sus brazos a cuestras.

—¿Dónde vas, Torre Eiffel?

Hay más cojos que mancos, y más mancos que heridos en la cabeza. He visto niños con una sola pierna andar con muletas, es un espectáculo desagradable. En un viejo sillón con ruedas empujan a un paralítico de pelo blanco y cara magra, cubierto con un gorriño negro; lleva sobre las rodillas un trozo de hule rosa, por si el agua.

Los coches se paran, corren diez metros, se vuelven a parar, cubren la carretera, a lo lejos las gentes los amalgama unos con otros.

Un guardia, con su fusil: Esto es lo que quieren, pero no se saldrán con la suya.

La cara caballuna, la barba de ocho días, desgredado, la gorra terciada, los dientes neguijosos. Le habla una muchacha.

—¿Pero, cómo ha sido posible? ¿Qué ha *pasao*?

—¿Que qué ha *pasao*? ¿Pero es que te figuras que tiran chuscos? ¿O qué? Y venga de artillería, y venga de tanques, y pavas y más pavas. Un asco, y cómo cagan las condenás.

Se le une otro.

—Lo peor son los morteros; por uno que tenemos, ellos tienen cien. Si por casualidad disparas, te fríen; acabamos por no tirar.

La muchacha: Y chaquetear.

El guardia coge su fusil con las dos manos: Repite.

La muchacha: Y chaquetear.

El guardia: ¿Y tú?

Se encoje de hombros y sigue su camino. El otro dice:

—A nosotros nos coparon. Nos salvamos de milagro.

Y se une al anterior.

Un camión cisterna adelanta contra corriente, le miran sorprendidos. Le gritan.

—Han desembarcado en Rosas.

—*Cuentus. En Vinc.*

A fuerza de bocinazos se crea un camino hasta el control.

Todos los hombres tienen los rostros graves, las arrugas hundidas por el polvo. Vosotros no os dais cuenta de lo que es un rostro humano. Reconozco que no hay cosa que se le pueda comparar: Tienen de todo encerrado en tan breve espado: del fuego, agua, y tierra, de la que están hechos; esto les da cierto aire inconfundible.

Un coche negro, bandera republicana al viento, pretende, metiendo ruido, adelantarse a los demás. La algarabía crece al tono del claxon impaciente; los:

—Niño.

—Luis.

—Pepe.

—Ven.

—Corre, que una no oye porque forman el lecho y la madre de los ruidos humanos, salen ahora a la superficie como pájaros veloces. Un carabinero se acerca al coche tozudo, se aparta respetuosamente y se dirige a los que forman valla, les explica cosas que no llegan a mí. Un guardia de asalto se interpone.

—No pasa ni Cristo.

—Pero...

—Ni Dios. Si nosotros nos quedamos aquí, que se queden tós.

El que habla gritando es cetrino, con aladares grasientos. Como a cola de bodrio la gente se para o acude. El guardia está exasperado, le da al cerrojo de su fusil.

—He dicho que no pasa nadie, como no pase yo. O el control me deja pasar, o si me cogen a mí que nos cojan a tós.

El mozo suda.

—No pasa ni Dios, al que lo intente me lo cargo.

Pasar, pasar, pasar. Una voz:

—El control cumple con las órdenes recibidas.

—Ni órdenes, ni ná. Carabineros tenían que ser. Al que pase me lo cargo como hay Dios.

Y como ve que va perdiendo pie, que la gente lo tiene por loco, grita:

—El gobierno se ha fugado esta noche.

Se interpone un joven rollizo.

—Eso no es verdad, están reunidos ahora en el castillo.

—¿Tú qué sabes?

Baja Vayo del coche.

—¿Qué pasa?

El guardia:

—Que no pasa nadie como no me dejen pasar a mí.

—¿Dónde vas?

—A reunirme con mi compañía.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

Unos cuantos agarran al mancebo y lo apartan:

—Es el ministro.

—Bueno, y a mí ¡qué me importa!

—Va a la Agullana, a su ministerio, y vuelve.

—No pasa nadie.

Pero se sienta en el talud, los pies en el barro de la zanja, los ojos muertos de sueño, la

barbilla hundida en el pecho, la mano asida al mosquetón. El ministro sube en su coche y pasa.

Nunca he visto tanta gente junta, ni tan vieja, ni tan negra. Una con manta repite, repite:

—Yo tengo todos mis papeles en regla, yo tengo todos mis papeles en regla.

Uno de uniforme para un coche, pistola en mano.

—Misión oficial.

Otro:

—Embajada de Francia.

Otro:

—Embajada de Cuba.

Por fin sube en el estribo de otra «Misión oficial». La carretera está negra en el atardecer, parece que la noche suba de ellos, pasan rozando mi pie miles de seres huyendo, hilera sin hilación, ayudándose unos, rechazándose otros ásperamente. Muchos heridos.

—Vino el mayor y nos dijo: No podemos asegurar la evacuación del Hospital, los que puedan marcharse por sus propios medios, que se vayan.

—Yo vengo de Vallcarca. ¿Y tú?

—No sé.

Hay quien no puede más, algunos lo dicen, uno se tumba.

—Morir por morir, tanto me da morir aquí.

Todo esto arremolinado de:

—¿Cuándo?

—¿Cómo?

—Luis, ¿falta mucho?

—Luis.

—Rafael.

—José.

—Ven.

—Corre.

—Luis.

—Luis.

Y lloros de críos, bocinazos y ruidos de motores cambiando velocidades, otros poniéndose en marcha. Ahora empieza a lloviznar. Dos vienen bajo una misma manta.

—La culpa es de Azaña.

—Y un jamón.

Un viejo empuja una carretilla, se cansa y para; empújala un niño, no puede con ella cinco metros más allá; le sustituye su madre, treinta metros más lejos pónese de nuevo el abuelo. Un soldado lleva a cuestras una oveja machorra.

Una mujer:

—A lo mejor no son tan malos.

Y anda. Las cosas van perdiendo sus colores. La noche cae en seguida, como un apagavelas. Siento mis ramas. Llueve y vuelve a llover. Los coches pita que te pitan, dándoles a los faros, apagan, encienden, para ver el rayadillo del agua y no tropezar; marcan el paso, se atropellan. Más heridos. ¿Dónde van? Huyen. ¿Por qué? Huyen. A estas horas me dan lástima. Sí, los hombres me dan lástima, por tontos. Un árbol será siempre un árbol y un hombre aunque quiera, no nos llega a las canillas. La noche se llena de hogueras, parecen luciérnagas, camino de Francia. Hace frío. El viento trae explosiones, pero la noche es un secreto.

28.

Las mujeres van vestidas de negro como si se hubiesen puesto de luto, pero sus bultos van envueltos en pañuelos de colores; las mantas son grises con tres rayas blancas. Pocos llevan zapatos: alpargatas y sandalias. Entre los colores que vuelven con la madrugada, lo más visible, lo único claro son los vendajes y los escayolados.

—Venían por la costa.

—Ametrallados y recontraametrallados. Delante de mí, ochenta muertos.

—¿Y los heridos?

—¿Es que no tenemos bastantes?

Otra vez ayer. Un viejo anda doblado, con dos bastones, menea entre ellos una cabeza sucia, un sombrero de ala ancha, gris y verde de años y aguas; debajo, le cerca la calva un pañuelo negro anudado a lo aragonés. Farfulla:

—No hablo pa ti, ni pa mí. Vino la gran puta y se lo llevó. Así como lo oyes; ¿qué voy hablar si mesmamente no sé? Se lo llevó.

A mis pies está desbebiendo un rajabroqueles, pregunta, con guasa, al quintañón, mientras embragueta:

—¿Dónde vas, abuelo?

Párase el hombre, levanta la frente, mira al botarate:

—A la mierda, hijo.

Y sigue.

Los hombres van siempre con la cabeza baja, no nos miran nunca; sólo se acuerdan de nosotros si solea o llueve, en busca de cobijo, como ahora. Péganse a mí dos adolescentes heridos, con el color perdido y la barba vieja.

—Yo soy de Andújar. ¿Tú?

—De Zaragoza.

Es la primera vez que veo andar gente bajo la lluvia. Siempre la he visto correr o pararse a esperar el escampo, como esos dos que se pegan a mí.

No, si no era de ningún partido, ni del sindicato siquiera. Dieciséis años, o ¿es que tengo cara de más de dieciocho? Mis hermanos sí. Dos de ellos. Los buscaron de seguida, pero se escaparon a Francia, por Navarra. Debieron de volver a Barcelona; a lo mejor andan por aquí. No he sabido ná de ellos. A mí no me querían afusilar: sólo marcarme. Sí, ahí, en la frente, mira, fíjate, una cruz, se ve mal. El que me lo hizo, por lo que se ve, no sabía. Un tío, que estaba ahí, en jarras, mirando, le dijo: Venga, hombre, venga. Y puso otra vez el hierro al rojo, en un fogón. La habitación era mú grande, en una casona antigua, cerca de la Seo. Se oía el río.

—¿El Ebro?

—Claro. El tío aquel se vino pa mí, cuando lo tuve a tiro le pegué una patá en las partes, y perdona. Se puso hecho una fiera, pero no me pegó. Yo no quería que me marcaran, por ná del mundo. ¡Ah sí!, me dijo. Con que nos rebelamos ¿eh?, ¿con que las gastamos así? Pues ahora verás. Y me insultó, y le faltó a mi madre. ¿Te das cuenta? Y dio orden que me subieran al camión. Yo ya sabía lo que quería decir eso. Pero en aquel momento no me importó ni poco ni mucho. Luego sí. Esperé dos horas y sólo pensé en mi madre. Después me subieron al camión y ya no pensé en ella

hasta mucho más tarde, días después. A mí, como fue pensado y hecho, y no figuraba en la lista, no me ataron. Éramos once. Nos llevaron al cementerio, yo me di cuenta en seguida. Era de noche oscura. Nadie ecía ná. Conque llegamos, la puerta ya estaba abierta. ¿Tú no conoces el cementerio de Zaragoza? Entonces, ná. Nos llevaron por detrás. Se paró el camión y le preguntaron a uno que iba al lado del chófer: ¿Cuántos traes? —Diez y uno de regalo. El de regalo era yo. Yo sabía que me iban a afusilar, y sin embargo en el fondo no lo creía. Me sabía mal no conocer a ninguno de los que estaban conmigo. Para afusilarnos, como no se veía, pusieron el camión que nos había traído detrás de los que tenían que disparar. Así que veíamos nuestras sombras y las de los fascistas también. Porque nos pusieron de espaldas. Quizá porque les daba vergüenza vernos las caras, o no tenían pañuelos para vendar los ojos, aunque creo que no han vendado los ojos a naide. Ni falta que hacía. Era una pared de piedra, estaba toa salpicá de manchas grises y negras, y agujerillos, toa desconchá. El suelo estaba blando, blando. Dispararon sin avisar. No me tocó nin— gula bala, caí con los demás, en la sangre. Por lo visto me dieron por muerto y como era de noche no nos enterraron, lo dejarían pa la mañana. Cuando se fueron me escapé. Era una suerte ¿no? Vaya chasco al día siguiente cuando irían a enterrarme. Me fui pa Huesca. Antes yo no sentía la idea tan a fondo. Ahora sé que el fascismo es creminal. Si yo pudiese... Tantos fusiles aquí... Es que cuando veo lo que está pasando me muero de rabia. Prefiero morir a ser fascista. Fueron a enterrarme y no me encontraron.

El zagal ríe.

—Entonces fusilaron a mi madre, y a mis cuatro hermanos. Eso es el fascismo, y nada más que eso.

Hacia el Norte asoma un tanto de cielo muy claro.

—Primero no querían creerme cuando llegué a los nuestros. Era donde Ortiz. Me hirieron a los cuatro días. Luego estuve en Barcelona, y luego en Madrid. No he tenido suerte, me han herido tres veces.

—¿Y Eres de la CNT?

—Antes. Ahora soy comunista. Es mejor. Nos hacen más caso.

—¿De dónde vienes?

—De Arenys. Nos dijeron que nos fuésemos. Pero ganaremos. Tenemos que ganar. A la fuerza. Es preciso que ganemos. Preciso. Siempre pienso en la cara que pondrían cuando fueron a enterrarme y no me encontraron. Los contarían varias veces. Poco que darían por pescarme, pero ya pueden correr. Ya no llueve casi. ¿Vamos?

El hablador —ojos encendidos de fiebre— lleva su brazo en medio de un fantástico lío de alambres y lienzo; su compañero anda cojo, los dedos del pie izquierdo hacia los cielos.

Los más no hablan. Se les ha perdido la voz en los ojos. Andan. A las mujeres se les han ensanchado las caderas, llevan a rastras los recuerdos, los bultos, los hijos, los años.

—Lo mataron a palos en el cuartel del pueblo. Sí, en el 34. Éste también es de Sograndio.

La carretera se atasca, la muchedumbre se regolfa, el camino, de canal muere en remanso, en pantano, en presa; las gentes desbordan por las márgenes, las bocinas muerden el aire que pueden, pero el viento las borra. Ya no llueve, todo gris.

—¿No se pasa?

—¿Qué ha pasado?

—¿No se pasa?

—¿Qué pasa?

El vocerío se queda ronco, sin algazara. Como por abollón se van vendo poco a poco, sin ruido. Todo está repleto de autos atestados, como islas en medio de un mar de gente. Todos callan. Llegan seis, ocho ambulancias, hacen cola, como todos.

—Se escondió en el pueblo. Le dijeron que no le pasaría nada. Pero en cuanto salió a la calle se lo cargaron. Por eso me escapé yo. Salí por San Sebastián. Ahora va hacer un año.

—¿Dónde van todos éstos?

—Qué quieres, la resistencia tiene límites.

—Y frontera.

Haz chistes. La muerte es cosa de cada quisque. El aguantar es de todos. Si falla alguno, quiebra todo. Esta gente no sabe lo que quiere, pero sabe muy bien lo que no quiere. Por eso huyen. No es que tengan miedo, no quieren ser fascistas. ¿Comprendes? Es claro como el agua: no quieren ser fascistas.

—¿Qué esperan encontrar en Francia?

No lo saben. No quieren ser fascistas. Esto es todo.

Se les acerca una mujer con un niño en brazos; por verles mejor vestidos supóneles, por carisma, hombres de ciencia. Les tiende el crío:

—Tiene fiebre, señor, tiene fiebre.

Uno de ellos toca el zagalillo.

No, no tiene fiebre. Venga conmigo.

El tiempo de volverse y la mujer se ha filtrado entre la riada.

—¿Por qué no corres y la alcanzas?

—Está muerto.

—Pero si no quieren ser fascistas ¿por qué huyen y no luchan?

—Tienen más miedo de caer prisioneros que de morir.

—El que muere no cae prisionero.

—No se muere siempre. La gente se explicará difícilmente la pérdida tan rápida de Cataluña, y más cuando se enteren de que se puede decir que desde la toma de Tarragona Franco no ha disparado un tiro. Y, sin embargo, la razón es esta que te doy: La gente no ha huido por cobardía, sino por miedo, por miedo de caer prisioneros, de venir a ser fascistas. Por miedo de ser fascistas. Dejando aparte, que ya es dejar, su bárbara superioridad en material, les ha bastado plantar su bandera en una cumbre para que los nuestros, apostados a dos o tres kilómetros se replegaran por miedo al copo. Esa palabra: copo, nos han copado; no ha hecho tanto mal como los Fiat. No por cobardía, por miedo. Hay muchos que no se explican cómo ciertas unidades nuestras ayer en completa derrota se batían magníficamente el día siguiente; la explicación está ahí, sentíanse enlazados con otras fuerzas, cubiertos los flancos. Yo creo que siempre ha sido así, porque cuando están copados de verdad mueren antes de rendirse. Las razones de nuestra derrota son demasiado complejas para achacarlas a un solo sentimiento, pero la falta de unión, en todos los sentidos, ha sido fatal para nosotros.

—¿Y los enlaces?

—Eran los primeros en ver las banderas enemigas.

—Y claro, vino el desenlace.

—Déjate de necedades. Ya sé que exagero un poco, pero cuando hubo que recurrir a las formaciones de última hora, era tarde. El miedo a ser presa de los fascistas sólo se puede combatir hombro contra hombro. Cuando uno se ve perdido intenta arreglárselas a su manera. Lo grande es que la gente no le echa la culpa a quien la tiene, y que todo el mundo sabe cómo se llama, sino a sí mismo: al compañero; el comunista, al no comunista; el anarquista, al no anarquista, etc.

—Siempre es más fácil acusar a alguien que se tiene a mano.

Las gotas, entretenidas por nosotros, hacen ruido al caer contra el mantillo, la grava o el asfalto. El viento se levanta trallero, arreando nubes; llega el cielo. La gente sigue pasando con un lentísimo arrastrar de pies; forman el contrapunto los lloramicos y las bocinas. La gente se ha hecho a la lentitud, sigue cuanto puede, sin pedir explicaciones, más callada, cansada, vieja, negra que nunca.

Las sirenas. Todos quedan, un segundo, indecisos; luego se desparraman en una desbandada prodigiosa, en regueros, por el campo o hacia Figueras, en mal de refugios. Muere toda albórbola.

¿Se oyen motores? Unas viejas se han tumbado en las cunetas mientras, carretera adelante, la gente se afufa hacia los abertales. Quiénes se adargan mojándose las nalgas y algo más en una acequia, quiénes se guarnecen contra un muro, quiénes se previenen con un árbol, quiénes se precaven en una zanja, quiénes piensan que la llanura les protege, quiénes se abroquelan entre caballones y cuérnagos; muchos suponen que su estrella los defiende y miran hacia arriba donde les ha cogido la primera carrera. El cañón antiaéreo hace pellas en el cielo, compitiendo vanamente con las nubes. Veo los aviones, antes que nadie. Cinco brillantes trimotores que vienen del mar. Unos cuantos cariparejos discuten marcas y motores subidos en una azotea. Casi todos los coches han quedado vacíos; en medio de la carretera han abandonado una escudilla, a mi pie se ha perdido una gorra, un metro más allá un corsé. Con el sol de costado los aviones fucilan. Cesan de gañir las sirenas. Sólo ladra, encadenado, el cañoncillo tenaz. Ni un motor, ni un perro, ni un galio; sólo, acercándose, la escuadrilla. Corren algunos en busca de mejor talanquera. Debe de ser impresionante para los hombres pensar que su muerte puede estar allí arriba, llegando tan sin sentir, deslizándose por los aires. Dicen que los aviones van muy de prisa, yo creo que siempre se exagera; aún no están encima. El llanto de un mamón. Están justo en mi cénit. Ya pasan.

—Allá va.

Un débil silbido que se agrava en abanico. Un tono que crece como pirámide que se construyese empezando por su punta. Un rayo hecho trueno. Una bárbara conmoción carmesí. Un soplo inaudito de las entrañas del mundo, falso cráter verdadero, que enroña y desmantela paredes; descalabra, entalla y descuaja vigas; descoyunta hierros; descrita y enrasa cementos; desfaja, amarillece, desbarriga, desperna y despeña vivos que vienen en un fragmento de segundo a bulto y charco. Quema, rompe, retuerce, descuaja coches y desmigaja sus cristales; derrenga carrmatos, desconcha paredes; desploma ruedas convirtiéndolas en brújulas; desfigura la piedra en polvo; descuadrilla un mulo, despanzurra un galgo, descepa viñedos; descalandraja heridos y muertos; destroza una joven y desemeja un carabinero de buen tomo agazapados frente a mí; deszoca por lo bajo a dos o tres viejos y alguna mujer; diez metros a mi izquierda descabeza a un guardia de asalto y cuelga en mis ramas un trozo de su hígado; descristiana tres niños en la acequia del lado bajo; desgrama y deshoja a cincuenta metros a la redonda, y, más lejos todavía, derrumbando tabiques en una casilla descubre alizares de Alcora; despelleja el aire convirtiéndole en polvo hasta cien metros de altura, desoreja hombres dejándolos, como ese que tengo ahí, colgado enfrente, desnudo, con sólo sus calcetines de seda bien puestos, los testículos metidos en el vientre, sin rastro de pelo en ninguna parte, las vísceras y los mondongos al aire, viviendo; los pulmones descostillados, la cara desaparecida —¿dónde?—, los sesos en su sitio, bien visibles y todo él negro, color pólvora.

Mi rama principal está decentada y alabeada, y la mayoría han dado en tierra. En una de las que me quedan está colgado un pañuelo negro y algunas cintas de colores. Entre el polvo, el campo empieza a aullar. Cantan gallos. Los alaridos se encarrujan por el polvo acre. A través del ahogo veo la gente empezar a moverse. Sangre. Toda yo me duelo. Sangre. La tierra está llena de polvo, de sangre, de hierros, de ramas, de cristal. Ya me pueden chapodar, ya no soy la tercera parte de lo que era. Sangre, sangre. El polvo se queda en el aire como si el aire estuviese hecho polvo. La gente empieza a llamarse. Las congojas, los lloros, los hipos, y la sangre, la sangre. Salen a relucir los pañuelos. Huele acre, huele áspero, huele picante. Se mueven los hombres entre el polvo amarillento, llevan polvo en los hombros, en la cabeza, todos canos, viejos. Entre dos arrastran una

especie de saco sanguinolento con papandujas colgando donde hubo cabeza, tampoco le quedan pies, apártanlo a mi lado. Toda la tierra empapada de sangre. Ya llegan ambulancias, bajan de ellas cestones de mimbre, amarillos por fuera, grises de sangre seca por dentro en los que van echando la carne suelta que encuentran, abundan los pies. Los cuerpos se hacinan en otra camioneta; como no hay bastantes ambulancias ponen los heridos sobre los cadáveres.

Allá se van las camionetas con sus toques de campana. Ya hay una compañía de zapadores para desbrozar y desramar la carretera, ya vienen del pueblo gentes por la leña, ya acuden las gentes de sus escondites, ya se dejan oír claramente los lloros. Creo que podré vivir sin asnillas.

Dos muchachas van hacia Figueras quebrando el camino al azar del lodo y de la sangre.

—No pienso nada de la guerra; porque no quiero. Ya hay quien piensa por mí. Lo demás son cosas que hay que aguantar.

Se vuelve a su compañera:

—No me impaciento.

Lentamente, nacido por mil partes, vuelve a formarse el humareo río, vaga tropa por los aires.

Ahí vienen, de mirones, un francés periodista, a quien conozco porque va y vuelve cada semana en su coche vacío de ida, cargado de panes y paquetes al regreso. El otro es español, hecho uva. Mira la carretera, el embudo que está ahora a mi derecha y le hace una gran reverencia al francés.

—*La paix et l'ordre dans la justice!* ¿Y qué más, carota cebón? ¿Y qué más? Te habla un muerto, un muerto de los vuestros, de los fabricados por vuestras propias manos. Un muerto. Un hombre podrido por vuestra paz de pasos para atrás, de no resistencia, de vuestra paz de no intervención, de vuestra paz de maricones. «Si la paz puede salvarse a cualquier precio, sálvese». ¡Cómo no ha de poder salvarse! Aquí estoy yo muerto y podrido para atestiguarlo, y los checos también, y los que vendrán después; pues no faltaba más. Ya lo creo que se salvará, mentecatos, ciegos cagados de miedo, bobos agarrotados a vuestra miseria, que agujereáis la tierra con vuestras patas de perro lameculos con el noble afán de esconderos. «Y en julio de 1936 di la orden de intervenir». Claro que sí, Hitler mío[4] y nosotros callados, por si acaso, y el padre Blum, bum, bum llorando, y nosotros muertos. Treinta meses de sangre y piedras, treinta meses de creer que mañana pensaríais que vuestro culo pirineo bien valía dos docenas de balas y una tercera parte de cañón. Y ahí estáis todos, enteritos todavía, esperando que los españoles agradecidos, cándidos corderitos míos, vayan a combatir con vosotros si la espada lo demanda. Es posible que pobres tontos como yo sigan pensando que no habrá más remedio que luchar a vuestro lado; pero pocos, pocos, pocos[5]. Todos los demás, millones de españoles y de checos os vendrán a romper la cara, a haceros tragar vuestras palabras, y bien empleado os estará. Si, Don Yvole; sí, Don Bonete; sí, Don Blum, bum, bum: a la puñetera caca, a la puñetera caca...

Se le atragantaron las últimas palabras al farruco, de veras emocionado, y diéronle arcadas.

Vino a dar contra mi cuerpo, fuéle la cabeza como pingajo, apoyó su antebrazo izquierdo contra mi corteza, se esparrancó y expelió a tierra una descomunal vomitona.

—¡Lástima de Pernod! —le dijo al Francés.

Éste, con amistad:

—Ya sabes que el pueblo no...

El español, limpiándose los mocos con el revés de la mano:

—Sí, ya sé. ¿Tienes un pañuelo? Porque con eso de no tener jabón desde hace más de un año...

El otro le da el mocante, y se van.

—Pero nosotros tenemos razón.

—*Ça t'fail une belle jambe.*

Eso se lo dice un gabacho viejo a un cojo que le discute. Un aire frío contra mis ramas resentidas, como dice aquél: «Un aire que corta la cara». La ralea del halcón, palomas; la del azor, perdices; la del gavilán, gorriones; la del avión, mujeres, niños y militares sin graduación. Se salen de madre. Hace tiempo que no me habían podado. Pero si los aviones suponen que pueden conmigo las bombas, se equivocan: lo que importa es la savia, que tronco y hojas vienen solos. Los hombres debieran de saber que un pie cortado vuelve siempre a crecer. Hay más días que hojas llevar.

Un cariampollado le dice a un vendado de la cabeza:

—En la última prensa, de ellos, que he leído, caigo sobre un artículo Pemán que empieza así: «Por eso Dios, generalísimo de esta cruzada...».

Cunde el río de enmantados, toques de ambulancias. Sigue el rollizo:

—Sí, como el 31 de diciembre, en Barcelona. A las nueve de la noche, no sé si Burgos o Radio Nacional lanza a los éteres: «Ya sabemos que los rojos han recibido de los rojos de Buenos Aires cinco ambulancias; van a ser pocas». Dos horas más tarde, para festejar el año nuevo, bombardearon el centro de la ciudad. Y eso que ya no teníamos frente.

Otra vez las sirenas. ¿Qué color tiene el miedo? ¿Es gris o es negro? El miedo es rayado y parte a los hombres en lágrimas delgadas, o por la mitad; los hiende, hiere sin sangre; los iguala, los junta, los apega, los mezcla, los deshace; les hace olvidar el tiempo, desear la muerte, creer en el olvido, en los milagros, acogerse a los sueños. Corren tras no se sabe qué, porque el miedo regala sofismas. El miedo es libre y entra a chorros; sin que se sepa cómo cae del cielo, se contagia

como el viento; se le puede resistir en la primavera con la hoja verdezuela, en el otoño o en el invierno no se puede contra él.

Rasga el silencio el ritmo lento de una tropa en marcha. ¿De dónde viene? Tras el ruido arrastrante y átono de la cálifa ¿qué es ese martillar de la tierra, de dónde nace este rumor escondido? Los agazapados levantan cabeza, se asoman los escondidos, se acercan los que se creen intrépidos, vienen niños a las orillas de la carretera. Una tropa está en marcha y viene del lado de Francia. ¿Qué loca esperanza se levanta como un vaho? Ya se divisan, ya están ahí, de a seis en fila, morenos los rubios como hogaza castellana, tostados como mozos andaluces los de cepa morena. Mil trescientos hombres que vuelven porque quieren, leve escudo para tanta ignominia. Mil trescientos hombres de las brigadas internacionales que vuelven porque su sangre extranjera es sangre española. Un, dos, un, dos. Van dejando jacilla, duro el puño derecho rasgando el aire de derecha a izquierda, de izquierda a derecha. Sonríen, la fuerza es de todos, la pena española. Los que huyen se apelotonan en las veras, sin cuidado de la alarma; líceles de pronto el rostro ido; levantan los puños, el brazo en rama. Levantan el puño los que vienen.

—No pasarán.

—No pasarán.

Una misérrima vieja acogida a mí tronco les grita:

—Pasarán por arriba, pero no por abajo.

—No pasarán.

No lo cree nadie, se queda el grito ronco ardiendo en las gargantas. Lloran.

—No pasarán.

Ya entran en Figueras, ya se oyen los clamores. La gente se queda quieta esperando el final de la alarma, con sal en los ojos y un amanecer en la cara.

Sube de nuevo la marea. Es de noche, la gente hacia la frontera.

—Yo voy al Centro.

Nadie pregunta ¿cuándo volveremos? Todos están seguros de que será cuestión de unos meses; dos, tres, seis a lo sumo. El mundo no podrá permitir tanta ignominia.

—Ahora sí, no tendrá más remedio que intervenir Francia.

—Ahora, con los alemanes en la frontera...

Berrea una niña, como de cinco años, y una mayor, que está a su lado, —¿qué tiene, nueve, diez años?—:

—Cállate, que te van a oír los aviones.

Y la peque se calla.

# LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN

## *VERNET, 1940*

—¿Y tú, por qué estás aquí?

—De la cárcel: por una tarjeta de pan.

Andaluz, pequeño y rubio. Los ojos claros, entreverados. La sonrisa nimia; delgadín, siempre contento. Niño con veinticinco años, una gran punta de pelo en la frente y entradas hondas en ambos lados. Sin más vida que la guerra.

—¿De dónde eres?

—De un pueblo, entre Utrera y Morón.

El color blanco, cierta serenidad sencilla.

—Cuando volvamos, mande quien mande: no afusilar a nadie. Para eso están los tribunales. Y yo sé quien afusiló a mi hermano. Hay que hacer las cosas como se deben hacer. Yo no soy de esos que piensan que cuando se vuelva hay que armar la marimorena.

—¿Por qué dices eso?

Me mira con los ojos entornados.

—Aun el mismo moro no lo sabe. Alguna vez se tiene que acabar.

—¿Acabar, el qué?

—Pareces tonto.

Se va, arrastrando los pies, calándose el gorro; se abrocha la chamarra. Me lo encuentro luego cerca de la alambrada y me emparejo con él. Tenemos todavía un cuarto de hora antes de ir a limpiar las letrinas. Del otro lado, media docena de guardias pasan, colorados, a relevarse.

Tras los alambres de púas, el campo, la carretera, y, allá, carcomiendo el cielo, los Pirineos. Hace un frío del demonio. Andamos dándole fuerte a la tierra, intentando sentir nuestras plantas.

—¿Cuántos meses de cárcel?

—Tres. Yo estaba sentado en una taberna, en Montpellier, o como se llame, y se me acerca uno, parecía catalán:

—¿Tú eres refugiado?

—Sí.

—¿Quieres comprar una tarjeta de pan?

Figúrate, con el hambre...

—¿Cuánto?

—Treinta y cinco francos.

—Te doy veintiocho.

Era todo lo que tenía. El gachó se va, pero vuelve a los diez minutos.

—Venga.

Toma y daca; me la meto en el bolsillo interior de la chaqueta como si fuese oro en paño. Una tarjeta suplementaria de pan: ¡Figúrate! Casi se me pasaba la gazuza con sólo pensarlo. En menos que te lo cuento entraron cinco o seis policías. A hacer una *rafles*. A mí no me cabe duda que los avisó el guarro ese, cada quien gana su vida como quiere. Yo tenía mis papeles en regla. Ni me los pidieron.

—Sal con nosotros.

Y nada más llegar a la calle, me meten mano y me sacan la tarjeta. Me llevaron a la Prefectura.

—¿Con que traficante en tarjetas de racionamiento?

Una paliza, otra paliza, y otra, para no variar. Querían saber cómo la había conseguido. Yo les dije la verdad. Entonces se les ocurrió que yo buscara al tipo. Por la mañana me hacían subir al tercer piso. Me daban de bofetadas y de pisotones hasta que les daba la gana, y luego me sacaban a paseo, con un inspector, a ver si tropezábamos con aquel tío. ¡Afigúrate! ¡Denunciar, yo! De cuando en cuando íbamos a la taberna aquélla. Y lo peor es que me convidaban. Siempre había algún que otro conocido.

—¿Qué tomas?

—Nada.

—Sí, hombre, un vaso de vino.

Me lo tenía que beber, muerto de vergüenza: ¡cómo si yo tuviese la culpa! A los pocos días metieron en el calabozo a un viejo. Le habían dado una tarjeta de trabajador y estaban empeñados en que no era suya, que la había comprado. Me llevaron arriba. Seguro que me confundían con otro.

—Mira: tú a mí no me engañas —me dijo un inspector—, tenemos informes. *Tu étais gentil, avant*. Que te diga el viejo ese de dónde ha sacado su tarjeta. Mañana por la mañana me lo dices tú a mí.

No contesté. Pero yo... ¡qué había de preguntar! Allá ellos. Además que era verdad: se la dieron por las buenas. A la mañana siguiente me subieron otra vez arriba:

—¿Qué te ha dicho?

—¿A mí? Nada.

Me dijeron todo lo que quisieron y me dieron lo que les dio la gana, que no fue poco. Me condenaron a tres meses, y al salir de la cárcel me trajeron aquí.

—¿Trabajabas?

—De mecánico. El patrón no se molestó en ir a la vista. Algún día acabará esto, y si no acaba que no acabe. Después de lo de la sierra de Pándols, ¿qué más da? ¡Qué día aquél en que pasamos el Ebro!

Se despatarraba, feliz. Se rascó la cabeza.

—¿De qué brigada eras?

—De la 46. Estábamos en Ametlla. El día antes nos llamó el mando y nos hizo bañarnos a todos, para ver quién sabía nadar y quién no. Yo era de transmisiones. Fuimos los primeros en pasar, con los carretes a cuestras. El Ebro tendrá unos ciento cincuenta metros de ancho, allí, por Benifallet. Era la una de la noche. En seguida se tendieron las líneas. Y trajeron las barcazas para pasar. Había unas veinticinco. Pero de estar cerca de un mes panza arriba en los cañaverales, se rajaron, y casi todas se fueron al fondo. Total, quedaron cuatro o cinco. Entonces el mando hizo pasar una cuerda gruesa, un cabo así de gordo, de orilla a orilla, y que fuéramos pasando, cogidos de él. La cuerda se rompió del peso. La gente: unos se salvaron y otros se ahogaron. En eso se dio cuenta el escucha de ellos. Y empezaron a hacer fuego. La cara que pondrían: ¡Qué vienen los rojos! ¡Venga morterazos! Pero ya estábamos sobre las lomas y en las barcas que habían quedado fueron pasando los batallones. Ya eran las siete. ¡Qué día! Hubo un combate grande por Benifallet. Fuimos adelantando hasta donde tenían el puesto de mando. Fue un enlace de ellos el que nos dijo dónde estaba. Lo mandaba un teniente-coronel. Pistaba durmiendo. Llamamos a la puerta:

—¿Quién va?

—¡República!

—¿Qué broma es ésta?

Su mujer se puso a chillar. Entramos y se entregó. Las fuerzas siguieron adelantando.

Teníamos orden de llegar hasta el kilómetro 14. Allí estuvimos media hora. Pero no se pudo contener a la gente y nos fuimos hasta el kilómetro 17. Cogimos Vértice Rey. Pero el mando nos hizo retroceder hasta el kilómetro 14. Estábamos furiosos. Por enlaces supimos que a nuestra izquierda había fuerzas de ellos. Allí cogimos un batallón y cuatro piezas de artillería, y luego ¡a por la estación! Había un tren a punto de salir con quince o veinte vagones...

Al chaval le brillaban los ojos como si todavía estuviese allí. Ya no había alambradas, ya no había campo. Allí, tras la carretera, podía estar la estación.

—... Había un tren a punto de salir con quince o veinte vagones. El que lo mandaba hizo desenganchar la máquina y se fue con ella. En el tren había de todo: dos piezas del diez y medio, una del quince y medio, munición para los seis y medio —que no teníamos—, pero lo que es la de los otros, nos vino estupendamente. ¡Hay que ver cómo nos reímos! Y comida, y uniformes. Nos los pusimos en seguida. El mando protestó:

—¿Qué es esto? ¡Venga, venga!

Y nos los mandaron quitar, porque nos podían confundir. Lo que hicimos fue cortar los pantalones por encima de las rodillas; que para equivocarse no hace falta uniformes: la prueba es que estuvimos tiroteándonos bastante tiempo con la 15 de los internacionales. A los tres días decidieron que fuéramos a atacar Vértice Rey; pero ya no hubo modo. Cuatro días estuvimos dándole de día y de noche. Luego empezaron ellos y tampoco pudieron pasar. Nos trasladaron a la sierra de Pándols. En aquella cota 666 —que unas veces era de ellos y otras nuestra— ¡qué manera de atizar! Lo más gracioso fue un carro: de pronto, por un camino que iba de los fachas a nosotros, vemos llegar un carro tirado por una caballería, guiado por un campesino. Venía hacia nosotros, tan tranquilo. Llega y le damos el alto:

—¡República!

—¿Cómo que República?

Yo no he visto nunca a nadie con esa cara de pasmao. Se lo llevaron al puesto de mando.

—¿Cómo has pasado las líneas?

—¿Qué yo he pasado las líneas?

(Al chaval aquello le hacía mucha, gracia, porque le recordaba a uno de su pueblo, entre Utrera y Morón: maíz, trigo, algodón, olivos, albejones. Un poblachón grande. Ocho o diez mil habitantes. Dehesas y caballos. Campesinos).

Se oye el silbato del cabo de varas.

—A ello.

Un kilómetro, hasta el río, con ochenta kilos de excrementos auestas. Nos turnamos:

izquierda, derecha; hasta sentir los brazos como ramas de fuego. Al cambiar nos llegan hasta el suelo, deshechos los hombros.

Los guardias, fusil en ristre, se aburren y hieden.

—*Alors tai? Allez, ouste...*

El campo está hermoso. Tras los Pirineos, España.

—A seis kilómetros hay una sierra que dicen Sierra Morón. Por allí tienen una finca los Bienvenida. Secano. Lo que más hay, trigo. Mis padres tienen unas tierras. Somos, éramos, cuatro hermanas y dos hermanos. Todos de izquierda. Al mayor lo afusilaron: secretario de las Juventudes. Los fâchas no entraron hasta los doce días de la rebelión. Al principio se formó un comité, con el alcalde —que era socialista—, dos de la CNT, uno de la UGT y un comunista. Detuvieron hasta doscientos fascistas. Pero no les pasó nada. Alguno había que creía que era una barbaridad, pero se impusieron los más; y no pasó nada. Lo que se dice nada. Se montaron unas guardias. Los fascistas del pueblo dijeron: «Vamos a hacer un atestado en que conste que aquí no se ha afusilado a nadie. Si llegan los nuestros, nosotros iremos delante y diremos que en el pueblo no ha pasado nada y que no queremos que pase». A los doce días llegaron y los de derecha hicieron como habían dicho, y no pasó nada. Nosotros nos habíamos ido al monte. A los pocos días reunieron a la gente en la plaza y dijeron:

—Coged los caballos e iros por ahí. Decid a los jóvenes que vuelvan, que no les ha de pasar nada. Era la cosecha. Muchos volvimos al pueblo. Los más significados se marcharon andando, hacia donde habían oído que estaban los republicanos. Después vino un comandante de Sevilla, con unos cuantos falangistas que se reunieron con unos cuantos del pueblo. Les dio por afusilar, y afusilaron. Los más del pueblo no querían, pero el comandante decía que él era el que mandaba allí. Cogieron a mi hermano y lo pasearon esposado por el pueblo, y lo mataron a la mañana siguiente. Mi padre fue a ver al alcalde, que le dijo que no podía hacer nada. Así hasta más de cuatrocientos. Afusilaban a diez, o doce cada mañana, en las afueras del pueblo. Luego hacían un montón en una calle y luego venía una camioneta a por ellos. Al día siguiente mataban a los que habían ido a recoger a los muertos. Así, seguido. Como una cadena. La gente levantaba el brazo. Yo, y tres primos míos, nos fuimos andando, por el campo. Tres días. Sin comer. No sabíamos bien en dónde estaban las líneas. Al tercer día vimos unos pastores y decidimos hablarles. Fue uno, mientras tres nos quedábamos atrás. Nos llamó. Les pedimos pan.

—Pan no tenemos, no hay, pero si queréis queso...

¡Qué si queríamos!

—El frente está ahí mismo.

—¿Dónde?

—Detrás dé aquella loma.

—Bueno, ya nos diréis por dónde nos podemos pasar.

—Pues mira, subís allí, veréis un árbol y encima una bandera colorada. Allí están los rojos. Del otro lado, en la carretera, veréis otra bandera, allí están los...

Decidimos esperar a la noche. Nos subimos por aquella ladera y miramos entre la maleza. A poco llegaron unos camiones con gente, cerca de la caseta de los peones camineros. Se armó una ensalada de tiros. Nosotros aprovechamos para pasarnos.

—¿Quién va? ¡Manos arriba!

Les explicamos quiénes éramos. Nos llevaron a una masía donde estaba el comité. (Dijo «masía» porque estuvo, luego, más de un año, en Cataluña).

—¿Tenéis ganas de comer?

¡Qué si teníamos!

(Vertemos nuestra carga en anchos fosos pestilentes. Los pies se deslizan en el barro pegajoso. Bajamos hacia el río).

—Habían formado unos grupos de diez, entramos en uno de ellos, con el teniente Trujillo. Habíamos unos cuantos jóvenes que no teníamos fusil. El teniente nos dijo que lo mejor que podíamos hacer era ir a Málaga. Fuimos allá. En Málaga habíamos por lo menos veinte mil sin fusiles. Fuimos a ver al Gobernador. Nos preguntó si queríamos embarcar. Le dijimos que sí. Fuimos al puerto. Al «España número 3» —yo no había visto nunca el mar—. Eran las siete y salía a las ocho. Dimos una vuelta y embarcamos. Llegamos a Cartagena. Yo me mareé. A los tres voluntarios que íbamos no nos querían dejar desembarcar. Pero fuimos a tierra, en un falucho. Nos preguntaron si queríamos ingresar en la Infantería de Marina. Dijimos que sí. Nos llevaron a Valencia. Luego a Teruel. Luego a Villarrobledo, luego a Brunete, con el Campesino. La 46 división. Luego estuvimos seis meses en Alcalá de Henares, haciendo maniobras. Luego Cerro Gordo: cuatro días estuvimos atacando sin poder hacernos con él. Relevamos a la 5.<sup>a</sup> internacional, en Teruel. Ellos tomaron Alfambra y El Povo. Luego, la retirada: Chilches, y Alcalá de Henares otra vez, y luego en seguida a Lérida. No pasaron. Tortosa, Balaguer, Perelló, Ametlla de Mar y el Ebro. Luego, ya al final: Vineixer, Borjas Blanques y la frontera: Argelès, las compañías de trabajo, Narbona, Montpellier, la cárcel, esto.

—¿Tenías novia?

—¿Quién? ¿Yo? No.

El río corre mansamente entre la arboleda y las riberas empinadas. Bajamos a lavar las pesadas tinas. Los guardias acuden a ver si quedan limpias de zurullos:

—Límpialo mejor, si no quieres que te obligue a hacerlo con la lengua.

Cojo un manajo de hierba y obedezco. Enrique Serrano Piña me ayuda, los pies en la mansa corriente.

—Cuando volvamos allí no hay que afusilar a ninguno; aunque sé quién denunció a mi hermano: es de Sevilla.

—¿Y si te lo encuentras?

Me mira fijo, se encoge de hombros:

—No caerá esa breva.

Insisto. Sonríe con su cara de niño:

—Lo mandaré a Montpellier... o como se diga —pronuncia: Monpeyé—, para que vea lo que es bueno.

—*Allez, ouste...*

Resbalamos, subiendo. Se forma de nuevo la conducción. Tras los Pirineos, España.

# UNA HISTORIA CUALQUIERA

—Ya ves, hay rastros de los Le Portiller desde el siglo XIV: un obispo de París; otro de mis antepasados era un prócer de los escogidos para presenciar el despertar de Luis XV. Hace más de dos siglos que una rama de los Le Portiller, venida muy a menos, se fue a Santo Domingo. ¿Trata de negros? ¡Quién sabe! El caso es que hace cien años otros Le Portiller siguieron el mismo camino de ultramar y de la reunión de los dos bandos nací yo. Burguesía de la buena. En Santo Domingo no hay grandes fortunas, como no sea la del dictador, ni posibilidad de que las haya. Por grandes que sean los ingenios, los nativos sólo tienen brazos, hoces y azadas. La *élite*, lo que llamamos aquí *élite*, vive de lo que extraen de los campesinos. Ya ves lo que eso puede dar...

Luis Le Portiller debía tener cerca de setenta años. Ya no se podía arrastrar. Esquelético, el pelo cano, desdentado —que de adelgazar no podía ya con su dentadura que enseñaba a todos, bien guardada en una cajita de cartón.

—Hace seis meses todavía me venía bien. Yo he sido fuerte, muy fuerte. Aún lo soy. Saldré del campo y volveré a pintar. Conmigo no pueden.

Se veía clara la fanfarronada; pero a todos nos parecía bien y le cuidábamos lo mejor que podíamos.

—Yo soy el segundo de una enfilada de seis varones y una hembra. Porque eso sí, en los trópicos, como proliferar, se prolifera. Los hombres mueren jóvenes y los niños a poco de nacer. A los diez y siete años vine a Francia con unos tíos míos. A mí siempre me han gustado los viajes y el mar. Me he pasado mi juventud bogando alrededor de la isla. Fuimos a vivir a Bretaña. Otro mar que no tiene nada que ver con el Caribe. Como es natural me enamoré de mi prima; siempre se enamora uno de sus primas. Se opusieron sus padres y me quise alistar en la Legión. No me admitieron, por demasiado joven. Me fugué a París con la idea de alistarme en la marina: me pidieron que primero me naturalizara francés. Plasta entonces todo me había parecido natural en la vida, nada me sorprendía; pero aquello me molestó. Me parecía una cosa falsa, una mentira para conmigo mismo. Es el primer golpe que me dieron las fronteras. Así se me cerró el mar. Fui a vivir a casa de otra tía mía: una tía del Faubourg Saint Honoré. Lina casa muy cerrada, muy oscura, con mucha naftalina, muchas alfombras y una campanilla que se tocaba tirando de un cordón de pasamanería de color vino tinto, que acababa en una borla, una borla gruesa, que le llenaba a uno la mano, con flecos mugrientos del tiempo pasado en la penumbra y de los tientos de quién sabe cuántas generaciones. Una campanilla apagada, lejana por la cantidad de cortinones, puertas cerradas y tapices. Había un aparador enorme, negro, una mesa enorme, negra; muchos sillones. La boca del infierno. No pude resistir aquel cementerio; ese vivir a media voz y crecer amarillo, envuelto en tarlatanas. A los seis meses me fui sin decirle nada a nadie y me coloqué en una compañía de seguros. Creí que con los cuatrocientos francos que iba a ganar podría resolver todos los problemas y tener tiempo para pintar. Porque no pudiendo ser marino, decidí ser pintor. A los

seis meses, me moría de hambre y cambiaba mi vida. Un cubano amigo escribió a mi casa, sin que yo lo supiera, para que me enviaran lo necesario para el viaje de vuelta. Como es natural gasté lo que me mandaron. A los seis meses volvieron a remitirme lo necesario para el pasaje. Esta vez me embarqué. Caí en otro mundo, que con unas cosas y otras habían pasado más de dos años y yo era otro. Santo Domingo me sobrecogió. La vida me parecía imposible. El obrero no puede hoy, allí, discutir, en ningún momento, las condiciones de su empleo: ¡figúrate entonces! Puras acémilas. Pero ni siquiera se les ocurría protestar. Una miseria inimaginable. Como no podéis figuraros. Una miseria multiplicada por la indiferencia y la resignación. Una miseria milenaria. Aplastados, consumidos, depauperados, sucios, abandonados y sin idea alguna de un posible cambio, de poderse salvar. La virgen y el cielo. En los huesos. Un asco. Me encontré con unos amigos que pensaban más o menos como yo y dejé mi casa. No es que huyera, sino que no iba, con gran escándalo de la familia. Fuimos a vivir al campo. Pasé allí cinco años: esperanzado al principio, deshecho después. Era demasiado para tan pocos como éramos. Pero porfié. ¡Qué noches! Hablabas y hablabas y cuando creías haber conseguido algo, te salían, con su cara boba de tantos siglos de aplastamiento, con su:

—¿Qué dirá el amo?

—Ni siquiera nos metieron en la cárcel. Ésa fue, mejor que ninguna otra, la medida de nuestro fracaso. Entonces me fui a Cuba con la vaga idea de aprender a pintar un poco mejor y sobre todo de ayudar a los rebeldes. Yo nunca he tenido maestros y siempre pinté lo que me pareció bien. Alguna mañana no estoy descontento de lo que hice el día anterior. En Cuba me casé y eso retrasó mi vida tres o cuatro años. La familia de mi mujer era de esas que, por el hecho de haber comprado una casa de nada con el peso de sus jornales, pasa a burguesa con toda la envidia acumulada, y floreros, y consolas, y dimes y diretes, y espejo de tres lunas. Ya ves... Transigí, pasé por todo, hasta que reventé una buena mañana. Mi mujer me acompañó: no por convencimiento, sino por mí, porque yo era *su esposo*. Y lo que hacía, bien hecho debía estar. Unos días comíamos, otros no. Nació una niña. Las cosas fueron de tal manera que luego no he sabido nada más de ellas, que en eso empezó de verdad la guerra de Cuba. Me detuvieron. Anduve de una cárcel a otra. Recorrí siete. Estaban empeñados en que yo era español, que todo eso de mi nacimiento en Santo Domingo era una farsa. Como os digo, anduve de una cárcel a otra. Luego fui denunciado como federalista: ¿quién lo hizo? Me pusieron a trabajar en una carretera. Yo protestaba. Me volvieron a encerrar en espera de no sé qué. Ya iban a desembarcar los yanquis. Nos sacaron de noche. Éramos mil quinientos. Carabineros de rayadillo...

Aquí el viejo Le Portiller empezó a confundir los sucesos de 1898 con los de 1940. Las cárceles y las caminatas de prisioneros se le unían en el magín sin tener en cuenta el tiempo. Los recuerdos se enraciman mejor según los temas, no las edades.

—Salimos el 10 de mayo, a las ocho y media, en camiones. Guardias y guardias. Hacía un tiempo muy bueno. No hablábamos. París ya estaba desierto. Ni un coche. Algún transeúnte que las esquinas se tragaban. El tiempo nos pesaba, y la impaciencia. Nos metieron en un tren. Luego nos hicieron bajar. Tú ya lo sabes: de mil quinientos quedamos treinta y siete. ¿Para qué te lo voy a contar? ¿Cuántos kilómetros hay de París a Orleans? ¿Cien? Tardamos dos días. Nadie abría la boca. Ni siquiera para comer, que nos tuvieron a hambre hasta el miércoles por la noche. ¿Por qué

recuerdo que era miércoles? Un río negro, una corriente agusanada. Al llegar nos metieron en un campo. Pero no como éste. Era campo de verdad, el campo de los borregos y de las vacas. La gente, la que iba como podía por las carreteras, no se explicaba lo sucedido. Lo incomprensible aplasta siempre y no se iban a poner a pensar. Ya ves... Mudos y ciegos, guiándose por el olfato, tropezando en cualquier canto. No había bache que salvaran. Tropel confuso. La traición como único remedio al que agarrarse. Ese sentimiento los rendía más. Alelados. Descubrían de pronto la guerra, al año de hacerla. Todos preguntaban:

—¿Qué nos sucede?

—Buscaban culpables a la ventura del aire. Éramos un gran blanco fácil, encerrados tras unas trancas. ¡Las cosas que oímos!... Lo menos que pedían era que nos fusilaran. Los guardias estaban de acuerdo. Volvimos a salir de madrugada. A lo lejos retumbaba, de cuando en cuando, un bombardeo. A las doce oímos la primera descarga. Nadie sabía de lo que se trataba. Anduvimos todo el día. A la tarde —mejor dicho a la noche— llegamos a Mont Joyeux. Allí nos separaron: los españoles y demás extranjeros a un lado, los alemanes a otro. A mí me pusieron con los cubanos. ¿Para qué detendrían a los cubanos? Ya ves... Pedimos de comer a gritos. Estábamos en el corral de una alquería grande, un patio enorme. Llegó un suboficial, gordo, grande, bigotudo, rojo a más no poder. Con pelos por todas partes, furioso:

—¡Como no os calléis en seguida, os fusilamos! Ya hemos despachado a cinco. Lo podremos hacer porque tenemos órdenes. ¿Estamos? ¿Tiene alguien algo que decir? Fusilados, como perros. Es lo único que merecéis. Nuestros soldados están luchando, mueren por vuestra culpa; los alemanes están destripando a nuestras mujeres y tenéis el descaro de pedir comida. ¡Estaría bueno! Al primero que proteste: ¡como a un perro! ¿Me entendéis? ¿Hablo claro? ¡Como a un perro!

—Y nos dejó solos. La finca era de un general. Los más listos descubrieron gallinas, palomas y sidra. Y manzanas. Nos atiborramos, luego sacamos paja al patio y dormimos estupendamente hasta las cuatro de la mañana en que echamos de nuevo a andar siguiendo el canal de Briare. El campo estaba precioso. Todos los verdes y todos los amarillos y una neblina dulce. En la retaguardia de las columnas se oían tiros sueltos: los que no podían más. Así no hubo retardatarios. Yo tenía los pies deshechos. Pero ante todo quería saber en qué iba a parar aquello. La curiosidad levanta montañas. Me arrastré hasta la cabeza de la conducción. Los que iban quedando, rotos, en las orillas de la carretera sabían lo que les esperaba. Lo que importaba era saber dónde empezaba la cola, hasta dónde se alargaba. Desde ahí para atrás te mueres... Los que abandonaban es que, de verdad, no podían ya con su alma; os aseguro que así morir se no es tan malo; lo peor: quién te remataba. Un vagabundo, pequeñarro él, peor afeitado que todos y no es poco decir, lo estoy viendo: con su gorra gris, su hatillo mal liado en un pañuelo a cuadros, sucio, se quedó sentado, en la cuneta. El agua del canal corría lenta, preciosa, reflejando los álamos. Le cogieron entre dos guardias. Vejancón.

—Anda.

—No puedo.

—¿No tienes oídos? Anda.

—No puedo.

Puntapié va, puntapié viene. Nada. Entre los dos lo incorporaron, a empujones. El viejo se dejó caer. Entonces lo cogieron por los sobacos y empezaron a meterle la cabeza en el agua, que corría muy alta, hasta los mismos márgenes. Y venga remojarlo, y venga meterle y remeterle la cabeza. Se le fue la gorra al amor del agua. Pasó entonces una gabarra. El hombre y la mujer que la piloteaban se pusieron a gritar y a insultar a los guardias. Éstos se quedaron quietos. Dejaron caer al hombre que hizo un ruido de neumático deshinchado. Cuando pasó la barcaza y estuvo lejos, lo pusieron de pie.

—Anda.

No se tenía. Entonces le pegaron un tiro. Una camioneta, que venía detrás, recogía los muertos. Cuando nos deteníamos, los teníamos que enterrar. Los hoyos no eran muy hondos. Algún día los encontrarán. Llegamos a otro pueblo. No recuerdo ahora cómo se llamaba. A medio pasar la columna por un puente, llegó la orden de volarlo: los alemanes en los calcañares. Entonces vino lo bueno, porque a pesar de todo, nadie quería caer en sus manos. La mitad de la columna se quedó del otro lado, con más suerte que nosotros, porque pudieron escapar. Un clavo saca otro. Seguimos. La carretera, como os podéis figurar: árboles ametrallados, hoyos de las bombas. ¿Cuántos días seguimos andando? ¿Cuatro, cinco? No lo sé. No éramos sino harapos. Los pies así de hinchados. Una vez quitados los zapatos no había quien se los pudiera volver a poner. Llegamos a un cuartel desierto, pero quedaban conservas. Nos dieron una caja de sardinas para ocho. Eso fue el 25 de julio. Me acuerdo bien porque allí había un calendario. Llevábamos más de tres días sin comer. Como postre empezaron a bombardear. Le dieron a un caballo que estaba cerca de mí. Los guardias mataron a dos españoles que intentaron escapar. Y en seguida la orden de marcha. Dejamos más de cien muertos. Y los heridos, que los atendiera su madre. Carretera de Bourges. Por la noche yo y dos más decidimos huir. Yo había cogido los papeles de un muerto y los había puesto en el bolsillo de mi capote. Eso fue un día o dos antes. Me quedé vigilando a la orilla del camino. Había dejado mi capote a los compañeros: así andaría más ligero; se fugaron sin mí. Los hay de cinco, de a diez y de a quince, como decía mi madre. A la madrugada avistamos la ciudad, la habían declarado ciudad abierta y no admitía el paso de soldados. Era en Bourges, me acuerdo muy bien. Uno empezó a desbarrar pidiendo a gritos que lo mataran. Hasta las diez estuvimos tumbados, esperando contestación del jefe militar de la plaza. Nos concedieron permiso para entrar. Nos llevaron a un cuartel:

—Vais a descansar.

Nos dieron de comer un cucharón de arroz. A medio deglutir entró un suboficial, nos formó:

—Después de haber comido tanto conviene que deis un paseo para tomar el sol. Llevaos pan, que a lo mejor a la noche no hay.

No había pan. Llegaron más guardias y unos senegaleses. Nosotros no éramos ya más que

doscientos. (Entre los que se habían quedado del otro lado del puente, los fugados y los que fusilaron). Nombraron un nuevo jefe de la columna. Nos formaron para oír su discurso: a todo rezagado ¡zas! A cualquier intento de evasión ¡zas! Aquel teniente prometió vino y recompensas, habló del deber y de los permisos. ¿Para quién? Salimos andando. Guardias delante y a los lados. Negros en el centro de la columna; mitad y mitad en la retaguardia que era donde más trabajo había. En el centro de la plaza un gran trapo extendido donde se leía: *Bourges, ville ouverte*.

Más adelante, por los bordes del camino, casas destrozadas y saqueadas. A nosotros nos estaba rigurosamente prohibido apartarnos del centro de la carretera. Los guardias iban de casa en casa llevándose lo que podían. De cuando en cuando, atrás, sonaban unos tiros. Prohibición absoluta de apartarnos ni siquiera para beber agua. Uno, que tenía a mi lado, se pasó kilómetros y kilómetros diciendo:

—Agua, agua, agua.

Nos dio a todos una sed de muerte. Lo echamos a la cuneta. Un guardia le dio de beber. A lo lejos estuvimos viendo durante mucho tiempo un incendio. Luego, las alarmas aéreas: los guardias se protegían en las zanjas, bajo los árboles y nosotros en medio de la carretera, sin podernos mover. Aún llevaba yo una maletita con unos tubos de colores. La tiré. Anduvimos día y noche hasta llegar a una estación. Una estación pequeña donde había un tren abandonado. Nos mandaron subir a los cuatro vagones de carga. En el que me tocó había obuses. Cada uno empezó a suponer y a decir cómo, cuándo y por qué estallaría aquella munición.

—Que el calor.

—Que el bombardeo.

—Que el solo andar del tren.

Éramos setenta metidos en aquel cuchitril. El de la sed se volvió loco, se tiró de cualquier manera y empezó a correr a campo traviesa. Le pegaron un tiro en las piernas. Luego lo remataron a culatazos. Oímos cómo se le rompían los huesos y la voz. El que estaba a mi lado empezó a vomitar, llenándome con su porquería. El tren echó a andar.

Se paraba cada dos por tres. Estuvimos cinco días y cinco noches sin que se abriera la puerta, hasta que llegamos a Toulouse. Entonces recorrieron la puerta:

—¿Quiénes sois?

Los guardias habían perdido todos los papeles. Sacaron los cadáveres. De mil quinientos que habíamos salido de París, quedábamos treinta y siete. Nos llevaron a la cárcel, andando, y luego aquí... Cada uno se apuntó con el nombre que le dio la gana. Yo daría cualquier cosa por saber por qué estoy aquí. Anduvimos, anduvimos. En Cuba era otra cosa. Claro está que yo era más joven. Pero me pareció menos duro y por lo menos nos insultaban en español. Maricón suena mejor que *sale cochon communiste*. Dios sabe que no soy comunista, pero después de esto me entran ganas de serlo. Palabra de un Le Portillen.



# *HISTORIA DE VIDAL*

Yo no sé si te acuerdas de él. Dormía a mi lado, al principio. Luego lo trasladaron al fondo de la barranca. Sí, aquel catalán harapiento —siempre sin afeitarse, con las gafas rotas...—. Te tienes que acordar: no sólo con las patillas hechas pedazos y remendadas con hilos y cordelillos, sino también un cristal. Recuerda, ¡hombre!, el que estuvo esperando cuatro meses que le dieran permiso de pedir unas nuevas a Toulouse, y que luego se le perdieron. Bastante alto, encorvado, de pelo castaño enmarañado, un tanto sucio el pobre a fuerza de no tener ropa. Acuérdate que cerraba su gabán color café con un imperdible a la altura del cuello. Bueno, aquello no era gabán, ni nada. Llevaba en el campo más de tres años, desde el 39, arrastrando los pies, yendo de un lado a otro, porque sí, a ver si recogía alguna colilla. Eso le hizo desmerecer a los ojos de los comunistas, sus antiguos compañeros. Bueno, él se hizo comunista durante la guerra, que antes era de Esquerra Catalana. Empleado de banco, en Lérida. Era de un pueblo de por allí. Un empleado de banco en un campo de concentración... Sin ninguna habilidad particular, y resignado, sin importarle gran cosa ni el pasado ni el futuro. Había sido agente de policía al principio de la guerra, luego vagó al azar de destinos burocráticos. ¿No te acuerdas? La historia que me contó es lo de menos, era el tipo.

—El 15 de agosto me llamó el Director General de Policía, y me ordenó hacer un servicio.

—Mire usted que yo...

—Lo he llamado porque confío en su prudencia.

Por aquellas fechas un servicio significaba salvar gente. En efecto, por recomendación de un Consejero de la Generalidad —que a eso se limitaba poco más o menos su poder y su trabajo— debíamos ir a unos cincuenta kilómetros de Barcelona, entre el tal y el tal, internarnos por el monte y traer un cura a salvo.

—Vivo, ¿eh?

Cogí un agente, pequeño y bizco, y el hermano del interfecto a salvar, y en un Renault nuevo nos fuimos para allá: yo con una Colt 45 y el agente con un fusil ametralladora. El hermano, como es natural, había de ser el guía. Hallamos sin dificultad el sitio convenido en la carretera, y yo, por si las moscas, como siempre, le digo al chofer:

—Da la vuelta al coche, para que cuando volvamos no haya tiempo que perder.

Con tan mala pata que el coche se fue a la cuneta y no había quien lo sacara. Allí nos tenías con palos y empujones, y las ruedas patinando. ¡Que si quieres! A lo lejos había una casa, un mas, en medio de una huertecilla. Estaría a unos cien metros de la carretera. Fuimos a pedir cuerdas y a ser posible un buey. Lo malo fue el pistolón y la ametralladora, porque a pesar de nuestros

desaforados: ¡Gente de paz!, no sólo no abrieron sino que avisaron por teléfono al pueblo que unos incontrolados pretendían asaltar la casa. A los diez minutos camioneta a la vista; pensé: «Estamos salvados». Sí, sí, a cien metros paran, nos apuntan.

—¡Arriba las manos!

Bueno, levantamos los brazos.

—¡No disparéis!

Llegan. Siete u ocho, armados con toda clase de escopetas, naranjeros inclusive.

—Somos agentes de policía.

—Bueno, bueno, ¿a qué venís por aquí?

—Un servicio.

—¿Qué servicio?

—No os importa.

—¿Cómo que no nos importa? En Barcelona mandaréis vosotros, pero aquí manda el Comité. Y nosotros representamos el Comité. ¿Éste quién es?

—Un agente.

—¿Y éste?

(Lo decían por el hermano del clérigo).

—Otro agente.

(Yo pensando: Ya la hemos pringado. No faltará alguno que lo conozca. Pero no fue así).

Porque en eso el agente pequeño reconoció, en la camioneta, que se había quedado a prudente distancia, a un tío suyo.

—¡Tío!

—¡Hola, sobrino! ¿Qué te trae por aquí?

El agente pequeño se llevó a su tío unos metros más allá y tras mirarme —¡qué remedio!— le cuenta la razón de nuestra presencia: —Que si el Consejero de la Generalidad, de que si no hay más remedio que salvar a ese bendito cura, etc.

—¿Así que venís a por ese hombre? —contestó el tío—. ¡Gracias a Dios! Hace tres semanas

que lo estamos buscando para que se marche tranquilamente porque nunca se ha metido en nada. Pero no tenemos idea de dónde pueda estar...

Y se quedaron de guardia en la carretera hasta que sacamos a nuestro hombre: muerto de miedo. Llegamos al coche. Unos cuantos se acercaron a saludarle. Con ser todo y cura, temblaba. Yo no he visto nunca cosa igual. ¿Por qué? Si creía en el otro mundo, ¿qué más le daba? De vuelta se pasó el tiempo rezando. Ahora que yo no sabría decir —de verdad— si rezaba o le temblaba la quijada. Balbucía para sus adentros...

A mí no me gustó nada. Ni las gracias nos dio cuando lo dejamos en el lugar convenido. Su hermano, sí. Era otra cosa.

He sabido después que el cura aquél atravesó sin pena la frontera y se fue en seguida a Burgos. ¡Qué cosas no contaría! Porque con el miedo que pasó debimos parecerle bandidos tremebundos.

Vidal hizo una pausa.

—Si hubiera que volverlo a hacer, no lo haría.

—¿Por qué?

—Que lo hiciera otro. Yo no estoy para nada.

El campo lo había deshecho. Al principio fue como los demás pero, luego, le dijeron que su mujer —que estaba en Toulouse— se había dedicado a puta. Eso acabó con él. Algún tiempo se resistió a abrir los paquetes de comida que ella le enviaba. Luego, un húngaro, con quien dormía, le convenció de lo contrario. Huyó de todos y se dedicó a las colillas.

Al principio intenté convencerle de que la culpa era de Franco, de los italianos, de los alemanes. Me miró con sus gafas rotas, con su tristeza de perro siguió adelante, hacia una colilla que el *caporal* Guiste colocaba al otro lado de la raya que señalaba el límite del que no podíamos pasar. Así atrapaba a unos cuantos y llenaba el calabozo, para gusto del *adjudant* que, a la noche, tenía en quién romper sus cuernos, ya legendarios. Pero Vidal no interesaba a nadie. Guiste lo vio y no le dijo nada.

# *LOS CREYENTES*

Me llevaron a Bretaña, hace dos años y pico, me pusieron a dirigir unos grupos de trabajadores, advirtiéndome que los que quisieran ir a misa podían hacerlo. Cuando los tuve formados, les dije:

—Aquí no se obliga a nadie. Francia es un país libre y permite que el que quiera cumpla con sus obligaciones religiosas. El que quiera ir a misa que se apunte en la lista.

No se movió nadie. Ni se habló más del asunto hasta que vino un marica, un marica de verdad, con rosario y medallas y pronunció el sésamo:

—Habrá tabaco.

Se apuntaron los sinvergüenzas, luego siguieron otros, de todas calañas.

Total: de cuatro compañías que éramos, casi la mitad dieron sus nombres. Pronto amainaron. No había para tanto: a lo sumo les permitían recoger colillas; que la misa se decía al aire libre, en una explanada, y, al terminar, les dejaban husmear por donde habían estado los del pueblo. Los más atrevidos volvían con diez o doce puntas de cigarrillos. No era negocio y la gente dejó de ir.

Vino a verme el cura. Le extrañaba y lamentaba que el número de fieles se le fuera reduciendo de esa manera.

—¿Es que aquí se opone alguien a que vayan a misa?

—No, señor.

—Antes...

—Es que les prometieron tabaco.

—¿Cree usted?

—Claro.

—Pero el pueblo español ¿no es católico?

—No, señor.

—¿Por qué?

Era un bendito.

—El clero español siempre ha servido a los amos.

—Es una lástima.

—Sí, es una lástima.

Y el hombre se fue.

Al poco tiempo corrió la voz de que los evangelistas daban galletas a los que acudían a su capilla. Se apuntaron bastantes. Entonces el cura católico repartió un kilo de confitura entre los asistentes. El sábado siguiente el rabino distribuyó sellos. La mayoría se apuntó a los tres cultos. Me quitaron del puesto y pusieron al frente de la compañía a uno que ayudaba a decir misa.

Lo único que pasaba era que, al formar para ir a los servicios religiosos, les daba vergüenza y no se atrevían a mirarnos.

También es verdad que tres aprovecharon aquello para fugarse. Entonces discutimos en serio si nos convenía ir a misa. Pero no nos lo permitieron. Eso fue ya en tiempo de los alemanes.

# UN TRAIADOR

—Lo único que me importa es mi mujer. Está sola. Todo lo demás me tiene sin cuidado. Si yo he sido esto y aquello, no me importa. Primero: mi mujer. Y luego...

Luis González Merino es madrileño, de padre vallisoletano, y madre trujillana. (Sangre de los Pizarro: Sí, sí, son familia). Los padres, a fuerza de lacerías, mantenían un comercio de tejidos en lá calle de Atocha. El padre ya era viejo cuando vio aparecer el rorro entre las piezas de cutí, de tarlatana, de cretona, de crudillo; paños y lienzos de Sabadell, Tarrasa, extremeños y de Alcoy. Asomaba al mostrador la nariz respingona. El niño era una gloria: rubio y con los ojos azules. Delgaducho, pero ¡tan rico! Con los ojos cercados de ojeras traslúcidas, que no se le fueron nunca; blanco, blanco, con tinte enfermizo que ninguna dolencia específica conformaba. Lábil, desgano, con una perenne amenaza de no se sabía qué mal:

—Ese chico, ese chico...

Le gustaban mucho los dulces y no se los escatimaban.

—¿Qué quieres tomar, rico?

—Caramelos.

Y se iba con su perra gorda a la confitería de la esquina donde le atiborraban.

Siempre pegajoso, los labios embijados, que lo colorado parece más dulce que lo amarillo o lo verde, y el rey de los gustos: la fresa. Las manos apegotadas.

Fue a los Escolapios, a la Escuela de Comercio, entró en el Banco de Bilbao. Los padres traspasaron la tienda. El viejo:

—El corazón... no me deja.

Se fueron a vivir al final de Hortaleza; pero el barrio podía más y volvieron, al año, a un piso gris, feo y triste, en la calle de Fúcar.

Luis González Merino era un hombre enjuto, con los labios mal marcados, miope, y un poco redicho. Muy apegado a sus prerrogativas de hijo único, trataba a sus padres con cierto desprecio y éstos lo aguantaban con gusto.

—Es nuestra alegría. ¿Viste bien, no?

Su miedo: que se casara. Nunca abrieron boca por verle llegar tarde. Como si el trasnochar

compensara, para ellos, tácitamente, el matrimonio. Rehuían toda conversación que los pudiera llevar por los aledaños de la coyunda oficial y sacramentada. Era el tema obsesionante de las conversaciones de los viejos cónyuges:

—Nunca estará mejor que con nosotros.

—Bah, bah, ¡ya tendrá tiempo!

—Lo mejor sería casarlo a nuestro gusto. Con alguien que conociéramos y que le gustara vivir con nosotros.

—Lo mejor es que no se case —decía la madre.

—Sí. Pero ¡los nietos!

—Ya somos demasiado viejos para cuidar de ellos.

Luis no se preocupaba. Su naturaleza se contentaba con poco y ese poco no le costaba gran cosa satisfacerlo dándole a la carne parte de lo que era el sábado. Muy cuidadoso de sí y del qué dirían.

Iba camino de inspector del banco cuando se le ocurrió, y se convenció, de que debía afiliarse a la UGT. La Casa del Pueblo le llenó de una ilusión nueva: tenía fácil la palabra y se descubrió talento de orador. Fue un afiliado entusiasta. En el sindicato le tenían en mucho. En julio del 36 hizo lo que todos. Estuvo con Mangada, luego en la Ciudad Universitaria, después en Guadalajara. Llegó a capitán. Pasó a Francia en febrero del 39. Se escapó del campo y se puso a trabajar. Como no tenía papeles, al poco tiempo lo volvieron a encerrar en Saint Cyprien.

Había en él cierta candidez que debía a su mediocridad. No tenía noticias de sus padres; lo que no le importaba mucho. Se escribía con un compañero suyo, libre por casualidad. Éste le puso en relación con una muchacha que deseaba apadrinar a un refugiado español: Marta Lasser, institutriz. Veintiocho años bien empleados, a lo alto y a lo ancho. De las cartas pasaron a las fotografías, de las fotografías a los sueños, de los sueños al matrimonio cuando, al fin, le soltaron por mor de un contrato de trabajo que ella le consiguió. De origen alsaciano, con la derrota francesa, vino a secretaria de la Kommandantur de la villa donde residía. La coyunda con aquella mujer de gran apetito le sorbió el poco seso. Fuéronse luego a Marsella, al amparo de México, con la esperanza de América, como todos, en el bolsillo. Las posibilidades de embarque se fueron desvaneciendo y Luis González Merino encontró trabajo como camarero, en un restaurante indochino del Puerto Viejo, en la calle de la Cárcel. Marta tomó a Marsella como objeto de sus inquinas:

—Es la ciudad menos interesante, más pava, con menos personalidad que jamás he visto. Fea, sin un monumento decente, sin calidad: una aglomeración forzada, sin la menor idea, sin clase, sin estilo. Parece mentira que sea tan vieja.

Marta se preciaba de su cultura y de su educación. Sufría, insufrible, con la categoría del

trabajo de Luis, pero, por lo menos, comían.

Con la labia y los labios de su mujer, el carácter de Luis varió por completo. Lo que le había mantenido firme hasta entonces: su posición política, se anegó, desapareciendo de la noche a la mañana. Se encontró con un mundo nuevo sin comprender lo que le sucedía.

—¿Por qué estoy aquí? Todos son unos bandidos. Nos han engañado. Nos están robando.

Al restaurante iban muchos españoles. El precio era bajo y la comida regular. Así entró en relación con Mateo Gálvez y su gente. Mateo era un abogado de Ciudad Real que había salido de España al principio de la guerra, muy decidido a no volver mientras hubiese tiros. Republicano que se decía. Vivía de negocijos que nadie sabía a ciencia cierta lo que eran. Vendía favores. Su amistad con el personal de varios consulados sudamericanos le permitía medrar a costa de algunos presuntos emigrantes en brama de visados:

—Yo le arreglo a usted eso.

—Ni hablar.

—El Canciller, el Vicecónsul, el Cónsul...

—Almuerzo mañana con el Director de la Compañía.

—El Secretario de la Comisión de Armisticio es amigo mío.

—No se preocupe, pasado mañana.

—Dentro de una semana.

Luis González, y otros, le iban reclutando clientes, y recibían una parte de los beneficios. Con lo que le tocaba, Marta se vestía con cierta elegancia.

Mateo Gálvez, a lo suyo, llegó a tener relaciones muy íntimas con la secretaria del Cónsul de la República X, y consiguió hacerse con el sello oficial. Con él en la mano se consideró feliz. Le duró seis meses, que, al cabo de ese tiempo, ascendieron al policía que, por su cuenta y razón, hacía la vista gorda. Todavía tuvo tiempo Gálvez de pasar el cuerpo del delito a casa de Luis González Merino. No estaba él y recibió Marta el encargo. Los detuvieron a todos. La mujer sabía poca cosa, pero lo poco que sabía lo dijo por las buenas en seguida. A su propio asombro, Luis González cantó a la primera amenaza de violencia corporal.

—¿Dónde he caído?

En seguida se encogió de hombros.

—Lo único que me importa es mi mujer. Está sola y quiero volver con ella. De lo demás se me da un pito. ¡Si los alemanes me quisieran llevar a trabajar en la zona ocupada con ella!

En el campo iban diciendo, a su paso, para que lo oyera claro, porque nadie le hablaba:

—Oye, tú, ¿qué hijo de puta nos habrá traído aquí?

Luis González sonreía y pasaba.

Y el siguiente:

—¿Decías algo?

—No. Me preguntaban que qué hijo de puta nos ha traído aquí.

Denunciaba lo que sabía y lo que no. Un día supimos que su mujer había salido libre gracias a las gestiones de un suboficial alemán, con quien se fue a vivir. Acordamos decírselo para ver si se corregía. El resultado fue contraproducente y nos costó quince días de calabozo a cada quien.

El día que lo liberaron respiramos todos.

Dicen que su mujer lo hizo enviar a Alemania, donde murió.

González Rivas, el pequeñarro, que venía a mi lado, pregunta:

—Si miras bien las cosas, ¿de quién es la culpa?

# ***RUPTURA***

*Marsella, 22 de septiembre de 1941*

Querido Paco:

¿Recuerdas, hace un mes? ¡Cuánto dolor desde entonces! Esperé confiada, ocho, diez días. Cada paso en la escalera me parecía tuyo. Te escribí una carta que la mala suerte quiso que no recibieras. Me engañaron. ¿Recibiste el bizcocho antes de tu marcha? Releo tu última carta. Ha pasado cerca de un mes sin que tuviera la fuerza de contestarte. Ves: no soy fuerte, ni tengo valor; cobarde, cobarde porque vivo en mis recuerdos, con mis recuerdos, de mis recuerdos, porque me siento herida y ausente del vivir cotidiano. Estoy triste, tan triste como cuando me conociste, en enero. Pero sin nada dentro, viviendo con la esperanza de rehallar, de reencontrar algo perdido, algo no perdido definitivamente, algo que no puede haber pasado para siempre. No, Paco, no me digas: «Adiós, Peque». Es cruel e inútil. ¿No crees que hay algo más que decirnos ahora que estamos tan lejos el uno del otro?

En cuanto a tu permiso ¿qué quieres que haga con él? Quizá me fabrico nuevos recuerdos viviendo los viejos y rebuscando en ellos líneas incoloras que pasaron entonces desapercibidas. Sé, de antemano, que no me contestarás. No me importa. También sé que soy tonta al escribirte.

He traído a casa parte de tus libros. Iré trayendo los demás. No he podido ocuparme de gran cosa. He estado más o menos enferma todo este tiempo: cuando no estaba en la oficina, estaba en cama. ¿Qué voy a hacer ahora que no me queda nada?

He terminado *Guerra y Paz*. He ido a ver una película triste y magnífica de Bette Davis. Quisiera tener noticias tuyas. Me imagino mal tu vida. Espero tu vuelta. Cada hora es larga. Desde este momento voy a preguntarme e imaginarme lo que pensarás al recibir estas líneas, cuál va a ser tu reacción, ¡es tan difícil meterse en la epidermis de los demás! Sobre todo tratándose de ti,, que no hablas nunca de lo que sientes sino únicamente —y poco— de lo que piensas. No tendrás que esperar cuatro semanas mi próxima carta. Aguantaré y sabré esperar. Tuya

Gabriela.

*Vernet, 28 de septiembre de 1941*

Mi querida Gabriela:

Si me hubiese puesto a imaginar la carta que me ibas a escribir, al mes de mi detención, no me hubiese equivocado y se parecería bastante a la que he recibido. Te empeñas en equivocarte, añádele tu pereza. No es egoísmo o egolatría, no. No refieres el mundo a tu sola persona, ni crees a los demás pendientes de ti: más bien es lo contrario: desconfianza de tus medios; pero esa inseguridad te embarga tanto como si fuese un sentimiento positivo. Que tanta cerrazón trae la desconfianza como la soberbia. Y desde luego más dolores: que no hay como la incertidumbre para estrujar y punzar. Y nada es más molesto que la falta de seguridad en sí mismo cuando hay que lanzarse al ruedo. Quizá piensen algunos que el valor es un cerrar de ojos. No es cierto. Puedes cerrar los ojos al tirarte del trampolín, pero lo que importa es el impulso y el saberse defender luego entre las aguas. Dicen que los toreros tienen miedo hasta el momento de abrirse de capa. Tú desconfías de ti a toro pasado.

Empleas palabras demasiado importantes, demasiado grandes, para tus sentimientos. El difunto era mayor. Las preñas de tristeza y desesperanza: *el destino, para siempre jamás, la soledad*. Exactamente igual que si me hubiese muerto. Te quedas en cama, te crees enferma (no estás muy segura de ello), te da vergüenza y escribes.

Descubres la inutilidad de la vida, la rutina. No te preocupes. Volverás a tu vida de cada día; sí, hija, sí. Te encuentro un poco viuda y como tal dispuesta a consolarte al pasar la raya del luto y asomar el crepúsculo del alivio. Para eso tienes mi permiso (al fin y al cabo te lo doy para ver si te contienes, con la segunda intención de que mi desinterés sirva tu fidelidad). Ten cuidado con los recuerdos, a veces le juegan a uno malas pasadas y toma uno un pájaro en mano por dos volando. Si me engañas hazlo sin remordimiento.

Al cabo de la primera cuartilla ya no sabes qué escribirme y amontonas frases cortas, sin hilación: *quisiera tener noticias tuyas*. Pero hija ¡quién te lo impide! Ya sabes que no te escribiría *motu proprio*, para que no te molestara la policía, pero desde el momento en que tú lo haces... Además si hubieses querido, con ir a ver a Enrique hubieras podido saber de mí, sin ningún cuidado. Así que, joven, no me vengas con cuentos.

Dices que te imaginas mal mi vida, lo cual tampoco es cierto, tenemos bastantes amigos comunes que la han llevado antes que yo y que la han referido. Todo eso porque no sabes qué escribir; tu carta te parecía corta y te dedicaste a añadir vaguedades. O cosas que no quieren decir nada: *espero tu vuelta, las horas son largas*, etc., pero lo que es escribirme, lo que es ocuparte de mí tal como tú sabes que yo querría... Desde este momento —vienes a decir— voy a imaginarme cuándo, cómo vas a recibir estas líneas. Tu carta es del 22, la echaste al correo el 24... *Hablas de lo que...* ¡Vaya dialéctica! Como si hubiese un compartimento estanco para los sentimientos y otro para el pensamiento. ¡Bien por la estudiante en filosofía e ilustre materialista de la historia!

Siento, efectivamente, cierta repugnancia para expresar lo que me empuja y explicar lo que hago. ¿Sabes lo que es? Tal vez un sentimiento femenino que tú ignoras: pudor.

Aguantaré, me escribes. Pero ¿quién lo duda?, y además ¡qué remedio! Y lo dices como un grito de victoria final, dándote importancia (como si rendida, al acabar el segundo acto: los brazos bajos, la cabeza caída, las greñas hacia la tierra, te desplomas sin sentido, en el sillón dispuesto de antemano por el director de escena, mientras baja el telón, y suenan los aplausos. Se vuelve a levantar el paño de los éxitos, y tú sigues en tu posición histriónica para, a la tercera llamada, saludar sonriente, arreglándote el pelo con cierta gracia, echando la cabeza atrás para sonreír, primero a la galería).

¿No te parece bastante haberte echado a gimotear un mes sin acordarte más que de tu soledad? Y a mí que me partiera un rayo. A mí y a todos. Porque supongo que no te habrás vuelto a preocupar de lo que sabes. Es preciso, eso de empezar a monologar, con la batalla a medio perder: ¡Soy desgraciada! ¡Soy muy desgraciada! ¡Soy tremendamente desgraciada! Me han quitado a mi amante. ¡Estoy sola! ¡Estaré sola! ¡Soy la persona más desgraciada del mundo! ¿Qué hace la gente que no se para ante tanta lástima?

Sí, hija, Gabriela, sí. La detenida pareces tú; te apiadas sobre el pobre cadáver de tus treinta días de cama incompartida. Porque en lo demás ¿qué diferencia? Te revuelves, brincas, te subes por las paredes. Si me quisieras de verdad te hubiese faltado tiempo para *hacer* cosas. Porque la pasión es acción, porque la fe es acción, y tú te has acartonado en tu molestia, reconcomiendo tus recuerdos como quien chupa un pirulí. Recuerdo. Ya sospechaba que ésa sería tu postura, porque es la más fácil y espectacular. Necesitabas ver tu dolor para creerlo. Necesitabas verte tumbada — sola— en la cama y sentir tus lágrimas calientes en la mano, saladas en tu boca, para convencerte de mi ausencia. Mas en ningún momento pensaste: está solo, ¿qué le hace falta?, ¿qué hay que hacer?, ¿cómo?

Todo tu credo político, mi joven Gabriela marxista, son nubes que te esconden un mundo de vaguedades y sueños turbios. ¡Claro que aguantarás! ¡Y yo! Y por si te interesa: me levanto a las siete, me acuesto a las diez. Tomo el sedicente café a las siete y media, sopa de nabo a las once, sopa de zanahoria a las cinco. Y, más o menos, me muero de hambre esperando que la joven Gabriela, perdida en su dolor, se acuerde de salir de casa para ir a comprar alguna que otra cosa y me la envíe. Porque la joven Gabriela —aunque no te lo creas— hace diariamente la compra para ella y su madre. Y no se le ocurre pensar, o mejor dicho sí lo piensa, pero no lo hace, lo cual es peor, hacer un paquete, rotularlo y llevarlo al correo. Tengo la seguridad de que cada dos días, un minuto, dos minutos, te dices: tengo que mandar algo. Pero vuelves a recaer en tu dolor, acordándote de la imagen Francisco, del recuerdo Francisco, de la esperanza Francisco. Pero ir a una tienda, escribir una dirección, pegar una etiqueta, llevar el bulto a la estación, eso ya es demasiado, eso es superior a las fuerzas de la joven Gabriela. Gabriela cree que no puede mover los brazos, muerta como lo está de amor. ¡Cuentos, mi joven amiga, cuentos! Si fuera amor de verdad no llorarías tanto. Me hubieses escrito una carta que poco más o menos dijese lo siguiente:

«Querido Paco: Tengo todas tus cosas en casa. He limpiado tu ropa y te la mandaré a medida que la necesites. Supongo que recibes con regularidad los paquetes de víveres que te envío. Sabes que no se encuentra gran cosa, pero no te preocupes, ni te preocupes por mí. Trabajo y no estoy triste. Los recuerdos son siempre mejores un tanto añejos, como el vino. También te envié algunos libros que supongo recibirás con gusto. Al bizcocho le falta un trozo. Me lo comí a tu salud».

Después de una carta así podías haberte ido a acostar con el mejor plantado de nuestros amigos. Adiós, tembleque.

Francisco.

P. D. No recibí el bizcocho. (Rebaja el hambre, rebaja la rabia y lee la carta al revés: Te quiero).

*No hubo más cartas.*

# *PLAYA EN INVIERNO*

El ruido de las olas es más fuerte que en verano: nada lo ahoga ni confunde. La playa está sucia, cubierta de algas, de cortezas de limones, de naranjas despanzurradas, de cascos de botellas. Uno de ellos rueda, arriba abajo, al placer de las olas, cerca de un perro muerto. A lo lejos, dos niños desarrapados recogen maderas. Viento largo, pegajoso.

Viento largo, pegajoso. Miseria. Olor fresco de barro removido, olor de acequia sucia, rica de los desperdicios de la ciudad. A la derecha, un cerro; más allá, Marsella. Mar pardo, espuma parda que reconcome algas. Las olas se matan entre sí, de dentro afuera, de afuera a dentro.

De afuera a dentro, el sol, blanco de viento, húmedo, da, entre nubes vencidas, vientre bajo, bajo vientre del cielo, un resplandor deslumbrante que espanta los ojos.

Cañas vomitadas a la playa, algún madero, más naranjas. Brisa sucia, pegajosa, que empaña cuanto alcanza.

Clavadas en el cielo, las gaviotas, fijas a fuerza de batir de sus alas.

El mar pardo, con su cenefa sucia de espuma parda clara, se lista de verde, a lo lejos, y se vislumbra azul en el más lejano horizonte. Viento bajo, preñado de sal, sin salida. Nadie por la playa: yo y aquellos dos niños que se van acercando. ¡Cómo cambia las cosas el invierno! El viento tira y estira, y empapa. El ruido metálico del anuncio de una pasta dentífrica que se va lentamente desclavando, robizado, y que se confunde —un momento— con otro de hierros sacudidos: un tranvía vacío, corriendo hacia la ciudad invisible. Luego se queda solo, agrio, el ruido de la plancha de hierro, según el empuje de las ráfagas.

Larga playa sucia, recubierta de algas, con cortezas de limones, con cascos de botellas y un perro muerto. Cañas revueltas. Más lejos, una gaviota muerta, las plumas mojadas: triste abanico podrido. Olor de tierra removida. Viento largo, pegajoso.

Ahí, enfrente, del otro lado del mar, a la izquierda, está mi ancha playa de Valencia, igual, pero mayor. Ahora, en invierno, idéntica suciedad, mar sin límites, viento abierto; igual extensión de algas podridas. Olor de mar en conserva. Mismos limones mismas naranjas; soledad emparejada. Cañas, perros hinchados con su charco alrededor, basura. Las acequias vomitan al mar este mismo pardo defecado. Y el viento salitroso, horizontal, a ras de tierra, arrastrando las mismas nubes cárdenas. Sol blanco, pavonando la mar. Tristeza invernal, larga playa solitaria, silenciosa. Detrás, los merenderos cerrados con tablas claveteadas, maderas grises del viento y de la pintura verde, perdida en mendrugos.

Única diferencia: estos dos niños, andrajosos, que recogen maderos rodados por el mar,

hablan francés.

Pero allá, al fondo, dándole vida al viento, a las nubes, al invierno, a la playa muerta, al silencio, al viento largo, pegajoso, las mismas barcas pescadoras, los mismos hombres; un niño al otro:

—*Ché, anemsen, qu'es fa tard...*

# *ESE OLOR*

Ese olor. Ese olor que me acongoja, ese olor que me sigue, ese olor que me persigue. Ese olor...

Lo vi, estaba allí: quieto, repugnante, alrededor de la cosa. Podrido. De un salto se me agarró desesperadamente, y, ahora, por más que hago, no hallo manera de deshacerme de él. Me lavo, me restrego, me hundo en el agua, ando bajo la lluvia, en el mar. Me alejo. Ya lo perdí. Sonríe: Ya lo engañé. Me desespero: Pude con él.

Y ahí vuelve, solapado, leve, lento, tenue, hediondo, persistente, quieto, fijo, horrible.

—¿Usted no sabe cómo podría deshacerme de él? Me persigue. Me estoy quieto sin respirar. Atento, mirando, convenciéndome de que se va, de que se fue. Pero no. Está ahí, aguardándome taimado. ¿De dónde?

Cambio de ropa. Hago las más diversas abluciones; me perfumo. Yo, ¡qué no me perfumo nunca! Vuelve el tufo, peste ligera, no por ello menos peste. Me persigue, le aseguro que me persigue. Mugre lenta, despaciosa, socarrona. De connivencia, ¿con quién?, ¿con qué?, ¿qué me quiere?, ¿por qué me sigue?, ¿qué engaño?, ¿qué astucia?

Me escondo tras la primera esquina, espero. Sé que me busca. Pasa de largo, me pierde. Respiro.

Pero está ahí, por lo bajo disimulado, a lo zaino. Callado. ¡Oh, si gritara!

Me envuelve, penetra sinuoso, espía, me acaba.

¿Qué es un mal olor? Nada. ¿Quién se fija? Un tufo. Un hedor. ¡A quién le importa! ¿A quién le digo que me atosiga? Creerán que no sé lo que digo. ¡Sí! ¡Sí!

Pero ahí está esta basura mugrienta. Nada me libra. ¡Si tuviese color!

Lo tiene. Es rojo, rojo pardo, rojo sucio, rojo verde, rojo oscuro, rojo negro, rojo, rojo corrupto, rojo carroñoso, rojo basura, rojo fétido, rojo mugre, rojo sinuoso, rojo disimulado, ¡ahí!, en mi pecho, subiendo por la garganta, saltando por encima de la boca, metiéndose por las alas de la nariz, revolcándose con el moco, llenándome todo.

¡Llevalo! ¡Llevadme! ¡Ese olor, ese olor muerto! ¡Ese olor de muerte! ¡Ese olor putrefacto, que me carcome! Ese olor vivo de la muerte.

# MANUSCRITO CUERVO HISTORIA DE JACOBO

Dedicado a los que conocieron al mismísimo  
Jacobo, en el campo de Vernete,  
que no son pocos

*Traducido ahora por primera vez del idioma  
cuervo al castellano por Aben Máximo Albarrón*

# *PRÓLOGO*

Realmente tienen las obras de la divina arte no sé qué de primor como escondido y secreto, con que, miradas unas y otras muchas veces, causan siempre un nuevo gusto.

J. JOSÉ DE ACOSTA, S. J.

*(Historia natural y moral de las Indias)*

Cuando salí, por primera vez, del campo de concentración de Vernete y llegué a Toulouse, en los últimos meses de 1940, encontré en mi maleta un cuaderno que no había puesto allí.

Jacobo había desaparecido días antes y no se sabía nada de él, ni, según supe luego, se volvió a tener noticias suyas. Jacobo era un cuervo amaestrado cuya mayor habilidad consistía en posarse en las tapaderas de las tinajas repletas de las evacuaciones, propias y ajenas, que llevábamos a vaciar y limpiar al río, con regularidad y constancia dignas de mucha mejor causa. Paseábase luego, dándose importancia, entre los barracones y aun volaba del A al B y al C, cuarteles que nos dividían al azar, aunque en principio correspondiera el primero a los denominados detenidos «políticos», el último a los delincuentes comunes y el otro a la morralla de las más variadas índoles: judíos, españoles republicanos, algún conde polaco, húngaros indocumentados, italianos antifascistas, soldados de las Brigadas Internacionales, vagos, profesores, etc.

Ignoro quién colocó aquel cuaderno en mi equipaje. Yo no tenía relaciones personales con Jacobo. Estas páginas dieron vueltas por el mundo, en un ídem, al azar de mis azares, y si las doy ahora a la imprenta es únicamente como curiosidad bibliográfica y recuerdo de un tiempo pasado que, a lo que dicen, no ha de volver, ya que es de todos bien sabido que se acabaron las guerras y los campos de concentración.

Es evidente que el propósito de Jacobo fue escribir un tratado de la vida de los hombres, para aprovechamiento de su especie. Por lo visto no tuvo tiempo de acabarlo; o no se trata más que del borrador del libro publicado en lengua corvina. El índice, que va al frente del cuaderno, promete más de lo que el texto da; lo que no es, por otra parte, achaque puramente corvino: el que no haya trazado índices sin mañana, que levante la mano.

DESCRIPCIÓN DEL MANUSCRITO: 34 páginas de un cuaderno de 48, tamaño 18 x 24, escritas con letra extraña (*véase facsímil*), no muy difícil de descifrar. Las cubiertas son de color rosa y llevan impresas atrás la tabla de multiplicar. Al frente se lee *L'Incomparable*, y, abajo, *48 pages*.

↑ V ← § T R O R } Q V  
| } | ↑ ° } A } O A A

CRITERIO GENERAL PARA ESTA EDICIÓN (siguiendo, como es natural, las *Disquisiciones*, de Cuervo):

- ↑ Transcrito M
- ^ Transcrito N la influencia pata (es clara).
- § Transcrito S (la preocupación lombriz es evidente).
- ← Transcrito E
- ^ Transcrito A

Sobre el proceso de las sustituciones ver los MSS. de la catedral de Sevilla.

SIGNOS COPULATIVOS: El ángulo se imprime E.

ABREVIATURAS: Se han deshecho en cuanto me ha sido posible.

Doy las más expresivas gracias a Su Excelencia, *monsieur* Roy, ministro del Interior, socialista como yo, que en 1940 tuvo a bien ayudarme a dar con el manuscrito y me proporcionó tiempo y solaz necesario, y aún alguno de más, para descifrarlo.

J. R. B.

*Marsella, julio de 1946.*



# ***HISTORIA DE JACOBO***

*Traducida fielmente del idioma cuervo por Aben Máximo Albarrón*

Edición, prólogo y notas por J. R. Bululú,  
*Cronista de su país y visitador de algunos más*

Dedicado a los que conocieron al mismísimo Jacobo en el campo de Vernet, que no son pocos

# ÍNDICE

*Cero.* — De mí mismo y de mi propósito.

*Uno.* — De la extraña manera de vivir de los hombres. De los campos: la lista, la cocina, el B y el C.

*Dos.* — Del lenguaje de los hombres. De las distintas jergas y sus diferencias.

*Tres.* — De sus particularidades físicas. De los hombres y de los guardias. De cómo los hombres no tienen hembras. De sus músculos y su servicio. De lo que es leer y escribir. De la absurda manera de comer.

*Cuatro.* — De los semidioses. De los papeles. De la policía y de la gran invención de la censura. De cómo se manda a los hombres contra su voluntad. De los agentes.

*Cinco.* — Del trabajo, de las trincheras vacías. De las carreteras y de la dificultad de explicarlas.

*Seis.* — De lo que hablan, de sus mitos, de los fascistas y de los antifascistas. De la guerra. De la libertad. De los judíos.

*Siete.* — Del lenguaje, como lo hablan no sólo los hombres sino las cosas. De los altavoces, del teléfono. De la importancia de la cocina. De los externos.

*Ocho.* — De los internacionales. De cómo aun hablando en lenguas distintas, todos cantan en español.

*Nueve.* — De cómo, cuando los hombres llegan a uso de razón, los encierran.

*Diez.* — De las distintas maneras de perder las guerras.

*Once.* — De la superioridad de los cuervos. Del amor humano: de la masturbación y de la mariconería.

*Doce.* — De cómo han tenido que inventar máquinas de alas rígidas, que sólo vuelan a fuerza de ruido. De otros medios de transporte imitados de las lombrices. De cómo el esfuerzo les obliga a echar humo. (Del fumador y de las locomotoras).

*Trece.* — De cómo un buen espulgador vale lo que pesa.

*Catorce.* — De cómo para ser de verdad hombre hay que estar a la altura de las

circunstancias, de lo difícil que resulta sin alas[6].

# *CONSIDERACIONES PRELIMINARES DE MÍ*

Todo hace presumir que pertenezco a la más ilustre familia corvina. Si no lo abonara mi extraordinario destino, lo diría mi físico: de buena estatura, ojos brillantes, pelaje lustroso, pico aguileño, pata agresiva, porte noble, croar estridente. Mi destino, me ha llevado a descubrir y avizorar regiones, si antes vistas, nunca comprendidas por mis semejantes. Ello me lleva a tomar la pluma por el pico para ilustración de los más.

Mi nacimiento se envuelve en el más negro de los misterios, lo que prueba mi linaje ilustre. Me he hecho a mí mismo, y si se me permite tal modestia, no le debo nada a nadie. Mis primeros recuerdos coinciden ya con mis relaciones con los bípedos, pero en lo obscuro de mi memoria quedó grabada, como principio de mi vida y ha/añas, el sello de una larguísima caída desde las alturas de los cielos.

Si juzgo necesario enterar a mis compatriotas de las extrañas costumbres y usos que presencié es, en primer lugar, porque me da la corvina gana; en segundo, por la gloria que, seguramente, he de sacar de esta empresa, y, terceramente, para aprovechamiento de tanto cuervo como hay por el mundo.

Si estas líneas llegan a ojos humanos tengo, en cambio, que disculparme. Con perdón de ustedes: El caso es que no sé donde nací. Considero importante este aspecto porque los hombres han resuelto que el lugar donde ven la luz primera es de trascendencia supina para su futuro. Es decir, que si en vez de nacer en un nido A, se nace en el nido B, las condiciones de vida cambian de todo en todo. Si usted ha nacido en Pekín, por las buenas le declaran chino; del propio modo si es usted bonaerense, cátese argentino, así sea blanco, negro, amarillo o cobrizo. Añádanse los pasaportes, para mayor claridad. ¿Os figuráis un cuervo francés o un cuervo español, por el hecho de haber nacido de un lado u otro de los Pirineos?

Para con los hombres tengo, pues, verdadero reparo en presentarme sin saber de dónde soy, aunque salí de un huevo como es natural, e hijo de padres desconocidos. Visto desde el ángulo humano, una persona que no sabe dónde ha nacido o quiénes fueron sus padres, es un ser peligroso. Menos mal que soy cuervo, que si no ya estaría fichado: si un hombre es inglés, sus padres no pueden haber sido más que personas honestas, míranle con respeto; todos los españoles son hijos de toreros; los italianos, hijos de cantantes; los alemanes, hijos de profesores; si corsos, hijos de guardias móviles; si chinos, hijos del arroz, únicos que surgen por generación espontánea. Es decir, que aúnan la paternidad con el suelo, lo que debe ser producto de muy antiguos ritos. Simbolizan las tierras con vistosas banderas. Éstas varían con el tiempo y las banderías.

# *DE MI MÉTODO, Y ALGUNAS GENERALIDADES*

Soy un cuervo perfectamente serio. Tengo en mucho decir las cosas como son y no como desearía que fuesen, achaque de tantos y mal para todos. Al cuervo, cuervo y a la urraca, urraca.

Me propongo estudiar aquí una casta primitiva, netamente inferior, que la casualidad me ha dado a conocer.

¿Para qué, dirán mis lectores, estudiar lo mediocre, lo inferior, habiendo tanto en qué forjar nuestra superioridad?

Por varias razones: para evitar que la ilustre raza cuerva caiga en los mismos defectos y para ver si en ese mundo embrionario hay algo que pueda servir para la mejor comprensión del universo corvino, ya que, si no nos podemos quejar de nuestro espacio vital ni de nuestra evidente superioridad sobre las demás especies, ignoramos de dónde venimos.

Existen todavía sabios (aún últimamente el ilustre cuervo X 471-B 4) que sostienen que descendemos del hombre; como se verá, aunque yo no comparta en ningún momento esa teoría, en una vida como la de los hombres, tan primaria, tan sin estructurar, quizá podamos colegir los rastros de una organización social que pudo ser parecida a la nuestra, hace muchos siglos. Por otra parte, no entra en mi intento abordar cuestiones tan abstrusas y me limitaré a aportar datos exactos y fehacientes acerca de ese conglomerado extraño y primitivo en el que, hasta nuestros días, nos hemos fijado tan poco.

Hablar corvinamente de los hombres es pisar un terreno virgen, o casi, de los anales de la tierra. Algún ilustre antepasado nuestro tuvo relaciones, no muy cordiales por cierto, con algunos fabulistas: especie de, embajadores que, sin mayor resultado, intentaron enviarnos esos bípedos.

El respeto que nos tienen, ya que no se atreven siquiera a disparar sus armas contra nosotros, ha fortalecido este sentimiento de indiferencia que nuestro pueblo manifiesta hacia tal especie. Las universidades corvinas se han orientado hacia otros estudios, sin duda más interesantes para nuestra cultura y nadie será tan atrevido que las tache por ello.

Sin embargo, yo no tenía por qué desaprovechar la ocasión que se me ofrecía. Educado desde mi más tierna infancia entre estos extraños seres —por motivos que no tengo por qué elucidar—, he llegado a tener un cierto conocimiento de su modo y manera de vivir. Todo cuanto describa o cuente ha sido visto y observado por mis ojos, escrito al día en mis fichas. Nada he dejado a la fantasía —esa enemiga de la política— ni a la imaginación —esa enemiga de la cultura.

Todos los hechos aquí traídos a cuenta no lo son por mi voluntad, sino porque así sucedieron. He rechazado todos los relatos que me pudieran parecer sospechosos aunque el informador me

mereciera crédito. He procurado seguir el procedimiento más riguroso posible.

Hubiese podido dar más amenidad al relato a costa de lo auténtico, mas para mí la exactitud, las papeletas, el método, es mi propia razón de ser. Se es erudito, o no se es nada.

No siendo este libro para el vulgo, por lo tanto:

A). Diré poco referente al exterior y apariencia de los hombres. (La clase de animales que más se les aproxima —y a la que conocemos un poco mejor— es la de las lombrices; y no sólo porque ambos carecen de alas).

B). El punto más delicado, el que se presta a más desorientación, es la absoluta falta de lógica en sus reacciones espirituales, tal como el irracionalismo es el signo fundamental de su estructura social.

C). Parecen obrar con arreglo a impulsos y leves bastante idénticas a las que dicta nuestra razón, pero si se estudian a fondo, veremos que no es más que apariencia. Su mentalidad primitiva no alcanza a comprender los, para ellos, misterios de la organización social y aún los fenómenos naturales, lo que les lleva de la mano a los más extraños ritos, a las más inesperadas ceremonias.

D). Su falta de fuerza e iniciativa personal les lleva a vivir en grandes manadas, e imitar a los caracoles en cuanto se refiere a la vivienda, dándose el extraño caso —muestra evidente de su retraso mental— de que aun necesitándolas no las lleven a cuevas.

E). Su falta de plumaje, la carencia de alas y pico, el extraño crecimiento de esos órganos atrofiados que llaman brazos (ya que ni siquiera los necesitan para arrastrarse sino en contadas ocasiones, como no sea en sus primeros pasos, con lo que la teoría de mi ilustre colega 86H6K referente a que los hombres pierden sentido a la medida de sus años parece verosímil) fomenta en ellos un general sentimiento de odio entre sí, como si el imposible vuelo les empujara —por neto sentimiento de inferioridad a usar los brazos para luchar unos contra otros.

Mi interés por los hombres se debe a que es tal vez, y a pesar de todo, el animal que más enseñanzas sacó de nuestra perfecta organización. Lejos quedó, debido al poco desarrollo de su inteligencia, pero de todos modos algo alcanzó: come de todo —hierbas, insectos, animalillos vivos y muertos—. Adoptó, en parte, la monogamia y el gusto por los objetos brillantes. Sólo en un aspecto llegó a tanto o más: en guardar pertrechos para el mal tiempo, por medio de un método que merece estudiarse para ver si nos conviene adoptarlo (que nada es despreciable, y de todo se puede uno aprovechar). Llámalo —quién sabe por qué— *bancos*.

Conceptúo difícil que un cuervo acepte a medias, sin rechistar lo que aquí voy a exponer. Pero tengo ya, por mis anteriores comunicaciones académicas, suficientemente cimentado el renombre de mi austeridad y de mi virtud, para que las afirmaciones contenidas en la comunicación que tengo el honor de presentar sean aceptadas como fiel reflejo de la realidad humana.

*Advertencia importante:* Nuestro riquísimo idioma cuervo no puede expresar tan exactamente como yo hubiese deseado un cúmulo de palabras de las que no he podido todavía averiguar el

exacto sentido. Las he reducido al mínimo y van impresas en *itálica*.

Sólo me queda dar las gracias a don Cuervo Z. 416, a don Cuervo M. N. H. 512 y a don Cuervo Z 18, que me han prestado su inapreciable colaboración, y al Cuervito X 4 14 que ha tenido la gentileza de revisar las pruebas de esta comunicación.

# *DEL LUGAR*

Vernet está en el departamento del Ariège, región del sudoeste de Francia, formado por el antiguo Conserans, el país de Foix y una parte de las provincias de Gascuña y Languedoc. Foix es su capital y Pamiers su obispado. Limita al sur con España.

En Vernet hace mucho frío en invierno, y mucho calor en verano. Al fondo, los Pirineos vigilan que todo esté en orden. (*Datos debidos a la gentileza del profesor Morales, de la Universidad de Barcelona. Barraca 7. Cuartel B*).

El campo está cerca de la carretera y a un vuelo de la estación para que los escogidos tengan toda clase de facilidades para llegar a él. La salida es otra cosa: graduarse en un campo de concentración no es tan fácil. Es uno de los centros culturales de mayor nombre y, quien ha pasado por él, tiene asegurado su porvenir. Los franceses lo crearon en 1939, para mayor y mejor aprovechamiento de españoles. Con lo que la tradicional maledicencia que hace de ellos unos chauvinistas a ultranza queda mal parada.

Para el servicio de los internados disponen de buena guardia, que realiza su trabajo a conciencia. Éstos llevan uniformes, como los porteros de los mejores *hoteles*.

Para impedir que los externos se mezclen con los escogidos han plantado alambradas alrededor de las numerosas barracas. Y son muy rigurosos para admitir a quien sea en el recinto. Las visitas —aun de los familiares— están prohibidas. Así los internados disponen de todo su tiempo para el trabajo.

Los guardias vigilan constantemente los alrededores y disparan sin aviso previo contra quien quiera salir o entrar sin permiso expreso. Es uno de los servicios culturales del hombre mejor organizados. (Lo que no es decir mucho, como veremos más adelante).

# *DE LA HISTORIA*

Foix, capital del departamento, es ciudad de buena historia. Fue fundada por los focenses, cuyo origen marítimo consta por un tridente que luce en las armas de la ciudad.

Su tradición religiosa está bien establecida: el primer signo de su existencia data del siglo V, cuando mataron de mala manera a su obispo, San Volusiano. En 1095, Roger III marchó a las cruzadas con tal de hacerse perdonar su excomunión, ganada por legítima y bien probada simonía. Cosa que no consiguió hasta poco antes de su muerte, gracias a ricas donaciones y a que fundó Pamiers —ciudad de la que depende el Verne— en recuerdo de Antígona (*Apamea*), capital siríaca.

Foix y su región, como todo país que se estima, pasó bajo el mando de muchos. Tras los de la Fócida, vinieron los romanos, y los emperadores de Tolosa, los de Carcasona. Luego, al azar de las bodas, el ya condado de Foix fue unas veces independiente y otras no, mientras batallaba con unos u otros, según las necesidades o las ambiciones de sus poseedores. *Albigense* o *católico* romano según las épocas; Enrique IV, el gran componedor, lo incorporó a la monarquía francesa. (*Datos debidos a la gentileza del profesor Lowenthal, de la Universidad de Colonia. Barraca 33*). El campo del Verne cuenta ahora entre las más legítimas glorias del departamento.

# *CLASIFICACIONES*

Hay tres clases de hombres:

*A* — Los que cuentan su historia.

*B* — Los que no la cuentan.

*C* — Los que no la tienen.

Otra clasificación, según la lengua:

*A* — Los que no tienen lengua.

*B* — Los que la tienen mala (que son todos los que quisieran tenerla buena, y se vengan de sí hablando mal de los demás).

*C* — Los que teniéndola no hacen uso de ella, callando por no hablar, porque les tiene sin cuidado.

*D* — Los discretos (género que se extingue, sin remedio).

# *DE LA DIVISIÓN DE LOS HOMBRES*

Los hombres se dividen en internos —presos, internados, detenidos— y externos —militares con o sin graduación—. Los segundos son seres inferiores y uniformados, que están al servicio de los internos. Trataré principalmente de estos últimos. Espero que la junta para Ampliaciones de Estudios pensione algún cuervillo para que estudie a los externos, a fin de que su trabajo sirva de complemento a este ensayo.

# DE LOS ISMOS

Rebasa mis fuerzas hablarles de otro aspecto de la humanística, que tendría que ver con su clasificación —para mí incomprensible— y que ellos mismos tienen como reliquia de tiempos pasados. ¿Cómo explicaros lo que son: *exorcismo, rito doble, rito semidoble, el adviento, la eucaristía, el tedeum, la ofrenda, las cuarenta horas, las novenas, la hisopada, el oficio parvo, las consuetas, los mártires?* ¿O el *islamismo, el cristianismo, el arrianismo, el vedismo, el fetichismo, el judaísmo, el druidismo, el ocultismo* y otras cien palabras con la misma desinencia en *ismo*?

Mis ilustres concurvinos especializados en filología podrán, quizá, hallar una solución al problema. Yo, por mi parte, sólo puedo indicarles que los hombres entienden por *ismo* (impreso así o de otra manera pero con el mismo resultado vocal, que ésta es otra: lo mismo escriben añadiendo letras o suprimiéndolas, buen ejemplo de su indecisión, inconstancia y absoluta falta de seriedad).

A). Una lengua de tierra que une dos porciones mayores de la misma.

B). El velo del paladar.

C). La parte encefálica (fijense en ello: encefálica por la relación que pueda tener con el órgano generador, que también es istmo) que une cerebro y cerebelo.

Ahora bien, a esta luz borrosa ¿quién puede explicar lo que pueda ser *ocultismo, fetichismo, cristianismo, etc.*?

Aun con estos datos fidedignos dudo que puedan mis ilustres compañeros lograr una explicación, no ya lógica, que ya hemos visto que los hombres no pertenecen al ámbito racional, sino solamente sinderética.

# ***DE SUS DIOSES***

Los hombres hacen lo que no quieren. Para lograr este fin, tan absurdo a nuestras luces, inventaron quien les mande. Éstos, a su vez, no hacen tampoco lo que quieren, sino lo que les mandan. Los que más mandan tampoco hacen exactamente lo que desean, porque siempre dependen de una fuerza oscura tal vez inventada por ellos, *la Burocracia*. La Mentira y *la Burocracia* son los dioses de los externos, es decir, de una casta inferior que mandan a sus superiores, los internados.

# *DE NOSOTROS PARA CON ELLOS*

Aprovecho esta ocasión propicia (suponiendo que esto ha de llegar a sus ojos) para protestar del mal nombre que entre los hombres se nos ha hecho, y no me refiero, como puede suponerse, a eso que se llaman refranes, o séase dichos de la plebe, v. gr.: *Tal cuervo, tal huevo. No puede ser el cuervo más negro que sus alas. Cría cuervos y te sacarán los ojos.* Todos peyorativos, sólo merecen desprecio. Volamos más alto. Además siempre queda el primer ermitaño para compensar tan mala sangre[7]; me refiero a otra felonía que vino a hacerse popular con aquello de *La ida del cuervo*, aludiendo a la desaparición sin más de alguna gente obligada a mejor cortesía, equiparándonos con el humo, y que se malbasa en una dolosa interpretación de una frase del Génesis, confundiéndonos, para mayor vergüenza nuestra, con la paloma, que fue la que no volvió[8] (¿cuál de las catorce?); a pesar de lo asentado categóricamente por Moisés —al que debieran tener más respeto—, en su primer libro, capítulo VIII versículo 7, y que dice, al pie de la letra: *y envió al cuervo, el cual salió y estuvo yendo y tornando hasta que las aguas se secaron de sobre la tierra.*

Siempre hemos tenido mala prensa, sin hablar siquiera de los fabulistas, que, como es costumbre general humana, y más de los escritores, muestran un desconocimiento absoluto de la materia que tratan. Sabida, hasta del mayor mentecato, nuestra prudencia, nuestro temor y recelar, nuestra desconfianza, nuestro cuidado y recato que nos lleva a planear —en ambos sentidos de la palabra—, buscando, con nuestro soberbio olfato y penetrantísima mirada, lugar solitario donde posarnos, llega ese fatuo francés, de peluca y pantalón corto, nombre corriente, asegurando, para mayor regodeo de niños y niñas, barbaridad tan ultrajante como aquello de:

*Maitre corbeau, sur un arbre perché, etc.*

¿Qué nos puede enseñar a nosotros una zorra? Y en cuanto a cantar, todos saben que se trata de una particularidad de pájaros inferiores. (Prueba: intentan muchas veces los guardas de este campo hacer cantar a los internados, y no pueden, a pesar de los golpes. Cantan los borrachos, las criadas, los enfermos de ópera y zarzuela, a los que se encierra en jaulas especiales —a veces doradas— llamadas teatros, donde los incurables —dícense actores o cómicos— divierten a la plebe representando, frente a ella, los más diversos papeles. Si mejoran, creyendo ya sólo ser otro —en Francia, Napoleón—, los dan de alta y llevan al manicomio, donde, por lo menos, viven mal, pero sin público. El teatro es uno de los vicios más horribles de los hombres, ejemplo impar de su crueldad).

Tal alud de bazofia, ya consignada por un tal Job, que tuvo la avilantez de asentar que

abandonábamos a nuestras crías, cuando es del dominio universal que no hay padres más amorosos que nosotros, tal basura vertida sin razón no merecería —ni ha merecido— contestación. Si me rebajo a ello de pasada es únicamente por las actuales circunstancias y porque, al fin y al cabo, he vivido entre hombres algún tiempo.

Sólo Plinio nos trató con cierta consideración, ¿qué mosca le picó?

Claro está que quedan las cornejas, nuestra inferiores[9], que sirvieron para los albueros. ¿Pero quién toma eso en serio? La razón vence siempre.

# DE LA LIMPIEZA

Cuidan tanto de su cuerpo que al alma se le pegan los resabios del mismo. Tiénelo en tanto que en su aseo se les va lo mejor de su tiempo. No comen cuando les viene en gana, sino a ciertas horas. Parecen contentos de su carne. La limpian y le sacan brillo. Cepillan sus dientes como si fuesen joyas, y aun se los sacan y guardan y tienen repuesto. (¿Quién ha visto cuervo con pico postizo?). Piensan en platos, y los preparan. Poseídos como lo están de absurdas creencias ancestrales, roídos de tabús cuecen y pasan por el fuego la mayoría de sus alimentos para purificarlos. Ejemplo impar de su atraso y barbarie: «Comer como una fiera» tiene, entre ellos, sentido peyorativo.

De las duchas vengo. No quería que me lo contaran, pero ahora me veo en aprietos para relatarlo. ¿Qué hay más nocivo y molesto que la lluvia? A coro podemos contestar: Nada.

Ahora bien, figuraos que los hombres, en un afán masoquista, han organizado lluvia artificial, ¡y particular! Cada hombre tiene su ducha, o la toma, bajo un pomo de regadera. Allí se restriegan, se rascan, se frotan. ¡Horrenda suciedad!

La verdad: fui con la primera remesa —van de cincuenta en cincuenta— formada por viejos.

¡Qué espantoso es un hombre viejo! Me doy cuenta de lo difícil que resulta explicar el efecto del tiempo en el hombre. Nosotros a los seis meses ya somos adultos y poco cambiamos hasta los cien o doscientos años, como no sea en tamaño. En cambio, los hombres padecen toda clase de vejaciones con el correr del sol; se transforman, su feísima piel desplumada se arruga, cáeseles el pelo, los dientes, se consumen; todo se les vuelven colgajos, sálenles manchas oscuras y las costillas se les marcan como si el esqueleto quisiera salirse de tan innoble envoltura. Carraspean, escupen, *peden*, a quién más mejor.

Con ellos fueron los mancos, y era cosa de verlos lavarse los muñones.

Todo ello en medio de un vaho apestoso. El uno, pasando un trapo deshilachado a otro:

—Frota.

Aquelarre. Éste con una cicatriz, aquél con dos. Sacose el cojo de la 46 uno de sus ojos, y lo mira, y se ríe él solo de su gracia.

Esas delgadas piernas, esos vientres caídos, esas nalgas chupadas... Ahora comprendo por qué los hombres se visten. No hay mal que por bien no venga: dígolo por mí, todavía no repuesto del asco.

Marchitos, lacios, flacos, sarmentosos, tal como olivos o troncos muertos, con sólo el pellejo

y los huesos, tizones; secos como palos, untándose de una sustancia viscosa llamada jabón, cuya espuma de blanca viene a parda y negruzca; mohosos, orinados, cubiertos de maculas. ¡Qué guarrería!

Además, incapaces de obrar con iniciativa; ahí, como en todo, tienen un uniformado que les grita: —¡Mójense! ¡Enjabónense! ¡Enjuágense! ¡Séquense!— para refrescarles la memoria. Hácenlo todo de prisa y mal, muchos no alcanzan a seguir la velocidad del rito; protestan en vano.

¿Para qué los cuidarán y guardarán con tanto esmero y lujo de fuerzas? Todavía no alcanzo a comprender la razón de tanto boato y gasto. Me consuelo pensando que no sólo yo estoy en este caso. El propio capitán de información dijo hoy al jefe de la barraca 34: El noventa por ciento está aquí porque fueron detenidos en un momento de locura[10].

Y como le preguntara si no había remedio, se alzó de hombros, abrió los brazos y dijo: *C'est la guerre... La pagaie...*

# DEL TRABAJO

Curiosísimo animal, que teniendo cuatro extremidades valederas, sólo usa dos para andar, demostrando así el estado embrionario de su cerebro. Por versión fidedigna, he tenido noticia de que hacia el sur, en lugares ya prohibidos para nuestra especie[11], existe otra clase de hombres, un poco más racional, llamados monos, de muy variadas especies, que, aun desaprovechando el cincuenta por ciento de su poder caminador, justificanse por el medio en el que viven: selvas; donde lo que llaman manos les sirven para aprehender lianas, ramas, troncos, etc...

La degeneración del hombre se nota principalmente en esa parte de su estructura: de nada le sirven, como no sea para corromperse: *a)* o vendiéndose por *dinero*, que reciben con mano abierta, o *b)* trabajando. Plaga, esta última, exclusiva de los hombres, y que, gracias al Gran Cuervo, no se propaga fuera de tal en primer término, en una declinación paulatina que los lleva a someterse voluntariamente a hacer toda clase de ejercicios completamente inútiles desde que empiezan a tener uso de razón y fuerza bastante, hasta su muerte; que tanto es el poder del vicio[12]. Tan sin cabeza andan, tan perdidos, que revuelven, trepan, machacan, desmenuzan, deshacen, maltratan cuanto alcanzan sus manos, únicamente por cansarse. En vez de admirarse de lo que el Gran Cuervo nos dio, se dedican —baja la cabeza— a pisotearlo; en vez de no tener ojos para tanta belleza, a veces —¡oh muestra de su incuria!— intentan reproducirla (con resultados siempre lamentables, como no podía menos de ser). En vez de sentarse a descansar, y alabar a quien todo nos lo dio hecho, procuran, en su imbecilidad congénita, transformar —empeorándola— tanta grandeza. Echan su gozo en un pozo a la medida de todas sus fuerzas. Llaman a eso *trabajar*. Llega su aberración a tal grado que, no contentos con huir personalmente de la ociosidad, los hay que hacen *trabajar* a los demás. Llaman a eso *negocio*. Desde luego los *negociantes* son la casta humana más despreciable. Tal enfermedad ha llevado a esta desdichada humanidad a creer que hay que ganar algo para comer. Fáltame espacio para examinar ahora palabras como *jornal*, *oficio*, *ocupación*, absolutamente intraducibles a nuestro idioma. Sin embargo, no quiero dejar de señalar su expresión: *Ganar su vida*, porque demuestra hasta qué punto está viciado su entendimiento. Y aquella otra —completamente esotérica—: *Ganarás el pan con el sudor de tu frente*. Como si el pan tuviera que ganarse, o algo tuviera que ver con el sudor o con la frente. Es una fórmula mágica que, a mi leal saber y entender, está en la base del atraso casi inconcebible de esta curiosa especie.

Hurtan horas al sueño para romper la tierra, entretiénense en aplanarla, en abrirle hoyos, en perforar montes, de día y de noche sudan en empleos inútiles, labran la madera, funden metales, barren las calles, corren tras una pelota. Nada de todo eso es funcional. Y así andan echando pestes de su mundo, como si no fueran ellos los que fabrican su esclavitud. *Penados*, *campesinos*, *albañiles*, *secretarios*, *capataces*, *vendedores*, *gañanes*, *mayorales*, *sobrestantes*, *metalúrgicos*, *artesanos*, *aprendices*, que así y de mil otras maneras se llaman, según su trabajo: todos mercenarios.

No es esto lo peor, sino que convencieron a algunas otras especies de no mejor caletre, que

se pusieron a imitarlos, o aún a superarlos: mulos, perros, bueyes, caballos. No en balde dicen:  
*Trabajar como un burro.*

# *DEL PICO*

Fáltales ante todo el pico. ¿Con qué suben? Lo han reemplazado (mal, como todo paliativo) con la palabra. Nunca como ahora, cuervos de todas partes, respingaréis; pero así es: tener *buen pico* tiene cierta semejanza con el sentido de nuestro refrán, solemos emplearlo refiriéndonos, en su recto sentido, a quién gracias a él trepa fácilmente; como no lo tienen los hombres, sólo lo emplean en sentido figurado: al que mejor habla dícenle *pico de oro*.

También escuché *picar muy alto* refiriéndose a grandes ambiciones, evidentemente son huellas de antiquísimos rastros de su perdida prenda, dolidas muestras de pasados esplendores.

Dicen *hincar el pico* por morir, por respeto a nosotros. *Perderse por el pico* es expresión paremiológica que no he logrado interpretar correctamente; a las derechas parecería querer expresar que son capaces de cualquier cosa con tal de tenerlo, o, tal vez, sea una frase corriente reservada a quienes trepan arrastrándose a lo más alto de las montañas, extremos a los que lleva la falta de alas. Tampoco me ha sido dado estudiar la relación de pico y diente, ese sucedáneo interior. Otra acepción, para mí oscura, es la que dan a *picos pardos*, quizá llamen así a los tartamudos, por contraposición a *pico de oro*; es una mera hipótesis.

# DE LOS MÉDICOS

*Que los hombres son animales complicados y se estropean con facilidad.* Para su reparación existen otros que, por el hecho de llevar batas blancas, se llaman médicos. Sin ese plumaje no se diferencian de los demás. He logrado saber que en tiempos pasados llevaban caperuza, cucurucho u hopa, para manifestar su calidad. Tan cómoda costumbre ha desaparecido y no se conoce, en lo externo, la especialidad del hombre, sino su categoría, su clase. Es decir, que un médico pobre no se diferencia de un abogado pobre, ni un médico rico de un *banquero*, de lo que surgen complicaciones. Los únicos que lucen las prendas de su oficio son los sacerdotes y los militares; lo que explica su autoridad. Los médicos y los abogados han desmerecido en la estimación pública por el abandono de los signos exteriores de su menester. Hay médicos de todas clases, y no se requiere para ello ninguna condición física determinada y lo mismo son rubios que morenos. Oí decir que en Norteamérica, más adelantados a este respecto, un negro no puede ser médico de blancos y viceversa, lo que indica la superioridad de aquel país.

Los médicos no pueden verse entre sí, y dicen pestes los unos de los otros. Los hombres son como los *relojes*: si buenos, sirven para muchos años; si malos, no hay quien los componga. En el campo hay dos médicos buenos y otros regulares —digámoslo así para no ofenderlos—. Los dos médicos buenos, internados como no podía menos de ser, tienen predicamento entre sus amigos y ejercen su arte con seguridad. Lo hacen a escondidas de los regulares, los oficiales. No intentéis comprender: A eso llaman los hombres fe, que es creer en lo que no se puede creer.

En el campo existe organización y jerarquía médica oficial: el de los tres galones, el de los dos galones, el del galoncito. Los ayudantes van vestidos de azul, de azul tierno, de azul pirineo entrevistado. Los médicos están organizados poco más o menos como los guardias.

Entre los hombres siempre hay una importante minoría de enfermos, porque la enfermedad sirve para no trabajar. Por la mañana los bípedos se dividen en enfermos y sanos. Los enfermos van a la visita. Les acompañé pocas veces, ya que la única diferencia del hospital con las demás barracas es que huele peor. Existen allí unos extraños artefactos llamados camas, que levantan los jergones a un cuervo del suelo. Tal vez, un atavismo de las ramas.

Llevan a los enfermos a la consulta, de cuatro en fondo, marcando el paso. Allí, los médicos, de toga blanca, sentados tras una mesa, juegan. El de dos galones hace de fiscal:

—¿Qué tienes?

—Me duele el estómago.

—¿Tienes dinero?

—No.

Entonces no puedo hacer nada.

—Lo recibiré mañana.

—Vuelve mañana.

Otro:

—Me duele la cabeza.

—Consulta inmotivada. Ocho días de cárcel.

La cárcel y la aspirina son los medicamentos más corrientes.

Otro destapa una herida:

—¿Tú qué eres?

—Aleman. Antifascista.

—*Fout-moi le camp*. No podemos perder el tiempo con los *boches*. ¡Adónde iríamos a parar!

Envían algunos al hospital, según el humor del médico, la cara del enfermo, sus posibilidades *económicas*. Su estancia allí depende de lo mismo. Los simpáticos se quedan, los antipáticos son echados a poco. Lo que no deja de ser una costumbre rara, una más.

Hubo una epidemia de *disentería*. Enfermedad difícil de explicar. Los dos médicos que trabajan a escondidas de los demás hicieron venir, de afuera, los remedios necesarios para atacar ese desencadenado elemento. Se enteraron los médicos del hospital —los de los galones— y tuvieron gran furor, prohibiendo que los médicos sin galones siguieran tratando a los enfermos. En esto, al de los dos galones le salió un bulto en el cuello. Le curó el de los tres galones y el bulto siguió creciendo. Cuanto más le curaba, más se desarrollaba, hasta el punto de que el pobre hombre no podía volver la cabeza, dolíanle las meninges, algo de lo que dicen que tienen los hombres en la cabeza, lo cual no me extraña y así andan. Ya sin salida en su dolor y daño, vino a consultar a uno de los médicos sin galones, que le pinchó tres veces el bulto, y éste desapareció. Corrió la especie; dijeron que era *milagro*.

(El *milagro* es la manera natural de resolver las cosas entre los hombres:

—¿Cómo te has salvado?

—De *milagro*.

—¿Por qué estás aquí?

—De *milagro*.

—¿Cómo vives?

—De *milagro*).

Por mucho que hicieron para que no se divulgara el hecho, éste llegó a oídos del médico de los tres galones y él mismo hizo llamar a la consulta a los dos médicos prohibidos. Acudieron, al día siguiente, con la conducción de enfermos. Estaba sólo Tres Galones:

—¿Qué tienen ustedes?

—Nos mandaron llamar.

—¿Qué cuento es éste? Consulta inmotivada: ocho días de cárcel.

# *DE CIERTAS ENFERMEDADES*

El hombre es un animal que se constipa —llámenlo resfriado, romadizo, coriza, catarro o de cualquier otra manera—. Llénanseles las narices de mucosidades y estornudan. Ningún otro animal escupe o se suena. Aunque no soy físico, vengo a relacionar esta curiosa enfermedad con la falta de inteligencia de estos bípedos, y supongo que sus torpes ideas, por trasmutación, se convierten en moco, corrompiendo aun más su temperamento y sumiéndoles en ignorancia y vileza. Por otra parte, la falta de plumas, que ellos intentan remediar escribiendo, hace que su piel, expuesta a la intemperie, se cubra, muchas veces, de ronchas, de sarna y sabañones. No resisten el frío. He visto muchos internados con manos y pies morados. Se les hielan. Carecen de defensas. Uno no se explica cómo pueden sobrevivir. Su existencia, en las condiciones físicas en que se encuentran, es una equivocación.

# ***DE LA COMIDA***

El hombre es el más materialista de los animales. El comer, su principal ocupación: no le importa tanto lo que come, sino lo que comerá; su norte, lo que reverencia, le pasma, embelesa y arroba: lo primordial. Es para lo único de que son capaces de ponerse de acuerdo anarquistas, belgas, suizos, húngaros, comunistas, altos y bajos, rubios y morenos, alemanes y franceses, españoles, ladrones y gentes honradas.

# *DE LA ESPECIE*

Los hombres pertenecen a la misma especie que los perros, los gatos, las vacas, los caballos, las ovejas, los burros, los gansos, los cerdos, los bueyes y las cabras. De esta identidad se encuentran muchas pruebas en el lenguaje humano: *A otro perro con ese hueso; como perros y gatos; morir como un perro; hacer el oso; eres un cerdo; eres un burro; oler a cuerno quemado; alzar el gallo; parecer un gallo inglés; soltar un gallo; estar como gallina en corral ajeno; o perdiz o no comerla; cantar como un ruiseñor; cuando esta víbora pica, no hay remedio en la botica; a caballo prestado no le mires el diente; el buey harto no es comedor; andar como pájaro bobo; a falta de vaca, buenos son pollos con tocino; ponerse más colorado que un pavo; roncar como un cochino; caer de su burro; descargar la burra; al asno y al mulo la carga al culo; ser una acémila; pegajoso como una mosca; el que no come gallina come sardina; es un águila; cada oveja con su pareja; hacer el cabrón; estar cabra; del lobo, un pelo; parecer una lombriz; hacer el ganso; las zorras de mi lugar son como las demás; estar hecho un zorro; no hay tales carneros; noventa y nueve borregos y un pastor, hacen cien cabezas, etc., etc.*

No tengo tiempo de estudiar las frases anteriores, pero queda claro que los hombres, en la confusión del primitivismo de sus pensamientos, alcanzan, aunque sea por carisma, cierta idea de las categorías.

# ***DE LOS EMBLEMAS***

Con animales expresan sus más altos pensamientos, con ellos simbolizan pasado y tradición; aunque ninguno osa dibujar un cuervo en su escudo porque les está vedado representar la imagen de Dios. Para obviar esta prohibición lo figuran a su semejanza, mezquina consolación.

Los animales más comúnmente usados para figurar sus mejores sentimientos son el león, el oso, el toro, el lobo, la raposa, el águila, la paloma, el elefante, el perro, el azor, la oveja, la serpiente y, aunque dejéis de volar por el asombro: el gallo y el cabrón.

# ***DE LAS EXCELENCIAS DE LOS CAMPOS***

El encierro mejora la condición humana. Para lograrlos excelentes suélenlos encarcelar cierto tiempo.

Cuando los hombres de mando no pasan una temporada en una escuela superior de esta naturaleza, surge una época de decadencia, cercano el fin de un ciclo; los mandamases son destronados por gentes venidas de las cárceles y de los campos de concentración.

# *DE LAS JERARQUÍAS*

Me hallo de nuevo ante la imposibilidad de explicar uno de los fundamentos de la sociedad humana. ¿Cómo puede comprender un cuervo que otro cuervo valga más o menos que él siendo cuervo? Todos los cuervos somos negros, y basta. Los hombres, para que no haya lugar a dudas, llevan señas exteriores de su rango: valen según sus *galones*, y por sus *galones*. (*Galón* es una cinta, una tira de tela que se aplican en las mangas del uniforme; hay que reconocer que tanto la plata como el oro son inventos notables. También las medallas, que se cuelgan del pecho, hacen feudataria la voluntad de los que no las poseen[13]).

El tono de voz varía según los galones. Los internados carecen de ellos. Los de más galones mandan a los de menos, y éstos a quien no los tiene. Así, de arriba abajo, descargan su enojo: del general al coronel, del coronel al comandante, del comandante al capitán, del capitán al teniente, del teniente al alférez, del alférez al sargento, del sargento al cabo, del cabo al soldado. Ahora bien, el soldado alemán manda al general francés, como ya se dijo antes. Y todos a los internados, para que aprendan, si es que ya no lo saben; pero siempre es bueno machacar. Y los machacan.

# *DE LA IMAGINACIÓN*

Su imaginación no les enseña lo que quiere, sino lo que quieren. Sus desengaños, hijos de la imaginación, producen otras imaginaciones; como ciertas enfermedades hereditarias que, a saltacabrilla, de generación en generación, salvan la intermedia: que el desengaño no produce desengaño, sino imaginación.

La imaginación es madre del temor; el temor padre de los celos, de la crueldad, de la poesía y otros cien males.

Entre nosotros sólo lo real engendra valor, que es aceptar las cosas como vienen, y enfrentarse con ellas. Pero los hombres creen en imposibles, razón última de su inferioridad, y lloran. Llorar enturbia la vista, y, sin ella, danse de cabeza contra paredes que ellos mismos levantaron. *El que llora, mama*, dicen. Ahora bien, el que mama se vuelve traidor. Ya hemos visto a dónde conducen los mamones: a que lloren todos, por no haber sabido morir en defensa de lo suyo. No se les puede culpar del todo, que la naturaleza, en vez de pico, les dio labios y las demás diligencias del temor.

No hallarán aquí relación de batallas, luchas o sacrificios de los que cuentan sin acabar otros historiadores, sí sencillas notas acerca de particularidades vistas por el autor, que ni siquiera saca consecuencia[14].

# *DEL DINERO*

Nadie puede entender a los hombres sin penetrar en el gran misterio del dinero y de la teoría de los valores. Hay que reconocer, sin ambages, que es invento notabilísimo y que, aunque sólo fuera por él, valdría la pena abordar el estudio de esta especie, tan venida a menos.

El hecho es que, llevado por su insuficiencia manifiesta, el hombre dejó de pronto —hace miles de años— de estimarse por lo que era —lo que era en sí, verdaderamente— para pensar en lo que valía. Esta torcedura, este esguince, le llevó de la mano a inventar un signo para determinar aproximadamente ese valor. Así se vio, de pronto, que cada cual fue catalogado según la estimación de sus jefes: Tú vales tanto. Tú vales cuanto. Tú no vales nada. Tú vales mucho.

A la unidad se la llamó dinero. Debido a la diversidad de las lenguas, ese modelo llevó nombres distintos, todos ellos hermosos: onza, ducado, doblón, florín, real, maravedí, escudo, peso, sol, dólar, águila, etc. Como se puede ver, todo el mundo está *representado*, en esta enumeración: pájaros, flores, tierras, astros. No podía ser de otra manera: con esta sencilla conversión a todo se le ponía precio. Los metales más brillantes fueron consagrados para representar ese ideal, acuñados su valor dependió de su peso, por trasmutación, esas *monedas* perdieron el valor de lo que representaba para convertirse en valores intrínsecos, y los hombres no valieron por lo que eran sino por lo que atesoraban.

Esa progresión sin remedio lleva a la humanidad hacia un fin mejor: el día en que todos los metales estén en manos de una sola persona o nación acabarán las discusiones onerosas que tanto han contribuido a la degeneración de la especie, va que los hombres, una vez inventado el dinero[15], se han pasado la vida disputándose, matándose por poseerle. Cuando no se atrevieron directamente al crimen recurrieron a la gracia del trabajo remunerado. Así se inventó la esclavitud. Contra ella se alzó una tribu —que habla *esperanto*— llamada de *Los Anarquistas*, sin mayor resultado. Ahora otros[16] han emprendido una nueva cruzada contra el dinero. Lo prueba este mismo campo de concentración[17] en el que escribo.

Se han reunido aquí para intentar trabajar sin ser pagados. De los resultados del procedimiento todavía es demasiado pronto para sacar consecuencias. Sin embargo, a pesar de la excelencia de los propósitos, veo que los hombres enflaquecen, se apergaminan, aunque tal vez ese chuparse para adentro sea sólo la exteriorización de una mayor espiritualidad. Como no parecen tampoco muy satisfechos, o alegres —aunque la risa sea manifestación inferior—, he oído decir que en Alemania va existen campos de esta misma índole —y con el mismo fin— donde se lee, en la entrada: «El trabajo por la alegría». Es decir, que los hombres están intentando cambiar monedas por sonrisas. No respondo de ello y habrá de verificarse. (A transmitir al profesor A ZI-40, en la Selva Negra).

Inventose, más tarde, el billete de banco, o papel moneda (al que hago referencia en otro

lugar). No he logrado saber por qué los impresos en inglés valen más que los otros. Pero es un hecho. Un hombre forrado de dólares (especie que no he conseguido ver), vale lo que pesa, y aun más[18].

Existe otra subespecie humana, de la que no tengo noticias exactas: los monederos falsos. He visto algunas de esas monedas llamadas falsas, hechas por ese grupo. A mi juicio no se diferencian en nada de las demás. Trátanlos los banqueros como criminales y los odian, igual que los comunistas a los trotskistas, o los socialistas de Prieto a los de Negrín, y viceversa. Complicaciones que procuraré explicar más adelante[19].

# DE LOS PAPELES

Los hombres para andar por el mundo necesitan llevar papeles. No pueden nacer sin ellos. Tan pronto como son paridos (los hombres no tienen huevos), confrontan sus antecedentes y a ellos suele adherirse una fotografía. Misterio incomprensible porque si la fotografía la lleva encima la propia persona retratada, ¿qué utilidad puede tener? Probablemente se trata de un mito solar. Pero me inclino a creer que es reflejo de otra tradición fetichista humana: el narcisismo.

Los hombres tienen en mucho poseer el mayor número de papeles donde se asegure —¡oh infantilismo!, ¡oh cortedad del intelecto!— que ellos son ellos y no su vecino. Suelen decir frases sacramentales que se oyen en todo momento:

—¡Si yo tengo todos mis papeles!

—¡Si todos mis papeles están en *regla*!

Lo sorprendente es que no les sirven para nada, lo que demuestra que se trata de una manía cabalística o superstición idólatra, hija de un atavismo totémico. Lo cierto es que no se atreven a vivir sin ellos y son capaces de dar cualquier cosa por conseguirlos; algunos he visto encerrados por intentar tenerlos rápidamente, otros por carecer de ellos, consecuencia de la absurda, monstruosa importancia que dan los hombres a lo impreso.

Prefieren los papeles más antiguos, e igual les sucede con lo que llaman billetes de *banco*, que son otra clase de papeles que sirven para conseguir con facilidad esos otros con retrato de los que hablaba antes. A la posesión de billetes de *banco* conceden los hombres importancia mayor. Los poseen los *ricos*, carecen de ellos los *pobres* (palabras de difícil explicación). Sin existir diferencia natural entre unos y otros, esta división les lleva a grandes desigualdades en alimentos e indumentaria.

La adoración mágica a ciertos caracteres, llamados números, es otra prueba de su mentalidad primitiva y prescritas creencias. Llevado por mi afán de conocer, y aun por la curiosidad, comí un billete de los tal; puedo asegurar que no difieren de los demás papeles, v. gr., de otros mucho mayores de los que, sin embargo, no hacen tanto caso —a pesar de serles más útiles— y que se llaman periódicos; guárdanlos cuidadosamente, recortándolos en trozos más pequeños, cosa que no hacen con los billetes de banco. Esa necesidad de emplear papel para menesteres innombrables es otra demostración fehaciente de la inferioridad física de los hombres con respecto de los Cuervos y aun de los demás animales, que para nada necesitan de ellos. Lo que hacemos volando, atéstales mil suspiros, y lo tienen por vergonzoso.

Los hombres se aprecian y consideran según el nombre: si se llaman Abraham, Moisés o Isaac, valen menos que Francois, Wilhelm o Winston. Como los apellidos se heredan no cuentan

por lo que son sino por lo que fueron. Ya dije cómo el azar del sitio de nacimiento es más importante que su propio valer. El esfuerzo, la voluntad, la inteligencia, la honradez, no cuentan para nada frente a los papeles. Es decir, aunque no me creáis, que el valor, el tamaño, la fuerza, el entendimiento están subordinados a la administración. Lo primero: los sellos, los atestados, las certificaciones, los visados, los pasaportes, las fichas. No cuenta la vida, sino lo escrito; no las ideas, sino la desaparición del libro donde está o pudo estar inscrito. Me dicen que esta reverencia por lo impreso es relativamente nueva, pero carezco de datos para confirmarlo. Son capaces de matar con tal de conseguir unos papeles, aunque sean falsos. Supongo que esta absurda costumbre contribuye en mucho al triste estado actual del hombre.

# *DE LA MUDA Y DE LAS FRONTERAS*

A los veinte años los hombres suelen mudar de pelo. Llamamos a ese plumaje uniforme y suele durarnos un año o dos, según los países, es decir, según las *fronteras*. Sépase que *frontera* es algo muy importante, que no existe y que, sin embargo, los hombres defienden a pluma y pico como si fuese real. Estos seres se pasan la vida matándose los unos a los otros o reuniéndose alrededor de una mesa, sin lograr entenderse, como es natural, para rectificar esas líneas inexistentes.

Fui testigo del siguiente hecho, que traigo a cuento como ejemplo de su acrisolada idiotez:

Dos italianos encuadrados en el ejército de su país decidieron que no estaban de acuerdo con la manera italiana de gobernar el mundo. El jefe supremo de su banda, con cierto aspecto de dogo, llamado Duche, estaba de acuerdo con el jefe de otra banda llamado Fúrer que a su vez estaba en guerra con el mundo de los gallos. (El sentimiento de inferioridad de los hombres queda demostrado al verlos escoger como emblema de sus tribus a un animal superior. Para los italianos un lobo, para los alemanes un águila, para los franceses un gallo, para los rusos un oso, para los españoles un león, etc.). No estando conformes nuestros dos hombres con la manera lobuna de entender el mundo, decidieron cambiar su plumaje y pasarse a los gallos. (Me parece difícil hacer comprender a mis compañeros de la Academia Cuerva, cómo, cuando les llega a los hombres la época de la muda, los unos aparecen vestidos de un color y otros de otro por el sólo hecho de haber nacido dos kilómetros más allá. Pero esto nos llevaría de nuevo al mito de las fronteras. Además, los hombres hablan de manera distinta según donde nacen, el habla humana no es lengua universal como el croar cuervo. De ahí muchos males. Figuraos una docena de cuervos decidiendo quedarse en las ramas y encargando a los demás buscarles el sustento, figuraos que los envíen a buscar lombrices y que los que las busquen y hallen se quedaran sin ellas por el solo hecho de haber sido mandados. Si a tanto llegan, podréis comenzar a entender la organización de los hombres y su extraño raciocinio. No pido que me creáis. Sólo deseo que estas páginas sirvan para acelerar la creación de un *Instituto para el Estudio y Aprovechamiento de los Hombres*. Creo que podremos, a poca costa, servirnos de ellos para descansar y dedicarnos de lleno a las bellas artes).

Mas volvamos de nuevo a la historia de los dos italianos. Cruzan la frontera (es decir; pasan de un lugar a otro) y se presentan ante las autoridades gallas (o galas como dicen ellos), no sin haber perdido, al paso, tres de sus compañeros que se les unieron en el último momento y que mal murieron a consecuencia de sendos tiros disparados con pericia por un destacamento de cazadores italianos que guardaban la frontera. Llegan nuestros hombres ante un francés uniformado; éste los felicita por tanto arrojo, y los lleva al gallinero, destapan botellas, telefonean a un galoneado. Éste no supo qué hacer y telefoneó a otro y éste a otro. Deciden que aquello estaba bien y vuelven a felicitar a los italianos. Pero como no estaban todavía en guerra gallos contra lobos deciden que nuestros hombres pueden ser peligrosos, que conviene enviarlos a hombres de más galones, en la capital del país para que decidan su suerte. Allá van los dos lobos, con un gallo guardia para que no se *escapen*. En París, los italianos son interrogados minuciosamente: dónde estaban, qué habían

visto, qué suponían. Mis lobos, con tal de servir a la *democracia*, dicen cuanto saben. Síguese un conciliábulo entre los galoneados galos y otros tan galoneados como los más galoneados, pero que llevan los galones dentro, llamados *policías secretos*.

—Están ustedes libres.

—No, si nosotros queremos servir a la democracia.

—Ésta ya no es cuestión nuestra, diríjense al centro de reclutamiento (Centro de mudas).

En la puerta misma del edificio, dos gallos, de los de galones adentro, piden sus papeles a nuestros italianos:

—Nosotros somos dos lobos, etc., etc. Y cuentan su historia.

Los detuvieron por no tener papeles. No tenían ni de los de fotografía, ni de los de banco.

En el juicio, el defensor de oficio aseguró que eran amigos de los gallos, unos gallos honorarios; pero el fiscal le contestó muy orondo que los gallos tenían con qué defenderse, que no necesitaban de los lobos para nada. En nombre del *Marne* —un tabú— se les condenó a un mes de cárcel y cien francos de multa.

Al salir de la cárcel, los llevaron al campo de concentración. Se declaró la guerra entre lobos y gallos, rindiéronse éstos y entregaron los dos internados a los lobos. Mis italianos estaban furiosos; se les pasó: los fusilaron, tan pronto como pasaron la *frontera*.

## *DE LAS GAFAS*

La única costumbre hombruna que me parece aprovechable para la civilización corvina es el empleo de las gafas. Distintivo de los más pacíficos e inteligentes, que sería fácil de adoptar ya que avisa desde lejos las personas de más respeto. No desespero de dar algún día con un cuervo óptico —denominación que se da entre los hombres a los que otorgan ese honor—. Consisten las tales en dos medallas transparentes —espejuelos— que se colocan sobre el pico y ante los ojos, para que sean vistos perfectamente por los demás. Dan prestancia, y el que las lleva no puede olvidar su escogida condición. No sirven para ver sino para ser visto.

# ***DEL BULO***

El bulo es el principal alimento de los hombres. Crece con inaudita rapidez. Basta una frase, y va es todo: corre, envuelve, gira, domestica, crece, baraja, entrevera noticias y figuraciones, busca bases, da explicaciones, resuelve cualquier contradicción: panacea.

Sus diversos padres: viejos, guardias, cartas, radio, externos, viajeros, huidos, campesinos de los alrededores, antesalas, esperas, colas.

Intranquiliza a los más escépticos, exalta a los alicaídos, corre, vuela y se revuelve, desconocido. ¿De dónde nace? Del aire y siempre con un regustillo de verdad escondida. Cada bulo tiene su grano de anís, la cuestión es dar con él, en la interpretación está el gusto. Se le disecciona y desdobla como una célula cualquiera, más paridor que coneja. Forma grupos, disuelve reuniones, yéndose cada cual a formar un nuevo centro, red nerviosa, rapidez de luz, toque de imaginación, vanguardia de deseos, fruto natural del sueño, pimienta del encierro, sarpullido de las noches, desazón de los enteros, escalofrío de tontos, plasmado sueño de débiles. Se desvanece con otro y de bulo en bulo pasa el tiempo, bulo de bulos. Hácese la noche, cae el sueño y la muerte: otro bulo.

# *DE LA MUERTE*

El hombre se señala por su desagradecimiento. Según tengo entendido que en épocas pasadas (y del hecho hay documentos en la Academia) muchos muertos, en homenaje a nuestra superioridad, nos eran ofrecidos, fuese colgando de las ramas de los árboles: atención delicada, pero ya en completo desuso (lo que me hace suponer que la desdicha de los hombres no conocerá fin), o expuestos en la cumbre de altas torres, para facilitar nuestro gusto. Ahora la costumbre general es, sin otro fin que demostrar su odio hacia sus superiores, enterrar a los muertos con complicadas ceremonias. Estos últimos tiempos, en los que las matanzas han sido mejor organizadas, han llegado a extremos inauditos, hijos de la desesperación. Con tal de ofendernos, queman las carnes, después de haberlas desinfectado con gases, en cámaras especiales. Supongo que la reclamación, acerca de tal desacato, de nuestro ministro en Ginebra, surtirá algún efecto. Si no hay holocausto en nuestro honor, ¿para qué las guerras?, ¿para qué tanto cadáver? Y ¡oh colmo de la estupidez!, ni siquiera escogen a los mejor cebados.

# *DE LAS ARMAS*

Por lo que sé, el hombre ha venido, y viene, cada día a menos. Es el único ser que ha inventado lo que ellos llaman *armas*. Es decir, instrumentos para matar cobardemente, sin exponerse. A nosotros nos respetan, como no podía menos de ser, por nuestra ancestral superioridad, pero hablen conejos, liebres, perdices, y los propios hombres. Que su mayor preocupación es entrematarse. Dicen que en tiempos remotos, como es natural y única justificación, lo hacían para comerse a la víctima. Hoy, no. Conténtanse con enterrarlos. Según vagas noticias, tengo entendido que algunas tribus de oscuro color siguen todavía aquella antañona y racional costumbre. En algo se había de conocer la superioridad de su apariencia; semejantes, aunque sólo sea en eso, a nosotros; aunque un cuervo jamás come ni se comerá otro cuervo.

# ***DEL DORMIR***

Todos dormimos, ligeros o pesados de sueño, según seamos. Los hombres —concentrados y uniformados— también duermen. Únicamente quiero llamarles la atención acerca de otra peculiaridad absurda: sabemos que algunas clases, superiores a ellos, también se echan para dormir; no hay duda que las cuatro patas son signo de inferioridad manifiesta; pero perros, caballos, bueyes, conejos, etc., conténtanse con doblar las rodillas y apoyar la cabeza en donde mejor les cae. El hombre, no: para dormir da vueltas, se tumba de costado y aun de espaldas y así, panza al aire, dice que descansa, cuando sólo imita a la muerte. No es de extrañar que, en esa posición, ronque. El ronquido es una queja del alma, que sale a la oscura luz nocturna por la irreverencia que tal postura entraña. Hay muchas clases de ronquidos, éstas sí, y no como sus lenguas, comunes a toda la humanidad. Prueba palpable de la existencia de Nuestro Señor el Gran Cuervo, ya que si no obedecieran todas las almas a un mismo principio no roncarían todos en el mismo idioma —salvando las diferencias individuales—, evidencia, a su vez, del libre albedrío.

Sólo algunos perros, contagiados por su vergonzoso trato diario con los humanos, adoptan a veces la absurda postura del decúbito supino.

# *DE LA FANTASÍA*

Creen los hombres lo que les conviene y fingen ignorar lo que no. Así siempre se sorprenden; que el gusto de todos implica el propio desencanto. No hay dos deseos iguales, y un solo mundo; no quieren atenerse a él y cada quisque se figura otro. Después, lloran su fantasía como pérdida realidad; lágrimas verdaderas sobre cadáveres imaginarios. Teniendo el remedio tan a pico lo desconocen queriendo. Culpa de su imaginación, que es su gusto.

# ***DEL OLVIDO***

Su capacidad de olvido es tanta como la de invención, y son los seres más tornadizos del mundo. A veces, pienso si no les inspira el viento, dándoles ideas cuando sopla del norte, borrándoselas con brisas del sur. Inconstantes y volanderos, los más culpan a los menos o los menos a los más de sus desengaños, sin dar en la propia razón. Los que se empeñan vencen, pero son pocos. De tan absurdos males se vuelven amarillos.

# ***DE LA LIBERTAD***

Cifran los hombres su ideal en la libertad, amontonando fronteras. Quieren viajar para aprender, su máxima ilusión, e inventaron los pasaportes y los visados para entorpecer su paso. Detiéndose y hácense detener en líneas arbitrarias, tiralineadas al azar de los tratados. Y aun existiendo el objeto de su deseo al alcance de su mano, no lo cogen, por falta de sellos. No hay cuervo que los entienda, ni ellos se entienden.

Más la quieren (la libertad) cuando más lejos están de alcanzarla, con lo que se pone de manifiesto, una vez más, su falta de sentido. Por la libertad viven encerrados, cuando no por gusto, a la fuerza, por donde pruebo, una vez más, que gozan con lo que no tienen. Si tuviesen alas, ¿qué no inventarían? Aunque teniéndolas, desearían carecer de ellas.

Viven durmiendo, armando sueños, y, aunque los reputan inverosímiles, creen en ellos y aun los gozan, que no va nada para los hombres de lo imaginado a lo tangible.

Con estos elementos su mundo tiene que parecerles fantástico, absurdo en sus consecuencias, incomprensible para discretos. Así es.

# *DE LA ESTÉTICA*

Entienden los hombres por bello lo que les gusta y no sea de comer. Distinguen entre belleza y gracia. La gracia es volandera y la hermosura perenne. La gracia sólo queda en la memoria, la hermosura en piedra. Gracia: hermosura que vuela; belleza: gracia perenne. La gracia es ligera y actual; la belleza puede ser pesada y pasada. La gracia tiene el atractivo de saberse breve, sin vuelta. A la hermosura se la puede despreciar un poco, por quieta, seguro como lo están de reencontrarla a la vuelta. Sin hermosura no habría gracia.

*Del arte:* Manera que tiene el hombre de conocerse. Y, por eso mismo, en la mayor decadencia.

# *DE LA POLÍTICA*

*Definición:* Arte de dirigir.

*Medio:* Hacer virtud de la hipocresía. (Los que no lo logran, se llaman sectarios, parciales, fanáticos, o papanatas, crédulos, cándidos).

Ejemplo:

—¿Quién, fulano? Es un cabrón.

Entra fulano:

—¡Querido fulano! ¡Tanto tiempo sin verte! ¿Dónde te metes?

# ***DE LOS AMIGOS, DE LOS CONOCIDOS, DE LOS ENEMIGOS***

*Amigo:* Hombre al que el hombre dice lo que piensa.

*Conocido:* Hombre al que el hombre no dice lo que piensa.

*Enemigo:* Hombre al que el hombre dice lo que piensa y lo que no piensa.

# ***DE LA CANTIDAD***

Los hombres tienen necesidad de contarse y recontarse para saber cuántos son. Cuatro veces al día se agrupan y se ponen en filas y contestan: *Présent*, al oírse nombrar. Más les valdría saber cómo son.

# *DE LAS VOCES*

Principal culpa de su mortal estado la tienen lengua y boca. Los hombres se fían de sonos y orfeones, viven de música y se dejan arrebatar de ella. Desde ahora preciso que no hay cosa más dulce y agradable que esta armonía y comprendo que los hombres se dejen arrastrar los sentidos y enajenar el entendimiento por tal maravilla. La música duerme la crítica y una vez embarcados en ese viento no hay brújula que les cuadre, y se dejan llevar.

La música más ordinaria llámase palabra, y dejándose deslizar por su imaginación y fantasía, pretenden, incautos, explicar los sucesos por medio de sonidos. Como es natural, es más el ruido que las nueces. Llegan a figurarse y a tomar la música por hechos. Bajando por esa pendiente se fían de la música sola, sin distinguirla del canto. Imitándola inventaron instrumentos de metal y madera que producen sonidos inarticulados y onomatopéyicos, sin que ninguno de ellos llegue a la dulce armonía de la voz humana.

Las músicas o voces son distintas según los lugares y generalmente ininteligibles para unos u otros, según el lugar de su nacimiento. Llaman lenguaje a dicha música y la denominan, según les conviene: lengua, idioma, jerga, jergonza, dialecto, habla. En su espantosa confusión han llegado a decir: *Hablar más que una urraca*. Esto, y mucho más, habrá que perdonarles el día de mañana.

Cada hombre habla su idioma y, generalmente, farfullan todos el francés para entenderse entre ellos. Se agrupan según lo parecido de sus lenguas: española, alemana, italiana, polaca, yidish y catalana, que son las más importantes. A pesar de mis esfuerzos no he podido establecer una gradación exacta de sus categorías, aunque me inclino a creer que las dos últimas son las primeras. El ruso, el húngaro, el checo y el yugoeslavo parecen ser lenguas menos extendidas. Ya dije que el francés es un común denominador.

Las lenguas determinan el color, la altura y ciertas facciones humanas. El español favorece lo moreno, el alemán lo rubio.

He oído hablar de un idioma que, por lo visto, es de uso corriente en tierras lejanas, bárbaras y desconocidas: el inglés. Los ingleses inventaron los campos de concentración, pero para los demás: razón de su atraso.

# ***DEL AHORRO***

Los guardias, que son franceses, desarrollan una curiosa actividad llamada ahorro, que consiste en guardar dinero para la vejez. Este ejercicio redunda en falta de camaradería y solidaridad, por tener el porvenir asegurado.

# *DE LA IMAGINACIÓN*

El origen de la decadencia humana tiene —en parte— su base en una extraña facultad antirrational que llaman imaginación: consiste en figurarse cosas distintas de las existentes. Trazando quimeras son capaces de negar la evidencia y cuando la conocen y reconocen es para mejor perderse en nuevas elucubraciones. Ahí radicó la mayor dificultad que tuve para entenderme con ellos. Encontré algunos capaces de glorificarse de sus defectos con tal de hacérselos perdonar. Viendo visiones, se pasan el tiempo engañándose los unos a los otros, de buena fe, y aun de mala, puesto que, ennieblados con ese absurdo, no conciben límites a su ilusión. Llegan a pretender que en eso reside su grandeza.

# *DE LAS GUERRAS*

Las guerras siempre se pierden, unas veces por poco, otras por mucho; unas en semanas, otras en años. La guerra es el estado natural de las relaciones humanas. Piérdelas al mismo tiempo que la vida, a veces sin darse cuenta, otras con plena lucidez: depende más de las circunstancias que de los entendimientos; hay quien muere como un señor y hay señor que muere sin la menor vergüenza, aullando como un perro. Para ayudarse a morir, bien o mal, inventan recompensas, como todo lo suyo, imaginarias.

*Que la falta de experiencia es otra de las características del hombre: ¡Tantos años para nada! Las guerras provienen del mando —dicen algunos— y como los que están hechos a mandar y no a resistir son los generales, ellos las fomentan contra lo general, que resiste y no manda. Los generales vencidos o vencedores, que no importa, se disputan los despojos. Hubo un tiempo, de eso hablan sus antepasados, en que hubo guerras por disputarse un solo cadáver. Esto, que para nosotros tiene sentido, ha pasado, para los hombres, a ser leyenda[20].*

# *DE LAS PIELES*

Nada marca mejor la interioridad de los hombres que adornarse con nuestros despojos, honrando así a nuestros muertos, no a los suyos. Usan todas las pieles que les llegan a mano: las de los conejos, gatos, martas, zorras, lagartos, culebras, perros, bueyes, cerdos, topos, etc.

Pero su mayor lujo consiste, como es natural, en las plumas, que hombres y mujeres suelen colocarse en la cabeza. En tiempos pasados usábanlas para escribir, ya que ellos no pueden hacerlo con sus dedos. Escribir con los pies, con las curiosas vueltas que da la semántica, ha venido a tener para ellos un sentido peyorativo.

## *DE LA BLASFEMIA*

Si el hombre no jura o maldice no está contento. Es costumbre muy extraña y muy extendida; frecuentísima. Bástale que algo no salga a su gusto, o tropiece, o haga calor o frío, para que inmediatamente surja de sus labios una condenación para lo que menos tiene que ver con la causa de su desagrado. Reniegos, porvidas, pestes, injurias, baldones, ofensas, dicterios, denuestos, palabrotas, se suceden como ristra de ajos —que es otra manera de denominar tales aberraciones—. ¿Qué culpa tienen de sus pequeñas desgracias: Dios, la Hostia, la Virgen o Cristo? Como si no fuera mejor dirigirse a la semilla de sus males, y acabar con ella.

# ***DEL MAYOR ESCRITOR***

Tienen por tales a Shakespeare, inglés, porque todos los hombres tienen algo de Ricardo III, personaje inventado por ese señor y a Cervantes, español, porque nadie tiene nada de Quijote, personaje inventado por este señor. (*Definición oída a un externo con barba*).

# ***DEL FASCISMO***

Anda ahora el mundo humano partido en dos: entre los que luchan por y contra el fascismo. Desde el punto de vista empírico todo está claro, pero mi sed de saber, mi curiosidad me ha empujado —para la mayor gloria de la ciencia— a averiguar en qué consiste tal manzana de la discordia. He aquí el resultado parcial de mi investigación:

Los Fascistas son racistas, y no permiten que los judíos se laven o coman con los *arios*.

Los Antifascistas no son racistas, y no permiten que los negros se laven o coman con los blancos[21]

Los Fascistas ponen estrellas amarillas en las mangas de los judíos.

Los Antifascistas no lo hacen, bástales la cara del negro.

Los Fascistas ponen a los antifascistas en campos de concentración.

Los Antifascistas ponen a los antifascistas en campos de concentración.

Los Fascistas no permiten huelgas.

Los Antifascistas acaban con las huelgas a tiros.

Los Fascistas controlan las industrias directamente.

Los Antifascistas controlan las industrias indirectamente.

Los Fascistas pueden vivir en los países antifascistas.

Los Antifascistas no pueden vivir en países fascistas ni tampoco en algunos países antifascistas.

# ***DE LOS COMUNISTAS***

Son muy de admirar, según fotografías que vi: ostentan más estrellas, más medallas, más condecoraciones que nadie. Brillan.

# DE LA PELUQUERÍA

A pesar de mis esfuerzos preveo que me estoy afanando en balde. La manera de obrar de los hombres es demasiado absurda y fuera de la lógica para que mi trabajo sirva de algo.

*Ejemplo:* Ya sabéis que cada día, o mejor dicho cada noche, los hombres se despluman —y no me refiero a ese absurdo neologismo que consiste en aplicar esta palabra a la pérdida de los papeles que anteriormente describí, llamados billetes de banco—. No. Lo que sucede es que los hombres son animales tan sucios que necesitan lavarse cada mañana, y para ello se quitan el plumaje. No creáis, y éste es el colmo de lo ilógico, que los más sucios son los que más se lavan, si no al revés. Cuando más limpios, más se restriegan. Ahora bien, esta ley, como toda humana, tiene tantas excepciones como la pronunciación y la forma de las nubes, v. gr.: si no se lavan el martes les cortan el pelo al rape, pero si se lavan el domingo también les cortan el pelo al rape. Procuré averiguar las razones de tal excepción y confieso —una vez más— mi fracaso: los martes la ducha es obligatoria, y los domingos, sólo para los trabajadores. Si los martes no se duchan y quieren hacerlo el domingo, se lo prohíben. Razón humana: la cantinela cíe siempre: está escrito. Es curioso cómo unos garabatos inermes llegan a tener fuerza en el cerebro de los hombres.

*Otro ejemplo:* Como sabéis está prohibido hablar del cuartel A al cuartel B, del cuartel B al cuartel C, etc. Prohibido quiere decir permitido con cierto cuidado. Nunca me cansaré de llamaros la atención acerca del distinto entendimiento que de las palabras tienen los bípedos, resultado de su mentalidad primitiva. Estaban, pues, hablando, cada uno tras su alambrada, dos internados. Un tercero se despjojaba tranquilamente cinco aletazos más atrás. Acertó a pasar un guardia, oyó el diálogo, miró y no vio sino al piojoso. Los guardias son hombres de uniforme, con voz fuerte que se transforma naturalmente en culatazos. El guardia condenó al hombre de los piojos a la tonsura al rape. El despjojante protestó. Como es natural, no le valió:

—Yo no he sido.

—¡A mí qué me vas a contar! Te oí.

El guardia llevó al desdichado a la cámara de los suplicios, llamada peluquería; sentaron al infeliz en el cadalso. El sentir sus posaderas en la plancha de la silla fue suficiente para hacerlo saltar:

—¡Ea! ¡Qué no! ¡Usted no tiene ningún derecho a cortarme el pelo! Que yo no he sido.

Entonces entró uno de los dos habladores: Perdón, éste no ha sido. El que hablaba era yo.

—¡Ah! —rugió el guardia.

—Sí —dijo el recién llegado— quería cortarme el pelo, y como no tenía dinero pensé que ésta era la mejor manera de lograrlo.

—¿Qué? ¿Qué?... —tartamudeó el uniformado—. ¡Qué se ha creído! ¡Hoy no se corta el pelo más que como castigo! Si quiere cortárselo de gratis venga el viernes, si es que ya ha salido del calabozo. ¡Alé, op!

Pero, de todas maneras —a la fuerza— le cortaron el pelo al matador de piojos.

*Axioma:* Los hombres se cortan el pelo los viernes por su gusto y los demás días como castigo.

# *DE LA LÓGICA*

Los internados fueron traídos aquí por una administración. Esta administración ha desaparecido, pero los hombres siguen aquí. A aquella administración sucedió otra, que trae más internados. Como los primeros no pueden reclamar a la administración que aquí los trajo, porque ya no existe, no tienen a quién dirigirse para solicitar su libertad, y aquí seguirán hasta su muerte.

# ***DE LA NACIONALIDAD***

A veces los internados cambian de nacionalidad sin comerlo ni beberlo. Se duermen polacos y se despiertan rusos. Se acuestan rumanos y se levantan soviéticos. Por la noche, internos; por la mañana, libres. No tenían pasaporte y ahora lo pueden tener. Misterios de las fronteras y de los pactos. Nicolai y Alexei Tirsanof, dos hermanos, nacidos en dos aldeas polacas, distantes entre ellas diez kilómetros, se despiertan esta mañana, el uno libre y el otro preso, debido a una nueva frontera. Maleficios de la imaginación.

# ***DEL SER DEL HOMBRE***

El hombre, por el hecho de serlo, no es nada. Nosotros decimos cuervo, y no va más; ahí estamos, negros, lucientes, con todo y pico. Pero ¡el hombre!, depende de su lengua, del lugar de su nacimiento, del dinero que tiene, de su oído, de su inteligencia, de su tamaño, de su color, de sus papeles —ante todo—, de sus armas. Ese desprecio del hombre en sí es lo que, en primer término, hace tan difícil, para nosotros, llegar a entenderlo, y todavía más, explicar la complicada organización de sus hormigueros, sus incontables reacciones, el maremágnum anárquico en el que se halla hundido por creerse la divina garza. Infeliz animal pródigo de lo que no tiene, su imaginación le lleva por caminos imposibles y allí se pierde, sin salida, muriendo de creer que las cosas son como se las figura. ¿Cómo comprender o explicar un inundo de fatuos que corre del ateo al místico, del capitalista al anarquista, del blanco al negro? Unos tienen en cuenta sólo el pasado, otros el porvenir. Unos miran hacia atrás, otros hacia adelante, la mayoría cierra los ojos. Quién quiere ir hacia el norte, quién hacia el sur, y no les dejan moverse. Esos sentimientos contradictorios lo son todo, y aun entre gentes de un mismo signo las divergencias son tan grandes como entre grupos enemigos, y su odio idéntico.

Encontré un tipo curioso, astrónomo, que me aseguró que toda esta incompreensión se debe a que no viven bastante, es decir, a la pequeñez casi inimaginable de sus medios de conocimiento y de aprehensión; dice que el mundo inanimado vive, que las tierras se siguen moviendo, que si tuviésemos mejores ojos veríamos que los humanos sólo perciben una infinitésima parte de lo existente y que esa mediocridad preside sus vidas.

# *DEL PERNOD Y SUS DERIVADOS, DE SUS CONSECUENCIAS*

El hombre siente su inferioridad y, para vencerla, el mentecato ingiere toda clase de medicinas. Bebe líquidos horribles, que a veces huelen a podre, con tal de alcanzar algo que se parezca a un estado superior. Lo único decoroso son los colores brillantes, aquí como nunca engañosos. Dicen que se cuelan sin sentir; lo cierto: que los deja sin sentido. Huételes el aliento a estiércol, acórtaseles el paso y se les alarga el camino, haciendo esos.

Como siempre, atentos a lo que cae, y con ganas de hombrearse con lo mejor, dicen: dormir la mona. Cuanto más tragan, menos pueden con lo que ingieren; advertencia útil para cualquiera, e inútil para sus pobres entendederas, aviso para los que se creen vencedores de cualquier guerra: Cada uno es quien es, y el vino, vino. Cuando los hombres se apropian de algo que no les pertenece, en vez de esconderlo como es nuestra buena costumbre, lo ingieren; y lo ingerido acaba con ellos.

Desde luego es achaque de uniformados, que, como era de esperar, los concentrados son gente de más caletre y se contentan con agua, contaminada, pero agua al fin y al cabo. Los guardias son tan duros —de mollera principalmente— que todo lo tienen que remojar; empujando el codo se transportan con la fuerza del vino. Gustan de emborracharse del todo, con lo que sea: enajenarse hasta sentirse cuervos. El ayudante, el sargento mayor, el teniente, el capitán y el comandante beben para olvidar sus penas patrióticas y moler a gusto a los internados, que así los ablandan y entienden mejor sus enseñanzas. Buena masa. Así, cada día, crecen, aunque sea por dentro, y aprenden:

—*Je vais L'apprendre à marcher...*

El licor no respeta galones, sus efectos son democráticos. Con tales bebistrajos se atontan más y con tal de matar el gusanillo —otra referencia a los animales, sin los que no pueden vivir— se embrutecen y acaban, como dicen, hechos *un cuero, una uva: calamocanos*. Tras las palizas a los presos, quién no se duerme, llora o canta.

Dan, a lo que beben, los nombres más diversos, por aquello de las moscas y del gato por liebre, pero la base parece ser el *pernod*:

—*On prend un pernod?*

Y los guardianes, con su olor a correaje sudado, se quitan el quepis, se pasan la mano por la

frente, se suben los pantalones de golpe, asegurándose que no han perdido lo que creen que les da su condición de hombre, y entran en el café de la esquina.

Y allí del tinto, del blanco, del clarete, del rosado, del verde, del seco, del dulce, del burdeos, del Málaga, del borgoñón, del pardillo, del aloque, del oporto, del champaña, del jerez, del montilla...

Sé estos nombres extraños por habérselos oído citar, con añoranza, a muchos internados. Y me quedo muy corto, que cuando se trata del mal su número de palabras es infinito; cada país, cada región tiene sus caldos, los sacan hasta de las piedras: valdepeñas, rioja, cariñena, malvasía, chacolí, anisete, coñac, ron, vodka, raki, falerno, montilla, manzanilla, curazao, kirch, kummel, rosoli, vermut, mistela, ajenojo, ginebra, ojén, aguardiente, dubonnet, amer picón, cassis, fine, marrasquino...

En el amanecer azul y moradillo los pitos de los guardias *peneques* despiertan a los internados para la primera lista[22].

# *DE LA POESÍA*

Un interno escribió, hace tiempo, los versos que siguen, y que dan una idea bastante exacta de la utilidad del dinero:

*Si tovieres dineros, avrás consolación*

*plazer e alegría, del Papa ración,*

*comprarás paraíso, ganarás salvación.*

*Do son muchos dineros, es mucha bendición.*

Esto me lleva de la mano a tratar, aunque sea superficialmente, de la poesía. Sirve ésta de base para el canto, práctica humana muy popular. Reúnense los hombres en coro y vociferan todos juntos un mismo texto (nueva prueba de servil condición).

He recogido bastantes textos de canciones, pero no daré aquí más que una muestra. Es una composición española. La música, posiblemente del siglo XV, se llama tango, y tiene dos títulos. El primero no me parece adecuado y corresponde posiblemente a una versión hoy perdida: *Esta noche me emborracho*, la otra es, sin duda, la correcta:

*ALÉ-ALÉ*

*Somos los tristes refugiados*

*a este campo llegados*

*después de mucho andar.*

*Hemos cruzado la frontera*

*a pie y por carretera*

*con nuestro ajuar.*

*Mantas, macutos y maletas,*

*dos latas de conserva y algo de humor.*

*que es lo que hemos podido salvar*

*tras de tanto luchar*

*contra el fascio invasor.*

*Y en la playa de Argelès-sur-Mer*

*vinimos a caer*

*pa no comer.*

*Y pensar que hace tres años*

*España entera*

*era una nación feliz,*

*libre y obrera.*

*Abundaba la comida,*

*no digamos la bebida,*

*el tabaco y el papel.*

*Había muchas diversiones,*

*la paz en los corazones*

*y mujeres a granel.*

*Y hoy que ni cagar podemos*

*sin que venga un mohamed...*

*Nos traían como penados*

*y chillan por todos lados:*

*Alé-Alé.*

*Vientos, chabolas incompletas,*

*ladrones de maletas,*

*arena y mal olor,*

*mierda por todos los rincones,*

*piojos a millones,*

*fiebre y dolor,  
colas para alcanzar dos litros  
de agua con bacilos,  
leña y carbón,  
alambradas para tropezar  
de noche al caminar  
buscando tu chalet.*

*Y por todas partes donde vas  
te gritan por detrás:  
Alé-Alé.*

*Y si vas al barrio chino  
estás copado  
pues vuelves sin un real  
y cabreado.*

*Dos cigarros: mil pesetas,  
y en el juego no te metas  
porque la puedes palmar.*

*Y si tu vientre te apura  
y a la playa vas a oscuras  
te pueden asesinar.*

*En mal año hemos entrado,  
ya no sabemos qué hacer,  
cada día sale un bulo  
y al final vienen gritando:*

*Alé-Alé.*

# *MÁS LÓGICA*

Boleslav Sparinsky y Stefan Goldberg, polacos; el primero está internado por no haberse alistado en el ejército polaco; el segundo, está internado por haberse alistado en el ejército polaco.

# *DE LAS ALPARGATAS*

Los hombres, de tanto andar, y por carencia de alas, no pueden llevar los pies descalzos. Cúbrenselos con la carroña de reses muertas, llámanlos los zapatos: hay que reconocer que preservan algo del agua y del lodo. La *Cruz Roja* ha enviado al campo quinientos pares de alpargatas, para que sean repartidas entre los internados; es un zapato de lona y mejor que nada. Tiénelos en los almacenes, guardados, quién sabe en espera de qué. El viejo Eloy Pinto, de sesenta y cinco años de edad, carnicero, cojo, pidió un par de buenas botas a un guardia joven. Le hicieron barrer y lavar el cuartel, le dijeron que volviera al día siguiente: le darían las alpargatas. Ocho días se repitió la escena. El viejo, ya cansado, se las pidió al *ayudante*:

—¡Ah!, ¿con que quieres alpargatas, eh? Y no quieres trabajar. Y comer, sí que comes, ¿no? Para comer no faltas a la lista, ¿no?

El viejo calló, miró sus pies envueltos en trapos, levantó, lentamente, la vista. El ayudante le escupió a la cara, y siguió:

—Supongo que tendrás la conciencia tranquila, ¿no? ¿No decís eso? Pues pónstela en los pies.

# *DE LA LLUVIA*

El interno resiste bien la lluvia. Forman para pasar lista, diluviando; los guardias, con impermeables, llegan con retraso. Los presos no se mueven, les corre el agua por la cara, se empapan, no protestan. Cuando llueve los hombres no se lavan.

# ***ECHACORVERÍA***

¡No digamos de ese horrendo insulto! ¡A nosotros, tan fieles, tan dignos, tan poco amigos de hacer favores! Cuando todos saben que el cuervo es todo sentimiento...

# *A PESAR DE TODO*

Los internados viven a gusto, porque el que vive conforme con lo que espera, es feliz —a pesar de las privaciones—. Gozan en la desgracia pensando que los lleva a su fin.

# ***DE LAS CONDICIONES DE SALIDA***

Como es natural, de tan buen trato, los hombres no quieren marcharse de los campos de concentración. Los uniformados hacen lo necesario para darles gusto.

La primera condición que se necesita para salir es haber sido detenido en *zona libre*[23] y, por lo que dicen, el noventa y cinco por ciento de los aquí reunidos lo fueron en *zona ocupada*.

Segundo: Tener el beneplácito del Prefecto del departamento en que hayan de residir.

Tercero: Demostrar que tienen medios de vida.

Cuarto: Tener buena conducta.

Si, por casualidad, poseen alguna de las condiciones prescritas, no reúnen las demás. No sale nadie, como no sea con los pies por delante.

# *ALGUNOS HOMBRES*

Debe haber en el campo unos seis mil internados, la mayoría ignora por qué está aquí. (En esto hay igualdad absoluta entre internados y guardianes).

Doy a continuación las fichas de unos cuantos, escogidos al azar. Para mayor exactitud vayan lecha y lugar: 22 de junio de 1940, campo del Vernet, departamento del Ariège, Francia, Cadahalso 38, Zona C.

*Jalien Altmann*, relojero, treinta y cinco años, francés, después de haber sido alemán. Estatura regular, poco pelo, nariz larga, traje raído, ojos enrojecidos. Señal particular: suele meterse el meñique de la mano derecha tanto en las fosas nasales como en el oído derecho.

Razón de su estancia: culpa a su portera. Vivía en Nancy, soltero. La cancerbera no le perdonó haber introducido, en su piso, a una amiga de la infancia. Julien Altmann es enemigo de las propinas. Añádese que la quicialera quería el piso para su sobrina, que se acababa de casar, y andaba en mal de alojamiento. Bastóle con acusar al pobre relojero de haber asistido a un mitin comunista. Era verdad, pero lo hizo por equivocación.

*Conde Wencestas Wazniky*. Gran señor, gran nariz, que se resguarda del sol con un papelito pegado entre ceja y ceja. Cincuenta y tantos años. Silencioso. Muy paseador, solitario. Pelo cano, traje elegante. Desprecia a sus compañeros, jura y perjura ser amigo personal del Coronel Beck. Lo malo es que nadie sabe donde está ahora el Coronel Beck. Su seguridad en sí mismo se me antoja ficticia: la mayoría de los aquí concentrados lo están por rojos, aunque Francia luche contra los fascistas, es decir, contra los alemanes. El conde es fascista, pero su país lucha también contra los alemanes. Supongo que al elegante polaco le sucede lo mismo que a mí, no sabe a qué carta quedarse: si ganan los alemanes, pierde como polaco, si pierden los alemanes, pierde como fascista. La solución la dio un guaje: Que se muera.

*Jerzy Karpaty*. Zapatero, húngaro. Pequeño, gordo, pero ya no tanto; con las piernas arqueadas. Sin complicaciones. Judío. Parlanchín. Tampoco sabe por qué está aquí, aunque supone que la policía halló su apellido en la lista de una *Amicale* de internacionales húngaros. Él no fue a España, ni jamás le pasó por la imaginación tal cosa. Un primo suyo, sí; y como se reunían en un café y entre ellos había dos de su pueblo, se inscribió. Su mujer es francesa, sus dos hijos son soldados franceses. No sabe nada de ellos, es lo único que le preocupa. Y la comida, que no es grano de anís.

*Jean Louit*, industrial, a lo que dice, y francés para mayor *inri*. El comandante del campo le preguntó: ¿Si es francés, qué hace aquí? Y el hombre le contestó: Es lo que quisiera saber.

Según él —cuarenta años, gordo de veras, de los más bajos, lleno de quejas, extremado en

sus sentimientos, encareciendo siempre su pena, gemidor, lamentándose continuamente de su desdicha, rogando a los guardias y a quien se le ponga adelante—, todo proviene de una multa de dieciséis francos que le impuso el *comisario* de policía de su barrio, en París. Los demás lo desprecian, los guardias lo escogen para las faenas más desagradables.

*Ludwig Schurnacher*, químico, ingeniero químico, alemán. Joven, alto, fuerte. Refugiado en Francia desde 1933. Con todos sus papeles en regla, alistado en la Legión Extranjera, en trance de revisión médica. Trabajaba en una gran fábrica de Lyon. Supone que le denunció su querida: mujer de uno de sus jefes. Lo que ignora es por qué le denunció. Le han nombrado intérprete y no se preocupa: cree que los franceses no le entregarán nunca a los alemanes. Tiene fe.

*Gonzalo Rivera Torres*, español, cetrino, nariz corvina, pelo corvino, uñas corvinas. Mecánico. De los pocos que no protestan. Comunista. Se pasa el tiempo cantando. Su única preocupación: conseguir una guitarra. A los dos días de llegar a París, salido de un campo de concentración del sur de Francia, le volvieron a agarrar. Está de vuelta. Se ríe de los que lloran. Se negó a arreglar la caldera de la barraca de la dirección y lo metieron quince días en la cárcel. Salió igual.

*Juan Cervera y Tomás Núñez*, españoles, pero residentes en Francia desde hace más de cuarenta años. Colchoneros, socios. Republicanos un poco porque sí. Nunca se quisieron nacionalizar franceses, y así les ha ido: el frutero de enfrente no los tragaba, lorenés él, y carca. Sus mujeres son francesas, ellos están tranquilos suponiendo que Susana y Marcela siguen con el negocio y pronto les enviarán paquetes con comida. Se pasan el día jugando a las cartas con unos naipes mugrientos que tienen que esconder cada cinco minutos al paso de cualquier guardia.

*Jan Wisniack*, checo, mal encarado, tuerto, sin oficio ni beneficio conocido, hombre de malas pulgas. Setenta y dos años. Andaba por el mundo, para verlo, según dice. Comido de piojos, sin que le importe. Su gran preocupación es que no le den menos rancho que a los demás. Habla cinco idiomas y recoge colillas. Ha visto cinco coronaciones; se ha inscrito en todos los servicios religiosos. Se pasa el día husmeando, de aquí para allá, a lo que caiga.

*Joaquín de las Bárcenas*, diplomático español, muy elegante, con barba. Republicano. Ha tenido dos conferencias con el comandante. Oficial de la Legión de Honor. Embajador. Le rodean tres o cuatro españoles que beben sus palabras. Siéntese mártir y habla del triunfo de la democracia. Sesenta años, pancita, bien afeitado, bien peinado, los guardias lo tratan con respeto. Se siente importante y es feliz.

*Franz Gutmann*, dicese luxemburgués; peletero. Denunciado por su mujer como alemán. Él no le quería conceder el divorcio, a pesar de los cuernos. Pertenece a la categoría de los meones. Hace negocio con el tabaco. Tráenselo los guardias, él lo vende, y parten las ganancias. Jefe de la barraca. Por la noche juega al dominó, con permiso de la autoridad. Sus compañeros lo tratan con desconfianza. Dicen que le van a traer un catre. Muy metido en la cocina.

*Erwin North*, austríaco, escritor. Hombre importante, de unos cincuenta años. Alto y fon melena. Se pasa el día conferenciando con unos y con otros, de barraca en barracón. Todo son

conjeturas, planes. Dieciséis horas diarias de cuchicheos. Sus compañeros le miman. Come de lo que hay y de lo que no hay. Estuvo en España, de corresponsal de guerra. Sin darse importancia, se la da. Toma notas. El capitán de la censura ha leído un libro suyo, lo cual lo libra de ciertas prestaciones. En un mes no ha llevado las tinetas al río más que quince veces. Sin embargo, parece que la suerte se le va a acabar, porque ayer tuvo una discusión con el sargento que mandaba la conducción, acerca de que si una de las tinas llenas de zurullos había quedado perfectamente limpia o no. Al decir del suboficial todavía quedaba un trozo de cagarrutas pegado al fondo. Tuvo que lavarlo diez veces.

*Paul Marchand*, pintor, belga, a lo que él dice: amigo personal del rey Leopoldo III. Alto, gordo. La amistad que pregonan no le favorece con las autoridades, que tildan, actualmente, al soberano belga de traidor. Pero nuestro hombre está muy tranquilo, acepta la situación, seguro de que los alemanes van a ganar rápidamente la guerra. Y dice, a quien quiere oírlo, que pronto llegarán a las puertas del campo, y que él saldrá en triunfo. Esta decidida posición, quieras que no, impresiona a los guardianes que, por lo visto, no las tienen todas consigo y le tratan con cierto respeto. Recibe paquetes de comida, que reparte con otros cinco con quienes duerme, en un bonito espacio de dos metros por tres. Consiguió un ajedrez, los guardias no se atreven a quitárselo por lo intelectual del juego. En esto se conoce la grandeza de Francia.

Belgas hay tres o cuatrocientos, detenidos en las carreteras del éxodo, por carecer de visados en regla.

—Bueno estaba Bruselas —aseguran—, para andarse pensando en eso...

Otros lo perdieron todo en los bombardeos, quién papeles, quién la mujer o los hijos, quién el auto y el dinero.

*Adalberto Muñoz*, alto, flaco —lleva año y medio de campos—, vestido con harapos. Catalán, casado y con la sospecha de que su mujer está viviendo con su mejor amigo. Empleado de correos. Soldado, sin más, de la República Española. Triste, aburrido. Hace tres meses le rompieron las gafas de una bofetada, por formar el último, al pasar lista. Ha pedido permiso cinco veces para que le hagan gafas nuevas en Toulouse. Cinco veces que le dijeron que sí, y cinco veces, a los tres días, le dicen que no. ¿Para qué quiere gafas un hombre de tan poca importancia?

*El Asturias*, pequeño, de ojos claros, minero, astroso. De Gijón. Los zapatos hechos una lástima, cubiertas las carnes con el gabán de un muerto mayor que él. (De ahí el dicho: *el difunto era mayor*, frase que tuvo éxito en Verne y sus alrededores). Prisionero de los fascistas españoles que lo enviaron a un batallón de trabajo. Cruzó la frontera: prisionero de los franceses antifascistas, que lo enviaron a una compañía de trabajo. Se escapó, lo encarcelaron, y, en vista de su constancia, lo enviaron aquí. Gracioso, oportuno, sonriente.

*Santiago Vázquez*, gallego, mecánico. Catalanizado, que es un baño especial. Grande, gordo, serio, callado. No cuenta nada de sí. Joven. Hace rancho aparte, sin rancho.

*Gregorio Aranda*, estuquista, madrileño. Veinte años. Petulantillo que todo lo sabe y está de

vuelta de lo que sea. Le admiten aquí y allá, y a poco le echan. Lengua Hoja, dándose pisto y metiendo líos. Todo le sale por una friolera. Pensaba volver a España: Total, ¿yo qué he hecho?

No hizo nada, soldado raso.

Ayer recibió noticias de su familia: fusilaron a su hermano menor, por ser su hermano menor. Ya no habla de volver a Madrid. Está desconcertado. Se pasó el día *blasfemando*. Esto les pasa a los hombres por tener familia, otra cosa que debieran aprender de nosotros: tan pronto como nuestros hijos pueden valerse, los echamos a que vivan por el mundo y nos preocupamos en hacer otros. Lo que evita complicaciones.

*Juan Gómez*, catalán, nacido en el POUM, que es ciudad o pueblo que no he logrado averiguar dónde queda. Bobo y buena persona. Excursionista, catalanista, maquinista. Sus pasiones: las montañas y los sellos. Trabaja en las duchas. Veinte años.

*Luis Moreno*, de Huerca Overa, pero residente en Francia desde la edad de tres años. Metalúrgico. Más que amigo de beber: la falta de vino lo trae a mal traer y de un humor de todos los *diablos*. Ha vendido cuanto tenía con tal de procurárselo de extranjis. El *Asturias* lo ayuda en todo, y comparte los tragos. La templanza no es su fuerte. Gasta hermosos mostachos, que se seca con el dorso de la mano. Hace cerca de cuarenta años estuvo detenido tres días, por una pelea, en la taberna de Nimes, donde vive. Jamás se había preocupado por sus papeles, ni nadie se los pidió, hasta que vinieron a detenerle, una mala mañana. No habla jota de español. Llorón. Mujer, hijos, nietos franceses, que se detienen en la carretera, por turno, cada domingo. Y le hacen señas, hasta que los guardias se dan cuenta. Dice —a todas horas— que saldrá la semana próxima. El agua le da dolor de tripas y anda a gachas.

*Enrique Marcet*, catalán también y residente desde antes de tener uso de razón, garajista en Beauvais. Lo denunció su socio; iba a salir libre, en París. Avanzaron los alemanes, enviáronlo aquí, entre miles, y —como los de casi todos— se perdieron sus papeles. Está acabado, a los cincuenta años. No puede con las tinetas y los guardianes la tienen tomada con él. Viudo y con hijos menores, de los que no tiene noticias.

*Victor Borí*, chófer de taxi, del *Comité Central de Milicias*, responsable de *Acció Catalana*. Panza incipiente, calva *idem*. Feliz por los años pasados. No acaba de contar el número de sus queridas, y sus hazañas en la retaguardia. Se lleva bien con los anarquistas. Listo para hurtarse, en todo momento, a cualquier servicio. Le gusta, ante todo, dormir. Tiene resuelto el problema religioso español.

—¡Hay que acabar con la iglesia...!

—¿Cómo?

—Nombrando a Vidal y Barraquer, primado de las Españas...

Cataluña eterna[24]...

*Un grupo de inseparables.* Todos vestidos de harapos, haraganes que husmean por el campo. El *Señorito*, el *Málaga*, el *Valencia*, Roca, el boxeador; y dos de más edad —que los demás tienen veinte años escasos—, Ruiz, que se dice médico, y Larrazábal, que asegura haber sido comandante de Cuatro Vientos.

Los primeros son vagos, picaros de poca monta, gorriones, gandules, gente medio perdida y a medio perder. El *Valenda* quiso ser *torero*, el *Málaga* fue *limpiabotas*, el *Señorito* se cansó de la tahona donde le pusieron sus padres, en Arganda. Ruiz y Larrazábal han perdido todo sentido moral. Viven arrinconados al fondo de una barraca. Sucios, malolientes, contentándose los unos a los otros, en rueda. A veces, si llueve torrencialmente y se les sirve café en el cadahalso, alargan su lata enmohecida de los meados de la noche, incapaces como son de levantarse a hacer fuera sus necesidades:

—¿No tienes otra cosa?

—Lo de uno no hace daño.

Tierra de nadie.

*Ignacio Echeverría, Gonzalo Iñaki, Jesús Bilbao, Teodoro Goygortúa, Víctor Lizariturri, Manuel de Altube, Jesús María Zunzunegui, Jorge Mendizábil Jorge Valdés, Jesús Somonte,* forman un grupo de vascos españoles detenidos por casualidad; se equivocaron de carretera.

Están unidos y no les falta gran cosa.

*Anatol Litvak*, lituano, pequeñito, con los dientes helgados —unos dientes enormes y amarillos—. Ancho. El pelo rubio a más no poder. Sonriente cuando se olvida de sí. Se escapó de su país, para vivir en paz en una nación democrática. ¿Cuál mejor que Francia?

*Juvenal García.* Viejo. Anarquista. Extremeño. Le contó a un guardia que la noche anterior había soñado que se escapaba. Lo tundieron a golpes.

—De aquí no se escapa nadie, ni en sueños.

*José González*, grande y colorado, sacristán, de Murcia. Muy mal hablado y bastante bruto. Le duele la cabeza y no le hacen caso:

—¡Me duele la cabeza, aquí, en la tierra y si blasfemo, me mandan al infierno!

*El Tuerto de Olivenza*, de la raya de Portugal, de la quinta del 25. Tranviario. Guardia de Asalto, de la CNT. Quince días antes de entrar en Francia una bomba de mano le quitó un ojo. Al departamento del Cher. Llegan los alemanes. Huye. Marsella, sin nada que comer; roba unas patatas, tres meses de cárcel. Concentrado en el castillo de la Reynarde. Le busca la policía, lo expulsan. No tiene a dónde ir: seis meses de cárcel, y aquí. Disentería. Canta bien, tiene buena voz.

*Teodoro Meautis*, el de las bofetadas. Griego y *testigo de Jehová*. Siempre con su sombrero puesto: No me descubro más que ante Dios. Bofetada a cada pasar de lista. Y los viernes, cuando se niega a trabajar, porque así se lo manda su Ley, paliza y calabozo hasta el lunes. Carnaza para el Sargento Mayor, que se desfoga los sábados por la noche, en la cárcel, para vengarse de los cuernos que le pone su mujer con el teniente Barreau, el del abastecimiento. Eran siete *testigos*, hace medio año, sólo quedan cuatro.

—*Quils crèvent!*, —como dice el teniente.

Y, frente a un entierro:

—*Le cimetière, c'est encore trop beau pour vous.*

*Gregorio Waissmann*, Jefe de la barraca treinta y cuatro, dominado por la gula. Pequeño, gordísimo, luciente, reventando grasa por todas partes, embarazado, culón, dientes de oro, empalagoso, imbuido de su importancia, dando a entender una desconocida potencia y misteriosas y altas amistades capaces de acciones al sólo servicio de su apetito. Capaz de todas las bajezas por un plato de judías. Tragón. Sin otra preocupación que el comer, de la «mañana a la noche» sin otro norte que el de sacar un bocado de cada quien, una galleta de regalo, un tomate, una patata, una roncha de salchichón. ¿Me das a probar? Debe de ser exquisita. ¡Exquisito! ¡Exquisito! Yendo de aquí para allá, de uno a otro, meneando el trasero. Abandonado de su mujer, de sus hijos, de todos, sin otra preocupación, sin otro fin que comer. Capaz de cualquier hombrada si le prometen un guisado, y de cualquier traición por el mismo motivo. Y como se lo echaran en cara, contesta:

—Sí, hijo, no te rías: importa más la salud que la vida.

*Héctor y Francisco Girardini* italianos, *hermanos gemelos*, gordos, bajos, con barba, frente despejada, gafas, un poco al estilo de los enanos de Blanca Nieves, los detuvieron a los dos porque no sabían a ciencia cierta quién era el *sospechoso*. Dicen que uno es anarquista. Ellos no dicen cuál.

*Charles Colin*, belga, chivato, sifilítico, las carnes sin consistencia, aun siendo delgado. Fofa, pronto a deshacerse. Los ojos argollados de bermejo, la mirada imprecisa —si le miras, te huye; si no le miras, te mira—, las niñas descoloridas; el pelo ralo, rubio desmelazado; la boina sucia y sarnosa, como hongo, sobre su cabeza que nunca descubre, duerme con ella puesta. La boca imprecisa y sin color, los dientes morenos. El traje, deshecho de tantas desinfecciones de cien lazaretos y hospitales, se le ha quedado corto. Los calcetines pardos, descolgados sobre unas botas deslucidas. Los lamparones le dan color al terno. Las manos grandes y nudosas, colgando de unas muñecas descarnadas que saltan a la vista entre el desflecado de las mangas de su americana. Sabañones por todas partes, y una perenne sonrisa y una mala baba a flor de cualquier palabra. La mala voluntad, la impertinencia, la jerga de la hez. Pero sobre todo, las torcidas ganas invencidas de enlodarlo todo. Rebosa veneno. Podrido, tiende a pudrir lo que le rodea, como si su salvación radicara en enviciar cuanto alcanza. Dícese pintor.

Allí, al fondo de la barraca, *Juan Barberá, Richard Weiss, Norman Hopstock, Rudolph Boshian, Sharaf Bodinov, Albert Melandrich, Jan Fronta, Bratislav Prazak, Lorenzo Galas, Vicente Guerrero, Joroslav Martin y Roger Zupka*, forman un grupo inseparable. Todos ellos han luchado en España, en las Brigadas Internacionales. Comunistas.

A cada momento tropiezo con las contradicciones del hombre, que me hacen tan difícil poner en claro sus costumbres. No puede compararse con ningún otro animal que viva en sociedad. Hasta ahora, cuando escribí —acerca de los papeles, los caracteres, los deseos— tendía a demostrar el amor humano hacia el dinero; pues bien, ahora nos encontramos con un grupo para quién las monedas o los billetes no están en el primer término de sus preocupaciones. Cuando hablé de papeles y nacionalidades no preveía dar con estas gentes para quienes raza y lugar de nacimiento no cuentan. Para ellos está en primer lugar —sean de donde sean— un país al cual no pertenecen, la URSS. La mayoría ha luchado en otro país, que tampoco es el suyo: España. Allí murieron muchos. Les liga un sentimiento indescriptible: *la solidaridad*. Pero en el momento en el que uno del grupo no está conforme con el sentir de la mayoría, lo expulsan acusándole de lo peor; lo ignoran, como si fuese apestado; lo que nada tiene que ver con lo que pregonan: el hombre primero. Intransigentes y sectarios, roídos por la desconfianza. El que no piensa como ellos, traidor. Salvando lo poco que sé de la historia de los hombres, se trata de la *aristocracia*: no permiten casamiento más que entre ellos. No admiten, en ningún momento, considerar las cosas desde otro punto de vista que no sea el suyo, aun dándose el lujo de cambiarlo frecuentemente. No viven de comer, sino de reunirse. Es un grupo extraño, de gran influencia y de porvenir desconocido.

Aseguran que el hombre es producto de su medio, pero cuando no piensa como ellos lo aniquilan, sin pensar que —según su teoría— no tiene culpa. Lo malo: que los demás son peores, por el dinero.

Debe haber algo más.

## *MANUEL, EL DE LA FONT*

No parecía tan bajo como lo era: tenía la proporción de su talla, que la anchura, si demasiada, aplana; quizá fuera su color, quizá el traje de pana descolorida, y cayéndole en colgajos amarillentos como caballones de ramblar carcomidos de avenidas, quizá el desrostrar del sol, quizá las arrugas, tan hondas que, surcos verticales, le sostenían ojos, cejas y la frente estrecha y el pelo corto revuelto, salpimentado en las sienes; quizá los ojuelos verdes trabados de un topacio de ciruelas enveradas y que corrían como devanaderas al ritmo de cien «¿No?» y «Bueno» con los que picaba su continuo discurrir; quizá los cañones de la barba le envejecían a media semana, añadiendo años donde no había más que magrez. Quizá le daba esa sensación de talla normal la falta de unto y el correr de los músculos a flor morena de piel, mal lavada ya desde el tiempo en que al azar de una mañana se acordara de mirar el sucucho donde su madre le dejaba, a medio llenar, la jofaina de porcelana blanca. Y aun así, metía las palmas a lo conco bajando entre ellas la nariz, rebufaba el agua con un profundo ruido burbujeante, sacudíase luego las manos salpicando el solado de ladrillos rojales en dos largas estelas cometerás de manchas oscuras y brillantes, pronto embebidas por la tierra cocida, alcanzaba una toalla deshilachada para frotarse enérgicamente el rostro como si quisiera borrar todo rastro de abluciones.

—Eso de lavarse es bueno para los señoritos.

Camisa sin cuello; ni muy sucia, ni muy limpia; gruesa cadena latonera de dos ramales, sin reloj ni monedero; la ropa a como cayese.

Manuel, el de la Font, porque la casa estaba plantada al lado de la fuente del pueblo. Su madre, lavandera, parlanchína y pedorrera, gorda y baja, las rodillas de piedra y las manos de cordobán. El hijo había pasado de los treinta y cinco y no traería nuera, demasiado apegado al variar de las faldas, a resubir las fáciles, ducho como el que más en saber cuándo dormían fuera los maridos y punto de «La Ramona», aunque donde «La Chata» no fuera mal visto. Cucharatero:

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué dice? —Las entendederas listas (las cogía al vuelo), poco pulido por la escuela de su tiempo, donde faltó más que asistió. Sin oficio y con mil beneficios. Hombre de tierra, color de tierra, los ojos claros de uva madura. Lo sabía componer todo sin que nadie le hubiera enseñado nada. Lo mismo le llamaban para arreglar una máquina de coser, que para reparar una bomba de agua, para componer un motor de automóvil, rectificar una pared, una cerca, enderezar un árbol, componer el reloj de la iglesia, destorcer la cuchilla o la vertedera de un arado, instalar la luz eléctrica donde fuera necesario, estercolar, escamondar frutales. Si era muy necesario, a romper tierras; daba con pocos rodeos con las averías, a más de su gloria: aderezar como nadie una ensalada, que no es juego la sal, el aceite y el vinagre según la lechuga, los pimientos, los tomates, las aceitunas, el bacalao o las anchoas, la mojama o las huevas de atún; todo pide su medida y su tiempo, y los mendrugos restregados con ajo. Si pillaba gallinas o hurtaba gazapos de eso nadie sabía gran cosa y si de enlabiar payesas mucho se contaba, él se recataba de

ello con unos cuantos: «¡Tira! ¡Tira! Cada uno a lo suyo», dichos con unos manotazos al aire. Lo suyo, con ser tanto lo antedicho, no era nada con lo principal: tumbarse al sol y sombra de una viña viendo trasponerse las nubes, cuando las había, comiendo uvas, en su tiempo, hasta no poder más y, caída la noche con sus tapujos, estrellas, verdes sucios y plata lunera, irse al café a jugarse los cuartos al mus, al monte, al canario o a la lotería o a lo que saliera. Todos hubieran quedado sorprendidos si les hubiesen dicho que Manuel el de la Font era un holgazán.

Las tragaderas chapadas de acero, cierta gracia pajolera en el decir y en el correr de las verdiamarillas pupilas; un asombrarse de todo.

—¿Tú crees?

Adargando su desconfianza y ladinería de campesino con interrogantes. No le daba importancia a nada.

—¡Ah, sí! ¿Cómo es eso?

Tomándolo todo a la buena de Dios: la vida como se la regalaban, sin querer enterarse del porqué de las cosas.

—¿Qué pasa?

Y el asentir pronto a cualquier proyecto.

—Ya me gusta.

Lo que le diferenciaba de muchos de sus convecinos, pocos en dar, pero más, si es posible, en el admitir, con un viejo regusto de inseguridad y miedo de réditos.

—A mí me gusta todo.

Sonreía siempre, menos cuando jugaba, que el juego no es cosa de bromas, sino rito. Y lo más serio: el dominó.

—Y tú, ¿qué haces?

—¿Yo? Nada.

Su no trabajar se multiplicaba en mil quehaceres.

—Hombre, ven y me arreglarás la plancha.

—Manuel, mañana me ayudarás en lo de la remolacha.

—Manuel, ¿me llevas a Barcelona?

—Ha dicho la madre que si puede venir a ver qué pasa en la trampa del contador, que marca.

Nadie le quitaba la merendola, a la tarde, cuando los unos salían de las oficinas o las fábricas o volvían del campo.

—¿Qué? ¿Ya estás ahí?

No aquí, sino ahí.

Sus ojillos claros le abrían las bolsas, que no sentían el vacío de las adehalas.

Y para ayudar a vivir, comprar y vender, aquí y allá, como quien no quiere ni hace la cosa, un poco de todo: aceite, almendras, bombas de agua, Fords viejos, patatas, vino, alpargatas, ajos.

—Oye tú ¿a ti no te interesarían unos sacos de salvado? No por nada, pero esta mañana el Abuelet de la Taula...

¡Cataluña alta! Al sur Tarragona, y al oeste, tras la tolmera de Montserrat, Barcelona.

—Y tú, ¿qué haces?

—¿Yo? Nada.

Para que no lo mandara nadie, como la mayoría de los obreros y campesinos de la villa eran cenetistas, se alistó en la central socialista, puntal que fue, desde entonces, de un casino obrero; porque había estado en todas: no más olía Barcelona a pólvora, en el primer auto estaba allí, con ese aire de papanatas que le daban sus ojos claros y el altibajar continuo de sus cejas. Encontraba abiertas todas las puertas con su simpatía, su aire un si es tonto o no y el borbollar de sus palabras enlazadas con sus sis y sus nos: salíase con la carrera gratis, el convite y muchas veces su negocijo. Un tanto payaso y méteme en todo, hurganarices; majarete para unos, pero siempre a lo suyo: no hacer nada, me decía él. Más conocido que Rita en toda la comarca: Manuel, el de la Font.

—¿El sentido común? Y eso ¿para qué sirve? Nada, hombre, nada. ¿No? La justicia, ¿comprendes? La justicia y nada más que la justicia. La libertad sin justicia, ¿qué? La fraternidad sin justicia, ¿qué?

Otro día el mismo le preguntaba:

—Oye, Manuel, la justicia, ¿qué es?

—Ay, *fill meu*, la justicia, la justicia... No la hay en la tierra. Y si no, ¿por qué los burros tienen cuatro patas y yo —quería decir tú— sólo dos?

Lo eligieron presidente del comité del Frente Popular. Su villa era feudo de la Lliga, pero esta vez (febrero de 1936) ganaron las izquierdas.

—Cuando la radio empezó a tronar ya estábamos camino de Barcelona, ¿no?, ¡zas!, nos hieren al chófer y nos fuimos de cabeza contra un árbol; menos mal que traíamos fusiles de los

buenos. Ya hacía días que vigilábamos a los fascistas del pueblo, ¿no? ¡Pues a ver! ¡Que no los conocíamos que digamos! Don Félix, el hijo de Don Félix, el boticario, el registrador y los Bosch. Bueno, éstos eran de Barcelona y tenían allí la finca, pero venían bastante y fueron ellos lo que trajeron los fusiles. Más el cura. Bueno, ésa es otra historia, si quieres te la cuento. Los fusiles los tenían en el invernadero, que es como llamaban un semillero que tenían en la huerta; ¡quién los iba a buscar allí, como no fuera un quisque! ¿No? Bueno, los vio un cantamañanas y nos vino con el soplo. A la mañana nos incautamos de la finca y con los fusiles nos metimos en el coche del Berlanga. Lo que importaba era Barcelona, ¿no? Pues sí. Había una ensalada de tiros que pa qué. Yo no quise más líos y me uní a unos guardias de asalto en la esquina de Aribau. Yo digo que me uní, por decir algo, porque aquello lo vi yo con la cabeza metida en el bordillo de la acera de la Diagonal. No te digo más: más pegado al arroyo que una ladilla. Estuvimos tres días. ¡Madre, qué jaleo! Pero del bueno, ¿eh? A los tres días ya no había nada que hacer y nos fuimos para casa. Yo me ocupé en seguida de los transportes porque sin coches, qué se puede hacer, ¿no? Nada hombre, nada. Y que se necesitan para todo. Sin coche no se puede andar por el mundo. Decían los del pueblo que no daríamos con los autos. ¡Vaya si dimos! ¡Como que yo sabía dónde estaban todos!: en el balneario solo, cogimos más de cincuenta, muchos de ellos nuevos; bueno, casi nuevos, que es lo mismo, ¿no? Había un Packard que no había rodado mil kilómetros: un día metí dos terneras dentro.

—Pero ¡no seas bruto!, me decían.

—¿Qué?, les decía yo, ¿es que lo van a ensuciar? ¿No dormimos nosotros dentro? ¿Entonces?

Las terneras las tenían escondidas unos frailes. ¡Qué susto pasaron! ¡Y que no se les conocía a la legua vestidos de paisanos! ¡La madre! Yo no comprendo cómo hay gentes que le tienen tanto miedo a morirse. Y además esos que dicen que tienen asegurado el pan del otro lado. ¿No te parece? Es lo que yo les decía: si nos tienen que estar agradecidos. Había uno muy gordo y el Pedro Turullol le empujaba por la espalda, que la tenía más gorda y retumbante que un neumático: ¡hale a la Gloria!, le decía, ¡hale a la Gloria! Los dejamos sueltos, menos al gordo, que levantó el puño y hay cosas que no se pueden aguantar. ¿No? ¡Bah! Es lo mismo que las iglesias, ¡tanto hablar! ¡Si ellos mismos las limpiaban! ¡Las derechas han quemado muchos más santos que nosotros! ¡Con ropa y todo! Yo hacía hacer montones: en un lado la madera desnuda, en otro la ropa, en otro la cera y detrás, en lo del comité, el metal. Las cosas hacerlas bien o no hacerlas, ¿no? La madera la guardamos para lo que pudiera ocurrir; la ropa para los pobres, la cera se repartió entre todos y el metal se mandó a Barcelona, a la Generalidad, y el dinero a los Sindicatos, para comprar armas. Las pocas que teníamos eran de los fascistas y con su dinero compramos más, lo cual era justo, ¿no? Lo que importa es la justicia. ¡Si yo hubiese querido quedarme con dinero! ¡La madre! Pero lo primero es la justicia, ¿no?

Manuel rebusca en sus bolsillos y entre tamo y polvo hace un cigarrillo en forma de cordón.

—En el pueblo había una tía pende ja; tenía marido y dos hijos. La llamaban «La Niascla»; ve tú a saber por qué, anduvo medio pueblo con ella; no te creas que lo hacía por dinero, no: porque le gustaba. Lo cual es peor, ¿no?, porque les hacía una competencia ilegal a las de verdad que se quejaban, con razón, ¿no? Además se los llevaba a casa, porque así... al borde de un

camino, ni visto, ni conocido, cualquiera, ¿no? Bueno, vino la República y se divorció, pero obligaron al lilaila del marido a pagar seis pesetas diarias a la mujer. Cosas de las leyes y de los abogados. Conque ¡ya ves! Ella seguía dándose gusto y cobrando las seis pesetas. Una vergüenza para el pueblo, ¿no? No podía seguir así y decidimos discutirlo en el comité.

Manuel se para un momento, sorbe los mocos, se pasa el índice por bajo la nariz por si las moscas, me mira levantando sus ojillos claros, que brillan en la luz que se va. ¿Habla en serio, o le echa ironía al cuento? No lo sabe nadie; la seriedad del narrador obstruye todo intento de interpretación.

—Y se discutió, vaya si se discutió. Que si sí, que si no. La tía estaba entonces en Barcelona. La hicimos venir. Hubo sus más y sus menos, ¿no? Sus pros y sus contras y al final decidimos que el marido siguiera pagando las seis pesetas, pero no a la mujer, sino a la Caja de Ahorros. Tres pesetas diarias para cada hijo. A eso le llamo justicia, ¿no? A todos les pareció muy bien. Otra cosa tuvimos que resolver, pero eso es más largo de contar.

Ocho estábamos sentados escuchándole en el cuchitril donde dormíamos cuatro; los más medio estirados, que en cuclillas daba la cabeza contra el piso de arriba; ya era de noche y no teníamos más cabo de luz que la voz de Manuel.

—Ya sabéis lo que son los pueblos, ¿no? Aunque el mío ya tiene pretensiones de capital, allí subido en ese cerro dominando todo el llano, con Universidad y todo. Los más ricos eran tres hermanos, dos listos y gordos y uno medianejo y tonto. El mayor se casó con una ricachona de Valls y se fueron a vivir a Barcelona, banquero y toda la pesca. Vino una vez a la fiesta mayor, pero como si lo hubieran borrado; ya no le conocía nadie: cuello duro, raya en medio, más tieso que una helada y guantes. No volvió. Los otros eran de otra pasta, de esa que no puede crecer fuera de la comarca. El segundón era el amo: el cura que os decía antes. Pero el amo de verdad, ¿eh? Mandaba en todo, en lo de fuera y en lo de dentro, en lo de las elecciones, en el ayuntamiento y en las casas: tenía las mujeres atadas con cadena. Un bufido que soltara y todo el mundo boca abajo. Un tío con toda la barba: ancho, colorado, lustroso como un domingo, manos de toro.

—Oye, tú, los toros no tienen manos; los cerdos todavía...

—Bueno, me entiendes, ¿sí o no? Un jabato. Ponía y quitaba el Alcalde y hasta la República no hubo elecciones —tampoco les importaba a los sindicatos anarquistas que eran los únicos que tenían fuerza allí, ¿no?—. Él hacía el acta. Que don Enrique por aquí y don Enrique por allá y todos a besarle la mano. Obraba como si el pueblo fuera suyo. Entraba y salía de las casas, sabía más que Lepe: que si éste, que si ésta, que si aquél; la tertulia de su casa era la más importante del pueblo. Nadie rechistaba cuando levantaba la voz —la tenía gruesa—; sentenciaba las cosas como eran a su parecer, no había vueltas. Hubo un maestrigo que intentó hacerle la contra: le duró ocho días. Más carga que hecho de encargo. Los ojos juntos, las cejas que parecían bosques y una nariz que para mí la quisiera. Todas las criadas de la casa salían preñadas. Las mandaba al campo, luego se colocaban de amas de cría en Barcelona. Además con vara alta en el Obispado. Don Enrique por aquí. Don Enrique por allá. Vivía con su madre y el hermano menor, el bobalicón. Éste se casó con la chica más guapa del pueblo; Nuria se llamaba, hija de un bodeguero rico, nada amigo de

fachendas, más llano que un tomate.

—Oye, tú, que los tomates no son llanos.

—¿Me entiendes o no me entiendes? Las palabras ¿para qué sirven?, para entenderse, ¿o no? Entonces, ¿a qué vienes con tiquismiquis? Amiga de todos y de las fiestas mayores. Iba con un grupo de cinco o seis chavalas de lo mejor del pueblo que no perdía una del contorno. A mí me gusta más que Dios el jolgorio de las fiestas mayores. Éramos amigos, yo creo que le hacía gracia. Tenía buenas nalgas; lo que se llama un buen trasero, rechoncho y que no le cabía a uno en la mano...

—Calla y sigue.

—Callo ¿o sigo?

—Ahora eres tú...

—Bueno, no había manera de pasar a más. Ella era decente y cuando se casó no hubo sino para su marido. Y creo que más se debió casar por lo del dinero que por otra cosa, ¿no? Pero las mujeres son así y no hay quien lo entienda. Ni que decir tiene que lo de los bailoteos acabó, ¿no? Ahora, que hablar, hablábamos. Mi madre era muy amiga de casa de su padre y la había visto nacer y cuando había que hacer algo extraordinario en la casa allí iba ella. Por eso éramos amigos. Bueno, amigos como lo pueden ser en los pueblos un chico pobre y una chica rica; pero, en fin, que me contaba las cosas. Total, que el cuñado no la dejaba ni a sol ni a sombra, se le puso la mujer entre ceja y ceja y ya sabéis lo que es eso: como un tizón en el pecho. Mandaba a todos fuera para quedarse solo con la cuñada en casa; y que te cojo por un pasillo y que te recojo al bajar la escalera, y te abrazo por detrás cuando estás en la cocina, y te toco la rodilla cuando estamos en la mesa.

—Anda al cuento y déjate de florituras, que no está el horno para bollos.

—Yo le decía: «¿Qué más te da?». Pero ella terne que terne, y que no, y que no. «Así estarás tranquila. ¡Tú no sabes quién es él!». Y ella que no. «Si todavía fuese un particular», decía. También habría que haber visto eso del particular. Pero con un cura no. Para eso tenía su marido, decía, aunque fuera un bragazas, digo yo. El marido en la higuera. Por entonces se murió la madre de un sponcio, supongo que del disgusto, porque el puñetero del cura se dio maña para que todos se enfadaran con la Nuria, y la primera la suegra. Por mucho que se haga, las suegras siempre son suegras, igual que las alcachofas son siempre alcachofas. No hay que darle vueltas, ¿no? Todo lo que la Nuria hacía lo hacía mal: compraba algo, resultaba caro; cuanto arreglaba, un despropósito; la sopa, salada; la ropa, mal planchada; las goteras, la muerte de una gallina, un vaso roto, un tantico de polvo en el respaldo de las sillas, el reloj parado, las llaves que no aparecen, todo se lo cargaban a la Nuria, y todo por obra y gracia del cura, que para eso, como quien no quiere la cosa, tenía una listeza de anguila. Y a cualquier contestación, como tonto, le sacaba punta y mala intención, todo para luego largarle un sermón y consolarla echando las culpas sobre las espaldas del tonto del marido y a la bilis de la abuela. Un tío. Ella, como de buena cepa, aguantaba. No me

quieren, decía; ya me querrán. Un día en que el rector la apretó más de la cuenta por el pasillo ella le arañó la cara y él tuvo que inventar una historia de clavo en la pared que justificara el esparadrapo. Hasta se volvía descuidado el cura; ni afeitarse y adelgazaba. Un crío hubiera resuelto la situación, pero el marido andaba todo el día por el campo y por la noche dormía.

—Eres tonta, le decía yo. ¿Qué más te da? Un cura no es cura, un cura es un hombre. Además, todo queda en casa.

Buena era ella. Y le restregaba la concuñada por las narices: seis hijos al hilo. Cuando todavía vivía la suegra, no le hablaba más que de faltas y partos, y el cura, socarrón, sotana remangada, le decía:

—¿Qué? ¿Y tú qué? ¿En qué piensas, hermano?

—A mí déjame en paz.

Cuando murió la madre las cosas fueron a peor, además, ¿no?, la gente se dio cuenta, pero todos cerraban el pico, y Señor Rector por aquí, Señor Rector por allá, y te beso la mano, y te rebeso el copón.

Parece que un día hubo una lucha feroz, de verdad, ¿eh? Ella con un cuchillo de a dos palmos en la mano. El bárbaro se asustó. Pero mira cómo serán estos tíos, ahora veréis lo que se le ocurrió. Eso era el año 34, como si el triunfo de las derechas se le hubiese subido a la cabeza, porque ¡hay que ver lo que se notó lo de las elecciones del 33 en el pueblo! Total: una mañana amanece nuestro don Enrique medio muerto; más, casi muerto del todo. El médico va y viene, y, lo más gordo: el Juzgado. Ahí es nada; acusaba a la Nuria de haberle envenenado. Ahí estaban los orines como prueba. Se armó un cisco del demonio. No contaban con la respondona, que vino del laboratorio: veneno sí había, como para matar a cincuenta personas. Vosotros ya conocéis esa broma que consiste en echar unos polvos en los orinales; cuando uno mea hace una espuma del diablo y el pobrecito que desagua se muere del susto, ¿no? Nosotros lo habíamos hecho muchas veces en la fonda. Llamaban al médico corriendo. No sé si por la costumbre, la cosa es que el médico, que era una persona decente, se olió el truco. El don Enrique en sus trece; entonces el médico le propuso tomar la décima parte del veneno encontrado en los orines.

—Como usted ya está inmunizado... Además, ¿no dice usted que en la prisa que se dio en desaguar está la razón de haberse salvado?

Como eran quienes eran y el dinero ayudando, se echó tierra al asunto y ni dios dijo pío. La mujer y su marido se fueron a vivir a casa de los padres de ella. Con lo sucedido se le fueron al cura las ganas de la cuñada. Pero, claro, a nosotros no se nos había olvidado la historia, y lo primero es la justicia, ¿no? La justicia de verdad. Cuando formamos el comité hicimos comparecer al cura y le pedimos que explicara el caso. El hombre se ratificó en lo del envenenamiento.

—Bueno, mire, le dijimos, no nos venga con cuentos, nosotros queremos la justicia. Si es verdad que su cuñada le envenenó nosotros la juzgaremos, pero si usted ha mentado ya sabe lo que

le espera. Uno del comité que era practicante le dijo:

—Mire: aquí tenemos el análisis de su orina.

Y era verdad.

—Aquí en este papel hay una cantidad equivalente de veneno. Ud. se lo toma y si se salva quedará probada su inocencia.

Trajeron un vaso de agua. Los polvos eran puro bicarbonato. ¡Ah!, siguió el practicante: «Aquí tiene un orinal, usted lo mea en seguida».

El tío se puso de todos los colores y empezó a hablar, pero el presidente no le dejó.

—O usted se toma los polvos o..., —y se echó la mano al cinturón.

Era en el ayuntamiento, estábamos sentados tras la mesa del alcalde; el tío, de paisano, estaba delante, y al lado, el alguacil con el orinal en la mano. Estaba aquello para una fotografía. Mi don Enrique se traga los polvos con mil sudores, se bebe el agua y empieza a eructar.

—Ande, le dice el practicante, mee, mee.

El tío se desbragueta y desagua y aquello empieza a espumajear. Los que no estaban enterados de la broma pusieron una cara de pasmados que era de ver y el cura se murió del susto.

—Justicia de Dios.

—En la Edad Media..., dijo el profesor R., que escuchaba.

Manuel hizo como que no oía y siguió:

—Trajimos a la Nuria y al marido, y los repusimos en la casa, dándoles lo que les correspondía. A eso llamo yo justicia. ¿No?

Habían encendido una vela y los ojillos claros de Manuel rebrillaban gozosos.

—¿Dónde estuviste tú durante la guerra? —le preguntó el Tintorero.

—Pues en abastos y luego en transportes.

—Ya, enchufe tras enchufe.

—Hombre, no. En todas partes hacen falta hombres.

—Sí, pero el frente ni olerlo.

—Cuando llamaron mi quinta fui.

—¿Cuándo?

—En diciembre del 38, cuando viste los fachas por los alrededores de tu tierra.

—¿Caíste prisionero, no?

—En Borjas Blancas; nos llevaron a Miranda, y luego a Pamplona y luego a trabajar cerca de Jaca.

—¿Era peor que esto?

—Otra cosa, ¿no?, y luego tanto «Cara al sol» y más «Cara al sol» y otra vez «Cara al sol», lloviera o hiciera bueno. Pero eran españoles y se dormía mejor. De comer, psé, poco más o menos como aquí. Cuando nos escapamos Roda y yo, creímos que no llegábamos nunca. Nos debimos de perder; durante tres días anduvimos por el monte. ¡Cómo se nos pusieron los pies!, porque al segundo día las alpargatas se deshicieron del todo. Hacía un tiempo de mil demonios y aquellos montes y aquellas barranqueras y la maleza y las piedras y el hambre. Menos mal que dimos con un leñador que nos dio pan y queso; estábamos a quinientos metros de la frontera, para nosotros ¡el paraíso! ¿No? Es curioso, pero en tantos días de dar vueltas no dimos con un carabinero ni con una mala pareja de la guardia civil. Pasamos la frontera de noche. Ya amanecía cuando vimos la primera casa francesa, una alquería. Roda iba delante, dio un grito.

—¡Manuel, Manuel, estamos salvados!

—¿Qué pasa?

—¡Hay gallinas y patos, como en España!

—Salvados, sí, salvados. De allí nos metieron en la cárcel, y de la cárcel aquí.

—¿Y de la Nuria y su marido has sabido algo?

—Hombre, ni que decir tiene: el mismo día en que entró Franco, los fusilaron.

—¿A eso llamas tú justicia, no? —pregunté.

—Ve tú a saber —me contestó, indefiniblemente, adargado en su desconfianza.

—¿Y tú, por qué estabas con nosotros?

Su sorpresa es verdadera.

—¿Con quién había de estar? Estaría bueno...

—¿Pero, por qué?

—Chico, no me lo he preguntado nunca.

Manuel da a su respuesta un tono cortante y desconocido, voz herida.

—Desde siempre —sigue—, he visto trabajar a mi madre.

—Y tú sin oficio.

—A ver si crees que trabajar sólo es trajinar, o si dormido no se da uno cuenta de las cosas...

Manuel, el de la Font, es el único que ha conseguido, a fuerza de hacerse el tonto, salir del campo y trabajar en una alquería cercana, donde una viuda le emplea.

—¿Qué haces allí?

—¿Yo? Nada. Un poco de todo.

A la tarde, de vuelta Manuel, va sacando de los innumerables bolsillos de un gabán que le viene como una tienda de campaña huevos, pan, pastas de sopa, y hasta ¡azúcar!, que reparte concienzudamente entre nosotros.

A la chichirinoche se desliza hasta el barracón de los ricos y les vende a como le parece parte de su botín. Como se lo reprocháramos:

—Bueno, bueno. Yo me entiendo y no me vengáis con garambainas, ¿no? Yo me entiendo y bailo solo.

*Djelfa, 1942*

# **EL LIMPIABOTAS DEL PADRE ETERNO**

# I

—¡Juan Domínguez! —Nadie se movió—. ¡Juan Domínguez! —repitió furioso el sargento. Luis Pozas empujó con el codo al *Málaga*: Eres tú. El *Málaga* no se acordaba del santo de su nombre, no digamos del apellido. Dio un paso al frente.

—*Tu est sourd?*

El *Málaga* sabía que no había que contestar. Lo aprendió al cabo de tres años. No estaba sordo, oía perfectamente. Pero si contestaba le cruzarían la cara, una, dos, tres veces: en cambio, callado, era posible que no sucediera nada; sólo el alud de insultos. No conocía al sargento, ni el lugar, pero la experiencia le había enseñado que eso no importaba. Sin duda, pronto iría a dar al calabozo sin saber por qué, ni cómo. Sin remedio. Porque las cosas eran así, siempre rodadas. Los demás, no, ¿cómo se las arreglaban?

El *Málaga* se alegra cuando le trasladan de un campo a otro. Es distinto de los demás. La mayoría protesta cuando se insinúa cualquier cambio. Con el mal se vuelven conservadores. Él, no; entre el viaje y los primeros días tiene la posibilidad de pasar algún tiempo con sus compañeros, libre en su cárcel; poder andar y ver: siempre le ha gustado, pero ni andaba ni veía gran cosa; mejor dicho, no alcanzaba a divisar lo que estaba lejos; miope de ojos y entendimiento.

Le llamaban *Málaga* pero era de Madrid. El apodo nació en el seno de la familia, por el gusto dulzón del vino que así se etiqueta. Toda la familia, de la Mancha, era buena catadora del tinto, cuanto más áspero mejor; pero aquel chiquilicuatro mal encarado había salido con gustos de mujer: —¿Tú qué quieres?— ¡*Málaga!*, —respondía. Tendría cuatro años; como hacía gracia lo repitió cien veces ante vecinos, visitas y familiares, y *Málaga* se le quedó.

Creció alto, flaco y narigón, con las ideas enrevesadas y sin ver las cosas claras; lo poco que aprendió en la escuela fue con dificultad. No asistió más que un par de años; a los ocho era limpiabotas y se le abrió el mundo, gustó del oficio aunque el *Gusano* le quitara las perras.

Al *Málaga* le gusta lo que brilla: el sol, las luces, el asfalto reluciente tras la lluvia, la luna, algunas piedras, los cuplés, los perros; de todo tenía, acurrucado a la puerta de los cafés, vagando por las aceras, entre Montera y Arenal. Comer no era problema, siempre caía algo; por no moverse de sus feudos dejó de ir a su casa, no del todo, que cada diez o doce días se daba una escapada hasta las Yeserías, donde vivían sus padres y una retahíla de hermanos. Se saludaban vagamente, el *Málaga* recogía una camiseta; con suerte, unos pantalones y se marchaba.

—¿Por dónde andas?

—Por la Puerta del Sol.

El *Málaga* había nacido el 7 de enero de 1922. Ahora en el fuerte Caffarelli cumplía veinte años, sin saberlo. Nunca había sabido gran cosa. Su vida, el mundo, no pasaba de dos dimensiones: carecía de profundidad. Así dicen que ven los caballos. Todo lo tenía a mano: lo demás no existía. No le faltaba interés por las perspectivas; lo que no sabía era guardar distancias. Su madre, en cambio, no pensaba en otra cosa: Se es o no se es. O: Hay que ser alguien. O: Respetos guardan respetos. Luego vino a muy a menos; pero no basta eso para explicar la diferencia de generación a generación.

El *Málaga* lo veía todo claro pero a la misma distancia, nunca comprendió la necesidad del *usted* existiendo el *tú*. Al fin y al cabo, el mundo tiene cinco metros de profundidad, más o menos la de un escenario en el que todos se codean. Ni siquiera se extrañaba de ciertas reacciones desagradables que a veces producía su presencia; le parecía natural. De nada se asombraba; así vivía feliz, babeando de gusto.

Su madre fue criada —*sirve a señor y sabrás lo que es dolor*— en buena casa de la calle de Velázquez; su padre —con los años— variaba de condición y apariencias; conoció a varios sin extrañarse. —Es tu padre— o —saluda a tu padre. Era otro. Respeta a tu padre. El *Málaga* lo aceptaba, como todo. Lejos, cualquier objeto era borroso pero cuando entraba en el círculo de su clara visión todo adquiría, por el hecho de ser, una alegre fisonomía. El frío era lo peor; pero ¡qué bueno era el luego!; y fuérase lo uno por lo otro.

No tenía recuerdo más que por sus gustos; con el frío, en invierno, mal contaba el mismo suceso a todas horas. Risas que borboteaban sin mayor claridad para el oyente, ya que las palabras se le agolpaban amontonándosele en tumulto sin seso, confundiendo para los demás lo que para él era hecho fehacientísimo. No debía tener —por entonces— más de ocho años. El invierno era «rudo», aquella noche faltábanle periódicos para cubrirse; tendido en una de las puertas del Ministerio de Hacienda con, eso sí, una botella de alcohol de quemar en la mano (¿de dónde la sacó?); aterido, no se le ocurrió sino empaparse el pantalón y pegarle fuego. Acudieron, apagaron la llamarada, le llevaron a la Casa de Socorro, luego al Hospital: el Paraíso. Días después, al hablarle don Cosme del cielo, cercana su primera comunión, el *Málaga* se lo representó fácilmente recordando las sábanas, el alto techo, la cama, las bandejas, las monjas, lo blanco.

Todo está cerca, a mano: nada tiene razón de ser; es, de pronto, así o de otra manera, sin motivo, porque sí. De repente, surgen monstruos o desaparecen, sin rastro. Los zapatos son otra cosa: no sorprenden, en la ciudad todos llevan, limpios o sucios; los mejores: los que empiezan a perder la aspereza natural del cuero nuevo; ni viejos, ni recién estrenados: al principio de su medio uso.

Los hombres se dividen en dos clases: los que emplean limpiabotas y los que no. Estos últimos suelen tener mal genio. En cuanto a la comida, suavemente obediente a cualquier costumbre, el *Málaga* se aficionó a una taberna.

—En las calles del Pez y del Barco —decía don Gumer, un vendedor de lotería de pro—,

vaya usted a saber por qué —¿qué tiene que ver la mar con los peces?— es donde despachan los mejores cocis. Por mí, allá cuidaos; pero allí los garbanzos, tal vez por el patronímico de las vías públicas, son como perlas. Por lo menos para un servidor. Por cero sesenta céntimos, una peseta o uno diez, el *desiderátum*, con su vaca y su tocino; si toca, según el *conquibus*, su gallina y su morcilla, sin que falte —como es natural— su chorizo y su col encopetada, eso porque con ella cubren la olla en que se le sirve a cada quien su cada cual.

Otras veces, si no le alcanzaba, el *Málaga* iba al *Azar de Fortuna* donde, por sesenta céntimos, metía un enorme cucharón en una formidable vasija y lo que sacara tenía por bueno, y lo era.

—Éste es feliz —decía su abuelo— no entiende ná de lo que pasa, ná de ná, para él lo mismo da que llueva, que truene o que haga sol.

Lo que aprendió con el tiempo fue a no tomar, a las buenas o a las malas, las cosas que le gustaban como no fuese pagándolas. Sus palizas le costó, pero acabó por meterse en el magín la existencia de la propiedad ajena, que de la propia no necesitó lecciones, apandando cuanto estuviera a su mano, que no era gran cosa por su cortedad en todo.

Por otra parte hacían con él cuanto les venía en gana, feliz de hacer favores:

—*Málaga*, cuida esto.

—*Málaga*, guárdame aquello.

—*Málaga*, ve y trae lo de más allá.

Nunca: por favor...

Tonto más no necio; cándido pero no torpe; simple, no imbécil. No vivía conforme a la razón sino a su gusto. Nadie le quería mal. Algún coscorrón a cuenta del mal humor o del vino; pero por lo general: Toma, o ¿quieres?

Con todo y eso, el *Málaga* tenía pocos amigos entre sus compañeros y competidores, teníanle éstos por lo que era y le llamaban, a sus espaldas, el *Lilaila*. Podían haberlo hecho cara a cara porque, para él no había malas noches, ni malos días.

Si no hambres, necesidades las pasó desde que tuvo uso de razón y le parecían naturales. ¿A quién no le sucedía lo mismo? Jamás supuso otra medida que la suya; su vocabulario escaso era suficiente para sus cortas necesidades; lleno de conocimiento de lo inmediato, sólo comparable a su ignorancia de lo que pudiera pasar más allá, preveía, —por ejemplo— las dificultades de la circulación oliendo la presencia, invisible para él, de automóviles, tranvías o autobuses. No observaba, percibía husmeando el viento que corría en el corazón de los demás.

Muy devoto, todas las mañanas oía su misa en San Ginés antes de subir hacia la Puerta del Sol. Gustaba del incienso, de la música sacra, de los cirios, de la placidez que le producía saberse

seguro en este mundo y en el otro.

—Dígame, don Cosme, ¿por qué llaman cepillos a la caja de los dineros de los Santos? Los cepillos van adentro...

O:

—¿Por qué todos los santos van descalzos, señor cura?

—Porque fueron pobres, Juanito.

—¿Y por qué fueron pobres si fueron santos?

Intentaba el buen señor —que lo era— poner un poco de orden habitual en el magín simple del *Málaga*, sin conseguir más que empujar ciertas suposiciones por insalvables barranqueras trazadas de antemano en su espíritu sencillo.

—Mire usted, señor cura, todo esto que usted dice está muy bien y es muy bonito, pero a mí que no me digan: no hay razón para que los santos vayan descalzos: no es justo.

El señor cura de San Ginés se sorprendía de aquellas salidas «muy puestas en razón», como decía en su tertulia, explicando las condiciones de su infeliz feligrés y aduciendo, con gracejo, que seguramente el *Málaga* pensaba que en el otro mundo sacaría brillo a las botas de toda la corte celestial y hasta es posible, decía para propio y ajeno regocijo, «que se figure a San Pedro, a San Pablo o a San Cucufate dándole buenas propinas», que nunca quiso aceptar de su confesor, que andaba con botas de elástico hechas un oro.

No llegaba a tanto la imaginación del *Málaga*, aunque siempre que se figuraba deambular entre nubes y ángeles se veía con su cajón, bien ordenados betunes, cepillos y trapos. No existía para él placer comparable a dejar como charol un cuero ordinario. No era de los que tiraban a acabar pronto, a veces empujados por la manifiesta impaciencia del cliente. No: mojaba concienzudamente con su escobilla, el becerro empapándolo con agua jabonosa, tras quitar el polvo a golpe de cepillo, a menos que hubiese que desembarrar juntas, a veces a punta de cuchillo. Aparecía la espuma cárdena o parda, según el tinte de los zapatos; venteábala enseguida con un trapo, daba dos pasadas con el cepillo seco y promovía el cambio de pie. Después de hecho lo mismo con el otro extendía, con cuidado, una primera capa de betún; secábala aireándola con un trapo bien ondeado por ambas manos antes de desempañarla con el cepillo; era ésta labor suave, sin apretar, únicamente para dejar bien repartida la grasa. Cambiase de nuevo el pie derecho por el izquierdo, antes de embadurnar, por segunda vez, la suave superficie del cuero con dos dedos extendidos, enrollados en una tela que envuelve a medias el resto de la mano. Vuélvese a cambiar de pie, no solamente por el ritmo funcional sino para descanso del diente; derecho o izquierdo o al revés, según pusiera primero uno u otro en la media suela de madera que remata el cajón, que en eso no hay preferencias, aunque sí es prueba de zurdos; quien lo es sube primero el zoco.

Dábanle entonces al uso del cepillo toda su velocidad, echándolo de una mano a otra con chasquido de postizas; yendo y viniendo a fondo, frotando con la presión necesaria para el más

brillante fin; le centelleaban las manos. Parece que, refulgente lo curtido, no se puede alcanzar aseo mayor, más aún entra en juego una bien enrollada tira de lana o algodón (que ambas materias primas tienen sus partidarios, sea para una clase de piel u otra) firmemente agarrada en sus extremos por ambas manos, su apretado deslíz —alegrado también por secos chasquidos— saca nuevos fulgores de donde parecían imposibles más. El viso, los reflejos llegan ahora a su colmo; chispean las botas, espejando de las bigoterías a los contrafuertes; las punteras deslumbrantes le parecían entonces al *Málaga* proas de acorazados dispuestos a surcar los más extraordinarios mares. Mas todavía no ha terminado el servicio: estira ahora los pantalones del cliente, despliega sus vueltas que doblara como primera providencia en precaución de posibles manchas y para tener el campo de operación despejado. Cepilla el paño, estira entre pulgar e índice la raya delantera del pernil. Todavía queda el remate de la obra:

—Por favor...

Pídese la pierna contraria para, de nuevo, ya bajado el pantalón, quitar un hipotético polvo que, en segundos, haya podido depositarse empañando, invisible todavía, la perfección de la obra bien hecha: son tres trapazos finales que se rematan con un ligero tocar la parte inferior de la puntera con la yema del dedo de en medio acompañado de un alegre y cortés: Está usted servido, o —más seco, más contundente, menos doméstico— un sencillo, humano: Servido, o todavía, un si no es malicioso: Listo.

Quedaba el *Málaga* tan satisfecho de la perfección de su trabajo que tanto le daba el pago y su colmo: también él resplandecía.

Las luces —tal vez más los cirios que las bombillas eléctricas— las estrellas, los fuegos artificiales le parecían ligados, en cierta manera, a su oficio. Cuando, en el sermón, oía hablar de la *luz de la verdad* no le cabía duda que algo tenía que ver con el brillo que lograba arrancar a algunos zapatos de oscura anca de potro; bien miradas las cosas, no se podía comparar con el reflejo del oro, ni con el que daba el tallado de los brillantes que tanto le llamaban la atención en los escaparates de las joyerías cercanas —además—, ¿qué dificultad hacer resplandecer lo claro y brillante de por sí?; lo suyo era vivo, pegado a la tierra.

El *Málaga* distinguía las diferentes clases de madrileños según sus zapatos. Los señoritos no eran la mejor parroquia —no siendo despreciables— sino los que andaban a lo que cayera, dando importancia a lo aparente. Dábase perfecta cuenta de quién se le paraba enfrente según el polvo, el lodo, la timidez o la arrogancia con que plantaban su primer pie en el escaloncillo de su caja con el sentimiento con que se alejaban, tras haber pagado sus servicios. El tanto y cuanto de las propinas no le sorprendía, avezado a calcularlas de antemano según el porte, sin que la elegancia o la marchosería entraran en cuenta. El brillo de los zapatos es sostén de muchas pretensiones. Y el *Málaga* se sentía responsable directo de cierta transformación, no sólo del aire, sino del carácter de sus clientes. Esa taumaturgia le gustaba.

La cara larga, las orejas grandes plantadas verticalmente en un cráneo cónico lleno de trasquilones, que uno de sus placeres era acercarse, de cuando en cuando, a la Ribera de Curtidores y que Manuel el *Blanco*, le pelara al rape. La máquina al cero le hacía cosquillas y se le caía la

baba de gusto. Manuel se reía al verle reír y era un espectáculo que siempre contó con dos o tres filas de espectadores; cosa de verse.

El *Málaga* y el *Blanco* se habían hecho amigos un domingo al socaire de una riña, al sacar en hombros de la plaza de Vista Alegre a un becerrista de las Cambronerías. Al *Málaga* le gustaban los toros por el oído: tema inagotable de su acera predilecta. Como el precio de las entradas estaba mucho más allá de sus posibilidades se conformaba con rondar alrededor de las plazas y colarse, si podía, al salir el sexto toro. Tradición que se respetaba más en Tetuán que en los otros cosos.

Manuel era otra cosa, le avergonzaba un poco que un grandullón como el *Málaga* le obedeciera en todo a la menor indicación; lo que, por otra parte, le llenaba de vanidad.

El *Málaga*, por su condición de limpiabotas y la fea costumbre de hurgarse las narices, miraba casi siempre al suelo; solía encontrar bastantes cosillas que, por insignificantes que fueran, justificaban la caminata hasta la barbería con tal de regalárselas a su amigo. En 1934, en sólo tres meses, le obsequió cuatro sujetadores de corbata que, por entonces, se gastaban grandes y, por lo visto, de fabricación defectuosa. Amén de botones, llaves, tuercas, clavos, una vez un reloj de pulsera, otra un dije.

Manuel, el *Blanco*, era huérfano. Primero se murió su madre, de la que no se podía acordar. Su padre, el señor José Caldereta, barbero a sus horas, se volvió a casar con Filiberta Enríquez, viuda de Silleros, que tenía un puesto de yerbas de olor cerca de la Plaza de la Cebada. Hacia el año treinta se murió don José a consecuencia de un lance de su verdadero oficio, que no divulgó por respeto. Filiberta continuó cultivando el negocio oficial de su difunto y se hizo peinadora. Al año de su segunda viudez se juntó en honradas nupcias con Juanito Peñalver, oficial primero y único de la peluquería. Manuel, heredero válido del establecimiento, acabó considerándolos como sus verdaderos padres.

Juanito Peñalver, secretario de su sindicato y de la confianza de Largo Caballero, llegó a concejal algunos años antes que su jefe político alcanzara la presidencia del Consejo de Ministros. Sin sentir, por lo menos para los muchachos, se vino la guerra.

Cuando el señor Presidente se fue con su gobierno a Valencia, Juanito Peñalver le acompañó como hombre de confianza —que era de buenos modales—, rápido en sus decisiones, de excelente puntería que se había afinado a lo largo de mil verbenas, cuyos tiros al blanco frecuentó con asiduidad durante más de veinte años. Juanito Peñalver era muy hablador y amigo de oírse, y si no fuese por una extensa mancha rojiza que le comía la mitad de la cara, quién sabe a dónde hubiese llegado. Llamábanle, por mor del emplasto caronchoso a lo carúncula, el *Pavo*. Juanito lo sabía y se mortificaba. Cuando disfrutó del *poder* viéronle eminencias médicas que nada pudieron contra esa excrecencia que fue, durante mucho tiempo, el asombro y la admiración del *Málaga*.

## II

Lo que quería el *Málaga* era cariño, nunca paladeó su gusto, ni estaba su casa para tafetanes ni carantoñas y Manuel no se dejaba acariciar; para el *Lilaila* no había sexo valedero: las mujeres gastaban faldas, los hombres pantalones, sin más razón que la que hace voladoras las moscas, olfateadores los canes. Porque los perros son otra cosa: les gusta que les pasen la mano a lo largo del espinazo y luego a redropelo, que les rasquen la panza, que les acaricien las orejas; ellos, en cambio, lamen cuanto alcanzan: las manos, los tobillos, la cara. Los ojos de los perros son el consuelo mayor, abierto a todas horas. Los camareros de la taberna le guardan sobras y huesos. Las pocas veces que le llevaron a la delegación fue por los gozques; las dos que siguió hasta la cárcel, por haber peleado con los «perreros», esa encarnación del infierno. A pesar de ello, el mundo estaba bien organizado: los hombres le daban de comer y él a los perros.

Todo le sonreía y él sonreía siempre. El mal, como no fuese la papanduja colorada del padrastro de su amigo, pocas veces da la cara y a nuestro mozuelo, en éste y en otros casos, le parecía bien.

Cuando, en noviembre del 36, se habló de ir a Valencia, Manuel, con sus doce años, voluntarioso y con rabietas, no quiso abandonar Madrid, feliz con la guerra que todo lo revolvía, aunque la promesa del mar en boca de su padrastro y de su madrastra no dejaba de ser atrayente:

—Me quedaré con el *Málaga*.

—¿Y que harás con ese infeliz?

—Irnos al frente...

Se lo dijo a su amigo, pero el limpiabotas no demostró el menor entusiasmo:

—A mí no me gusta pelear, ¿por qué le gustará a los demás? Pegar es malo, duele.

Los tiros le dejaban inmutable, no los obuses. Los primeros bombardeos en Madrid le sobrecogieron. Cuando cayó una bomba en la entrada de la calle de Alcalá y destruyó la sucursal de Telégrafos y Teléfonos, huyó.

Hacía días que la familia política del aprendiz de peluquero se lo había llevado a la por entonces sede del gobierno. El *Málaga* echó a andar hacia Levante, por Cuenca y Utiel; llegó a Valencia unas veces a pie y otras andando, que muy contados fueron los kilómetros que alcanzó a recorrer en carro o camión. El mar no le hizo más impresión que el Manzanares. En cambio, le gustaron los perros barraqueros, tan bravíos; se entretenía en ganárselos.

Al no tener idea de cómo ni a quién dirigirse no dio con Manuel ni en Valencia ni en

Barcelona a donde fue caminando, con su caja de betunero a cuestas.

Una mañana, en el parque de la Ciudadela, le mordió un perro rabioso al que quiso acariciar sin tener en cuenta que éste reculaba babeante ni los avisos que, a voz en grito, le daban personas lejanas y asustadas. Le llevaron al Instituto antirrábico, le inyectaron durante semanas; era muy doloroso, pero el *Málaga* comprendió perfectamente a lo que se exponía si no continuaba el tratamiento. Lo que no entendió nunca, y no porque no dejara de preguntar, fue por qué aquel perro estaba rabioso. Una enfermera le susurró: La voluntad de Dios...

Si —pensaba el *Málaga*— así será, pero no es justo. Ahí hay algo que cojea. ¿Por qué tenía rabia ese perro? ¿Por qué rabian los perros? ¿A quién le hacen mal? ¿Por qué me tenía que morder a mí? Yo sólo quería acariciarlo. Tengo que preguntarle todo esto a don Cosme. Más cuando decidió volver a Madrid, los fascistas habían cortado la carretera de Valencia.

Un buen día, en la plaza de Cataluña, se encontró con Manuel. Hacía dos años que no se habían visto. El *Málaga* estaba igual, Manuel, en los umbrales de los quince, era otro; todavía menudo de cuerpo pero, con la guerra, maduro por adentro: sus padrastros le habían abandonado. (¿Cómo explicarle al *Málaga* que donjuán Peñalver, nombrado primer secretario en legación centroeuropea, se había negado a volver a España por mor de ciertas cantidades recogidas por algunos sindicatos de aquel país y que nunca se habían convertido en ciertas armas ya apalabradas? ¿Para qué decirle que Filiberta se había «liado» con el catalán más antipático del orbe?).

Cuando los rebeldes se acercaron a Barcelona, Manuel le dijo al *Málaga* que se iba a Francia.

—Buenos, vámonos.

—Y tú, ¿por qué vas a venir?

—Yo no me voy, voy contigo.

—A ti no te harán nada.

—¿Qué me tenían que hacer?

—Entonces, ¿por qué te vienes a Francia?

—¿No quieres que vaya contigo?

Al día siguiente, después de darle muchas vueltas a esta conversación, el *Málaga* le preguntó a su amigo:

—¿Oye tú, nosotros por qué nos vamos?

—Ni muerto me quedo yo con los fachas...

El *Málaga* se mordió largamente el labio superior, asentó varias veces la cabeza, que era su manera de exteriorizar dudas y su asentimiento ante algo que quedaba fuera de las agarraderas de su espíritu.

Al salir de Figueras, apelotonados, ahogada en la carretera la corriente de los fugitivos, detenidos a cada momento por el número, fueron, otra vez, ametrallados por aviones rebeldes. Se habían corrido a un lado del camino, tumbándose en un campo fangoso. A cien metros se alzaban las tapias bajas de una heredad, y más allá un caserío dominado por la sólida estructura de una iglesia románica con su torre, mocha hacía siglos. Llovía un poco, el suelo estaba encharcado; cerca del *Málaga* una carretilla volcada, al pie de un olivo tan viejo o más que el campanario trunco. Un metro o metro y medio más lejos, el cadáver de Manuel que, ahora sí, justifica su apodo de el *Blanco*: se desangró de golpe, el vientre segado. Perniabierto, panza para abajo, vuelta — como rota— la cabeza al cielo, los ojos mirando, sonreía; el agüita de la llovizna acertaba, a veces, a entrarle en la boca.

El *Málaga* lo estuvo mirando con interés algún tiempo, después puso la carretilla en su posición normal y, con dificultad, porque era endeble, colocó en el cajón el cuerpo exangüe de su compañero. Cerca de la cuneta encontró una manta, en rollo, empapada; la cogió y extendió sobre los restos. Luego, tirando o empujando a más no poder las varas, tras haberse atascado la rueda dos veces, llegó a la carretera y se sumó a la cáfila.

Hasta los niños le pasaban; pero, despacio, con cuidado, seguía adelante, deshechos los brazos, más acostumbrados al brillo que a la carga.

—Te has muerto, Manuel, pero no te hagas ilusiones, han muerto muchos antes que tú y tendrás que esperar. No tiene mucha importancia, no te preocupes: te llevaré a Francia, aunque pesas más de lo que creía. Eres mi amigo; así estaremos todos contentos aunque, la verdad, no acabo de comprender por qué quieres llegar a Francia; en fin, ya veremos, a lo mejor es tan hermoso como un altar mayor. Ves tú, Nuestro Señor Dios hace bien las cosas, porque si no ¿a quién se le hubiese ocurrido dejar carretilla y manta tan cerca?

P'ort-Bou a la derecha, con su mar y su playita. La estación larga y blanca no se ve destrozada desde la carretera; ésta se mete tierra adentro, en una suave curva, ascendiendo hacia el puerto. Matojos tristes, tierra sin color, ingrata, por lo menos ahora bajo la llovizna lenta. Automóviles, camiones, tanques de gasolina, motocicletas, autobuses, hasta ambulancias, por todas partes, cenando el camino, en las laderas de la montaña, a lo largo de la carretera, tumbados en las cunetas, tirados en las hondonadas, revueltos, unos sobre otros, los chasis ruedas arriba, amasijo lastimoso e inútil.

—Dicen que ya llegamos, Manuel.

Una garita de carabineros franceses rodeada por una multitud en una explanada en la que no cabe la gente, que se desborda por todas partes.

Allá abajo, el mar francés, un puertecillo, una playa chica con barcas varadas; sostenidas por

múltiples arcos superpuestos numerosísimas vías de acero se hunden en el monte a los pies de la multitud, hiriendo la tierra.

—Estamos encima del túnel.

Más lejos, casas o fábricas y por cima de ellas más mar, también de color de acero. A la izquierda, los montes tajados por otras vías. Ahí resoplan dos máquinas viejas. Allí empiezan los Pirineos.

—Manuel, esto es igual a lo otro.

Se había apartado por el cerro, para pasar sin dificultades que, como siempre, presentía. Miraba la lejanía con desconfianza y extrañeza; en su lento magín asomó la sospecha de que, tal vez, del otro lado de la vida fuera ésta más o menos igual a la que se dejaba:

—Oye Manuel...

Pero no se atrevió a formular este esbozo de sentimiento, refugiándose enseguida en su buena fe y en su timidez. Dejó descansar los pies de la carretilla en el suelo.

—Oye, Manuel, dicen que esto ya es Francia. Aquí te quedas, pues, como querías. Yo no puedo más.

Se alejó unos pasos bajando hacia la casa, rodeada de gente por todas partes, en la que se leía DOUANES. Pero se detuvo y regresó hacia el cadáver. Pensó que, a lo mejor, lo que quería Manuel era descansar en tierra, no en aquella postura tan incómoda. No tenía ninguna posibilidad de abrir una fosa. Entonces volcó el cuerpo en el suelo, volteó la carretilla y, con el cajón al revés, cubrió como mejor pudo los restos ya hediondos.

Al aire quedó la rueda inmóvil; por entre sus rayos veía el *Málaga*, sentado ahora en tierra, como el agua caía mansa sobre la tierra francesa, los colores suaves heridos por las tejas y los ladrillos rojos. A su lado, por entre las varas de la carretilla volcada, asomaban los zapatones embarrados del muerto —costra blanca, dura, hueso—. Si pudiera —pensaba el *Málaga*— te limpiaría los zapatos para que entraras allá arriba tal como se debe...

### III

—¡Al túnel! ¡Al túnel!

El túnel, negra boca del infierno, allí a lo más abajo de la falda del monte. La estación de Cerbère, y, en las vías muertas, dos larguísimos trenes con pertrechos de guerra que estaban «a punto» de pasar la frontera. Los guardias móviles, los gendarmes:

—¡Al túnel! *Allez! Allez!*

Todavía no tienen otras órdenes. Por de pronto: ¡al túnel!, como sea, a empujones, a rastras. El *Málaga* no entiende: está en Francia, allí mismo donde quería llegar Manuel, Francia es Jauja, él lo ha oído: pan, salchichón, pan, sardinas, pan, mantequilla, pan, pan, pan. Y está entrando en la negra boca del túnel, tropezando en las traviesas, en las piedras, por las vías. Afuera llovizna, dentro también. Francia es un oscuro túnel donde lloran los niños, maldicen los hombres, gritan perdidas las mujeres. Una busca desesperada a su hijo mayor, a su niña: ¡Rocío, Rocío...! Y luego: ¡Antonio, Antonio...!

¿Quién duerme? Nadie. Y está obscuro; si ahora saliese la gran serpiente del vientre de la montaña y los tragase a todos, o llegara el tren de Port-Bou... El *Málaga* no puede con su alma, hace días que no puede con su alma. Pregunta:

—¿Hemos perdido la guerra, verdad?

A la semiluz que hasta ellos se filtra le miran con asombro, pero sin exclamaciones ni rencor. La mayoría no lo cree todavía. Aún andan, arrastrándose, al sordo compás de una oscura música que les asegura que la verdad no puede ser derrotada; allí, en la oscuridad del túnel, aún aguardan las voces de la esperanza, que se abra el día del bien...

A lo largo del Pirineo, del Perthus a Bourg Madame, por todos los puertos, entre el frío y la nieve, por todos los caminos, por trochas, laderas sin veredas, roto lo blanco por los árboles negros y las cortadas de tierra y piedra, bajan los vencidos de hoy, oscura grey enorme.

Los campesinos franceses se quejan a voz en grito de las depredaciones y no carecen de razón, a ellos ni les va ni les viene:

—¡Astillaron este árbol!

—¡Astillaron este otro!

¡Arrancaron dieciocho cepas!

¡Anarquistas! ¡Bandidos! ¡Ladrones!

Campos de españoles en todas las laderas. Aquí, en la carretera, seis gendarmes para diez mil hombres.

En el declive de la montaña, diez mil hombres que no tienen a dónde ir abren agujeros, buscan madrigueras, escarban cubiles, arman chabolas con ramas secas y sus mantas. Hace demasiado frío para buscarse los piojos. Soldados franceses con pan, en camiones; lo apilan al borde de la carretera, entre muñones de árboles desnudos del invierno; los gendarmes intentan impedir que bajen los españoles para hacerse con él, no lo consiguen, son demasiados, además se lo reparten equitativamente. Los seis gendarmes están convencidos de que mañana casi todos esos hombres, por no decir todos, regresarán a España. ¿Qué les pueden hacer? Para asesinos o para asesinados son demasiados. Además, ¿qué harían en Francia? Ninguno, o casi ninguno, habla francés, y no parece importarles; algunos cantan, otros bromean. ¿Qué esperan? Ya no tienen nada que hacer. Luis Ricotin, gendarme jefe, los mira encender fuegos, preocupado por la enfermedad de su hijo Roberto, así no sea más que varicela.

—Ésta no es vida —dice al subordinado que le acompaña, deambulando por la carretera—, los que no quieran volver, yo los fusilaría. Se es español o no. Si se es español: a vivir a España. Lo demás sería demasiado fácil. ¿Tengo razón o no?

El subalterno afirma con la cabeza. Piensa en su suegra, que ya ha llegado a su casa y que le va a amargar la vida hasta el domingo de Pascua.

De La Tour de Carol a Barcarés: en Bourg Madame, en Osseja, en Prats de Molló, en Arles sur Tech, en le Boulou, en Argelès, en Saint Cyprien, en Collioure, en Barcarés, ¿cuántos? ¿Cien, doscientos, trescientos mil?, sin contar los que ya están en la cárcel, los que han escapado, los que han llegado a París. Pasan del medio millón.

—Sólo en Mont Louis hay tres mil anarquistas...

¿Qué?

—A-nar-quis-tas... ¡Tres mil!

—No puedo creerlo. Si fuese cierto nada estaría seguro en el mundo. ¡Figúrese, *Madame* Saint Choix! ¡Tres mil anarquistas, quinientas *bandas* como la de Bonnot! Son invenciones de *monsieur* Choudans... En todo el mundo, ni buscándolos uno a uno, se encontrarían tres mil anarquistas y usted quiere que sólo en Mont Louis... Vamos, mi querido amigo, un poco de seriedad...

—Son capaces de asaltar todos los hoteles de Font Romeu.

—¿Usted los ha visto, *Madame* Gaulois? Son horrendos, da miedo verlos, sin afeitarse...

—¿Los españoles? ¿Ha visto usted *L'Illustration*? Unos mendigos, sucios, desarrapados,

cochinos. Además ya sabemos como son los españoles: perezosos, mal hablados. ¿Es que no tenemos bastante con nuestros pobres?

—En el Boulou hay más de cinco mil autos abandonados.

—¿Abandonados?

—Bueno, concentrados. Su cuñado Bernard ¿no es amigo del alcalde? Quien sabe si... por probar... no perderíamos nada.

Desde hace unos días la vida es otra. ¡Cuántos problemas! ¡Qué negocios! Un país que cae del cielo, sobre otro.

¡Una plaga, señor! ¡Una plaga! Esperábamos cincuenta mil, cuando mucho, y pasan del medio millón...

Los cafés están llenos, las calles están llenas, todo está lleno, a reventar. Grandes conciliábulos se celebran en los retretes:

—Toma esta pistola.

—¿Cuánto quieres por ella?

—Nada. La pasé, por costumbre.

—¿Te vas a París?

—¿Para qué?

—¿Qué hacemos?

Nadie sabe qué hacer. Nadie, menos el *Málaga*, feliz en la playa de Argelés. Aquello está lleno de gente y al *Málaga* le gusta la compañía, cuanta más mejor. Lo que no hay son perros, si se entrevé uno, enseguida desaparece. Lo malo, el tiempo, pero ya mejorará.

Tres kilómetros de playa que no eran nada: sólo ancha playa larga desierta, y, ahora se apelmazan ahí más de cincuenta mil personas, casi todos hombres, pero también mujeres y niños. Son los primeros días. Luego ya se organizará. ... Dicen que en Barcarés están peor.

Nunca ha estado expuesto a un viento tan largo, tan fuerte, tan tenaz, a un viento que le llega por todas partes e intenta tumbarlo de todas maneras. El *Málaga* ríe, le gusta, le divierte, le hace cosquillas. El viento lo quiere, el viento se le apegas, el viento le hace cariños. Ríe.

—¿Te gusta este cochino viento?

—Mucho.

Rodríguez se impacienta, Cuartero lo apacigua:

Todo es según el corazón con que se enfrenta uno a las cosas.

—Gracias, Campoamor, ni que te fuesen tan bien las cosas.

A Cuartero se le amarga la boca y siente el viento más frío.

Viento húmedo y salitroso sobre la pura arena, viento sobre los senegaleses a caballo, viento sobre los guardias móviles con sus fusiles terciados. Dicen que se van a construir barracones. Por ahora, con las mantas puestas sobre unos carrizos, está surgiendo un pueblo de trogloditas que se defiende como puede, con manos y cuanto haya a sus alcances, del viento, que se lo lleva todo por delante. El *Málaga* está feliz: hay gentes por todas partes.

—¿Por dónde entraste? ¿Por Port-Bou? Aquello estaba organizao, tenías que haber visto por La Junquera...

—¿Qué tenía La Junquera que no tuviera Port-Bou?, —contesta Madriles, herido, como si le fuese o viniese mucho que los incidentes de su paso de la frontera fuesen de más contar.

—Había más gente, éramos más.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo han contao. Quieras que no el mar daba miedo, por aquello de los desembarcos. Pero lo bueno fue cuando llegó una compañía con mil borregos.

—¡Cuéntaselo a otro!

—Pregúntalo a Marchalenes, que estaba conmigo. Venían por la montaña: mil borregos, blancos y negros, mezclaos. Y que los querían meter en Francia. Ahora, afigúrate: éramos algo así como veinte mil amontonaos que queríamos pasar y con una hambre de cien mil demonios... Nos echamos encima de la manada y en una hora, poco más o menos, no quedaron ni los rabos. Los desollamos vivos. ¡Cómo olía aquello a chamuscao! Los asamos en menos que canta un gallo... ¡Qué nos importaba encender hogueras, al lao de la frontera! Además, ¡qué bombardearan!... habíamos comido... ¡Y de qué manera!

—Estaría bueno —se relame Rodríguez—. A mí me pasó lo contrario, en Puigcerdá. Antes de pasar, pero lo que se dice un minuto antes, va uno de mi pueblo —Ramos le dicen— se asoma a un sobrado para ver de desaguar —con perdón— y descubre un almacén de latas. Un almacén de verdad: con cajones llenos. ¡Qué burrada! ¡Sabéis lo que hizo el muy animal? Tirar una bomba de mano... Los hay brutos.

Los ojos brillantes por el hambre y más por las barbas crecidas: sin agua para nada y la del mar es mala para afeitarse.

Soldados franceses, fusil al hombro; oscuros spahis a caballo, la espada desenvainada, paseando lentos tras los alambres de púas que están acabando de colocar. La playa está picada de viruela por los agujeros que todos cavan, luego alzan las mantas, como hongos. Nadie le hace caso al mar, alambrada rugiente, perro de presa, con espuma a lo largo de la dilatadísima boca. Presos.

Tres o cuatro kilómetros de la más heterogénea mezcolanza que pueda verse: ponchos, abrigos, gabanes, gabardinas, chamarras, chaquetas, trincheras, capuchones, mantas, capotes, zamarras, cobijas, capas, impermeables, tabardos, cobertores, hasta chilabas y albornoces, todos sucios, casi todos viejos o pareciéndolo; rematados por boinas de todas clases y edades —polvo sobre polvo— gorras militares, gorras de las más extrañas condiciones, papahígos, gorros de cuartel, pasamontañas, bicoquetes, sombreros, casquetes con y sin orejeras, pañuelos atados a lo aragonés o a lo valenciano, quepis, hasta birretes, capotas y cogoterías, calcetines y inedias ajustados en forma de barretina, otras arrolladas alrededor del cuello, papalinas. Algunos resisten el viento sin nada en la cabeza, son los menos.

—Si yo llego a tener municiones...

—Si no nos mandan echar para atrás...

—Chaqueteó la 25, que si no...

—La culpa la tiene aquel maricón de Casellas...

Se les acerca el *Málaga* con una concha rosada en la mano, la cara partida a la altura de la boca con la más abierta de sus sonrisas:

—¿Está bonita, no?

—¿Y tú como estás?, —le pregunta, verde, Rodríguez.

—¿Yo? Contento.

—¿Habla en serio?

—Déjalo. ¿No ves que está ido?

—¿Qué haces aquí? Aquí hay lugar para todos, menos para los idiotas.

—No seas sectario. ¿Sólo te interesas por los inteligentes o los listos?

—Todos los que se creen superiores me cargan.

—¿Quién es superior?

—Los que están contentos con lo que les ha tocado en suerte. Como el imbécil ese de la concha y su: ¿está bonita, no?

Pablo Rodríguez no deja a nadie en paz, todo le parece mal, aunque dicho sea en verdad, ahora tiene cierta justificación su mal humor.

—¿No te duele el estómago?, —le pregunta Albert, el practicante.

—Antes de la guerra, sí. Pero con dos años y medio de dieta sé me ha *pasao*.

—Sí, es lo mejor para las úlceras.

—¿No recomendabais leche para curarlas? Si no la he tragado buena, no ha sido la mala la que ha *faltao*, ni la que falta.

—En el cementerio todavía duele menos —remata Albert antes de marcharse hacia el borde de la playa a hacer lo que nadie es capaz de hacer por él. Le cargaba Rodríguez, no lo podía remediar, y, sin embargo, no había día que no pasara dos o tres horas discutiendo con él.

## IV

—¿Qué haces?

—Escribirle a Reinaldo.

—Por probar no se pierde nada.

—¿Para qué? ¿Crees que nos sacará? Tiene otras cosas en que pensar. No lo sueñes.

—El tiempo, imbécil.

—¿Con coma o sin ella?

Juanito Gil se vuelve y sigue escribiendo. Es escritor lino y cree —sin confesárselo— que, por eso, no debiera compartir la suerte de los que le rodean.

«Mojado, ¿tú sabes lo que es sentirse mojado? No lo sabes, ni tienes idea. Pero sí la tenemos cincuenta, sesenta, cien mil españoles, con agua del cielo en los hombros, a través del paño, bien impregnados. En secreto te diré que estas telas no se secarán jamás, ni acabará nunca este aire cicatero. Cavamos hoyos y aflora la humedad de la tierra —otra que tal—. Estamos pringados, perdona la vulgaridad: estamos pringados de agua y de lo demás. O, si lo quieres más elegante y elevado: transidos, estamos transidos. Auténticamente, y perdóname la expresión: nos cagamos en el Mediterráneo.

»Si quieres, te cuento: hay mujeres vagando entre nosotros, dejando aparte las que están con sus maridos o con sus hijos. Parece que esto se va a acabar pronto, que se las van a llevar a refugios especiales, con lo que reniegan como lo que son. Por de pronto acaban de llevarse a una. No tenía nada de particular como no fuese una maleta, que hedía, en ella llevaba a su hijo. ¿Quería quedarse con él? No lo sé, sólo he visto como unos gendarmes se la llevaban a rastras. Según cuentan —ve a saber, nos pasamos el día “contando”— anduvo dormida de campo en campo buscando al padre de la criatura, para echárselo en la cara. ¿Te representas la escena?, donde fuera: cerca del mar, en medio del campo, en plena carretera... Esa mujer, joven, que parecía conservar cierta hermosura a pesar del sueño que la mataba, esa mujer vaciando su maleta tirando la ropa en tierra, para esconder allí a su niño muerto —¿dónde?— en medio de la carretera, en el campo, de día, de noche...

»Con nosotros, en nuestro agradable agujero, —el “Papalace” vecino del “Ritz” de Cuartero y E. P.— duerme un pobre tonto a quien llaman el *Málaga*; no creo que sea apodo porque no tiene acento andaluz. No entiende nada de lo que sucede y siempre está contento, deseando servir en, de, por algo. —¡Cuánta gente!— dice satisfecho y asombrado. Nos trae botones, latas vacías, conchas.

—En el pecho tiene el paraíso— como dice Cuartero. Anoche le pegó la gran tunda un guardia móvil: el chico quiso salir del campo. Le preguntaron que a dónde iba, contestó que por ahí: —A ver... Lo que vio fueron las estrellas. Cuando, esta mañana, pregonaron que se apartaran los que querían volver a España, le pregunté que por qué no se iba:

»—¿Vosotros os vais?

»—Nosotros no, pero otros sí.

»—Pues si vosotros no vais, yo tampoco.

»—No comprendes...

»—¿Qué no comprendo?

»Rodríguez, que está con nosotros —no recuerdo si te lo escribí anteayer— y a quién le molesta físicamente el muchacho, le dijo:

»—¡Tú que sabes!

»El *Málaga* se ofendió y preguntó, un tanto airado:

»—¿Qué es lo que no sé?

»Enseguida le venció su buen natural y sonriendo repitió la pregunta. Cuartero puso el punto:

»—Tiene razón. Y si no, si sois tan guapos, contestadle: ¿qué es lo que no sabe?

»Cuartero se ha hecho amigo suyo porque notó que, por la noche, reza su Padrenuestro. ¿Ya te conté como Cuartero vino a parar aquí? Es grandioso: sabes que llevaba el Prado, en peso, a Ginebra, con Giner y todos los demás. A unos kilómetros de este lugar de veraneo se apartó unos metros de la carretera para evacuar una necesidad, es muy mirado; es decir: no quiere que le miren. Surgieron unos gendarmes en busca y captura de fugitivos y lo trincaron. No valieron sus alegatos, iba sin afeitar y había dejado sus *papeles* en el camión. A ver qué haces por él; creo que Bergamín, por su parte, ya está tramitando que le suelten. Tiene encima el problema de su mujer —¿te acuerdas de Pilar?— y de sus cuatro hijos.

»Si vienes por nosotros la semana próxima sentiré dejar tirado aquí al *Málaga*. Pero ¿qué hacer con él?».

8 de marzo (*del mismo al mismo*)

«Un senegalés le ha pegado una paliza de órdago al *Málaga*. Ignoro la razón de la vapuleada; no ha sabido explicármela.

»—¿Después de eso aún crees en Dios? —le he preguntado idiotamente, para no perder la

costumbre.

»—¿Qué tú no? —me ha contestado, con su mirada perruna, luego siguió, preocupado—: ¿Por qué hacen eso con nosotros?

»El plural me ha retorcido el estómago porque acaban de llamarme, fui al mando y me dijeron que podía disponer lo que quisiera.

»El *Málaga* ha creído comprender que encerraban a los que hablaban español y dejaban libres a los que saben francés. No hay quien se lo quite de la cabeza, para él es una razón clara, evidente. Ya no pregunta: ¿Por qué estás aquí? Si no: ¿Sabes francés?

»—Yo hablo francés y estoy aquí —le dice Burillo.

»—No.

»Burillo le ensarta tres o cuatro frases.

»—No es lo mismo. Lo inventas. A ellos no les vas a engañar. No se puede hablar dos lenguas a la vez.

»Y se va triste a recorrer la playa. Ya no es el mismo de hace tres o cuatro días. Las palizas le han dolido horrores.

»Debieras venir a ver esto —no creas que te esté *haciendo el artículo*—, es inaudito. Reina una confusión —la auténtica *pagaille*— de la que no puedes hacerte idea. Sólo los fotógrafos, y a éstos les faltará la profundidad. ¿Te das cuenta de lo que va a suceder en Argel y en Orán si perdemos el Centro? Si sólo de Cataluña somos medio millón, allí que cuenten con el cuádruplo, por lo menos. El sentir general es que Franco no aguanta ni seis meses en el poder, que dentro de un año ya estaremos todos de nuevo en España. ¿Tú qué crees?... Me quedaré unos días en Toulouse. Gracias por todo».

## V

La niña se llamaba Almudena, pero para todos era Rocío, por su abuela materna, sevillana que la tuvo con ella durante lo más de su infancia. Sólo su padre la llamaba por su nombre de pila, bautizada que fue en San Isidro. Don Alfonso Meneses y León, el progenitor, de lo más apegado a los ritos tradicionales de la Corte; parecía sacado —del bombín a la punta del borceguí— de un romance de Palomero o de un sainete de López Silva, así su oficio nada tuviese que ver con la romería de la Cara de Dios, las Vueltas de San Antonio o la verbena de San Lorenzo por citar festejos hoy casi olvidados, menos este último, en Lavapiés, de donde era originario el marchosísimo mecánico protésico-dental, muerto en la toma del cuartel de la Montaña, el 19 de julio. Su viuda clamó a los cielos e hizo venir, al día siguiente, a su madre que vivía en Manzanares, con Almudena. Los hijos del matrimonio deshecho por las balas de los sublevados eran catorce, ocho varones y seis hembras de los que quedaban en Madrid, por esas fechas, siete. Tres estaban en América, dos en Bilbao, uno en Gerona, otro en Sevilla. Los seis restantes, que se descomponían por mitad en sexos contrarios —más Almudena— vivían en la corte, tres con sus padres, los demás casados, la una con un colchonero de la calle de Zurita, otro con una lechera de Bravo Murillo y Antonio, que es el único que acompañaba ahora en el campo a su hermana, con la hija de un librero de viejo de los que tenían un puesto adosado al Botánico; difícil en todo, se llevó mal —sin esperar nada— con su cónyuge; casados el año 31, tan pronto como se aprobó la ley del divorcio, —que fue enseguida— se aprovecharon de la ganga.

Rocío vivió dos años en Madrid, tiempo más que suficiente para que se muriera su abuela de algo de adentro que se le reventó y la puso morada en un instante. Su madre no sabía lo que le pasaba desde la muerte de su marido y la niña correteó por donde le pareció bien las horas que le dio su santa gana. Se acostumbró a los obuses, a las colas, al poco comer, feliz con su ancha libertad que le permitía recoger mil cosas de los escombros; así se hizo muy cachivachera.

Cuando, el 38, su hermano Vicente consiguió que las evacuaran, a ella y a su madre, a Onda, le supo mal los primeros días aunque luego el campo, la mayor variedad y cantidad de comestibles le compensó en parte la pérdida de lo ciudadano. Tres meses después, Antonio las hizo trasladar a Amer, un pueblecillo catalán donde la comida era todavía más abundante. La rapaza era de buen tamaño para su edad, mofletudilla, de pelo negro y lacio, boca pequeña y bien dibujada, frente más bien estrecha, color cetrino y los ojillos más diminutos y graciosos que se podían dar. En recuerdo de sus primeros años ceceaba ligeramente, lo que añadía duende a los dicharachos madrileños que no dejaron de pegársele en sus correrías por las calles de la capital.

Con el bulo de un bombardeo, en la feroz aglomeración de Port-Bou, agarrada desesperadamente de la mano de su hermano —en la línea misma de la frontera— perdieron en el revuelo todo rastro de su madre. Quisieron las autoridades francesas separar a los dos hermanos, sin conseguirlo: tenían que encontrar a su progenitora. En el campo, Almudena acababa de cumplir doce años. Tan pronto como la descubrió, el *Málaga* se prendó de ella. Antonio, con sus

veintinueve años no muy bien empleados, tras rezongar un poco halló cómodo tener, en esas primitivas condiciones, alguien que les sirviera por amor y cuidara celosamente de la niña.

Para el *Málaga* la vida cambió del todo en todo. Si recordaba a Manuel era para compararle con la niña, y no había cotejo posible. Rocío mandaba con sólo sonreír y él gustaba obedecer; sus ojillos ataban al bobo taladrándole los adentros; la seguía como un perro, sin poder dar un paso que no fuese tras ella, a menos que adivinara su intención y se le adelantara. Recogieron centenares de conchitas que Rocío almacenaba «para hacer collares»; el mar la había llenado de admiración; más todo lo que traía: no sólo los caparazones de los moluscos sino las algas, las raíces, las maderas carcomidas. Al *Málaga*, las conchas le parecían ahora todavía más hermosas, las tocaba acariciándolas, encantado de descubrir la aspereza del caparazón de la valva rindiéndose a la suavidad nacarada del interior. Pasaba la yema del pulgar por los adentros como si fuese por un cielo recién descubierto. Escudriñaba buscando pechinas y caracolillos de día y de noche, cuando había un resquicio de luna:

—Brillan, ¡si vieras qué bonito!

—De noche, mi jermano no me eja salí del ahujero.

—A ver como te las compones, parecen lucecitas...

Soplaba desatado el viento, un viento sin madre, que lo anegaba todo, las olas llegaban a donde más podían, como en las marejadas de septiembre. Los hombres se apegaban a la tierra, menos Rocío y el *Málaga*, felices por la playa. El aire frenético apegotaba la ropa húmeda contra los muslos recién nacidos de la niña. Esa noche, de luna velada, Rocío se deslizó fuera del agujero. Su hermano se dio cuenta, en su duermevela, pero pensó en cualquier necesidad; sólo se sobresaltó a los gritos desesperados.

Selman Moussa, no se trataba con nadie. Alto, delgado, de piel muy oscura, orgulloso y corto de genio, echaba de menos a todas horas su choza, su mijo, su sol, su caza. Vio a Rocío agachada, recogiendo valvas y se le echó encima, como una fiera.

No eran hombres los que faltaban en los alrededores, muchos doblados hacia la tierra, otros ocupados en peores menesteres; el mar daba sus golpes repetidos en los ijares de la tierra y el viento furioso mezclaba su rabia con los truenos lejanos de las olas destrozándose en espumas; más pudieron los aullidos de la niña.

Nadie acudió al pronto: no era la primera vez y alguno había perdido la vida por intervenir en lo que no le importaba. A la luz lechosa de la luna nadie distinguía que se trataba de un estupro. Sintiólo en su carne Antonio y pensó mal del *Málaga*. Bastole recorrer cien metros para desengañarse, que llegaba la niña, en alarido, aullando su mal. El negro se recortaba sobre el claror de las espumas, abrochándose el pantalón del uniforme. Antonio fue hacia él, no le dio tiempo de recoger el mosquetón: le segó la garganta con su navaja barbera.

No era Antonio Meneses hombre fácil de conllevar; sus años catalanes habían hecho de él un

hombre que no se retrocedía ante nada si veía la menor posibilidad de salirse con la suya. Veinte metros más lejos, apareció el *Málaga* con algunas costillas rotas, de un culatazo que debió encajarle el senegalés al verle interponerse entre él y la niña.

El *Málaga* no pudo valerse del todo durante dos meses, ni hubo quien le cuidara; los médicos tenían bastante que hacer con quienes podían explicarles sus dolencias. El mal —pensaba el infeliz— viene de pronto y sin saberse por qué.

—¿A ti todo te parece bien, no?

—¿Qué me vas a dar?

Ya no se ofrecía a servir, quería dádivas por nada.

Almudena fue evacuada al día siguiente a un albergue para mujeres, nada tuvo que ver el traslado con el suceso de la noche: era normal y burocrático, su hermano ya no se opuso a ello. Antonio Meneses y cinco compañeros, se juramentaron para *hacer pagar* el atentado a los senegaleses. Cada noche, hasta que los trasladaron al campo de Gurs, degollaron a uno y lo enterraron en la playa. Sumaron cincuenta y ocho.

El *Málaga* vendía la ropa de los desaparecidos, en los *Encantes*, rastro que se organizaba cada tarde en varias de las callejuelas que ya formaban las chabolas. En puestos, baratillo, zoco, se malbarataba de todo, o se canjeaba; gran comercio del hambre: botas, camisas, calcetines, relojes, plumas estilográficas, chamarras, pantalones, mantas, maletas, sombreros, navajas, cadenas de reloj, sortijas, carteras, trapos. El *Málaga* desempeñaba con gran acierto su cometido y su honradez no entraba en duda. Alguna noche acompañaba a los asesinos. Acercábase cualquiera de ellos al centinela, pedíanle fuego; cuando el negro accedía, otro por detrás le degollaba. Ni un ¡ay!, hubo entre tantos muertos, a ninguno de los cinco les temblaba la mano. Y menos ahora que estaban bien comidos, que los uniformes se pagaban con ganas: más de una evasión fue factible gracias a ellos.

—¿Los matáis porque son negros?, —preguntaba el Málaga.

—¿Por qué no te vuelves a España? —le sugirió Antonio cuando dio ya por seguro el traslado a Gurs.

—¿Tú vas?

—Yo no.

—Entonces, yo tampoco.

Se pasaba casi todo el día tumbado en la arena, sin pensar en nada. Dio con su esqueleto maltrecho en Gurs; luego le trasladaron a Vernet d'Ariège. Allí empezó a perderse por completo. Luego lo llevaron al África, a las marchas del Sahara.

«*La principal cosa que pide Dios del hombre es amor* —como dice Fray Luis de Granada en el *Símbolo de la fe*, aquí a tu disposición, hijo del demonio»— como le escribía Juanito Gil a su amigo el escritor francés que le había prometido hacía seis meses sacarle del campo al día siguiente: «En la prefectura no me pueden negar nada...». También iba Gil en la conducción; esposado, formando pareja con Yubischek, un lituano bajito.

## VI

—Usted es malo —dijo el *Málaga* dirigiéndose al ayudante Gravela.

—*Qu'es qu'il dit, cet ahuri?*, —preguntó el aludido.

—Que está enfermo, tradujo Dombosky con premura para evitar males que en todos podían recaer. El polaco sabía con quien se las había, que no era información la que les faltaba acerca del que, de hecho, regentaba el campo de Djelfa; pero nadie le había dicho al *Málaga* de la condición del ayudante; la olió antes de conocer en su flaquísima carne la mala uva del militar. Era éste de cuarenta años pasados, estatura mediana, duros músculos de los que estaba orgulloso, pelo ralo, lacio, rubio, mal vestido con sucios zapatos, leguis, pantalón de montar, vieja camisa deshilachada nada limpia bajo una chamarra de piel, boina escasa metida a más no poder que le quedaba como solideo; una amplia capa roja completaba el atuendo seimimilitar, que ponía en realce la condición híbrida de los internados. La cara cuadrada, los ojos pequeñarros, azules, pálidos; sin soltar nunca la fusta de la mano, con cuyo extremo —fina trencilla de cuero que la acaba—, golpea ligeramente la palma contraria, a menos que la apunte contra la cara o el pecho de cualquier penado.

De Gravela se contaban muchas barbaridades, corrían chismes de todos colores acerca de los cuernos con los que —a lo que decían— le adornaba su mujer con gran frecuencia y amplitud de criterio, digna de mejor causa. Tal vez fuesen cuentos; no lo era el amable comportamiento de la señora con los concentrados, de los que empleaba diariamente como mínimo cinco: un cocinero, un asistente, un jardinero y dos albañiles.

Formó Gravela a los recién llegados en el patio central del fuerte y se paseó entre ellos con estudiada lentitud, mirándoles con fijeza. Todos esperaban el discursillo de rigor, pero Gravela no era afecto a tales exteriorizaciones de su autoridad. Fue mirando a todos, uno por uno, de arriba a abajo, tocándoles la cintura, un hombro con el extremo de su fusta; a veces, se acariciaba la barbilla, sucia de mal afeitada, pensativo, sonriente antes de pasar a examinar otro, con el mismo detenimiento, con idéntica morbosidad enervante. Caía la noche al acabar.

—Métanse ahí —ordenó.

Una antigua cuadra, desafectada hacía mucho, bien barrida, absolutamente desnuda, helada.

—Mañana será otro día —dijo cerrando la puerta cuando hubo entrado el último.

Los presos llevan cuarenta horas sin comer; estallaron las protestas, pronto sofocadas por los más prudentes. Por el patio pasó un internado —al día siguiente sabrán que es un chivato— se acercó a la ventana enrejada y lanzó, por lo bajo:

—Os van a pegar.

No era cierto, pero el cuidado y la intranquilidad ¿quién los quita?

Con el alba los llevan hacia el campo. Cruzan un extremo del pueblo, árabes montados en borricos, una reata de camellos. Ascenden por la suave vertiente de un alcor, pasan un riachuelo pestilente; allí está el campo: cuatro hileras de tiendas de campaña, unos barracones de madera, todo en un cuadrilátero cercado con doble alambrada que, a lo sumo, tiene doscientos metros de largo por cien de ancho. En las barracas no se vive, se trabaja. En los *marabús* duermen mil.

Ya los forman otra vez y otra vez —frente a todos— les pasan lista. Con Gravela, Ortiz, el jefe español del campo, hombre de confianza del comandante, anarquista venido muy a menos, que no pega con fusta como su jefe, sino con cadena de hierro y sólo de noche. Jaime Ortiz es un hombre guapo, amigo de otorgar favores a los de su grupo. Ha pedido regresar a España; hace ocho meses que espera la contestación; mientras, acumula méritos.

—Ya estamos al aire libre —dice Gallardo.

—Tú y tus chistes —responde Barbena— te los puedes...

—¿Hay aquí algún médico que no sea de las Brigadas?, —pregunta Gravela.

Con asombro de todos se adelanta Fermín Ruiz, de Caparroso, un pueblo navarro, al sur de Tafalla. Su padre tenía allí una fábrica de aguardiente y lo tenía en un puño, cuando le soltaba era para arrearle una tanda de bofetadas que le dejaba lelo. Estudió medicina en Valencia, donde un tío suyo, canónigo, don Esteban Ruiz, también de armas tomar, le vigiló celosísimamente, como la más intransigente y severa de las madres; la de Fermín vivía pero no opinaba: la sacaron del convento de las escolapias para casarla, sin pedirle su parecer ni advertirle lo que era el «mundo»; no lo supo nunca más que en su carne dolorida. Tampoco Fermín se enteró de gran cosa. Acabó la carrera a trompicones en julio del 36, días antes de la sublevación de los militares. Su tío desapareció en los primeros días de agosto sin que Fermín se preocupara para nada de averiguar su paradero. Se quedó en el hospital, luego fue afectado a una división del frente de Aragón con la que pasó la frontera francesa en uno de los primeros días de febrero de 1939. Lo internaron en Saint Cyprien, le trasladaron luego al Vernet. La medicina no le gustaba y no descubrió su profesión prefiriendo, con mucho, ser un prisionero más. Podía haber escrito a su padre, hacer que lo reclamara, pero sólo de pensar en Caparroso le entraban bascas. Fermín no tenía más que un deseo ferviente y viejo: no hacer nada. Y no hizo nada, o lo menos posible; su único interés, en el campo, era huir de los servicios, lo que le llevó al calabozo con bastante frecuencia. Se enconchó en la insensibilidad. Su indiferencia, su soledad y el hambre le llevaron, por sus pasos contados, a robar. Hurtaba cuanto le venía a mano, con tal de comer un poco más sin otro trabajo que alargar convenientemente la zarpa y desaparecer. Se convirtió en despojo a medida que su uniforme fue cayendo en harapos. Lo mismo le daba una cosa que otra. Así vino a compañía de los réprobos, ele los apestados; se secó de raíz, puro pellejo. Lo perdió todo, nadie le hacía caso, como no fuese para hacerle ascos. Merodeaba cuando no estaba en el calabozo; se hizo amigo del *Málaga*, de Casanada, de Dorca, del *Pinta*; los caídos. Decíanle marica, pero no era cierto. Estaba en lo más bajo y no parecía

importarle. Ahora había dado un paso al frente y contestaba a Gravela al preguntar éste:

—¿Hay aquí algún médico que no sea de las Brigadas? (Quería decir: ¿Hay entre vosotros algún médico que no sea comunista? Porque Ortiz aseguraba que éstos favorecían descaradamente a sus compañeros).

—Yo.

—¿Qué eres?

El ayudante Gravela: cara comida de viruelas hondas, los dientes helgados, negros, la boina calada cubriendo la frente estrecha, los ojillos azules. Plantado en jarras, la camisa deshilachada, la gran capa de spahi abierta al viento, fusta en el puño apuntando el pecho raído de Fermín Ruiz, la voz borracha, soez: reenganchado de la Legión y, ahora, cómitre del campo.

—¿Qué eres?

—Español.

—¿Por qué estás aquí?

Fermín Ruiz no contesta.

—¿No me has oído?

—Sí.

—Sí, mi ayudante.

—Sí, mi ayudante.

—¿Por qué estás aquí?

—Usted debe saberlo. Yo, no.

Llamean los ojillos del carcelero, aprieta el mango de la fusta en su puño, pero se contiene: necesita un médico que no sea de las Brigadas Internacionales.

—¿No eres de las Brigadas?

—No.

—No, mi ayudante.

—No, mi ayudante.

—Tomarás a tu cargo la enfermería.

Fermín se cuadra e inclina la cabeza.

—Y cuidado con lo que haces, que sobran calabozos en Caffarelli.

Hacia media hora que los hombres de los distintos grupos estaban cuadrados esperando la orden de romper filas. Al acabar de pasar lista, Gravela los había dejado en posición de firmes, esperando revisar a los nuevos.

—Esperad —había dicho. El viento helado los transía.

—Rompan.

Conocían a muchos de los recién llegados, también a Ruiz.

Inmediatamente, designaron una comisión para que hablara con el comandante. Pudo hacerlo dos horas después, cuando visitó la ladrillera.

—¿Con que es un médico que no es de las Brigadas? Muy bien.

—Mi comandante: no lo tome usted como lo que no es, pero Ruiz es un degenerado, un ladrón, una piltrafa...

—Es exactamente lo que necesitáis...

Camino de la «enfermería» Fermín Ruiz habla con Ortiz:

—Lo más importante son los piojos. Si me dan los medios necesarios en quince o veinte días se puede acabar con ellos.

—¿Qué necesitas?

—Leña.

Jaime Ortiz le miró con sorna: No pides nada. Hasta ahora nos hemos contentado con unas calderas de azufre. Ahí están, afuera. ¿No bastan?

No, de ninguna manera; hay que hervir la ropa y dar duchas calientes.

—Si vas a pedir igual o más que los otros, me parece que no nos entenderemos.

Llegaban al barracón.

—¿Mantas?

—No hay.

Alrededor, los altozanos cubiertos de nieve, las tres estufas de la barraca, apagadas y vacías.

Los enfermos, acurrucados, sin atreverse al menor movimiento.

El practicante se llama Manuel Albert, de Tarragona; va y viene al hospital del pueblo, custodiado por un moro. Acompaña enfermos, va a casa del médico oficial, le cuenta lo que sucede en el campo, le lleva a firmar los partes. Si hay que evacuar un enfermo el doctor se fía de lo que le aseguran. ¿Para qué subir hasta el campo? Lo poco que se puede hacer —y más— lo realizan los médicos internados, con los que se trata lo menos posible, por vergüenza. Bastante tiene con reconcomer su furia: ¿quién lo mandó ahí, en las estribaciones del Atlas sahariano?

Albert no es tonto y planea su evasión. A nadie le dice de su plan, recuerda lo que han costado otras; a los huidos, si los pescan, y a los que se supone cómplices: no quiere que el cementerio se agrande por su culpa. La designación de Ruiz le favorece, hubiese sido difícil no decirle nada a Koeffler, al que acaban de destituir para que el navarro ocupe su puesto.

Desde que Ruiz ha endosado una responsabilidad frente a sus mil compañeros cambió del todo en todo; la mayoría no cree a sus ojos y espera la caída, pero él cumple y aguanta, asombrado de sí mismo.

El *Málaga* ha ganado espacio: se pasa el día adosado a la «enfermería», los guardias moros le dejan en paz porque es amigo del médico y porque respetan los misterios del enajenamiento.

Con Gravela no tiene problemas porque tan pronto como lo adivina o lo ve, se esconde. Nominalmente está inscrito en el equipo de los alpargateros, pero éstos prefieren que no aparezca por allí, por la miseria que arrastra.

Un viernes en la noche, Manuel Albert despidió al moro que le había acompañado al hospital, diciéndole que se quedaba allí. El árabe volvió al cuerpo de guardia, dio cuenta al sargento, a quien no llamó la atención el sólito suceso. Manuel salió del hospital por la buenas, sin ser notado, fue al *quartier réservé*, estrecho callejón de sucesivas puertas de oscuros cuartos, enjalbegados adobes sin más luz que su entrada, sin otro mueble que una triste cama, alumbrada —si tanto se puede decir— con un trozo de bujía. Salió de allí a las cinco de la mañana, fue a la estación —hubiese sido muy mala suerte encontrar a alguien que le conociera—, sacó un billete para Argel en el único tren; veinte horas de recorrido. Había conseguido sustraer del fuerte una hoja con membrete y se había fabricado en la máquina de escribir del despacho del campo, al que entraba sin dificultad, un permiso especial del comandante; ni siquiera se molestó en imitar la firma, ¿quién la conocía? El salvoconducto le permitía llegar hasta Orán donde tenía, ahora, a su familia.

Se descubrió la fuga en la tarde del sábado, no la mañana del lunes, como Manuel había supuesto. Cuando el comandante del campo consiguió hablar con Blida ya en el tren había pasado y no pudo sino avisar a Argel y Orán. Caboche mandó llamar a Ruiz.

—Usted estaba enterado de la fuga de Albert.

—No, mi comandante.

¡Usted estaba enterado!

—No, mi comandante.

—A mí no me dice usted que no, basura.

De un revés le cruzó la cara.

—¡Usted falsificó el salvoconducto! ¡Usted es responsable!... ¡Albert estaba a sus órdenes!

Ruiz no contestó.

—¿Confiesa? ¿No? ¿No se atreve a replicar?

Ruiz sabía la inutilidad del alegato. Ahora, con las bofetadas, de lo que tiene ganas es de que todo aquello acabe pronto, ¡volver a la inmundicia, volver al calabozo, volver al hurto, volver a no querer nada, volver a abandonarse, volver a ser desecho! Caboche le pega, de cara, de revés.

—¡Al calabozo!

Lo sacaron a los ocho días, ya detenido Manuel, en Orán: había creído que Djelfa estaba en otro mundo y fue, por las buenas, a su casa; a la casa en la que vivían su mujer y sus tres hijos. Cuando Ruiz volvió al campo lo adscribieron al equipo de la cantera. El suceso que, naturalmente, había sido la comidilla de todos había dado al médico una renovada fama. Anarquistas y comunistas, españoles e internacionales le procuraron toda clase de satisfacciones. Ruiz se dejó querer.

Al mes, con la primavera, que en Djelfa entra de golpe y muere, llegó el tifus, el bueno, el exantemático. La primera víctima fue la mujer del comandante. Servajean, el médico oficial, el del hospital, viejo y agrio, no tenía la confianza de Caboche, y recurrió a Fermín. (¿Prestigio de lo extranjero, de la integridad moral de quién aguantaba campo tras campo frente a quien servía quisiera o no —peor si no— a los enemigos de su patria?). Ruiz hizo cuanto estuvo en su mano: recetó, cuidó, veló durante ocho días y ocho noches: lo tenían encerrado en una habitación vecina a la alcoba de la enferma. La salvó. Dióse por hecho que Ruiz volvería al campo como jefe de la enfermería. No hubo tal; en prueba de agradecimiento, el comandante le pasó del equipo de la cantera al de las alpargatas; allí encontró de nuevo al *Málaga*.

# VII

## ***DEL DIARIO DE CELESTINO GRAJALES***

*(Pasajes en los que se encuentran referencias más o menos directas al Málaga)*

Gutiérrez hace una torcida, Cañas nos presta su vaso: nace una mariposa: tenemos luz. Llegó al pueblo una remesa de aceite —¿de qué?— la transportaron en dos bidones de petróleo y se impregnó a más no poder del gusto del antiguo contenido; no hubo «quien lo quisiera», Gravela y Ortiz lo compraron y se ha revendido en el campo. No sólo para freír sirve el aceite sino para dar luz. Faura lee. Bajo las tiendas de campaña tenemos, al cabo de meses y meses, el dulce fulgor de una llama. ¡Corporeización de la esperanza! Da más sombras que luz, pero son nuestras, nuestras las sombras melodramáticas —un brazo parece un ciprés— impresas en el cono grisáceo de la tienda. Sentados a su alrededor miramos la llama.

—Los más viejos somos más viejos —dictamina Faura— porque tenemos más recuerdos.

—Entonces no cuentan para nada los años...

—Tú lo has dicho, chaval: yo me he vuelto viejo estos últimos tres años, antes había vivido cincuenta que para mí no contaban...

—Cuenta lo que tiene que contar —dije con esa pedantería de la que nunca me he podido librar.

—A veces —dice Regás— los recuerdos parece que no son nada, los lleva uno dentro y no los nota, pero en cuanto empiezan a salir pesan como una armadura.

Gravela, que ha permitido las luces por lo que le conviene, ha encontrado un nuevo motivo de asentar su autoridad; ¡a las ocho que no haya una luz!, nuevo toque de queda, nuevas rondas de guardias moros, nuevo incentivo a quebrantar las órdenes.

Nos quedamos horas sin hablar, mirando la llama, una candelilla de nada y nuestras sombras quedas: algo vivo que sale de nosotros y que no es para el comandante; nos divierte, nos interesan, las queremos.

Cada uno de nosotros se ve, se vuelve a ver, en la noche, a la claridad de esta ascua. Para el uno, fogata; para otro, pira; para Sánchez, falla; para Rigoberto, tea; para mí, fuego viejo de la chimenea: allí, en Oviedo, con la tía Carmen y el tío Ramón. Sólo el *Málaga* la ve quizá como es: un vaso, una torcida, una llamita. Se divierte haciendo moverse unas sombras grotescas en la lona tensa del *marabú*.

—Estate quieto, mala sombra —le dice, agrio, Aranda, que no lo puede tragar.

El *Málaga* se retrotrae, rezonga, se acurruca, se duerme.

Duermo junto a Gregorio Aranda, estuquista madrileño; el paisanaje nos acerca. Solemos hablar de nuestros asuetos, nos vamos por el Manzanares a la Bombilla, a la Casa de Campo, a la Puerta de Hierro, a la cuesta de las Perdices.

Ya nadie habla de sus hazañas guerreras, caídas en el olvido que cavan el hambre y el frío, debieron cruzarse, de vuelta, con los recuerdos de nuestra adolescencia. Además, esa guerra que ahora se libra, prisioneros que somos sin haber caído en manos del enemigo, esa guerra nos tiene mudos acerca de nosotros mismos, sin la menor duda de que han de ganar los que consideramos los «nuestros», con la seguridad de que al día siguiente del triunfo regresaremos victoriosos a España... Nosotros y los de las Brigadas, que la tienen en la sangre.

—Tú, pega —le dice Marcet a Ortiz, en el campo especial— pero mañana, te escondas donde te escondas, te brearemos...

Gregorio Aranda se acuerda a todas horas de su novia, de los paseos que daban a la caída de las tardes o ya de noche por las calles de Madrid; ella vivía por Jesús y María, él al final de Fuencarral; recordamos las cervezas de la plaza del Ángel, los callos de Eleuterio, los bancos del Retiro: los árboles, las alamedas, el estanque. Yo le hablo de la Puerta del Sol, de los cafés, de las mujeres que rondaban por allí, de la proclamación de la República —tenía yo entonces nueve años—, de los bares, del metro, de los tranvías: Tomaba yo el 2...

Decidimos juntar las mantas para defendernos del frío. A nuestro lado se apelotona el *Asturias*, que fue minero; cayó prisionero de los fachas en Gijón, escapó y llegó, a pie, siguiendo las vías del tren, a Pamplona. Allí —para variar— lo metieron en la cárcel; volvió a escapar, a los seis meses, emperrado en llegar a Francia. Se le hizo, como lo atestigua su presencia.

El *Asturias* habla poco, pero bien; ayer por la mañana, al salir del *marabú*, miró la tierra que nos rodea, pelada, sucia, infinita y determinó tajante:

—Estamos en el culo del mundo.

Otras veces se me planta enfrente y suelta: Mírame, a los treinta y cuatro años y viejo. Y también es verdad.

A su lado duerme Franco, roma mole gallega muy catalanizada. Le pesa el apellido, porque nunca faltan graciosos para echárselo en cara y menos entre los cómitres. Debió rumiarlo mucho tiempo, porque es hombre lento, pero la última vez que Gravela le hizo el chiste —al pasar lista— le contestó: ¿No cree que es peor ser francés que franco?

Le costó quince días de calabozo y una tos de la que no se repone, pero está satisfecho: —¿Estuvo bien, no?—. Fue tornero en una gran factoría de Badalona. De Galicia no se acuerda, de Cataluña sí, y mucho.

Gaspar Faura hace rancho aparte, es un hombre de más de cincuenta años, callado, con barba. Vive en Francia desde que tuvo uso de razón, habla español con acento. Tal vez por eso habla poco. Sus hijos son franceses, él es viudo, que en su caso, también es una nacionalidad. Es un hombre triste y que da tristeza. Se ve que piensa mucho y siempre lo mismo; vivía en Arles donde tiene una carpintería.

En nuestro *marabú* duermen otros dos «antiguos residentes», Benjamín Rubio, que es de Huercal-Overa, metalúrgico, que trabaja en Levallois y Guillermo Regás, catalán avecindado hace treinta años en Marsella. Se entienden muy bien; su tema principal: la comida, no hablan, no piensan en otra cosa, ambos pasan de los cincuenta y reciben paquetes de víveres que les envían sus familias; éstas se han relacionado, hacen buenas migas y hasta es posible que un hijo de Regás se case con una hija de Rubio.

A su lado, Calderón, malcarado, malhumorado, malhablado, maloliente, viejo zapatero de Novelda se apretuja, bien a pesar suyo, contra Bori, chófer de taxi y, según asegura muy ufano, «el hombre más importante de *Acció Catalana* después de Nicolau». (Nicolau d'Olwer, un helenista distinguido con pujos de político que llegó a director del Banco de España). Todo lo puede el frío: Díaz, un comerciante de Bilbao, duerme contra Roca un exboxeador catalán y el *Murciano*, pícaro sin picardía. Doce por tienda de campaña (aquí lo llaman *marabú*). La humedad tensa la lona. Hace tres meses que dormimos vestidos, es decir, con cuanta ropa tenemos. A pesar de nuestros esfuerzos se desliza el viento y, a veces, según el resquicio, la nieve. Pero, pegados los unos a los otros, bajo las mantas, no tenemos frío. Lo malo es salir de ahí. Y no hay que pensarlo dos veces: Antes de que salga el sol toca el pito el sargento moro llamándonos para pasar lista. Hay que levantarse, abrir la falda de la tienda, más recia, más dura que si fuese de aluminio y aguardar firmes, en el paso central del campo, la llegada de Gravela. Según sus hígados llegará a pie o a caballo, repartiendo latigazos o no. A veces pasa de largo y nos deja formados el tiempo que le parece bien, mientras un sol invisible lanza por encima del cerro frontero sus primeros rayos cuajados de frío. La llanura está blanca del helor.

Luego se forman las cuadrillas, salen los que tienen que salir; los que fabrican serones o alpargatas vuelven a las tiendas; los carpinteros, los herreros van a sus barracas y los más a hilar tomizas. El sol toma fuerzas rápidamente y convierte la blancuzca llanura helada en amarillento desierto arenoso picado de hierbajos malos.

—El sol sale siempre por el mismo sitio —dice el *Málaga*—. Pero en el verano Nuestro Señor lo tira más alto, más Fuerte. A Nuestro Señor le gusta el verano. Tira el sol, como una bola y por la noche siempre cae en el mismo agujero...

Como es sábado, suenan gritos en medio del campo, algunos se asoman pero enseguida se vuelven: no vale la pena; siempre lo mismo. Es Godman que grita y llora. Desde que llegó — conmigo — no falla ninguna semana. Gravela se le planta delante:

¡Coge la pala!

—¡Comprenda usted, mi ayudante!

¡Coge la pala!

Godman se arrastra todo lo que puede, suplicando:

—Tenga compasión, mi ayudante...

Ese rebajarse, ese servilismo, esa humillación le resta simpatías.

—¡Coge la pala y déjate de historias!

—Comprenda usted, mi ayudante, usted tiene una religión...

¡Yo no comprendo nada sino que eres un perro que se niega a trabajar! ¡Guardias!

Acuden dos a grandes zancadas, pero sin mayores prisas, pardas chilabas sucias.

—¡Qué coja la pala y que trabaje!

Uno de los moros dice al viejo judío:

—Coge, coge. Es mejor...

Godman tiembla, pero no se mueve; intenta explicarse:

—Hoy es sábado...

—Y mañana domingo —interrumpe Gravela.

—Hoy es sábado y mi religión me prohíbe...

—¿Qué esperáis?, —grita el comité a los moros—. ¡Qué coja la pala y que trabaje!

Los moros, a regañadientes, bajan los fusiles con las bayonetas caladas; acercan las brillantes puntas a lo que fuera trasero del viejo judío. Éste se inclina y coge la pala.

—¡Trabaja!

Los ojos llenos de lágrimas, el desdichado recoge unas paletadas de tango, las vierte en una carretilla.

—¡Ajá!, —remata Gravela—. Y a la noche, al calabozo para que aprendas que el que manda aquí soy yo.

Le suele tener en las mazmorras de Caffarelli hasta el viernes siguiente, en espera de la escena del sábado.

—Así hasta que se muera.

Pero no se muere, ni siquiera se enferma. Lo aguanta todo. Sueña volver a regentar su peletería del Bulevar de las Capuchinas.

—¿Cuántos sermones? ¿Cuántos adobes? ¿Cuántas pieles curtidas? ¿Cuántos pares de alpargatas?

Para recompensarnos abren hoy la «tienda», la *cantina*, dicen otros. Van a vender una remesa de dátiles podridos, parecida a la que vendieron —dicen— hace unos seis meses, antes de que llegáramos nosotros. Dátiles podridos que no sirven ya ni para alimentar a los camellos. Se forma la cola, la mercancía se acaba en un abrir y cerrar de ojos. No por la carne agusanada del bruto sino por los huesos que, bien tostados, darán café. Pero, para tostarlos y calentar el agua necesaria se va a necesitar hacer fuego y, ahí sí: con la Iglesia topamos. Dos combustibles a mano: madera y esparto y, según hemos aprendido —la letra con sangre entra—, ambos son del Estado. El problema, cuando se presenta una ocasión como ésta no estriba en los sabuesos moros, sino en la guardia, a menos que corra la voz de que «es buena». Pero hoy, de los tres sargentos que relevan hay uno francés peor que la peste, los otros dos, moros, suelen hacer la vista gorda.

Vuelven los trabajadores con la caída sangrienta del sol, precursora de la noche fría. Los cachean a la entrada. Los que trabajamos en el interior nos acercamos anhelantes:

—¿Qué noticias?

—¿Qué ha dicho la radio?

—¡Wawell empezó la ofensiva!

La alegría nos inunda: no habrá problema con el calé. Según las noticias del curso de la guerra mejora o empeora el rancho. Si los ingleses se acercan, más sémola en la sopa; si Rommel los rechaza, más agua. Ahora con la nueva ofensiva británica el sargento francés, pese a su mala leche, se callará. Noche ilusionada, visitas de tienda a tienda, discusiones sin fin, con botes de calé de hueso de dátil caliente en la mano... Si Wawell llegará por allá atrás, por las lomas de levante... La hojalata ardiendo entre los dedos nos parece la libertad, prisionera en nuestras manos, nos huele a tierra de España...

—¿Quién de vosotros entró la leña?

Gravela, plantado en medio del *marabú* 17, perniabierto, habla sin levantar la voz, diríase que con un acento humano. Los de la 17 trabajan todos en la ladrillera, menos Arsenio San Juan que se queda para asear la tienda y cuida luego la limpieza del campo. Todos saben que es un chivato, pero en esta ocasión están seguros de que no ha abierto la boca. No. Lo que sucede es que el ayudante no sabe quién ha entrado los palos que, hechos astilla, sirvieron para tostar anoche los huesos de los dátiles. A pesar de las noticias de la ofensiva británica quiere averiguarlo. Repite la pregunta, nadie contesta.

—Os creéis muy listos... pero faltan dos palos de la parte trasera de la tenería. Dos troncos largos. Si no aparecen dentro de media hora tendréis noticias mías, os lo aseguro.

Sale, sin grandes demostraciones de enfado, golpeando ligeramente sus polainas con la fusta. Al igual que alguna otra mañana anda desbraguetado, posiblemente por la prisa que se da al levantarse en el último momento. Nadie se atreve a decírselo, cuando se dé cuenta se pondrá furioso, se abrochará frente a nosotros en son de desafío. Un día el *Málaga* le señaló riendo la portañuela; lo tuvo ocho días en el calabozo.

Detuvo, en la puerta del campo, a los del *marabú* 17, con un sencillo movimiento de fusta:

—¿Quiénes entraron los palos?

Se decidió Emilio Moreno: Nosotros no entramos madera al campo, mi ayudante.

—Es posible. Pero como necesito saber quiénes fueron los ladrones que lo hicieron, ahora mismo se me plantan ahí todos los de tu *marabú* y no se me mueve nadie hasta que aparezcan los culpables.

Gravela señala la parte más alta del campo, unos veinte metros que quedan al descubierto, donde el viento no sopla más porque no puede.

Todos son veteranos y ninguno protesta. Resignados van a colocarse en el lugar del castigo; saben a qué atenerse.

Gravela llama a Ortiz y le participa su decisión, el renegado se cuadra.

—Házselo saber a todos. Y que no se les acerque nadie porque al que coja hablando con ellos lo planto al lado.

El que más aguantó fue Ángel Blanco, seis horas al viento y en la nieve. Los demás cayeron más o menos a las dos horas. Cada uno un montón de nada que la nieve cubría rápidamente: Juan Galeana, Gumersindo Fernández, Rigoberto Pallás, Gregorio García, Ramiro Valle, Emilio Moreno, Jorge González, León Somolinos, uno cada dos metros.

Se lo dicen a Gravela, telefonea a Caboche:

—Cuando estén como leños qué enciendan fuego con ellos...

Pero ya los habíamos recogido y cuidado como mejor podíamos.

—A ver qué pasa —le dice Ruiz a Ortiz.

No pasó nada.

## VIII

Con la primavera le entraron al *Málaga* ganas de marcharse; con la fuga de Albert y la salida de la «enfermería» de Ruiz no había tardado en ingresar en el campo especial; estaba éste en una esquina del campo, cerrado a su vez por otras alambradas, treinta metros por otros tantos, y, perdida en medio, una tienda de campaña; la más sucia, la más vieja, rota y abierta al frío que haber pudiera. En esa jaula vagaban de diez a quince hombres, según el humor de Gravela o el de Ortiz, que ésta era la arena de sus hazañas.

Nos está prohibido tener la menor relación con los del campo especial. A la hora del paseo los infelices se apretujan en la alambrada que los separa de nosotros, tienden voz y mano lastimeras pidiendo lo que no les podemos dar. Con el *Málaga*: el *Madriles*, Dorca, una ruina temblequeante de sesenta y cinco años, que se pasa el día haciendo números (dicen que fue profesor de matemáticas), lo tienen allí porque goza con la manía de sacar, enseñar y sopesar sus partes frente al comandante tan pronto como lo divisa. Julián Castillo es otra cosa, también anda por los sesenta, pero tan delgado que hasta a los esqueletos empavorece. De Santander, socialista viejo, con fe como dos puños; se lo han comido los piojos, medio ciego además, lo que le impide huir de ellos. Allá en la Montaña le han fusilado a la mujer, no sabe nada de sus cuatro hijos. A veces se escapa y vaga por el campo; si lo apercibe el comandante, se desgañita:

—¿Por qué lo dejan suelto? No lo quiero ni ver, es un asco.

El viejo rezonga: Llegará la nuestra.

La de los demás, no la suya. Le caía el moco, le caía la baba, le caía la mandíbula, le temblaban las manos. Koeffler consiguió que lo evacuaran a Argel, al mes lo devolvieron diciendo que no había nada que hacer. Cuando Koeffler lo supo rió —es un checo rubicundo y alegre—: No hay nada que hacer —repitió—, que nos dejaran libres veinticuatro horas y verían...

En el campo especial por toda comida dan medio cazo de sopa expurgada de nabos y zanahorias. Las legumbres son para los «trabajadores». El *Málaga* se come sus excrementos:

—No hagas eso —le dice Ruiz.

A lo lejos himplan chacales. Los moros, bayoneta calada, sentados, las piernas en equis, fuera de las alambradas, canturrean hondo. Ninguno de nuestros guardianes indígenas dura mucho, los echan por los favores que suelen hacernos: ganan dieciséis francos por custodiarnos día y noche; el pan cuesta cuatro francos el kilo y casi todos tienen mucha familia a costas. Se venden sin dificultad. En cuclillas, bajo la luz de la luna o de las estrellas todos esperamos. Lo único comparable a nuestros harapos son los de nuestros guardianes.

Este mes de mayo de 1942 se presenta bueno para el comandante; según los cálculos más conservadores ganará cien mil francos sólo con la manufactura del esparto. La tenería empieza a producir lo suyo. ¡Qué gran tipo es este Ortiz!, —dice Caboche— que logró descubrir a Marcet a quien se le ocurrió —y supo— fabricar clavos con las púas de las alambradas —lo único de lo que había cantidad en las bodegas del fuerte—. Durante semanas el problema insoluble fueron los clavos: ni en Argel, ni en Orán, ni en Blida; ni unas cochinas puntas de París. Pero Marcet tuvo aquella idea... Claro que nos desollamos las manos desenrollando las púas, pero por eso permitió que se vendiera en la *cantina* aquella remesa de dátiles podridos que debía haberse devuelto a la Intendencia. Y los domingos nos da cincuenta gramos de carne de camello por cabeza. Hay que contar además los veinte francos que gana por hombre y día alquilándonos como albañiles, carpinteros, peones, canteros, carboneros o pintores. Por término medio salen del campo unos cuatrocientos hombres diarios. Como por estos contornos todavía existe la esclavitud, no sorprende...

Por la noche, ayudado por Ortiz y Gravela el comandante hace sus cuentas. Sonríe, se estira, dice al español.

—Está bien por hoy. ¿No tienes ganas de divertirme un rato? Vete a dar una vuelta...

Ortiz se cuadra, se atreve a preguntar:

—Mi comandante, ¿no hay noticias de mi repatriación?

—No.

Ortiz sale, se va a emborrachar; luego vuelve al campo, sin pie y, en el campo especial, cadena de hierro al puño intenta aplacar su rabia, sin conseguirlo. Entonces es posible que le sobrevenga el ataque y que Paco Luelmo y Bonifacio Romo lo tengan que llevar en peso, a su cama, el único catre del campo, detrás del mostrador de lo que se llama la «tienda», negocio que les deja el comandante, a medias, a Gravela y a él. Sospecha que Caboche detiene su correspondencia con tal de conservarle a su servicio. Es cierto. Pero no es un cuidado especial, lo hace con todos; lo sabemos por uno de los dos policías civiles, que es persona decente y de fiar. Porque ¿dónde reponer una mano de obra comparable?

Ruiz, el *Málaga* y Marcet han decidido fugarse. Consiguieron, sin dificultad, apuntarse en un equipo nuevo, dedicado a arreglar, en el centro del pueblo, un campo deportivo que se inaugurará el 14 de julio. Los árabes y los judíos de la aldea nos ven con simpatía, por poco que pueden se nos acercan y tendiéndonos un pan suelen decir: Ya sabemos, ya sabemos, ¡qué miseria!

Luego, lo difícil es pasar el pan, para los compañeros que no salen, para los enfermos, que entrar víveres al campo está prohibido (¿qué hubiera sido de la «tienda»?). Ortiz lo huele, ayudado por sus pelotilleros que suelen estar a cargo de las cuadrillas por el placer de denunciar el contrabando, del que les toca la mitad al descubrirse.

De sus días de médico, Ruiz había conservado amistad con el farmacéutico del pueblo. El

sedicente parque deportivo —se trataba en todo y por todo de enarenar la plaza y colocar unos postes— quedaba a cincuenta pasos de la botica. Durante la media hora de descanso, a mediodía, Fermín como quien no quiere la cosa, teniendo buen cuidado de que los guardianes árabes no se fijaran en él, se deslizó hasta la farmacia.

A punto estuvo de fracasar el intento, por culpa de un perro, que el *Málaga* no les había perdido afición a pesar de su malaventura de Barcelona. No los permitían en el campo, ni ellos se acercaban, no por razones ideológicas sino al oler lo parco del sustento. Vio el *Málaga* vagar por la plaza a uno más galgo que podenco, con algo de ambos y fuésele el corazón tras el canela y el morro rosado y negro, a manchas, parecido a otro can por el que tuvo especial predilección. Vio el moro alejarse al prisionero sin darle importancia conociendo la condición del simple; lo que pudo ser inconveniente vino a favorecer los designios de los tres compañeros: su desaparición no fue notada sino hasta la hora del regreso por el mismo guardia que había relacionado el alejamiento del *Málaga* con su gusto por los canes.

—¿Por qué te quieres llevar al *Málaga*?

—Porque trae suerte —contestaba Ruiz a Marcet.

—¿A quién?

—O se viene con nosotros, o me quedo.

¡Un médico que cree en amuletos! ¿Leías el porvenir en las líneas de la mano de tus pacientes?

—Tal vez no hubiese estado de más.

(Ruiz era un tipo raro, sentíase salir de un viejo caparazón y se aferraba a mil prefiguraciones supersticiosas. Con Cañas consultaba los astros y con Guevara los naipes. Estaba interiormente convencido del absurdo, pero no por eso le restaba valor: el mismo que le daban con su falsedad las artes sortiarias u horoscópicas; con lo que estás, se decía, cobraban auténtico precio).

Marcet se había llevado una gabardina, todavía de buen ver, que guardaba como oro en paño, se la puso al socaire de un árbol y salió andando muy orondo. Dos internados que le vieron se callaron cuidadosamente la boca.

A las cinco de la tarde ya todos sabían de la fuga. El comandante no se preocupó mucho: como con los anteriores el único camino viable es el que ofrecía cualesquiera de los autobuses que bajaban hacia la costa; no irían lejos. La estación del ferrocarril estaba —a su parecer— demasiado vigilada... Ignoraba Caboche el aprecio del boticario por Fermín Ruiz, su profundo nacionalismo, su odio hacia Pétain. Él mismo llevó los fugados a bordo de su carro, hasta el interior de la estación, con el pretexto de recoger unas bombonas. Entre dos luces, aprovechando la soledad y que el farmacéutico le daba conversación al subjefe, salieron los tres internados deslizándose entre las vías. No había más que un tren formado, se escondieron en el único de los vagones que estaba entreabierto: posiblemente, tal como estaban enterados, volvía vacío al norte.

De noche cerrada alguien corrió la puerta y, a poco, echaron a andar, primero para adelante, luego para atrás. Después se detuvieron. Los tres se habían dormido, Marcet y Ruiz destrozados los nervios, el *Málaga* tan tranquilo, feliz, pensando en la cara que pondría Gravela.

Los encontraron a la mañana siguiente, en la misma estación de Djelfa. El vagón había sido desenganchado del tren a última hora, a petición del comandante, para aprovecharlo cargándolo con fardos de alpargatas, vendidas en Constantina. Posiblemente algún par había sido hecho por Ruiz o por Marcet. Estuvieron un mes en el calabozo, en manos de Gravela, luego pasaron al campo especial. Allí seguían al irse el verano y venirse el invierno que, en estas alturas, no hay otoño que valga.

## IX

—Hay una nevada como una vaca —dice el *Asturias*.

No se ven los altozanos, confundidos con el cielo; chapoteamos en el fango helado. La mayoría de los internados no tienen zapatos, gastan las alpargatas que pueden sustraer; se deshacen enseguida en el barro. El *Málaga* las mira y, por ellas, se acuerda del tiempo pasado, de la Puerta del Sol.

—En el campo especial hay un fiambre...

Van por él los camilleros. Es un lituano de veinte o veintidós años. Salió de su patria el año 39, para ir a pelear por, con las democracias; luego de cien avatares consiguió desembarcar en el Havre. Lo detuvieron al día siguiente, al no tener sus papeles en regla. Razón por lo que le condenaron a seis meses de cárcel. Al cumplirlos, de la puerta misma de la prisión le llevaron a un campo del sur de Francia y, de allí, a Djelfa. Un lituano... ¿qué se le había perdido *en esa galera*? Hacía mucho tiempo que le había caído el alma a los pies; arrastrado por ella, rodó por la pendiente de todas las infamaciones. Ya no se podía mover de frío y de hambre, las piernas con escaras, las articulaciones hinchadas. Traíanle la sopa sus compañeros, tendía su lata mingitoria:

—¡Quita allá, asqueroso!

—¿Qué más da?

Los que le servían, alzándose de hombros, olvidados, vertían el «caldo» en el triste recipiente. Ahora lo llevaban hacia la *enfermería*, mientras Koeffler echaba maldiciones.

Yo estaba allí, en lo que se llama la «enfermería», como ayudante, reemplazando a Albert; era un barracón de madera largo y estrecho con una ventana tapada con papel aceitado que dejaba filtrar una luz escasa y amarillenta. Habíamos hecho catres con la madera de unos cajones que nos vendieron en las tiendas del pueblo.

En medio de la tarbea, una estufa para la que teníamos tres cargas de madera al día: total hora y media de «calefacción central», la llamábamos así porque estaba el triste artefacto —con su larga trompa de elefante— en el justo centro del tinglado.

A la entrada, a la derecha, debajo de la ventana una mesa coja, un cuaderno, un tintero, un palillero. Ése era mi sitio. Colgado de la pared, el botiquín: una jeringa, un trozo de caucho, un bote con aspirinas —contadas—, un frasco de tintura de yodo, un rollo de papel higiénico, dos vendas, una ancha y una estrecha, media botella de agua oxigenada. Nada más. Con todo, los que allí teníamos estaban mejor que en los *marabús*. Los íbamos turnando. De ahí líos feroces,

enemistades, odios; nueve camas de las que había que dejar tres para los internacionales, tres para los socialistas y comunistas y tres para los anarquistas y los republicanos. A menos que hubiese uno particularmente enfermo, es decir, a punto de morir.

—Vamos a hacer la lista —me dijo Koefler cuando me designaron para el puesto— la tendrás al corriente. Pero ten cuidado de no repetir las causas, aunque yo lo diga. El comandante no quiere que los enfermos estén aquí por lo mismo. Que haya variedad, me dijo. No nos cuesta nada darle gusto.

La verdad es que esa enfermería particular era un lujo que habíamos conseguido después de una lucha de seis meses. El campo tenía derecho a veinticuatro camas en el hospital de Djelfa. Hubiéramos necesitado doscientas.

—Si viene una inspección no quiero que se enteren. Y si se enteran que parezca un pabellón de reposo.

Como ayudante del médico de la enfermería tenía entrada en el campo especial, así conocí al *Málaga*. Antes no había reparado en él, más ahora con la delgadez extrema del hambre la cara se le había alargado tanto que siempre parecía estar de perfil; el cuello de pollo desplumado, los hombros hundidos, el pecho dando relieve a las tristes costillas —esqueleto de barca, «lo que más me gusta del pollo es la barca»— como me confesó el *Madriles* mirándole, antes de diñarla. El ombligo salido y, desde allí harapos cayendo sobre residuos de alpargatas. El *Málaga*, el *Madriles*, Dorca, Casanada, Vázquez, todos ellos despojo.

—Ahora todos los hombres son malos —me decía el exlimpiabotas.

—No todos.

—Todos. Los han cambiado. Es como si a Dios le hubiese mordido un perro rabioso. En Madrid, no.

—¿Qué quieres decir? ¿Los de Madrid son mejores?

—Sí.

—Yo soy madrileño.

Se le alegran las pajarillas. Todos hieden.

—No te lavas nunca, Casanada.

—Ha habido veces de lavarme —me contesta el tal con voz temblequeante, la mirada perdida, con una sonrisa a flor de cara que no dice absolutamente nada, que ni siquiera es máscara. Enrique Casanada era médico, le tocó una china el cerebro y desde entonces no rige.

El *Madriles* está perdido. ¿Por qué no se muere? Ya todo le da lo mismo, peca a tientes, lo

usan —los otros cinco que no nombro—. Bebe su orín: está caliente. El *Madriles* se da cuenta de su abandono. Se alza de hombros. Una vez anduvo fuera tres días, lo trajo un moro. Todos quisieran que se muriera, pero no se muere; enseña los dientes, que se le han hecho largos.

He venido a visitar a Pedro Guillén a quien Ortiz ha metido en el campo especial porque supone, equivocadamente, que es el cabecilla de un movimiento que tiende a perderle en el aprecio del comandante y sustituirle en la jefatura interna del campo. Don Pedro Guillén fue gobernador de Teruel, lo aguanta todo sonriente y a fuerza de discusiones políticas interminables con los comunistas, con los que siempre se ha llevado muy bien. A pesar de todo es un señorito y, a veces, le sacan de quicio:

—Tanta reunión y tanta discusión —que es lo que a mí me gusta— va a hacer que sea muy fácil convertir España al comunismo: llevar el café al hogar, o al revés, que lo mismo da...

Pedro Guillén, anticlerical por definición, se lleva muy bien con el padre blanco, que ha estado treinta años predicando en el Ubanga-Chari y que visita ahora el campo los domingos por la mañana. Guillén me reproduce la conversación del fraile con el *Málaga*:

—Los curas van vestidos de negro. Usted engaña. Sí, yo iba a misa y sé ayudar a decirla...

—¿Es posible?

—Sí. Pero todo ha cambiado. Quemaron las iglesias y los santos se fueron, pero no por eso sino porque ya se cansaron de andar descalzos.

—¿Y a dónde se fueron?, —pregunta el padre blanco.

—A América, que es a donde todos quieren ir.

—Dios está en todas partes —arguyó el viejo barbón.

—Aquí, no.

—Aquí también, hijo.

—No.

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

El eclesiástico lo dejó. El *Málaga* fue tras él:

—Usted ¿no me va a pegar?

—¿Te pegan?

—Todos los hombres pegan y hacen daño. ¿No me da un cigarro?

—Sí.

—¿Una cajetilla? ¿Media? Es para cambiarla.

—¿Por pan?

—No. Alberto me lo quita todo.

—¿Quién es Alberto?

—Aquél.

—¿Por qué le quitas el pan a éste?

—¿Qué pan? Nunca nos dan... Ése es un ladrón.

—Tú eres el ladrón, cochino, marica, hijo de...

El padre los separa, sin esfuerzo. Habla luego con Ortiz, Koefler estaba presente.

—¿Por qué los tiene en el campo especial?

—Son ladrones, degenerados...

—Si se les cuidara...

—¿Usted cree que estamos aquí para hacer de amas de leche?

Ortiz aprovechó el viaje y le habló de su deseo de regresar a España, de la falta de noticias oficiales, que particulares las tenía, y buenas: a ver si el padre blanco, como cura, podía hacer algo por él.

El padre decía a todo que sí y luego se iba hacia el pueblo meneando su ropón immaculado.

El *Málaga* ya no sabe más que pedir. Todo el día esté donde esté, venga o no a cuento:

—Dame, dame. Dame.

Y se enfada: ¿Por qué no me das?

¿Cómo es posible que esté aquí? ¿Quién lo trajo? Nadie sabe nada de él. Ni escribe ni le escriben. Su retraso mental ¿es consecuencia de una herida? Ruiz dice que no, que debió de nacer así. Entonces, ¿cómo vino a parar aquí? La verdad es que si se pone uno a pensarlo en serio, un momento tan sólo: ¿cómo vinimos todos nosotros a parar aquí[25]?

# FRAGMENTOS DE UNA CARTA DE JUANITO GIL A JOSÉ MEDINA

(en los que hay referencias al *Málaga*)

«¿Qué edad tenía Adán cuando Dios lo creó? No lo sabes ni lo sabrás. ¿Quién se interesó por saberlo antes que yo? No lo sabes tampoco, ni yo. Supongo que algunos, pensándolo un momento, contestarán que treinta y tres años... Fue el único que no tuvo niñez ni pubertad. Miento: tampoco el *Málaga*. No tienes obligación de acordarte de esa alma de Dios; te hablé de él desde Argelès, nos trasladaron juntos del Vernet aquí.

»Lo que me interesaría saber es si Adán era inteligente o tonto. Dicen que Lo creó a “su imagen y semejanza”, lo cual no aclara nada. ¿Era como el *Málaga* o como yo? Digo “como yo” porque es el mal ejemplo que tengo más a mano. Dame tus ilustradas luces de sociólogo. Si te digo la verdad, la que me rezuma por el intestino, referente a la edad, creo que Lo creó de dieciocho años. ¿Te acuerdas, José, de cuando teníamos dieciocho años? No dudábamos de nada y éramos hijos únicos de Dios. Cumplí los treinta y tres en Argelès sur Mer con la seguridad de que saldría de aquel infiernillo un día u otro. Salí: para que me metieran en otro peor y, para que acabara de aprender, me enviaron a éste. La verdad es que he aprendido. ¿De qué me quejo entonces? ¿De no saber qué edad tenía Adán al ser creado, de ignorar si era como el *Málaga* o como yo? No creo que eso tenga la menor importancia, pero —ahí te espero, marisabidillo— ¿por qué sigue España como está? Nosotros los presos somos los que estamos libres de culpa. Vosotros los libres ¿qué tal os sentís de responsabilidad? Figúrate Nuestro Señor... Aquí deliberamos a todas horas, auténtico parlamento. Al fin y al cabo política es religión. El *Málaga* nos mira, sonrío como siempre y se va escotero a rascarse las pieles que le cuelgan por todas partes. Está más allá. Tal vez lo que consideramos un retraso —según dictamen médico *es* un retrasado mental— sea exactamente lo contrario. Tal vez el *Málaga* sea un adelantado del otro mundo, cuando todos seamos iguales...

»Al volver al campo —habían estado arreglando un camino—, ya metido el día en la noche, el *Málaga* encontró, al tropezar, una muñeca. Es mucho decir, lo fue de trapo y lanas, ahora deshecho y deshilachadas. Pero había sido una muñeca y el *Málaga* vio trasformada de nuevo su vida: cuidó de ella mucho más que de sí mismo —lo que es decir poco—, la acariciaba, la escondía; de noche, tumbado hacia la tierra, le hablaba, la besaba. No tenía nombre, ni su amor tampoco, como no fuese maternal, materialmente maternal.

»La descubrió Ortiz en uno de sus acostumbrados esculeos, en busca de escondidos troncos. La cogió entre dos dedos como si fuese una rata muerta, la enseñó a todos antes de insultar ferozmente al pobre de espíritu, echándole en cara lo que suponía más hiriente para su propia concepción viril y anarquista del mundo.

»El *Málaga* no contestó: al pobre pilongo le corrían lágrimas entre escurrajas de suciedad.

»—¡Mírenlo!, —recalcaba el traidor—. ¡Mírenlo! Talmente como una mujer. ¡Asqueroso!

»Salió Ortiz del *marabú*, muñeca en mano y no paró hasta tirarla en el fogón de una cocina. Ruiz, que se cruzó con él, le preguntó:

»—Estarás muy satisfecho, ¿no?

»—¿De qué?, —se revolvió Ortiz, sorprendido.

»Ruiz recapacitó, se alzó de hombros y dijo:

»—De nada. Perdona.

»El sayón se quedó mirándole alejarse. Fue entonces cuando el *Málaga* estuvo de acuerdo en intentar la fuga. Sabes en qué quedó; figúrate en lo que de él quedará dentro de nada. No te apesadumbres: a más de ser lo normal, para él será lo mejor. Y abur, que tengo que acabar de montar *mi* par de alpargatas».

# X

Calor, moscas, tierra desnuda, pelada; lomeríos calvos, vegetación rala, lomas bajas, tristes; cielo gris, pálido del calor. Un borrico, dos, con árabes de buen tamaño a cuestras, pasan hacia el pueblo. En aquel cerro, un morado blanco, reluciente, hiere. Sólo el agadón podrido, a la entrada del campo, con su agua negra, camino de la ladrillera y los cinco chopos que rodean la noria son otra cosa. El mulo da vueltas y vueltas, los ojos tapados con un pedazo de tela roja. Ruido hilado del agua al escapar de los cangilones. Lomas secas y sol a plomo. Si en la madrugada se atreve algún verde el calor lo destroza en horas. El sol rompe, rasga, ahoga, pesadísima valva, atufando el aire. El calor tiene color: cárdeno oscuro. Pesa el sol a través de las nubes, un calor ciego; pesa el aire muerto. No se mueve una hoja de los cinco árboles, ni una. Peso de todo el aire muerto en cada palmo de tierra seca, toda la tierra es lona sucia, loma interminable, todo se ahoga, escondido ahogo, afán desesperado de un soplo de aire verdadero. Todo falso, falsas las nubes, falso el viento, todo falso menos el peso del ahogo; hasta el sudor muere nonato. Todo brilla muerto. Hay que trabajar, a pesar de todo: tanta tomiza, tantos pares de alpargatas, tantos clavos, tantos ladrillos. Allá canta un moro, voz que se ahoga, muere, renace, agarrotada, solitaria, ¿qué canta? ¿Qué dice la letra retorcida de la copla? ¡Qué más da! El vuelo, ¿es palabra? ¿Qué forma tiene el jipío? ¿Quién canta, un guardián, un prisionero? ¿Quién le enseña a quién? Hace tanto calor que da lo mismo.

Ahmed ben Ali Mokrani, el sargento, pasa de un extremo del campo al otro; oscura chilaba muy meneada; mira, fisga, huronea.

—Ahora —le dice Ruiz al *Asturias*— ahora que no nos ve, vamos por aquel palo.

—¿Qué quieres?, —le contesta el minero— ¿qué me cueste de la boina para abajo? No, *fillo*, no.

Cagón. Luego querrás comer de lo que ha traído Franco...

Ruiz llama al *Málaga* y como quien no quiere la cosa, de la manera más natural del mundo meten la estaca bajo la tienda.

Ahmed, desde la puerta de la enfermería se vuelve y los ve, no dice nada. Se lo cuenta a Ortiz. Ortiz, que ya espera su liberación un día u otro, se calla: ahora no quiere líos. No sea que a última hora...

No sé de qué os quejáis —dice Regás— yo hice la guerra del 14 y no fui a ésta por viejo. Si en las trincheras o en la retaguardia, cuando bajábamos de las líneas, hubiésemos tenido algo parecido a esto...

—No nos quejamos de lo material —le contesta Guillén.

—Oye, tú —protesta Bori, con su feroz acento catalán—, eso serás tú...

—Yo, y muchos más. Fíjate, Regás: tú mismo lo acabas de decir, hiciste la guerra del 14, ¿es justo que los franceses te tengan aquí?

—Eso es otra historia y la culpa de ese cochino de Gringoire que me denunció diciendo que yo era partidario de los rojos españoles y que había hecho una colecta para ayudarlos.

—¿Y era mentira?

—Como una casa. Siempre os había tenido por unos bandidos. No había más que leer la prensa. Aquí es cuando he cambiado de opinión...

—¿Por qué te denunció?, —pregunta Guillén como quien no quiere la cosa, porque ya conoce la susceptibilidad de Regás referente a este asunto.

—Si te lo preguntan con contestar que no lo sabes quedarás como Dios. (Nunca le han podido sacar a Regás el porqué de la enemistad y de la denuncia de su antiguo amigo Gringoire. La verdad es que todo nació de una trampa, de una toma clandestina de electricidad. Regás y Gringoire eran vecinos...).

—Y como nunca quise renunciar a mi nacionalidad...

—Mira como te ha lucido —aduce Franco a quién su desnaturalización gallega da manga ancha en el asunto.

—Eso cada cuál con su cada qué —refunfuña Regás.

(Porque, además, la mujer de Gringoire...).

—Bueno —corta Guillén— estábamos hablando de la guerra del 14; entonces, según aseguras, estabais peor materialmente.

—No de comida.

—¡Che, déjale hablar, *repalleta!*, —interrumpe uno nuevo, valenciano, que acaban de enviar de Orán.

—Lo que nos saca a todos de quicio y a ti el primero, Regás, aunque no lo sepas, es la idiotez de nuestra situación.

—La injusticia...

—¿Para qué emplear palabras que ya no quieren decir nada, de tanto...?

—La gente se puede morir —dice Ruiz, que ahora trabaja con ellos, de montador de alpargatas—. Todos nosotros, más o menos, hemos hecho la guerra y hemos visto morirse la gente. Sabemos lo que son las balas, los obuses, las bombas y las trincheras, como las del 14, Regás. Todos hemos tenido miedo, como no dejarán de tenerlo los millones de soldados que pelean ahora un poco por todo el mundo. No se muere más que una vez, por más vueltas que le des. Punto y basta. Pero esta idiotez de aquí, este morirse de inanición, esa podredumbre, ¿por qué? ¿Qué razón hay? ¿Por qué nos tienen así?

—Pareces el *Málaga*, ya estás hablando como él.

—Es que creo que todos tenemos algo del *Málaga*, y además creo que eso está bien —contesta Ruiz a Guillén—. Es como si Dios se hubiera vuelto rabioso, me dijo ayer.

—¿Cómo está?

—¿Quién Dios o el *Málaga*?

—El *Málaga*, carota.

No tienen más luz que la de una mariposa que no llega más allá del poder de una cerilla.

—Con esa luz no se puede. Que pongan el transformador.

—Y que nos fusilen a todos. La que se armaría.

—Pero si está ahí al lado...

—Primero habría que pedirle permiso al Comandante. ¿Quieres ir tú?, —dice Koefler a Grajales—. Te advierto que salir del campo no es difícil a estas horas. Llegas a Caffarelli...

—¿Entonces, cómo lo vamos a hacer?

—Vas encendiendo papeles. Para eso guardamos todos los periódicos que caen. Yo haré lo demás.

Tan pronto como encendieron los papeles apareció Ahmed en la puerta.

—¿Qué pasa?

Ahmed ben Ali Makrani, magnífico ejemplar de hombre, alto, de tez oscura, ojos claros. La fusta en la mano.

—¿Qué pasa?

—Éste, que se muere.

—Ya sabes que está prohibido que se mueran en el campo. Entretenle por lo menos hasta

mañana...

—Eso quiero. Le vamos a poner una inyección intravenosa.

—¿De dónde la habéis sacado?, —pregunta el moro con interés.

—La encontramos tirada por ahí —miente Koeffler, que la ha sustraído del hospital.

—Que no se muera hasta mañana, cuando se lo hayan llevado. Ya viste qué escándalo se armó con el lituano...

Ahmed habla completamente en serio. Fía en el médico como en San Pedro; es católico y está condecorado.

El mal ajeno no cabe en su corto magín; el *Málaga* siente que la cabeza le da vueltas buscando la razón de sus penas. ¿Qué he hecho para que me castiguen? Por algo tenía que ser. No hay nada porque sí, ni nadie paga nada sin razón. Todo rodaba buscando los motivos de su culpa; mareado, sin asidero, como si estuviese en una barca perdida en el mar, se le revolvían los recuerdos perdidos de su niñez.

¿Por qué van descalzos los santos? Con perdón, don Cosme no sabía lo que se decía. ¿O es que alguien era capaz de asegurarle que Nuestro Señor, el Grande, no usaba zapatos? Nuestro Señor Jesucristo era otra cosa, se sabía la culpa de Poncio Pilatos, que tenía la cara del padrastro de Manuel, que ahora le acompañaba —cogido de la mano— por la carretera de Figueras, bien despejada. Nuestro Señor Jesucristo iba descalzo por culpa de los judíos, pero el Padre Eterno tenía unos zapatos hermosísimos, con hebillas de oro, de un cuero riquísimo. Sí, llegaría al cielo y se sentaría a los pies del Padre Eterno, con Rocío, que le guardaba su cajón cubierto de conchas nacaradas; todas las mañanas le limpiaría los zapatos al Señor, sin contar de que cada vez que tuviese que salir le quitaría rápidamente el polvo. ¿Habría polvo en el cielo? ¿Cómo no había de haberlo con tantas nubes, con tantas tormentas, con tanto viento? Si aquí, cuando se levanta el aire, la polvareda no deja que se vea a dos pasos ¿cómo no ha de llegar al cielo? Ese viento que arrecia ahora y que parece que se lleva las tablas del barracón, nube que se arrastra y lo obscurece todo y llena la boca de tierra y ciega, y ahoga. Si, él le quitaría el polvo, él: el limpiabotas oficial del Padre Eterno. Y que rabiaran el *Porras* y Jacintillo, el *Puntas* y el *Gusano*.

—*Il souril encore, ce cochon...*, —decía Gravela a Ahmed, sin ver que a éste, de pie, un paso atrás, le asomaban lágrimas en los ojos.

Era un hilo y sonreía, no le cabía más que la sonrisa. Horrendo de delgado, con los ojos abiertos, brillantes y salidos como birlas, las mejillas hundidas, abría su cajón a los pies del Padre Eterno.

# *YO NO INVENTO NADA*

De tan bajito daba risa. Helgado, los dientes enormes, descubiertos por una sonrisa constante, porque en el momento en que alguien fijaba su mirada en él distendía las comisuras de los labios, lanzándolos hacia las orejas, que tenía grandes y muy separadas del cráneo afeitado. Horrible, pero tan abierto y simpático, tan amigo de ayudar que a las dos palabras no recordaba nadie su fealdad. La altura ya era otra cosa, porque para hablarle había que mirar al suelo. A más de eso fuerte, cuadradote, rubio. ¡Tan chico y tan feo! Más bueno que el pan, sin el menor rencor por su talla o su cara. Los guardias y los comisarios lo tomaban a risa. Era serio y se llamaba Yubischek, Carlos Yubischek. Siempre que había una faena desagradable que realizar era el primero en ser llamado. Pasó años limpiando letrinas. Siempre sonriente. No se cansaba de las prisiones; sonriendo siempre cuando se le miraba, fuese internado, fuese guardia.

Una noche, en la barraca, nos dijo algo de su vida. Había sido ladrón, sin perdonar cosa a ríu revuelto; teniendo dedos por llaves en poco tiempo salió maestro en el arte de hurtar ya que, por otra parte, no tenía renta. Escaló casas, rompió postigos y acabó en chirona, tal como era de esperar. Tenía por entonces quince años y petulancia de veinte. Lo llevaron a un reformatorio, se escapó y a poco volvió la cárcel a dar con él. Tenía el mundo por muy mal repartido.

Antes, nos dijo, todos los días eran malos. Paz y hambre. Tanto monta para el vacío del estómago el calor como el frío, la primavera como los húmedos días de otoño, avisadores del terrible invierno. Todo oscuro, nadie me ayudaba. No sé si el hambre tiene ojos o no, pero el estómago tiene voz y grita pidiendo alimento. No tenía más pensamiento que el hambre. Entonces el robar da fuerza y adquiere uno un cierto prestigio para consigo mismo.

—El trabajo, comenta el Largo que sigue siendo de la cofradía.

—No sé, lo cierto es que con lo conseguido podía uno comprar pan. Iba tras una señora, para robarle el bolso; dos, tres gritos, pero ya estaba uno en otra calle. Se aprende y el negocio no es del todo malo. Un día hicieron una redada y me volvieron a enchiquerar. Las cárceles estaban llenas de obreros sin trabajo y en las celdas nos apretujaron más y más. Por la tarde trajeron, a la mía, un hombre como de treinta años. Se veía ¡y tan a las claras!, que le habían pegado, pero en serio. Yo me arrimé a él con la mejor intención.

Yubischek, se rió, él solo, del recuerdo.

Continuó:

—¿Apandaste mucho? ¿Puedes darme algo? No tengo tabaco.

Me miró pensativo. Me miraba pasando su mano por el cabello.

—Pequeño, me dijo con una voz clara, ya vendrá un tiempo en que lo comprenderás todo.

Y me preguntó quién era, qué hacía, por qué estaba allí. Yo le conté mentiras. Me daba toda su comida porque recibía algo de fuera. A mí me gustaba aquel hombre: no se quejaba, ni hacía planes para el futuro.

Un día me sacaron del calabozo y me interrogó un tipo joven y bastante bien parecido.

—¿Tú quieres salir?

—¡Qué pregunta!

—¿Qué te cuenta ese tipo?

—¿Quién?

—Tu amigo (ya no recuerdo cómo se llamaba).

—¿Ése? Nada. Es una buena persona. Me da su comida.

—Mira, pequeño, haz que te diga...

—¿Yo? Yo no hago nada.

De pronto sentía en mí una fuerza que nunca había notado, una rebelión, no de mi pensamiento —o entonces no lo creía así— sino de todo mi cuerpo, hasta del vello del pecho. El polizonte me pegó un puntapié en donde os podéis suponer. Fue mi primer encuentro con los de la secreta.

Aquel hombre empezó a hablarme de otros remedios que no los que me tenían preso. Al principio me reía, y aún le dije:

—Al fin y al cabo tú quieres lo mismo que yo... pero pretendes que sean los demás los que te ofrezcan lo que no tienes. Lo mío es más noble.

Pero aquel hombre siguió en sus trece y como tiempo no faltó, ni la inteligencia estaba embotada, tomóle afición a las lecciones el bergante y abrió los ojos a los motivos primeros de su desgracia. Por aquel entonces, eran muchos los presos por razones llamadas políticas. El ladrón vislumbró un mundo mejor y se dio al trabajo sin renegar de su pasado.

—Desde entonces comprendí —nos decía— que debía dedicarme a algo que sirviera para los demás y se me quitó un peso de encima.

Trabajó de carpintero, de albañil, sin que le importaran callos ni fatigas.

—Pasó el tiempo —continuó—. Luego vino la guerra de España. Allí conocí hombres que sabían de verdad lo que querían. Tuve camaradas a los que quise de verdad, con toda el alma. De la calle, donde andaba tirado, me hicieron hombre. Un hombre que tiene su sitio entre los demás, y

su tarea.

»He ganado un nombre, el de compañero. Todo eso de golpe. Nunca soñé llegar a tanto, porque cuando andaba perdido en las calles nada tenía fin y ahora voy por el camino del pan y de la libertad, y no solamente para mí, sino para millones de hombres que son mis compañeros.

—Y tú tan contento, comenta el Largo.

—Sí, tan contento.

—Pues espera que nos lleven a África.

—¡Qué más da! ¿No es tierra?

Yubischek, sin hacer rostro, no rehuía. Como aquel día con el teniente Combs.

—¿Usted cree que el mar se hizo suelo firme bajo los pies de Cristo, no?

El teniente le miró entre dos luces y contestó provocador:

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no he de creer que vendrán tiempos mejores?

El uniformado le cruzó la cara; volvióse, jacarandoso, escupiendo:

—Así aprenderás a ser insolente.

No tenía por desdicha su suerte, ni se lamentaba de su cautiverio. Su consuelo: la paciencia. Con su punta de contrastar las sinrazones y los agravios, se las tenía tiesas con todos, aun molido por los palos que amontonaba la impaciencia de los que querían tenerlo rendido con las persecuciones.

Preguntóle un día un capitán de la Oficina de Información:

—¿Tú eres comunista?

—Ustedes me han hecho.

—¿Qué quieres decir?

—No lo era. Pero lo que he visto me ha convertido.

Así ganó el ir a África en la primera remesa.

Inmovible, no aflojó punto, ni sonrisas; los dientazos al aire, amarillentos, la boca enorme, las orejas como palas de chumbera. Tan corto como hombre, era siempre lo que fue: amigo de

hacer favores y favorito de las bofetadas perdidas. No tenía mujer, ni familia, ni recibía correspondencia, ni paquetes de comestibles; pero siempre entero. Porque sí, porque tenía fe y tan contento con ella que parecía de piedra.

Fuimos entrando en la bodega del *Sidi Aicha* encadenados de dos en dos. Del vagón del ferrocarril a las entrañas hediondas del vapor anduvimos seis metros, ciegos, anonadados por la luz estallante de la lechada de los muros, el azul dorado del mar, el morado lejano de los Pirineos: España al alcance de la mano. Aquellas entrañas de hierro rezumaban olor de caballos. Salimos de Port Vendres al anochecer; ya enmarados nos quitaron las esposas. Yubischek pidió permiso para que nos dejaran subir al puente: ni siquiera le contestaron. Desde nuestra cueva no veíamos más que el relucir de las bayonetas de los infantes de marina sobre el cielo oscurecido. Debían avistarse las costas españolas; hubiésemos dado parte de nosotros mismos por verlas. Yo sentía el arar de la tierra por mi costado, roto el mar por la vertedera de las bordas: Rosas, Cadaqués, Puerto de la Selva, y, entre brumas, lejos, Barcelona.

Tres días tardamos en llegar a Argel; nos encerraron en un viejo bastión, cárcel, ¡ay!, sin ventanillas ni Zoraidas. Había que ver al bueno de Yubischek, cargado con sus tres maletas, cada una mayor que él. Cuando íbamos hacia la estación se quedó atrás y en la madrugada violeta tuvo que abandonar una. Perdió la segunda en Blida, en un cambio de trenes.

Noche cerrada, treinta horas sin comer. Prohibido bajar las ventanillas, prohibido comprar nada en las estaciones. Dieciséis horas de tren. Por los andenes los indígenas ofreciéndonos huevos, frutas y buñuelos.

Desierto. Mucho mayor que lo imaginado. Nunca había alcanzado a tanto nuestra vista. Frío. Nunca habíamos visto tantas estrellas. Altas mesetas del Atlas sahariano. Uno de los guardias que nos conducían, compadecido, nos hizo dejar los equipajes en la estación perdida donde bajamos. Formamos luego en la explanada, abierta a aquel horizonte de más no poder. Envuelto en una capa se nos presentó el monstruo. Odre de vino arrebatado de odio, a ojos cerrados, cerraba contra nosotros queriéndonos tallar vivos.

Nos escupió en la cara, ladrándonos:

—¿Qué? ¿Que han dejado los equipajes? De ninguna manera. ¡A por ellos en seguida!

Fuimos por los bultos. Carlos Yubischek no podía con el que le quedaba.

—Equipaje al hombro y paso gimnástico, gritó el personaje.

Carlos se le acercó:

—No puedo cargar con ello.

—Déjalo, me tiene sin cuidado.

Y con un amplio vuelo dado a su capa de oficial, gritó ronco:

—Andando y paso gimnástico.

Así perdió Yubischek su tercera maleta. El hombre de la boina, a fustazo limpio, hacía adelantar la cuerda. Cayeron varios, al peso conjugado de su equipaje y la desesperación. El oficial que con nosotros venía desde Argel mandó hacer alto. De la cola de la caravana llegaron los chillidos del hombre de la capa:

—¿Quién mandó parar?

—Yo —dijo el oficial—. Tenga en cuenta que son hombres, no animales.

—¿Aquí quién manda? Paso gimnástico y adelante.

A lo lejos ululan chacales. Los moros, bayoneta calada, sentados en cuclillas fuera de las alambradas, canturrean hondo. El campo está en la ladera de una colina; por viviendas tiendas de campaña. Frío feroz. De cien murieron seis a los ocho días de llegar, comidos de sarna y piojos, pura costra y pústulas, vencidos por la gangrena. Por la noche una temperatura baja de quince grados bajo cero, mientras llega durante el día a cincuenta y cinco.

Del calor al frío, pasando por el hoyo, como dijo un chistoso.

Carlos Yubischek, tan pequeño y tan contento. Quizás por ello Gravela, el hombre de la capa, venía cada día con la determinación de acabar con él, buscándolo rabiosamente, al reclamo de cualquier falta para cebarse. Se señoreaba con él como tigre con cordero. Lo veíamos encendido contra nosotros a poco que las noticias de la contienda lo permitieran. Si nos veía sin faena se forzaba la imaginación para dárnosla. Yubischek, firme y determinado a vivir feo y pequeño, no perdió nunca su sonrisa, hasta que una noche le sorprendió Gravela quemando restos de la tomiza que servía para fabricar alpargatas frente a un viejo gallego que tenía los pies helados.

Gravela sonrió, se frotó las manos, satisfecho, contentándose con pegarle un puntapié cuando recogía su manta y su cazo.

—A Caffarelli.

Pasaron diez o doce días.

—Que suba Koeffler a Caffarelli.

—¿Qué pasa?

—No sé: uno que se muere. Creo que es de las Brigadas. Trae el recado un internado, más o menos chivato, que está de botones en el mando. Añade:

—Vaya frío que pasáis aquí.

Aquí es la enfermería. Todas las camas orientadas al norte han tenido que amontonarse entre

los de la hilera contraria: la nieve entra y recubre los camaranchones, ahora sólo cae menudísima por las rendijas de las tejas, rociándolo todo. Las estufas vacías están boquiabiertas, sucias de orín. El médico me pregunta:

—¿Vienes?

Las lomas están cubiertas de nieve, el cielo cárdeno las roza con su peso. Desierto. El termómetro marca diez bajo cero. Las tiendas muestran su medio cono blanco al viento y el resto negro de la humedad. Las alambradas florecen cristales.

—Vamos.

Del campo al fuerte hay dos kilómetros de fango helado. Cruzamos a los internados que en las riberas del Oued trabajan en las fábricas de adobes. Cruzamos a siete forzados que arrastran, a lo mulo, la cuba del agua:

—¿Sigue contaminada?, pregunto al médico.

—Claro.

Hace seis meses que el médico militar ha prohibido usar el agua del pozo y recomendado que se extraiga doscientos metros más abajo. No lo permite el mando; habría que pagar un árabe más que vigilara los de la cuba. No hay leña para hervir el agua y el cloro es caro, dicen. Se venció la epidemia de tifoidea con sólo quince muertos, lo cual para una población penada de más de mil hombres es un resultado excelente, dicen.

Bayoneta calada, nos acompaña un moro. Sobre un altozano yergue el fuerte Caffarelli su maciza estructura castrense, vieja de más de setenta años, de él parte una muralla almenada que circunda el pueblo arruinado y chato. En su norte corre un estrecho callejón inmundo que cobija diez mazmorras; un metro de ancho por dos de largo, sin más luz que la que da el sucio enrejado de la ventanilla de la puerta; a lo largo de la pared derecha un plano inclinado de cemento hace veces de camastro; un tinajón para las necesidades hiede a sus pies.

—¿Qué hacéis aquí?

El comandante, quepis a lo chulo, bufanda blanca arrollada al cuello, gabán forrado, leguis, guantes, fusta en mano, seguido de su perro, se para frente a nosotros.

—Lo llamaron para ver un enfermo, explica oficioso un subalterno.

—¡Ah, bueno!

La nieve cubre la enorme llanura ondulada: los montes lejanos desafían el viento haciéndole más helado. Cumbres del Atlas sahariano. Tras la mezquita solitaria, un morabo, a lo lejos, luce su media esfera amarilla, se aleja una pinta negra: un moro en su borrico.

El comandante pasa revista a las celdas. Ábrenle la primera: tres hombres en los dos metros cuadrados.

—Eh, ¿por qué estás aquí?

Medio desnudo, cayéndose en trizas el viejo capote militar, Juan Acevedo no contesta, se abre de brazos y enseña un pecho rayado por los costillares, carcomido de mugre. No le obedece la lengua. El comandante se vuelve amoratado de indignación al español traidor que le acompaña:

—¿Quién es? ¿Qué hace aquí?

—Robó una manta.

—Ah, ah.

El viejo español, ronco del frío, deniega desesperadamente; el mandamás con el mango de la fusta lo empuja para adentro.

—Es un ladrón, recalca el rufián.

—Así aprenderá, comenta el comandante.

Por lo trizado aparecen los huesos y las hinchazones de la depauperación.

—Atlas, quieto aquí.

Lo dice por el perro, que olfatea la carne ya podrida.

—Están llenos de piojos. ¿No os da vergüenza?

El joven que está de pie, sostenido por la pared del fondo, responde:

—¿Con qué nos los quitamos, mi comandante?

—¿No hay duchas?

Interviene Koefler:

—Hace más de quince días que no dan un kilo de leña para la enfermería.

Gravela, que acaba de entrar, comenta:

—No hay manera de traerla.

Yo indico:

—Los internados están dispuestos a ir a donde sea.

—De eso, ni hablar —ataja el comandante—. Y tú que tanto sabes —dice dirigiéndose al joven de la mazmorra—: ¿Por qué estás aquí?

—Usted me mandó.

—¿Cuándo?

—Hace ocho días.

—¿Por qué?

—No sé, contesta el joven.

Súbele al jefe el color hasta el vinagre, levanta la mano, cruza la cara del hombre con el cuero de la fusta.

—¿Recuerdas ahora?

—No, mi comandante.

—Comía pieles de zanahorias recogidas en la basura, explica el tercer preso humildemente.

—¡Ah, sí! ¿Con que no te acordabas? Quédate aquí una semana más a ver si refrescas la memoria.

Cuando dice «refrescas», el comandante enseña los dientes, largos y amarillos, con intención de sonrisa irónica.

—Sáqueme, mi comandante —gimotea lloriqueando el tercer detenido—. No lo volveré a hacer, se lo juro. Se lo prometo.

El gordiflón se cuadra sacando ridículamente el abdomen. El comandante le mira acariciándose la barbilla, que la tiene cuadrada y larga.

—¿Qué has hecho esta vez?, —pregunta.

—Entré medio pan que me dio...

»No lo volveré a hacer —sigue—. Se lo juro, se lo juro. Pero sáqueme de aquí, sáqueme de aquí.

Y mira a los otros dos presos. Luego se pone de rodillas y se acerca al militar; éste lo detiene con el puño de la fusta.

—¿No volverás a comer pan de fuera?

Se vuelve sarcástico a su acompañante:

—¿Lo oyes? No lo hará más.

Y de un golpe seco parte labios, rompe dientes del suplicante.

—Así es posible que durante unos días no lo vuelvas a hacer, mentiroso.

Se vuelve al moro de guardia que se está quieto, detrás, los ojos al suelo, vergonzosamente.

—Llévalo luego a mi despacho.

—Gracias, gracias, balbucea el herido, mientras restriega la sangre con su muñeca.

El comandante pasa a la celda contigua donde Koeffler ausculta a Carlos Yubischek.

—Dice que está malo, explica el moro carcelero.

Sobre el cemento, que hiede de secesos y orines, casi sin huelgo, jadea el internacional que aún tiene fuerza para sonreír.

—¿Quién es?

—Uno de las Brigadas.

—¿Qué hizo?

—Quemar esparto y reírse de mí, dice Gravela.

—¡Ah! ¿Sí? Ladrón indecente.

—Quejarse de los...

—Bueno, ya está bien. —Y pasa de largo—. ¿Vino Servajeán?, —pregunta a su esbirro.

—Sí.

—¿Qué dijo?

—Que estaba mal, pero que no había sitio en el hospital.

Servajeán es el médico oficial.

Luis H. ocupa la celda siguiente.

—¿Qué?, —pregunta el comandante—. ¿Te gusta?

—Mi comandante, estoy comido, comido de piojos.

—¿Piojos? Mejor, así cogerás el tifus y se acabó. Carroña. Esto te enseñará a robar palos y quemarlos. Como si no costaran nada.

—Hace tanto frío, mi comandante.

—¿Y qué es esto?, —pregunta el mandamás por las señales amarillas que desfiguran el rostro del preso.

—Su ayudante, mi comandante.

—Vaya, vaya, así se te pasará el frío, ¿no?

Y vuelve a enseñar los dientes.

Arrecia el viento arrancando nieve a los tejados.

—Los otros, ya los veré otro día, dice dando media vuelta.

Empieza a nevar; el viento arrastra horizontalmente los copos. Todo el paisaje desaparece rayado de blanco. Desde el fuerte no se divisa el campo, escondido por el hombro de una loma. Aprovechando que los moros se protegen del frío y de la nieve, unos internados se acercan a los andamios de la tenería que están construyendo para nuevo negocio del comandante, y con apuros y fatigas, las manos vueltas hielo, sollevantan un palo y lo arrastran a su tienda donde inmediatamente los demás compañeros lo despedazan y astillan. Quédase uno para avistar la guardia.

—¿Tú que eras?

—¿Yo? Zapatero.

—¿Dónde?

—En Nimes, desde hace treinta años.

—¿Perteneceías a algún partido?

—¿Yo? No.

El que pregunta es alemán; el que contesta, español.

—¿Por qué te trajeron aquí?

—Me denunció mi patrón. Por no pagarme la indemnización que me debía. ¿Ves?, me faltan tres dedos de la mano derecha. Accidente de trabajo. Me denunció como comunista. Yo era más bien anti. Antes de que me trajeran aquí. Y tampoco le tenía ninguna simpatía a los alemanes. Ya ves cómo cambian las cosas.

—Y lo que cambiarán, contesta Werner.

El comandante entra en su despacho; se estira frente a la chimenea, donde se queman troncos idénticos a los que con riesgo de su vida desmenuzan los internados. El viento arrecia. Djelfa no tiene más cielo que la nieve, ni más manta que el viento. El comandante le dice a su ayudante:

—Faltan muchísimos palos. Al primero que coja haciendo fuego en el campo, un mes de calabozo. A ver si reventando aprenden.

El comandante fue propietario en la Polonia soviética; el Estado francés lo envió a Djelfa.

—Allí tiene usted a los responsables de su ruina. Haga lo que quiera con ellos, le dijeron.

El comandante se sienta bajo los retratos de Pétain y de Darlan. Manda pasar al internado que le da lecciones de alemán.

—El alemán es la lengua del porvenir, le dice al entrar.

Carlos Yubischek, acostado sobre el cemento frío, respiraba con dificultad. No veía las paredes del calabozo. Sentía, entre las suyas, la mano del médico, su compañero. Solía hablar alemán con él, que era berlinés. Lo aprendió en Dresden, donde trabajó unos años al huir de la policía de su país. A lo último había leído mucho con el tiempo que para esto le dio la policía francesa.

—La vida me abandona, pero he vivido. Vive tú también así, amigo, con gusto y alegría, y desprecia la muerte.

Y añadió en español, que era la lengua universal en que se entendían los voluntarios:

—No podrán con nosotros.

Aún vivió ocho días.

Cada día entraba a verle Gravela. Le miraba, le escupía y se iba a emborrachar. El día en que Yubischek murió, apareció por el campo silbando alegremente, como si le hubieran quitado un peso de encima.

Al pasar lista nos dijo:

—Supongo que no olvidaréis lo que le ha sucedido al cochino pequeñarra ése.

*México, diciembre de 1942*

# *EL CEMENTERIO DE DJELFA*

*8 de marzo de 1961[26]*

No te acordarás de Pardiñas. O tal vez sí, aunque lo creo difícil. Si no me equivoco, la última vez que nos vimos fue en 1945, cuando salisteis, casi los últimos, para Argel. Luego me escribiste desde Casablanca; al año siguiente, una tarjeta desde Veracruz. Después, nada. No tiene nada de particular. Hasta te diré que me parece natural. ¿Cómo habías de suponer que yo seguía en Djelfa?

Pues sí, aquí me quedé, entre otras cosas porque no había razón de que no lo hiciera. ¿Qué se me había perdido en el resto del mundo, no queriendo volver a España? Familia ya no tenía o la que quedaba no quería saber de mí ni yo de ella. No creas que no pensé volver a Córdoba, pero la profesión de ladrillero no me atraía más que la de carpintero, y aun te diré que menos, y, por lo sabido, no creo que me fueran a devolver mi plaza de maestro.

¿Cuántos atabones hice en Djelfa los primeros meses antes de que pudiera entrar en el taller de Mustafá —como le decíamos—? Y puesto a seguir de carpintero bien estaba con él y sus hijos y Cata, la chica. Los árabes tienen eso de bueno: si te aceptan es del todo; por mezquita más o mezquita menos no íbamos a reñir, sin contar que a Mustafá y compañía La Meca les tenía bastante sin cuidado. No vayas a creer que aquí todos son mahometanos practicantes. En esto se parecen bastante a nosotros (en eso y en muchas otras cosas).

—Crear en Dios —¿recuerdas cómo lo decía Herrera?— es una cobardía: lo que hay que hacer es un mundo donde la gente se divierta lo más posible.

Herrera era un tipo curioso. Me gustaría saber qué fue de él[27].

—Llaman caridad, en Sevilla, retrasar diez minutos el reloj que señala la muerte del que van a ajusticiar —decía también—. Parece que era verdad, que hasta anda escrito en libros. Yo, que las pasé putas antes de salir de Córdoba, sólo puedo recordar que en eso de dar la hora más bien la adelantaban —o la adelantábamos cuando nos tocaba.

¿Te acuerdas de aquel francés, o lo que fuera, que decía que España no era un país galante? Pues la Cata me hizo caso porque dijo que nunca había encontrado un hombre más galante que yo. Total porque una vez —la primera— me ofrecí a llevarle la carga de leña.

Y aquel otro loco —¿Cañizares?— que hacía versos, o que creía hacerlos:

*Del desierto vengo*

*de servir a Francia*

*de servirla no,*

*que se sirvió ella...*

La gente dice: ¡Mátale!, y las gentes se matan. Las gentes dicen: ¡Trabaja!, y las gentes trabajan. Y hacen su caja.

¿Te acuerdas de aquel judío que no quería trabajar los sábados? ¿Al que mandaban a cada dos por tres al campo disciplinario? Ése también se quedó aquí. Había cambiado muchas veces de campo, trabajando «bajo el látigo —decía— muchos sábados». Se puso a hacerlo con Mohamed ben Cara, el joyero. Al que condenaron a seis años de cárcel fue a Gribouille —o como se llamara—, aquel sargento que pegaba con su fusta a cualquiera: por equivocarse de nombre, por contestar «presente» antes o después de tiempo, por dar dinero a uno que se escapó (sin saberlo: fue Barbena el que pagó el pato, ¿te acuerdas?). El mismo que colgó al *Malagueño* patas arriba y se subió a horcajadas sobre él, dándole en las plantas de los pies. En eso de torturas el mundo no adelanta gran cosa. Y parece mentira con la de inventos que hay. Pero ¿puede doler algo más que arrancarle a uno las uñas?, y eso es tan viejo como el mundo.

¿No te acuerdas de Bernardo Bernal de Barruecos? *Las tres B* como le llamábamos en chungu. Había sido interventor del Banco de España. Los que no le conocían le llamaban el *Viejo de la corbata*, porque nunca dejó de llevarla, aun cuando no tuvo camisa. ¿No te acuerdas? Más bien alto, muy delgado (bueno, delgados lo llegamos a estar todos), que bebía leche cada mañana. ¿Cómo la conseguía?

—Yo no quiero morir —decía—. No quiero morir aquí.

Una mañana no contestó. Entró Makrani Ahmed Ben Alí en el marabú. Estaba don Bernardo inmóvil, como muerto. El moro dio la orden de que le llevaran al depósito, en el pueblo. ¿Ya te vas acordando?

Se lo llevaron en unas angarillas. A medio camino, hipó. Llamaron al sargento. Sí te acordarás de lo que contestó:

—Que lo dejen en la cárcel hasta que se muera. Ya di el lugar a otro y está borrado de la lista...

El odio une lo que la fe separa. Y ya entro en el motivo de esta carta que quiero larga adrede porque no te escribiré otra y tengo horas por delante hasta que amanezca. Basta gritar: —¡Muera X!, para que los más enemigos se unan para exterminarlo. ¿No habría manera de inventar un odio al revés? ¿Un odio positivo? La única unión que hubo entre nosotros españoles —y ahora entre árabes y cabileños— es ésa del odio. Nunca la amistad o el progreso. El futuro de nuestra guerra, y de ésta, siempre estuvo —está— condicionado a la seguridad de entrematarnos después de la victoria.

Lágrimas sin palabras. ¿Te acuerdas de los que lloraban porque no sabían cantar? Yo he visto

llorar a alguien por no saber hablar.

No sabes por dónde voy a salir. No te preocupes. Lee. Ya verás. ¿Te acuerdas de Djelfa? ¿Del campo, de los cinco álamos, del único árbol en flor que según aquel checo de las Internacionales era todo el paisaje?

### *Yemas de fuerte verde*

o algo así. No recuerdo: lo cierto que aquí casi nunca hay verde tierno; de la noche a la mañana, viejo. ¿Recuerdas la mula de la noria con su venda roja sobre los ojos? Y lo que le preguntaban a uno al llegar: ¿Tu religión? ¿Sabes leer? ¿Sí? Pues lee el reglamento. Y las filas de ahilados —como decía Marcel que se decía de los que se desmayaban de hambre—. Y la contestación del comandante a aquel viejo: ¿Si te vas a morir para qué quieres la libertad?

Al comandante no le hicieron nada. Parece que consideraron que tuvo bastante con perder la guerra.

Pensábamos entonces en la libertad, pero no en la nuestra. Sabes: sigo pensando poco más o menos lo mismo. Existe el amor —tengo tres hijos—, pero el afán de justicia, el ansia de acabar con lo que no debiera ser, no tiene relación con mi mujer; son las entrañas de uno que gritan: ¡Libertad!

Hemos conocido muchos años de desgracia. Primero fue nuestra guerra, luego la de todos (que fue la más corta y menos importante) y ahora —hace años— ésta de aquí. Si te digo que no tomo partido mentiría.

Pasa con la desgracia lo del fuego con el acero: temple, endurece. También la guerra. Del 36 al 61 ve contando. Casi estoy por decir: más gana quien más pierde. Casi, porque no es verdad.

Por otra parte, el calor y el frío, extremados, siguen siendo los mismos. Y el lomerío. ¿Quién lo cambia? Los hombres sí son distintos. Mejor dicho, se matan —nos acabamos— de otra manera.

Te escribo a salto de mata, para ver si recuerdas mejor dejando a tu imaginación sitio para que eche a volar. Si digo las cosas como son, parece poco: hay que buscar mojones de referencia e irlos apretando con una cuerda. Las palabras son tan pobres frente a los sentimientos que hay que recurrir a mil trucos para dar con el reflejo de la realidad. Como en el cine: superponer imágenes, rodar al revés, poner pantallas, filmar más rápido o más lento que la verdad. Si plantas la cámara frente a los actores, a la buena ventura del sol y filmas la escena entera no habrá quien la aguante. El buen paño en el arca se pudre. Hay que arreglar los escaparates.

Llega Sidi el Hayachi. Luego sigo.

Más enseña lo malo que lo bueno. A los malos —además— nadie les enseña nada. Sólo enseña —y mata— el dolor; la felicidad engaña, cuando te quieres dar cuenta de sobre cómo fue, ya pasó. Pero —de verdad— las cosas no se recuerdan por buenas o malas sino por hondas. (Como una piedra negra —de mi pueblo—, convencida de que la harina no era hija del triturar sino de sí

misma).

Todos fuimos colonias y dejamos de serlo. El Asia Menor, ejemplo más ilustre. América, hoy; mañana, esto. El bazuqueo es lo único que ha hallado el hombre para adelantar. La verdad: antes de llegar los franceses aquí no había ni fuerte ni ayuntamiento...

Para un país, un ejército vencido es más peligroso que el vencedor. ¿Qué hace? ¿Qué va a hacer? Vuelve contra sí la agria vergüenza de la derrota. Hallará siempre culpables civiles que aplastar. Si no a la corta, a la larga. Es un movimiento lento pero seguro. El ejército no digiere verse humillado ante civiles. La «revancha» no es la venganza. El 98 español engendró el 23; el 18 alemán, el 33; la derrota francesa del 40 mira lo que reservaba.

¿Te acuerdas de Gravela? Cabezota de cono, boina calada, el pelo ralo, desdentado, la chaqueta remendada, botas de montar, la fusta siempre en la mano, la capa parda a los aires en señal de autoridad y dos cuernos como dos torres en lugar de «lo que hay que tener».

Le condenaron a veinte años. A los cuatro ya andaba por aquí, ahora está en Orán, puntal de la OAS. No me extrañaría volverle a ver aparecer cualquier día por aquí, aunque fuese cadáver, cómitre de otro campo de concentración.

Durante los cuatro primeros años de ésta, su guerra civil, aquí en Djelfa no pasó gran cosa. Pagábamos nuestras cuotas al FLN, se fueron unos cuantos jóvenes y no hubo más.

Hace un par de años las cosas cambiaron. Los harkas se corrieron hacia aquí. La tropa francesa empezó a «rastrillar», a llevarse gente; otros afluyeron. Tú ya conoces las tribus, algunas se refugiaron a la sombra del fuerte Caffarelli, otras desaparecieron. Hubo atentados, emboscadas, caminos y carreteras minadas. Aumentó el trabajo en la carpintería, por los ataúdes.

Y ahora te voy a contar pura y sencillamente lo que motiva estas líneas porque ahora sí te debes de acordar de mí. Pardiñas ¡hombre!, el del labio partido. El que dormía en el mismo marabú que tú, en el campo de castigo, el que había sido maestro de escuela con la República.

Te acordarás también del cementerio. Ves el lomerío ralo, el marabú —el de verdad, con su media esfera plantada en el cubo jaharrado— del otro lado del riachuelo, la mole oscura del fuerte, el poblachón polvoriento. Nada ha cambiado desde que trabajabas haciendo «el campo deportivo» para mayor gloria y negocio del comandante. Tampoco el cementerio.

El otro día hubo un encuentro. Una verdadera batalla campal, feroz. Una batalla de verdad, como las de nuestra guerra: morteros, ametralladoras. Los aviones llegaron tarde y con daño, ya no quedaba nadie. Hubo muchos muertos, más de cien *fellagas*, unos veinte europeos —no digo franceses—. El encuentro tuvo lugar cerca del cementerio, a su alrededor mejor dicho.

Veinte ataúdes tuvimos que hacer en menos que canta un gallo; así salieron. Había cuatro hechos, que no estaban mal; un cabo no cupo en uno de ellos y le tocó a otro, sin galones, de la Legión. Los demás...

El problema era los indígenas, los revolucionarios, los *fellagas*. Ir a enterrarlos al cementerio moro era una temeridad. Las lomas aquéllas estaban batidas, y no era cosa de mandar limpiar los contornos ni esa noche ni el día siguiente.

Recuerdas el cementerio: de un lado los ricos con sus angelitos y sus enterramientos de piedra. Del otro...

Alineamos decentemente los soldados franceses con sus tablas numeradas y sus cruces.

—¿Y en aquella esquina? —preguntó un capitán.

—Españoles.

Ya sabes cuáles, los que murieron aquí —en el campo— hace ¡ya!, veinte años. También, si te acuerdas, les pusimos sus tablitas y sus nombres.

—Ya están bien podridos. ¿Quién se acuerda de eso? Me los apilan o los echan por encima de la barda. Y en el hoyo me amontonan a estos perros (por los indígenas).

Es lo que quería contarte. Cavaron —los árabes que trabajan aquí—, echaron fuera los pocos huesos que quedaban de los que murieron entonces. Sólo me acuerdo de algunos nombres; algo te dirán:

El *Madriles*, aquel ahilado que acabó loco; Julián Castillo, ese viejo que era todo papandujas; Manuel Vázquez, el gallego peor hablado que conocimos; Ramón González, gallego también, de Orense, que odiaba a Vázquez porque era de Pontevedra; José Murgía, el retaco cochino que hedía, que murió comido por las chinches; Gustavo Catalá, que presumía de listo y no pasaba de lameculos; Rogelio Márquez, tan grande como callado y bobo; Domingo López, el anarquista esquinado que se pasaba el tiempo hablando mal, cuando no de uno, de otro; Juan Morales, el canario triste; Enrique Hernández, que presumía de ser campeón de ajedrez de la Arganzuela; Luis Garrote, que fue ayudante de Miaja; Sebastián Morales, el chófer que intentó fugarse y que resistió las siete palizas de Gravela; Luis Bueno, el que ataron más veces a los palos, en la nieve, aquel invierno del 42, cuando todavía estaban verdes nuestras esperanzas; Bernardo Bueno, el médico...

Cuando juzgaron que habría sitio suficiente amontonaron allí a los *fellagas*, algo debió de quedar de los nuestros sin embargo.

Tenía razón el capitán: ¿quién se acuerda de ellos?, ¿quién les va a agradecer que murieran aquí, en los confines del Atlas sahariano, por defender la libertad española? Nadie, absolutamente nadie. Claro, más murieron en Alemania. Pero no los vi. Éstos sí. Tal como pasó te lo cuento por contárselo a alguien. No podía dormir esta noche y tenía tu dirección, por lo menos la que me diste en tu tarjeta de Veracruz. Tal vez te llegue: la gente cambia de casa menos de lo que se supone. En cuanto puede, se queda. La verdad: aquéllos criaron gusanos cerca de veinte años. Otros duran menos. Los árboles no han cambiado, ni hay más. La tierra sigue alzándose por poniente haciendo la entrada de la noche más rápida.

(La verdad fue algo distinta:

—Caven ahí —dijo el suboficial.

—Está lleno de huesos.

—Tírenlos donde les dé la gana. Caven y entierren a estos hijos de puta.

Por lo visto le dio vergüenza escribirlo con tanta sencillez. Los hombres siempre dan vueltas a las cosas).

¡Ah!, —acaba diciendo la carta de la *Liebre*, como llamábamos a Pardiñas—, olvidaba decirte —o no quería, no lo sé— que me van a fusilar mañana. ¡Qué mañana!, hoy, dentro de un rato, porque dicen que mis manos olían a pólvora. Olvidan que nacimos así.

# EL EXILIO

# ALREDEDOR DE UNA MESA

—Ustedes me creerán o no.

—Muchas gracias.

—Perdona, no recordaba que hablaba con personas inteligentes.

—Cuenta, y déjate de historias.

París, y el otoño. Las hojas de cobre sobre el asfalto gris y seco, colgadas todavía por un hilo en el cielo azulenco, la temperatura al tanto de la epidermis, tanto que no se nota; los escaparates robando la luz del día, los puestos de flores, la gente que pasa encerrada en sí misma. Azacaneo que no los toca, repantigados en la terraza de un café, medio oídos, medio ojos, entre dos luces, dos cervezas, dos recuerdos, medio idos. Todo paz en la batahola —*une demie-blonde, une demie-brune*— París seco, sin bruma. Un guardia regulaba la circulación con desgana. París invadido por su periférico campo bien cortado y céspedes civilizados, todos los poros bebiendo paz, polvo, gasolina, claveles, vincapervincas, violetas, letras doradas de escaparates, los ojos saltones y la bufanda de Picasso, los taxis, las rejas del metro.

León, que como siempre no sabía de qué se hablaba, dijo:

—Aquí no habrá nunca fascismo.

—¿De dónde caes? —comentó Pablo—. Anda, sigue tú.

—Se llamaba don Vicente, era alto, fuerte, metido en color, elegante.

—¿El cura?

—Sí. Canónigo. No recuerdo si de Manresa o de Solsona. Muy hombre. Había sido carlista, pero cuando oyó hablar de Falange aquello le entusiasmó. Un conquistador.

—¿Mujeres?

—No. No sé. Lo que le importaba era otra cosa. Dios. España, el Imperio, todo bajo la férula de la Iglesia. Ya os podéis figurar que lo tenían fichado. Por eso al desencadenarse la rebelión, tomó el olivo y se vino a Barcelona.

—¡Pues sí que era refugio!

—Para él. Vestido de seglar, no saliendo de casa, no corría peligro. Él ya conocía a los

Fenoll. Fenoll, padre, no pertenecía a ningún partido. Católico sin más, pero de verdad. De esa gente que te parece igual a todos, mas que, de buenas a primeras, cuando se enfrentan con una situación grave, son capaces de jugarse la vida por sus convicciones. Burgués muy acomodado. Amigo de Ventura Gassol y de los que empezaron a salvar curas gastándose su dinero y jugándose la pelleja.

El bueno de don Vicente, con su capillita en casa, se relacionó con la gente del Socorro Blanco; y a conspirar. A los quince días estaba en chirona. Tuvo la suerte de que fueran agentes de la Generalidad los que dieron con él. Lo encerraron en Montjuich. Pudo entrar en relación con Fenoll y éste logró sacarlo. Prometió no volverse a meter en líos (no quiso salir a Francia y estarse quietecito en casa). Juró eterno reconocimiento a su salvador. Pasó el tiempo —poco y borrascoso—; Fenoll seguía en sus trece y salvó una caterva de religiosos. Ventura Gassol se tuvo que ir y el bueno del viejo vio el horizonte más cerrado. Como podéis suponer, mi don Vicente volvió a las andadas. Eso de la política se lleva en la sangre —una fiebre que difícilmente se cura—. Y, a poco, volvió a caer, no que la policía estuviese bien hecha, pero ¡detenían a tantos! Esta vez no hubo remedio y el canónigo pasó ante tres mozalbetes que se pusieron a interrogarle. Empezó negando a Cristo todas las veces que quisieron y entonces uno de los jóvenes, que no era tan tonto como parecía, al verlo tan acobardado por la muerte le propuso un cambalache. Ya por entonces empezaba a hablarse de la libertad de conciencia, y que, al pelear nosotros por la nuestra, no debíamos ir contra la de los demás. Resumiendo: le propuso salvarle la vida y dejarlo adscrito al tribunal para confesar a los condenados, siempre que denunciara a sus cómplices. Aquella proposición entusiasmó a los otros dos miembros del tribunal: eso de que sus propios condenados a muerte pudieran recibir los socorros de la religión les parecía perfecto.

Ya os he dicho que don Vicente era un político; sopesó los daños y las ventajas, pensó que desde aquel puesto podía servir a su causa como difícilmente podría hacerlo desde otro, y aceptó.

—¡Qué hijo...!

—¿Por qué? La política tiene sus reglas.

—Confundes la política con la policía.

—No. Son casi lo mismo. Desde que el estado es el estado, la policía...

—... es la policía.

—No, es el estado. Un estado sin policía deja rápidamente de ser estado. Policía, política, las mismas raíces, casi las mismas letras.

—Sigue; tu don Vicente, ¿denunció?

—¿Qué remedio le quedaba? Una vez aceptada la proposición tenía que hacerlo sin remedio.

¿Y?

Los primeros que detuvieron fueron los Fenoll. Los condenaron, como podéis suponer. Muy orgullosos de su innovación, los del tribunal les preguntaron si deseaban los auxilios de la religión. Aceptaron emocionados.

—¿Quiénes eran los demás?

—Sus dos hijos. «Por cierto —dijo uno de los del tribunal, no exento de mala baba— que el sacerdote que os atenderá es el que os denunció». Lo cual le valió la reconvención del «presidente». Entró don Vicente a la celda —era una habitación grande, amueblada a lo fin de siglo, con espejos de marco dorado, sillones, vitrinas, reloj con angelitos en la repisa de la chimenea de mármol blanco, todo muy cuidado y sin un adarme de polvo. Sólo unos rectángulos oscuros marcaban en el papel rameado de las paredes el sitio que ocuparon cuadros de asuntos religiosos.

Los tres hombres besaron la mano a don Vicente; éste los confesó con todas las de la ley de Dios, les dio la absolución, que ellos recibieron con toda la unción posible. Se despidieron. Don Vicente oyó el ruido del motor al arrancar el coche que se los llevaba. Se metió en su habitación y el cuento se ha acabado.

—¿Dónde está tu don Vicente?

—No sé: creo que en Solsona o en Manresa.

—¿Vámonos a cenar? Tenemos que ir al mitin de la Mutualité.

Ya todo tenía color de piedra preciosa.

—Ahí, en la rué d'Assas, sé yo de un figón estupendo.

—¿Os gustan las perdices a la catalana?

Pagaron, se levantaron y se fueron. El camarero rectificó la posición de las sillas y se puso a hablar del resultado de las carreras de caballos con un parroquiano.

*México, 1944.*

# *EL BAILE*

Desde el principio llamó la atención. Se llamaba Javier Muñoz Gallegos, algo más joven que nosotros, «más callado que un pueblo en mañana de domingo», como decía Cañizares, el barroco mexicano. «—Sí». «—No». Servicial.

—¿De dónde eres?

—De Toledo.

—¿Dónde serviste?

—Del otro lado.

—¿Cuándo te cogieron?

—Al pasar la frontera.

—Mala suerte.

—Sí.

—¿Quisieras volver?

—¿A dónde?

—A España, claro.

—No.

Más bien gordito; en dos meses: en los huesos. Se inscribió en un Regimiento de Marcha, algo así como la Legión Extranjera. Como es natural, hablo de 1939 o de los primeros meses de 1940: llevábamos diez o doce en Septfonds.

—No seas idiota.

Se alzó de hombros.

—¿Hacer la guerra por los que nos tratan así?

—¿Cómo tratamos a los demás?

Fue la única vez, entonces, que le vi reaccionar, alzarse —incomprensiblemente— para dar

la cara.

Un relámpago.

—¿Tienes familia?

—Te la regalo.

Tal vez quería sonreír. No le salía.

—¿Dónde estabas el 36?

—En Toledo.

Hizo una larga pausa: teníamos tiempo, pelando patatas.

—Dentro.

Volvió a callar, moviendo unas guijas con los pies.

—Dentro del Alcázar. Un héroe. Lo que se llama un héroe.

Nos habíamos hecho amigos, de callar largo y tendido. Él no recibía nada, yo sí; partíamos. Le llamaron, se fue. Le volví a ver, mucho después, el 44, cerca de Cahors, en el monte. Servíamos en distintos grupos pero ya atacábamos en serio a los alemanes y no todo era ya huir. Íbamos a por un tren. No llegó: lo volaron ochenta kilómetros antes unos guerrilleros que mandaba Muñagorri, un vasco que dio mucho que hablar, hasta que le fusilaron.

—¿Qué te has hecho?

—Ya ves.

Tumbados en el talud esperábamos el amanecer.

—¿Y tú?

Por primera vez preguntaba. Le conté las compañías de trabajo, la escapatoria. Me molestan los quistes, aun viejos, más de la memoria; le recordé sus frases acerca de Toledo.

—Sí. Estuve en el Alcázar. Mi padre era guardia civil. Me hirieron. Una bomba, en serio, ciento cuarenta esquirlas, un poco por todas partes. Cuando una herida no supuraba, otra. Me condecoraron: me hicieron sargento tan pronto ingresé a filas, en marzo del 39, al final. Entramos en Valencia. Nos mandaron a Carcagente, a hacernos cargo de un hospital.

Calló. Yo estaba muerto de sueño; había sido una caminata de órdago, sin contar la atención constante. Hasta el aire daba miedo entre tantas ramas. Lacerados alma y pies, ¿qué me importaba aquella historia? (Lo del alma es una historia particular que nada tiene que ver con Muñoz).

Tumbados en hojas muertas, ya mantillo en su mayor parte, hincados los pies para vencer el declive, malprocurando vencer la oscuridad ya sucia, con leves perfiles. Humedad de las guájaras, olor de mis montes perdidos. Largo silencio, el cielo trasfloró tras las hojas tiernas de abril. Éramos todo oídos. Silbó Caamaño: descanso. Javier Muñoz volvió a lo suyo:

—En el hospital ya estaban las monjas, atendiendo. Nos mandaba un teniente que había estado en muchas. Quisiera olvidar su nombre.

»Un caserón enorme. Un convento tal vez, no estoy seguro. Anchas tarbeas, largas. Todo encalado, hasta el cielo: un tiempo indecente, para la estación. Ya conoces el olor. Yodo-formo, podrido. Orina y mierda. Limpio, eso sí, limpieza de monjas: minuciosa. Había de todo: cojos, mancos, heridos en brazos, que son los que más lugar ocupan con sus alambres retorcidos, algún ciego.

—A ver, los oficiales —dijo el teniente aquél.

Sólo se presentó uno.

—Las clases.

No salió nadie.

—Está bueno: entonces, todos.

A la cárcel. No cabían. Cupieron. Vinieron las monjas.

—¿En qué se meten? Cuidad a los nuestros, que de éstos cuidamos nosotros.

—También son seres humanos.

—Los que pierden, pierden.

Iba a decir otra cosa peor pero el hábito lo contuvo: el de ellas, claro. Eran ochenta heridos que no se podían valer. Los demás se habían ido andando hacia Denia y Alicante buscando salida en el mar. Esa primera noche no murieron más que tres. Al amanecer dio la orden.

—Meterlos a todos en tres camiones.

—No caben, mi teniente.

—Ya cabrán.

Aniñado, bigotillo, pequeño, gallo.

—¡Arriba España!

Sobre sus espolones. De Valladolid, hijo de puta. Feliz; a cualquier presión, viborilla; jamás

quieto. Diría que hasta guapo.

—Entonces tú podrías entrar ahora en España. Quiero decir: tienes papeles.

No me contestó. Otro de como le conocí: más delgado, todavía, mayor —si es posible— su nariz de polichinela, llena de cicatrices.

Crujió el cerrojo: las manos en los fusiles, los dedos al gatillo. Un animal, tal vez. Era difícil darse cuenta en aquel monte bajo lleno de maleza que se abría a los lados mismos de la carretera.

—La gran diversión era decalvar.

Si hubiese podido, ahí le dejaba. Dormir, tenía el sueño agazapado en el occipucio. La orden: ni moverse.

—Entonces empezó el baile. Lo que llamó —hasta el final— el baile.

Cogió unas bellotas.

—Con algunas variantes: el vals, el rigodón, el chotis. De entonces acá he visto bastantes cosas. Pero por aquellos días salí del hospital; de otro. Me traían en andas.

Su perfil de títere, acentuado por la frente estrecha, el pelo revueltísimo ahora que se había quitado el gorro para rascarse mejor. El anquilosamiento de la madrugada.

—Metió los que cupieron en los tres camiones.

—Vamos a Alcira —dijo.

A los dos kilómetros mandó parar.

—¿Os gusta este sitio, hijos de tales por cuales? Ahí, un poco más a la derecha no está mal para espicharla. ¿No os parece? ¡Abajo todo el mundo! ¡A formar! ¡Uno, dos! ¡Uno, dos!

Los más no podían.

—Esa tapia es buena: ya huele a azahar. A ver, vosotros, de este lado de la acequia. En fila.

Ya te dije: todos heridos, inválidos. Los vendajes cochinos; los enyesados, no quisieras saber. Les pasó revista. Escogió a dos; al buen tuntún:

—Tú y tú. Ahí.

Formó la escolta y los mandó fusilar.

—¡A ver, los otros, a los camiones! Vámonos a Tabernes.

—De Alcira a Tabernes no sé cuánto habrá, no creo que llegue a veinte kilómetros. Paramos tres veces, antes de volver. Cada vez mandó fusilar a uno, de los que llevaban los brazos en alto:

—Ocupan más lugar que los otros.

Luego volvimos con los más.

Al día siguiente tocaron las campanas a rebato y hubo pregón para que no faltara nadie del pueblo a ver el escarmiento «de los rojos». Por lo que supe, Carcagente era pueblo de raigambre republicana.

—Todo el pueblo, en hilera.

¿Qué tendrá Carcagente? Dicen que diez o quince mil habitantes, no quedaba ni la mitad. Hizo salir los heridos de la iglesia parroquial y caminar hasta el cementerio. Allí los alineó, como si fuese a fusilarlos, pero los metió en camiones y los llevamos a Paterna. Seis veces los hizo bajar durante el viaje, de las diez de la mañana a las siete de la tarde, con todo el paripé de los fusilamientos.

Al pasar por Benimamet ninguno dudó que serían pasados por las armas en el Campamento. Pero fuimos hasta el pueblo. Los hizo bajar. No todos, porque había un fiambre.

(Yo pensaba en lo mío, en la cerámica verde y azul de Paterna, en la de Manises —allí— ahí —enfrente— tras el río; en el Museo de Barcelona donde estudié la cerámica azul y dorada de Manises, azul y dorado como se empezaba a teñir el cielo).

—A bailar, cabrones.

Luego, al buen tuntún:

—Éste.

Se calló. Media hora después dijo:

—Y pensar que dentro de nada nadie se recordará.

Él, desde luego, no. Cayó dos días después, estúpidamente, al asomarse donde no debía. Tampoco yo, la mayoría de los días.

# TERESITA

*A Alfonso Reyes*

No hay nubes como las de México. Allá enfrente asoma el Popo, otras nieves en nubes esconden el Iztaccíhuatl; más abajo las prodigiosas construcciones indostánicas de Tepotzotlán entre hálitos de plata recuerdan decorados de ópera germánica mientras, al norte, la antigua carretera parte, en jade, el verde oscuro de los pinos. Azules, del color de todos sus vecinos, recogen las primeras rosas del atardecer. Suben los ruidos de la plaza envueltos en la estridencia del piar desahogado de los innumerables pájaros. El palacio de sangre seca de Cortés lo mira todo soportando yankis en mal de beberlo todo con sus cámaras fotográficas.

Pero os tengo que contar la historia de Teresita tal como la oí anoche de la boca de Mrs. L.

Mrs. L. es una norteamericana de más años seguramente de los que aparenta: la piel curtida de viejos soles, color que ya nunca se le irá, las arruguillas a millares y, ante todo, una gran nariz, verga de su cara mastelera, flameando su vela a cualquier viento. Mrs. L. es muy alta, muy larga, huesuda, con los ojos claros. Ha atravesado el Atlántico y el Pacífico en barcos de vela. Mujer de palo mayor. Fue rica, y aún tiene con qué. Aún es suya una casita en la orilla izquierda del Sena, una casa escondida, cerca de la Avenida del Observatorio, como las que quedan todavía en muchas ciudades con historia, como muestra de sus viejos barrios extremos, carcomidos por los «bloques».

Un gato se me había subido en el regazo mientras estábamos en el bar (seis comensales, refugiados de todas partes, hablaban de Nápoles, de Capri; Badoglio acababa de conchabarse con Eisenhower, y una de las presentes era italiana).

El gato ronroneaba y Mrs. L., con ese pie, me contó cómo tras una tempestad de doce días tuvieron que anclar una vez en una islita desierta del grupo de las Salomón, de no más de un kilómetro de bojeo. La isla estaba desierta. En la arena de la ensenada hallaron un esqueleto, los huesos esparcidos, y huyendo por los cocoteros encontraron un gato doméstico vuelto a su estado salvaje. Cerca de los restos de una cabaña, en el centro de la isla, dio con una miniatura de goleta a medio tallar en un trozo de madera. Deseos e imaginaciones, el mar. «Bastante impresionante», dijo Mrs. L. dando a entender un calofrío muy intelectual.

Pero yo quiero contaros la historia de Teresita. No recuerdo, quizá había cenado demasiado, si la rebelión de Franco cogió a Teresita en Madrid o no, pero creo que así fue. Bailaba entonces, o después, en un *cabaret*, que todos conocemos, Atocha arriba. Como es natural Teresita tenía un amigo, que murió, algún tiempo más tarde, en el Jarama. Teresita era norteamericana, tenía un pasaporte norteamericano e ingresó en las brigadas internacionales. Hizo cuanto había que hacer.

Cayó herida, creo que en Brunete y la evacuaron al hospital de Denia.

(Cuando hablo o me hablan de Denia, mi memoria se condensa en recuerdos de hace quince o dieciocho años, en mi primera experiencia de navegante a vela y del miedo que pasé, íbamos en aquella barquilla —con vela desvelada— Juan Chabás y yo, él muy seguro de su ciencia marinera y yo bastante confiado en ella hasta que se levantó el «garbí» de la tarde y el patrón y marinero trató de virar y volver a la playa que se doblaba lejísimos a lo raja de cebolla, sobre el mar picadillo. Sus varios intentos me parecieron mortales —yo soy un triste nadador— y toda mi esperanza se cifraba en unos haces de cañas secas encajadas bajo unos maderos que servían de asientos, paralelos a la borda. A lo muy lejos, malvas del sol atracado en ellos, los montes de Gabriel Miró. Denia y su playa, al sur Ifach, al norte Cullera, girón de Valencia y Alicante. Por las faldas y la llanura los naranjales, y, en baldosas de agua, asomando su naricilla verde, hierba todavía, el arroz).

Cuando Mrs. L. visitó el hospital de Denia dio, de narices, con Teresita, andrógina, tumbada en su cama vestida con una mala falda de color de rosa, sucia y vieja, y un corpiño indefinible, luciendo dos condecoraciones en el pecho y tocada con la gorra de un capitán, que se la había regalado.

—¿Trae usted prolan? —le preguntó.

—No.

—¿Cómo se comprende una americana viajando sin prolan? —refunfuñó Teresita.

El prolan, me explica Mrs. L., es un específico muy corriente en los Estados Unidos, para la menstruación.

La guerra había llegado al extremo de la retirada de los combatientes de las brigadas internacionales. Cuando Mrs. L. regresó a Valencia se interesó por la evacuación de Teresita, habló de ella con el cónsul de los Estados Unidos. El problema era que, en los libros de las brigadas, Teresita era considerada como mujer y su pasaporte era de sexo contrario. El Cónsul ordenó un examen clínico. Llevólo a cabo un médico y fuese de vuelta al Consulado.

—¿Y qué? —preguntó el funcionario— ¿es hombre o mujer?

—*Elle est faite comme vous, Monsieur le Consul* —respondió el doctor, que era belga, mal farfullaba el español y tenía sus puntas de socarronería.

No le hizo ninguna gracia la contestación al agente del State Department y fuera lo que fuera, la repatriación de Teresita se pospuso.

Mrs. L. se marchó a Barcelona, a bordo de un petrolero de diez mil toneladas.

—Todos se oponían y lo reputaban imposible. Pero yo busqué al capitán de tal petrolero en el hotel «Metropol»; un viejo capitán inglés que iba y venía ahora del Mar Negro a Valencia, y

empezamos a hablar de navegación a vela. No hay marino de verdad que se resista. Me ofreció enseguida tomarme a bordo, hasta Barcelona. Tan pronto como enfilamos al puerto tuvimos los «Savoia» encima. Nos obligaron a bajar; porque siempre es conveniente que no vean nadie en cubierta cuando bombardean. No era muy divertido estar metida en el sollado al lado de diez mil toneladas de gasolina, oyendo los estampidos de las bombas por los alrededores. Pero ¿qué le íbamos a hacer? Al desembarcar es cuando me quisieron meter en la cárcel.

—¿Y Teresita?

—Murió, como un hombre, en Gurs[28].

*Cuernavaca, 12-9-43*

# LIBRADA

## I

No le preguntó nada. Pero no tuvo duda de que Ernesto se dio cuenta de que ella lo supo tan pronto como le echó la vista encima. Acostó al chico, que la niña ya dormía, y se sentaron a cenar.

La amplia estancia, con sus equipales, su máquina de coser, la estantería de los libros, los ladrillos rojos relucientes, estaba abierta a todos los vientos, en espera de la brisa; pero los visillos de malla permanecían quietos, caídos, sin vida, el calor del día estaba todavía ahí, agazapado, inmóvil.

—¿Quieres una cerveza?

—No.

No se decidían a hablar. ¿Para qué? Conocía cierta veladura de la mirada de su mujer. Comió su hervido, y, luego, una tortilla de patatas.

—Ahora te preparo el té.

Se había aficionado a la hierba desde cierta temporada en que tuvo que tomarla por prescripción facultativa.

—Déjalo. Hazme café.

Veracruz, tan caliente, tan quieta —ahí en la calle tranquila donde vivían—, tan pueblo, tan vieja del siglo pasado, le volvía al ánimo, ahora más que nunca, el olor de Murcia, donde vivió dos años. El hueledenoché del patio *ayudaba* no poco a la rememoranza. La noche no tenía más huésped que un grillo. Unos dragoncillos se acercaban, deslumbrados, al foco de la galería. En eso se equivocaba: estaban al acecho de mosquitos.

La mujer salió de la sala, que para todo servía, fue a la cocina, reavivó las brasas y puso a calentar el agua. No tuvo ganas de ponerse a fregar, fue a sentarse frente a su marido, que estaba llenando parsimoniosamente su pipa. Se miraron un momento. Luego él encendió su mechero, lanzó dos bocanadas de humo y le dijo, en el tono más natural que pudo:

—Mañana.

Librada no contestó: se ahogaba. Se levantó y volvió a la cocina. Allí la siguió Ernesto; se quedó en el umbral, mirándola: llenaba el recipiente de la cafetera egoísta con café molido. Volvió

la cabeza hacia el hombre:

—¿Por la mañana o por la noche?

—El barco zarpará pasado, al amanecer. Tendré que dormir allí.

—¿Ya lo sabe el patrón?

—Se lo dije esta noche.

—¿Dónde le dijiste que ibas?

—A La Habana.

Ernesto Rodríguez Monleón es de Manzanera, allá por la provincia de Teruel. Ya no es ningún niño: cuarenta años y bastantes canas. El aire bonachón y cerca de setenta kilos. No muy alto. Buen mecánico.

Sabe que Librada no le va a preguntar nada. Se le acerca, le pone una mano en el hombro. La mujer, serena, le mira los ojos en los ojos.

—Lo malo —dice él— es que no podremos escribirnos.

—No te preocupes.

Busca algo más que decir. No se le ocurre más que una frase hecha: «Lo primero es lo primero», se la calla.

—Ya hierve —dice, por el agua.

Toma un trapo para sostener el asa de la ollita y no quemarse, pero no acierta, se quema. El dolor le produce alivio.

—Vámonos afuera.

El café empieza a gotear, prietísimo, en el vaso.

—Si sucediese algo, ya te avisarían.

Salen a la galería, se sientan en un sofá de anea. La mujer deja el café en una mesilla de pino. Aparta unos juguetes para hacer lugar. No dice, como cada noche: ¡Esos chicos, como si no tuvieran donde dejar sus cosas! A los dos se les va la imaginación a España. Ella piensa en Madrid; él, en la cárcel de Valencia.

De pronto empieza a llover torrencialmente. El ruido manso del agua les apacigua.

—¿Qué ropa te vas a llevar?

La pregunta es ociosa: la que tiene no le va a servir, como no sea la interior. Y ésa hace días que está preparada.

Ernesto vuelve a encender su pipa. Toma el café a sorbitos. Mira a Librada. Un trueno lejano y el agua mansa. Uno de los dragoncillos da un salto y se traga una mosca. A lo lejos, el ulular de la sirena de un tren. Otra vez la soledad de la lluvia. A la luz de un relámpago se dibujan las airosas siluetas de los dos cocoteros de la casa vecina. El gato sale de la habitación de los niños y viene a acurrucarse en el regazo de Librada; lo acaricia. Ernesto sabe que quisiera tener sus manos entre las suyas, se resiste. Pero acaba por acercarse a ella y le pasa el brazo por los hombros.

La lluvia se hace menuda. Las hojas de la buganvilla dejan de temblar y relucen a la luz amarilla del foco.

## II

*Cárcel de Alcalá de Henares, 2 de octubre de 1948.*

Mi querida esposa:

Te escribo estas líneas para decirte que estoy bien y que me van a fusilar esta noche o mañana. Tú sabes que no me importa más que por ti y por nuestros hijos. No me importa morir porque esto entró siempre en lo posible cuando me dijeron que yo tenía que venir a nuestra querida España para trabajar en el interior y organizar algunas cosas que no marchaban muy bien. Desgraciadamente no pude hacer nada porque enseguida me denunciaron y cuando intenté ver al primer camarada, ya estaban ahí, dispuestos a cogerme. No me pude defender porque no llevaba ningún arma y porque me cogieron de sorpresa. Por mucho que supusiese que esto estuviera lleno de traidores no podía ponerme en guardia antes de dar el primer paso. Debía de haberlo hecho, pero no lo hice. Que sirva de ejemplo, nunca hay que descuidarse. El soplo tuvieron que darlo desde Francia. Por lo visto sabían que yo tenía que pasar y me esperaban. Como no había hecho nada, intenté defenderme con la verdad, pero sabían muy bien quién era yo y me condenaron achacándome no sé cuántos crímenes pasados, que yo, naturalmente, no he cometido y que dudo que nadie haya llevado a cabo.

Pero basta ya de eso. No me queda mucho tiempo, porque hasta ahora no me han dado permiso de escribir y lo hago mal, primero porque nunca fui muy bueno para la letra, y luego porque me duele mucho la mano de un golpe que me di, sin querer, con un barrote. Ni siquiera sé si esta carta llegará a tu poder o irá a parar al cesto de los papeles o la guardarán como recuerdo en mi expediente. Pero me han dicho que podía escribirte como favor especial del Generalísimo, tan espléndido y generoso. Esto último no me lo dijeron, lo escribo yo, tan agradecido.

Librada: me van a matar, y lo siento. A cualquier buen comunista le sucedería lo mismo. Estoy contento de haber hecho lo que he podido, aunque estoy disgustado de no haber hecho más. Pero hay otros, ellos llevarán adelante lo que la traición ha impedido que haga yo. Lo único que te pido es que les digas a los chicos cómo muero y que se den cuenta de la lucha para la que han nacido, y que espero que sabrán continuar sin desmayar, en las gloriosas filas del Partido Comunista. Librada, lo siento mucho por ti, porque te vas a quedar muy sola. Sé que ni el Partido ni los camaradas te abandonarán. También sé que no es lo mismo, pero te pido que recapacites y pienses que he muerto por la causa mejor y más gloriosa y para que nuestros hijos sean felices y libres en una España sin cadenas, donde el comunismo sea una realidad. No me importa morir, sólo me preocupáis vosotros y el gran disgusto que te vas a llevar. Por otra parte también me alegro de morir en España. No sabes la emoción que sentí al volver a pisar la querida tierra de nuestra patria. Es algo tan grande que no se puede describir. Era estar de nuevo en casa, ponerse las alpargatas quitándose los zapatos que le hacían a uno daño. Tú sabes lo bien que lo pasamos en Veracruz, al fin y al cabo no nos faltaba nada. Pero no sé, no sabría cómo decirte, lo que sentí cuando oí por primera vez hablar en español de verdad. Se me revolvió todo, a pesar de que me sonaba algo extraño: no en balde pasamos tantos años en México, que ya no podría escribir con j. España me hizo la impresión de ser más pequeña que cuando la dejamos, como si estuviera encogida, o como si hubiera crecido en nuestro recuerdo los años que pasamos fuera de ella, o tal vez porque América es más grande.

No pensaba ver a nadie de la familia, ni de la tuya, como puedes suponer. Pero mis padres se enteraron por los periódicos y vinieron a verme. Fue una imprudencia que no pude evitar. Mi padre está muy viejo, muy acabado; la madre está igual. Tuvimos una entrevista, hace dos días, y no nos dijimos casi nada. La madre lloraba, aunque se veía que no quería. Me preguntaron por ti y por los niños. Trajeron las fotografías que nos hicimos en Mocambo; así os pude volver a ver. Acabo de escribirte que no nos dijimos nada y es verdad. Además, ¿qué nos podíamos decir? Por si fuera poco no se nos despegaron los dos guardias. Siento morir sin haber vuelto a ver algo más de España y a algunos compañeros, para poder decirles que a pesar del tiempo transcurrido y que muchos refugiados han olvidado la razón que los sacó de su tierra, todavía somos muchos los que estamos seguros de que algún día no lejano volveremos como debemos volver. Pero me han tenido incomunicado todo el tiempo y moriré con ese pesar. No siento morir, sino que acaben conmigo sin haber podido estrechar la mano de un camarada. Es lo único que he deseado ardientemente estos días, así me tengo que reconcomer y hallar satisfacción en mí mismo. Ha sido lo más duro. No tienes necesidad de decir a todos que no solté prenda de lo que les interesaba saber. Se dieron cuenta bastante pronto y me dejaron en paz. No sufras pensando en lo que sufrí, ya te digo que fue poco. Bueno, Librada, ya no somos niños y pasamos lo nuestro: bueno y malo. La vida nos dio de todo y tuvimos muchas alegrías, acuérdate de ellas siempre que te acuerdes de mí, y piensa que de alguna cosa tenemos que morir y que hacerlo como yo lo voy a hacer es más rápido y sin dolor que si hubiese tenido alguna enfermedad o me hubiese atropellado un coche, como al pobre Ricardo.

Da muchos recuerdos a todos los camaradas, abraza muy fuerte a los niños, y para ti, compañera, con este abrazo que te envío va todo el cariño que te tuve y el que te tengo y el deseo de todo mi corazón de que tengas bastantes fuerzas para resistir este mal golpe y rehacer tu vida.

No me arrepiento de nada de lo que hice y si hubiese que volver a hacerlo, igual lo haría.

Estoy buscando una frase para acabar esta carta, la más larga que escribí en mi vida, y no la encuentro. Si no fuese porque para mí quiere decir otra cosa te pondría lo que me dijo la madre al despedirse de mí: que Dios te bendiga. Tú me entiendes, siempre me entendiste. Sé feliz.

Tu marido que lo es,

Ernesto.

### III

*Manzanero a 16 de octubre de 1948*[29]

Apreciada e inolvidable hija Librada:

Después de saludarte cariñosamente deseándote disfrutes de un perfecto estado de salud en compañía de nuestros queridísimos nietos, pasamos a decirte que estamos bien de salud, aunque muy acobardados debido al tiempo, te diríamos muchas cosas, pero como la mano que lleva la pluma está temblorosa debido a los 84 años, me tendrás que perdonar. Lo que siento es que ya te podré escribir poco. Recibimos tu cariñosa carta fecha dos de junio el 13 por la que vimos que estabais todos bien de salud, de lo que nos alegramos mucho. Alegrándonos que al recibir la presente continuéis igualmente. Nosotros bastante bien dentro de lo que cabe. Tenemos muchas ganas de estrecharos entre nuestros brazos, el 10 de diciembre hará diez años que nos separamos, pero el hombre propone y Dios dispone. Nosotros vamos perdiendo las confianzas de bolberos a ver.

Ya te habrán mandado decir que el día de san Jaime inauguraron un gran salón de café frente a la casa de Tomás. Y el Otel Paraíso lo están reconstruyendo para inaugurarlos el próximo año. También querida hija hemos recibido tu cariñosa carta fecha cuatro de agosto por la que vimos que estáis pasando un calor horrible y que en realidad teneis que pasaros una parte del día en el agua como los pezes. Es una verdadera maravilla el panorama de la tarjeta debe de ser precioso todo en ese país pero ¡y los temblores de tierra! También nos decías que ese amigo tuyo seguía en La Habana. Pero nosotros ya sabíamos que no era verdad. Aquí hay mucha gripe aunque benebolan en la casa que entra la pasan todos.

Ay os mandamos un paso doble del balneario para que os lo aprendáis. Lo ha copiado Edmundo en música. Es un paso doble sin acompañamiento y se intitula Manzanera y su balneario[30]. Espero que os gustará.

Aquí ya sabrás que no pasa gran cosa y que (*una palabra borroneada*). El padre de Rosario ya sabrás que murió hace cosa de un mes y Pilar continua enferma y sin esperanzas de que se apañe. El señor Tomas y Encarnación ya son Aguelitos de un Ernestito muy majo que todavía no tiene un

mes. No se si sabrás que estuvimos en Alcalá para ver a un Amigo nuestro que estaba muy enfermo. Desgraciadamente no se pudo hacer nada para aliviarlo. Que en Paz Descanse. Tampoco nos quisieron decir donde lo iban a enterrar. Como ves todo son desgracias. Nos acordamos todos los días de ti y te tenemos presente en nuestras oraciones y a nuestros nietos que no conocemos y que seguramente no conoceremos aunque es lo que mas quisiéramos. Todos los días rezamos el rosario con algunos amigos para la salvación del alma de ese Amigo que te hablamos.

Sin más que nuestros cariñosos besos a los niños, también los recibiréis de casa de María y Lucila, las becinas y amigos de nuestros hermanos y Gloria. Mucha resignación, hija mía que tienes a tus hijos para que se te pasen las penas y recibe el más sincero cariño con un fuerte abrazo de quienes no te olvidan.

Tus padres.

## IV

*(Artículo de España Obrera y Campesina, periódico clandestino, publicado en Madrid con fecha 20 de abril de 1950).*

### EDITORIAL

Nuestro Partido tiene una línea política justa, cuenta con el apoyo de la clase obrera, los campesinos y las grandes masas populares. Pero nuestro Partido necesita todavía elevar su nivel ideológico y político, no es bastante contar con miles de militantes heroicos y audaces. Tenemos que liquidar los métodos artesanales en el trabajo clandestino del Partido, métodos que conducen invariablemente al fracaso. Sólo así aprenderemos a luchar contra los agentes del espionaje y de la provocación, contra sus métodos execrables y perversos.

La lucha que libra nuestro Partido es una lucha decisiva, una lucha sin cuartel, una lucha a muerte. Pero para vencer necesitamos aprender a combatir mejor. Nuestro enemigo tiene una larga experiencia en la represión y en la provocación y posee una vasta organización que se dedica única y exclusivamente a la lucha contra nuestro Partido. Los miembros de esa Gestapo acuden a los más diversos medios para introducirse en las filas de la Resistencia. A veces son descubiertos, otras no. En fábricas, minas y talleres hay ahora muchas caras nuevas entre las que puede camuflarse algún policía.

Sin embargo todo ese aparato policíaco no podría por sí solo cumplir los fines de represión y provocación si no estuviese ayudado por socialistas de derecha y anarquistas, a veces con un pasado «antifranquista» y hasta «revolucionario». Saber descubrirlos es una cuestión de primera

importancia teniendo en cuenta que obtener pruebas concluyentes de su traición es casi imposible.

Pero el enemigo no sólo utiliza a estos elementos. Introduce sus agentes en nuestro Partido, los mantiene camuflados durante mucho tiempo hasta que considera llegado el momento de arrancarles el antifaz. A veces las delaciones no les sirven para salvar el propio pellejo.

A pesar de la vigilancia revolucionaria es evidente que algunos de estos elementos lograron introducirse en nuestro Partido y ocupar puestos de confianza. Hay en estos años de lucha clandestina un ejemplo característico para minar y destruir nuestro Partido desde el interior: el caso del traidor Ernesto Rodríguez Monleón.

¿Quién era Ernesto Rodríguez? Rodríguez era un aventurero sin escrúpulos, con toda evidencia un agente del Intelligence Service inglés. Empezó a trabajar entre los grupos anarquistas, lo que debió hacernos mucho más cautos de lo que fuimos. Debíó de trabajar a gusto de sus amos y lo hicieron ingresar en nuestro Partido. Consiguió ocupar un puesto de alguna responsabilidad en Valencia. Allí su actividad se caracterizó por el sectarismo, por la indisciplina, por la suficiencia y el menosprecio hacia los militantes del Partido.

Al terminar la guerra, Rodríguez queda en España con un plan preconcebido. Pasa por la cárcel. Ante los miembros del Partido presos con él aparece como un hombre que ha sido bárbaramente torturado, pero que se ha mantenido entero. Amparado por esa «leyenda», toma posición contra el pacto germano-soviético. Los compañeros no se dan cuenta que la posición de Rodríguez era producto de su personalidad doble, de su traición. Rodríguez sale a la calle en 1940, justificando su libertad por una estratagema, haciendo creer que se habían equivocado de nombre. Pudo escapar a Francia y llegó a México. Con gran astucia se quedó en Veracruz y se pone a trabajar en su oficio esperando que el Partido le llame. Esa doblez le dio buen resultado. Consiguió que le enviaran de nuevo a España, sabe los nombres de los compañeros con quienes tiene que entrevistarse. Aún no pasa la frontera cuando la mayoría de éstos son detenidos y fusilados. No puede caber duda de que él mismo los había denunciado al Intelligence Service antes de entrar en España. Viendo que no le puede seguir utilizando, la policía detiene a Rodríguez y sin someterle a tormento, porque ya le sacó cuanto le tenía que sacar, muere fusilado. La muerte de Rodríguez ha sembrado dudas, durante algún tiempo, en algunos camaradas. La historia del Partido muestra que la reacción y el fascismo no vacilan en destruir físicamente a sus propios agentes cuando ya han dado de sí cuanto podían dar y están descubiertos.

Hay que elevar en todo el Partido el sentido de la vigilancia revolucionaria, controlar seriamente el trabajo de los camaradas, exigir que su vida sea clara y limpia, que su pasado y su presente no tengan oscuridades para el Partido. En el trabajo clandestino ese control debe ser aún más severo. Debemos ser intransigentes con cualquier debilidad.

Este artículo fue reproducido en México. Al día siguiente de leerlo, Librada se suicidó. A su entierro asistió poquísima gente. Dos vecinas recogieron los niños. El antiguo patrón de Ernesto pagó los gastos del entierro, pero no pudo ir, por atender un asunto urgente.

Luis Morales, Gregorio Castillo y Juan Luque dejaron que las vecinas se marcharan y luego, como ya era tarde para irse a trabajar, fueron andando lentamente, entre las tumbas, hacia la entrada del cementerio. Las flores restallaban magníficas en la tarde esplendorosa. Zumbaban multitud de moscas y moscardones. Los cipreses levantaban su llama perenne en el cielo de purísimo azul.

## VI

### DIÁLOGO ACERCA DE LIBRADA

Eran amigos, refugiados los tres. Luis Morales, alto, delgado, con un ojo un tanto salido, telescópico, prestaba sus servicios de ingeniero, bastante mal pagados, en una compañía que construía nuevos diques en el puerto. Comunista desde que tenía uso de razón, nunca había ocupado, ni deseado, puestos de importancia en el Partido. Gregorio Castillo lo había sido a favor de la guerra civil, pero se separó al traspasar la frontera. Rechoncho y calvo, padecía del corazón, por lo que no había podido resistir la altura de la meseta donde había alcanzado, en el poco tiempo que residió en la capital, un buen puesto en una compañía de seguros de vida; dilema que resolvía, amigo que era de retruécanos, diciendo que el corazón del hombre está hecho para explayarse. Ahora trabajaba en un periódico local, amén de ciertos corretajes que le permitían pasarse la vida en el café de la parroquia y olvidar los disgustos que le daban dos mestizas que mantenía en barrios opuestos de la ciudad, la una cerca de la playa del norte, la otra en una casita que daba a la playa sur. Juan Luque era arquitecto, nació republicano y seguía siéndolo. Era el mejor cliente de la única librería del puerto. Su mujer fue amiga de Librada: estuvieron en el mismo refugio, en Francia, e hicieron juntos el viaje a América en 1939. Había muerto seis meses antes. Castillo había sido más conocido que amigo de Ernesto, pero no faltaba a ningún entierro. Morales tenía un gran concepto de Librada, además eran del mismo pueblo, o casi: él de Torrelavega, ella de Santoña. Castillo le había dicho, mientras Luque fue a recogerse un momento ante la tumba de su esposa: Creí que no vendrías.

—¿Por qué?

—Hombre, después del articulito...

—¿Qué tenía que ver Librada con eso...?

—Las culpas de los padres...

—No digas sandeces.

Se les unió Luque en la puerta del camposanto. La camioneta de Morales les esperaba.

—¿Vamos?

—¿Por qué no regresamos dando un paseo?

Se miraron, Luque consultó su reloj.

—Bueno.

Despidieron al chófer y se fueron andando. Juan Luque, que todo lo decía, planteó de cara la cuestión: No lo puedo creer.

—¿No puedes creer, el qué?

—Que Ernesto fuese un agente del Intelligence Service.

No le contestaron. El arquitecto porfió:

—¿Que vosotros sí?

—¿Qué importancia tiene?, —pregunta, indiferente, Morales.

Luque se desconcierta: ¿Cómo que qué importancia?

Interviene Castillo: Por cosas así salí del Partido.

Morales le mira de soslayo, con su ojo malo: ¿Y te sientes orgulloso de ello?

—No.

—Estas cosas me dan asco —prosigue Luque— porque una de dos: o era espía o no lo era. Si lo era, significa la incapacidad radical de los dirigentes que le aceptaron tantos años y entonces la vergüenza no sería para Ernesto, que no hacía sino cumplir con su deber, de espía, pero su deber al fin y al cabo, sino para los jefes engañados, que lo mejor que podrían hacer, en vista de eso, es callar.

—Para Morales —dijo Castillo— el problema no se plantea así. No se trata de que Ernesto fuese traidor o no, sino sencillamente de que el Partido, con mayúscula, no se puede equivocar. El Partido es el futuro; todo lo demás desaparece. Si le das al problema esa sencilla vuelta todo se vuelve fácil y claro. ¿O no? Lo más probable es que nunca sepamos la verdad.

—No —dijo Luque, parándose—. No estoy de acuerdo, en absoluto, de ninguna manera. Y cada vez me afirmo más en una frase de Jovellanos que no recuerdo exactamente, pero que, poco más o menos, viene a decir: «No concurriré a sacrificar la generación presente al hipotético

bienestar de las futuras».

Por fin habló Morales: Sí, la teoría de Iván Karamazov: «Aunque esta inmensa fábrica trajera las más extraordinarias maravillas, si costara una sola lágrima de un niño, no la aceptaría».

Sonrió y volteándose hacia Luque, determinó irónicamente:

—Eres un místico, y lo que es peor: un místico liberal.

Llegaban al cementerio viejo. Las lomas aparecían doradas por el sol poniente que se recostaba en el verde tierno de las altas hierbas. Las cruces pintadas de azul pálido daban al lugar un encanto melancólico.

El arquitecto se vuelve hacia Morales y le pregunta, con cierta dureza en el tono:

—¿O es que ya no sabéis jugar limpio?

Morales siguió adelante, cruzando las manos a la espalda. Habla, como siempre, en un tono menor y mesurado:

—¿Qué es eso de jugar limpio? ¿Lo hacen los demás? ¿O crees que la política es igual que el tenis o el dominó? Jugar... eso está bien para vosotros los republicanos que sois aficionados y jugáis a la política, que tumbabais gobiernos por seis votos de más o de menos, por seis votos no conseguidos porque fulanito dijo o dejó de decir, o no le consiguió una chamba al cuñado de la fulana. Esa política, ese juego limpio te lo regalo. Claro que lo mismo da, o daba. Igual montaba Dato o Sánchez Guerra, Lerroux o Azaña, Attlee o Churchill, Truman o Dewey: son de la misma camada. Pero cuando se trata de cosas más serias, bastante más serias, mucho más serias, entonces... Por el «jugar limpio» de Azaña estamos en el destierro, y eso no es nada, pero por «jugar limpio» está España como está. Esa política está mandada retirar. ¿Quién cree hoy en la ética, en la etiqueta liberal?

—Yo.

—Tú, que eres un panolis.

Eran muy amigos.

—La revolución no puede jugar limpio por la sencilla razón de que no se trata de un juego, sino de una lucha. —Sonrió, y su ojo parecía que iba a salirse—. No de una lucha libre, sino a muerte. Si no, nos fregarían de buenas a primeras. Si volviésemos a España y mandarais vosotros, nos volvería a pasar lo mismo al cabo de dos años.

—¿Entonces sólo la fuerza? Recurrir a todos los medios, sean los que sean...

—Tampoco, sino una política justa sostenida inquebrantablemente por una decisión sin fallas.

—¡Ésos son mis poderes!

—Tú sabes tan bien como yo que un error de cálculo, por pequeño que sea, puede producir una catástrofe. Hay que atar todos los cabos. No se puede hacer nada a la ligera. Un descuido, por mínimo que sea...

—«Puesto que un error pequeño al principio, grande es al fin —según dice el Filósofo en el Libro Primero del Cielo y el Mundo»—. ¿A que no sabéis a quién cito?, —pregunta Castillo, que tenía salidas de erudito—. A Santo Tomás.

No le hizo caso Luis Morales, que procuraba siempre ignorarle, y siguió:

—La revolución es una, monolítica, y no puede aceptar desviaciones de ninguna clase. ¿Dónde iríamos a parar?

—¿Pero es que Ernesto...?

—No habla de Ernesto.

—Yo sí. Y no huyas. ¿Crees, de verdad, que era un traidor? Le conocías hace años. ¿De veras crees que el Intelligence Service lo necesitaba? No me hagas reír. Yo le conocía de antes. ¡La de cafés que le tenía pagados porque no tenía qué comer! Eso era en España.

Morales no le contesta. Luque sigue:

—Aceptar el veredicto del Partido, pero estoy seguro de que en el fondo...

—No hay fondo. Yo no digo que no cometamos equivocaciones. ¿Y qué?

—Si no protestas...

—No protesto, no protestaré, porque por encima de equivocaciones pasajeras o de casos personales que no importan...

—¡Cómo que no importan!

—Nada. Absolutamente nada, si tienes en cuenta la enorme importancia de lo que se juega.

—¡También tú empleas la palabra juego!

—Déjate de pamplinas y métete bien eso en la cholla: no hay más que dos posiciones, y una sola solución, o estás con nosotros, o con los gringos y lo que representan. No hay, no existe la posibilidad de una tercera posición.

—¡Y dale! Tú con tal de no decirme lo que quiero saber eres capaz de hablar de aquí a mañana.

—Entre que se equivoque el Partido y un X cualquiera, ¿qué es mejor para nuestra causa? Plantéate así el problema, Juan. Te concedo que en un asunto personal, el que sea, el de Ernesto si quieres, el Partido mete la pata. ¿Y qué? ¿Qué hay que hacer? ¿Darle la razón a X y desautorizar al Partido? ¿Te das cuenta de lo que sucedería? Cualquiera se creería con el mismo derecho. Acabarían con nosotros en un dos por tres. El Partido es antes que todo. Si han acusado a Ernesto, sus razones habrá, no te quepa la menor duda, del orden que sea. Hágase lo que se haga, si redunde en favor del Partido, está bien. Es la única manera de llegar a un mundo más justo. No hay otro camino.

»¿O es que crees que porque, en el mundo capitalista, un político sea ladrón o haya sido un asesino tiene eso la menor importancia para su calidad de político? ¿O un poeta, para hablar de cosas que te tienen a pecho, es mejor o peor porque sea maricón o no? Las virtudes son apreciables en otros órdenes pequeños: frente a la política mundial importan un pepino. ¡Ah!, y quítate otra tontería del magín: el pensamiento sí delinque. Y más a fondo que un triste atentado personal, porque si no lo arrancas de cuajo, si está equivocado, sus consecuencias materiales pueden ser feroces. En eso somos más idealistas que vosotros.

—Decidís en nombre de miles de gentes.

—Eso dices.

—No, eso hicieron en la URSS cuando la colectivización de las tierras, allá por 1929, ¿no? Los campesinos resistieron. Murieron millones, unos de hambre, otros deportados.

—Hoy los koljoses son una maravilla. ¿Cuándo hubiesen logrado estos resultados los campesinos solos, divididos?

—Bueno, para mí lo mismo da.

—¿Lo mismo que el trigo se produzca en pequeñas que enormes cantidades?

—Sí, si se ha logrado a costa de la muerte de miles de hombres. ¿Por qué comprimir la historia? ¿Por qué ese afán morboso de ir tan aprisa, como si el mundo fuese a terminarse mañana? ¿Dónde está el placer de vivir? ¿En matarse trabajando para que mis nietos no tengan que hacerlo?

—Pero ahí llegas, por otro camino —le dijo Castillo—, a un lugar semejante al de Morales: Y la gran mediocridad reinará sobre la tierra.

—Hubo una época, entre las dos guerras, en que toda nuestra gente liberal y progresista pudo tener fe en la revolución rusa. Después de la bárbara colectivización agraria, después de los procesos de Moscú, después del pacto germano-soviético, que, digáis lo que digáis, por muchas explicaciones que tenga, y las tiene, no dejó de ser eso: un pacto entre fascistas y comunistas, ¿qué nos quedó? De pronto, en el mundo, todas las personas como yo se quedaron al garete. No sólo los españoles somos exiliados españoles: hay miles de desterrados en su propia tierra y en la ajena.

—Di lo que quieras, echa veneno entreverado de verdades, con lo que todo es veneno. No

hay más que lo nuestro. Lo demás es basura e inmundicia. Sólo en la Unión Soviética hay luz y esperanza. Sólo allí la juventud es feliz. Aunque digas que le ocultan parte de la verdad. ¿Qué verdad? ¿Toda la escoria? ¿Qué falta hace conocerla? Y eso lo siente el pueblo. Podrán intentar retenerlo los curas, o los norteamericanos, con las penas del infierno en la mano y en la boca. No lo lograrán. ¿Estás con ellos?

—¿Con quién?

—Con todos los que han traído lo que defiendes.

—No defiendo eso.

—Pues, aunque no lo creas, así es.

—No puedo renunciar a la verdad.

—No hay más verdad que la nuestra.

Luque se dio cuenta, una vez más, de que era inútil seguir discutiendo. Y le pesaba, porque Morales era su amigo. Le pesaba horriblemente. Se sentía infeliz y no abrió más la boca.

Pasaba un muchachito arreando dos cabras.

—¿Tú crees que a ése le interesa el problema que estamos discutiendo?, —pregunta Castillo a Morales.

—Posiblemente, no. Ni a miles como él. ¿Pero, qué importa? A él, por ahora, tal vez, ni le va ni le viene. No sabe. Pero llegará el día. No por eso hemos de pensar como si fuésemos él, sino como si fuese el que debiera ser, el que indefectiblemente será. ¿O es que ahora quisieras que resolvieran por ti?

—De todas maneras resolverán por mí.

—Pero habrás tomado parte.

—Tomar parte... Di mejor que tomarán por mí... Como os tragasteis al pobre Ernesto.

Morales le miró de soslayo:

—No tienes remedio.

Se iba haciendo de noche, las alamedas de la entrada de Veracruz se hacían presentes, y la brisa suave por la cima de los árboles.

Se separaron al entrar en la ciudad. Castillo y Luque siguieron juntos. El empedrado irregular dejaba crecer hierbas entre los cantos pulidos; las vallas de madera, pintadas de blanco, se adornaban con buganvillas y tulipanes dobles. Las casitas bajas se adornaban, en las esquinas —

cantinas, abarrotes—, con los anuncios hirientes de la Coca-Cola. Unos cocoteros recortaban las altas púas de sus batidores en el cielo transparente. La luna era perfecta.

—El problema —dice Castillo— es más hondo. No se trata de comunistas y no comunistas: están forjando una nueva moral. O, si quieres, desde tu posición, la falta de moral tal como todavía la entendemos. Esa carencia había sido hasta ahora privilegio de príncipes, de los de la sangre y los demás, y ha pasado a ser, como no podía menos, a principio de los más, cuando éstos han llegado al poder. Ya no hay verdad ni mentira, sino lo que sirve; a esta luz, el mundo es otro. Lo que nos sonaba a conocido en manos de los opresores, nos duele, a nosotros, educados en los viejos moldes de la honradez burguesa, la sinceridad, la buena fe que teníamos como dechado de hombría de bien.

—Y lo sigue siendo.

—Para nosotros, no para ellos. Hay que darse cuenta. Es duro, pero es el signo de nuestro tiempo. Los comunistas están en guerra y van a ganar. Como sea, como puedan y no les dejan escoger. Y mienten. Mienten a sabiendas, acabando por creer sus mentiras, porque les sirven.

—O creen que les sirven.

—Para el caso, para su caso, es exactamente lo mismo. Toma su Biblia, la Historia de la Revolución Soviética, escrita por Stalin. Está plagada de falsedades, hoy todavía perfectamente tangibles para quienes, como nosotros, recuerdan lo sucedido. Mira los dibujos que publican acerca de la Revolución de Octubre, que fotografías, y las hay, y no pocas, se cuidan mucho de reproducirlas: sería desastroso que, al lado de Lenin, casi sólo aparecieran los que hoy llaman traidores. ¿Y qué? Conviene. Así les conviene para asegurar la fuerza del Partido. Nace una nueva ética.

—Que no cuenta para mí.

—Ni reza conmigo, pero no es razón para cerrar los ojos. La violencia, la delación, la hipocresía, o lo que nosotros llamamos así, han pasado de las clases dirigentes a la masa, o están en trance de pasar; pero ya no como tales, sino como vigilancia, deber, sacrificio. Es necesidad. La interpretación materialista de la Historia ha llevado a este resultado. Los Cruzados, o los hombres del XVIII y del XIX, se engañaban acerca de sus fines: en su mayoría creían, inocentemente, que iban a librar la Tierra Santa de la presencia de los infieles, o que luchaban para imponer la Igualdad y la Libertad. Ahora nadie se engaña acerca de los fines y mienten con los medios. No es agradable para quienes nos toca vivir la época del gran cambio. Así, por eso, cualquier gesto, cualquier palabra es interpretada con mucho mayor cuidado que antes. Huelen —y no sin razón— trampas en todo. La política, de una ocupación de pocos, ha pasado a ser la pasión de muchos. La menor desviación puede ser de resultados graves para la marcha del Partido. Así cualquier acontecimiento necesita una postura franca; no caben titubeos cuando la lucha es constante, cuando de tu posición ha de resultar la del día siguiente. Ya no se puede esperar a ver qué pasa. El fin está presente a cada momento. ¿Comprendes?

—No.

—Ésa es nuestra diferencia. Lo peor es que todavía no se ha inventado una nueva terminología y tenemos que servirnos de la que se aplicaba en un universo cristiano. Eso crispa muchos nervios. Todos los conceptos de culpabilidad han cambiado del todo en todo. La culpa ya no está en los actos, sino en las intenciones; ya no es cuestión de juzgar lo hecho, sino suponer a dónde nos llevarían tus ideas; esta manera de entender el mundo acorta perspectivas, es molesto — para nosotros— pero es así. La verdad se asienta ahora en conjeturas, en algo movedido, en algo que cambia o puede cambiar cada día. Por eso los comunistas tienen en tanto saber de tu pasado, y criban los actos de tu vida personal. Tienen que estar en guardia, no por lo que hiciste, sino por lo que puedes hacer. A veces, necesariamente, pegan palos de ciego. Eso explica también su terminología excesiva: *no condenan por el pasado, sino por el futuro que suponen en cada uno*. Así se ha modificado todo el aparato de la justicia y se comprende la reacción de los no preparados ante procesos como los de Moscú.

—Es terrible.

—Si hubieses vivido mucho tiempo en un campo de concentración no te cogería de nuevas. Lo malo es que aquella vida se ha corrido al mundo entero.

—Todavía no.

—¡Por lo que falta!...

—Es terrible.

—Para nosotros, que conocimos otra manera de ser; para nuevas generaciones, no lo creo. Y buenas noches. ¿Vas a ir luego a la Parroquia?

En el cementerio, un gato rondaba la tumba de Librada.

(1948)

# *EL SOBRESALIENTE*

—Está bien: has venido a enterarte, te vas a enterar. Tienes derecho. Ahora bien, de cómo me enteré no te lo voy a decir. Si te lo crees, bueno, y si no a otra cosa, mariposa. Pero yo llego de Madrid y tú no. Otros te lo contarán de otra manera. Te doy mi palabra de que lo que yo te cuente es la verdad. La verdad no es más que una y yo la sé. Cogieron a Bernardo el 13 de junio. Mala pata o lo que sea. No vamos a analizarlo, ése sería otro cuento. La cuestión es que cayó. Sabes tan bien como yo, o mejor, lo que importaba, el nombre que tenía, el respeto... Le llevaron a la Dirección General, debió interrogarle el propio Aymar. Conocías tan bien a Bernardo como yo. Bueno, supongo. Estoy seguro de que no abrió la boca. Ni pío. ¿O tienes otras informaciones? Nunca se sabe lo que cuentan por ahí. La gente inventa por puro gusto de que crean que sabe. Los periódicos se limitaron a decir —tú los has visto— cómo se le iba a juzgar con otros: Lalanda, Pujol, Enrique, Molina. Sabes que nada tenían que ver los unos con los otros. Mejor dicho: nada tenía que ver Bernardo con el grupo de Pujol. Peor. Porque no había duda que el proceso estaría montado del todo en todo y cuando eso sucede es que tienen mucho interés en escabechar a uno, a quien sea. Ahora las cosas se hacen así. Ya sé que en tiempos pasados también: pero no se puede comparar. Y si se puede no importa: lo de antes fue antes y pasó. Importa ahora. La gente olvida pronto. A mi edad me acuerdo de muchas cosas que no tienen la menor importancia para gentes que ya son mayores. Habla uno y no saben de qué estás hablando y además no les importa. Lo mismo hicimos nosotros. A lo nuestro: cuando lo supimos nos quedamos de piedra, pero por poco tiempo. Empezamos a remover Roma con Santiago porque no había la menor duda —fíjate bien: no había la menor duda— de que le pudieran probar nada. Lo que se dice nada. Y lo de Roma con Santiago, muy puesto en razón: que procuramos llegar al Vaticano donde Bernardo tiene amigos.

Hizo una pausa.

—Aunque te parezca mentira, Bernardo no estaba al tanto. Primero porque tal vez no quisiera, luego porque no quisimos y porque no podía ser. Estaba muy quemado. ¿De dónde vendría el soplo? No importa, cualquiera con tal de ganarse el pan, o algo más de pan. Dime si alguien puede ser tan idiota para confiarse con un recién regresado, después de veinte años, tan señalado como Bernardo. Nada. Chismes, cuentos. Nadie, hombre, nadie. Dejando aparte, como te iba diciendo, que tuvo buen cuidado de no dar que hablar. Fue a vivir a casa de su hermana. Su cuñado tiene relaciones, buenas relaciones; de derecha desde el día en que su madre lo parió, dinero desde que su padre se murió; no que sean millonarios pero se defienden sin dificultad, con cierta holgura. Cuando Bernardo volvió de Londres empezó a hacer una vida tranquila, es decir: a no hacer nada. Ya estaba bien. Durante esos veinte años las pasó bastante putas. Él estaba acostumbrado a otro género de vida. Señorito de siempre. Volvió a sus viejas andadas. Al café, a otro café, a los amigos del 36 que quisieran verle. Él no los buscó. Al teatro, algunas muchachas, a las tertulias, y a escribir; bueno, supongo, porque lo que es publicar, como puedes suponer, ni hablar o yo no me enteré. No es lo mío. Total: le cayeron encima, y en chirona, como tiene nombre, fue fácil armarla; vosotros ayudasteis no poco, otros también. A pesar de eso pasaron tres meses sin noticias

fidedignas: que si en Pardiñas, que si en Ocaña, que si en Burgos; resultó Alcalá, ve a saber por qué, y que lo iban a juzgar solo. Seguimos armándola, lo sabes mejor que yo. Conseguimos que el juicio fuera público, que asistieran, de lejos, pero que asistieran, periodistas y diplomáticos. Era difícil hacer otra cosa. ¿O no lo crees así?

Hizo otra pausa.

—No te creas, fuimos bastantes amigos suyos al juicio. Tenías que habernos visto en el café, en los cafés de Alcalá. No nos atrevíamos a decir gran cosa si no conocíamos alguno que otro del régimen: siempre es una garantía. Ellos hablan de él peor que nosotros. No puedes comprender. No es que aquello sea muy heroico pero no tiene nada que ver con la España que conocisteis ni mucho menos con la que os figuráis. La cuestión es que cuando, en una tertulia, estamos con un falangista y aunque digamos lo mismo que cuando no hay ninguno, nos sentimos más seguros. Es absurdo pero es así. Lo demás lo sabes: Bernardo, a lo que ellos aseguraban, lo había confesado todo. ¿Todo qué? Nos extrañó y no nos extrañó. El dolor físico es muy privativo y el creer que no pegan a los intelectuales, absurdo. El dolor es muy particular, de cada uno. Hay quien no habla, quien inventa, quien acepta. Con Bernardo creímos que nos habíamos equivocado. Sí, no pongas esa cara, he dicho: «creímos». Por eso te digo que no sabes de la misa la mitad, ¡qué la mitad!: ni la cuarta parte. Y vamos por partes: ya nos extrañó que el juicio se celebrara en un salón tan grande. Bernardo estaba lejísimos del público y donde le tenían no le daba la luz. Quiero decir la luz directa. El sol sólo entraba donde estaba el público y de frente. Bernardo, cabizbajo, sólo supo asentir a todo. El fiscal, el defensor, le preguntaron si tenía algo que alegar, algo que declarar. Denegó con la cabeza y a otra cosa. Gran victoria del Régimen. Era otro. No me mires así: era otro. No nos dimos cuenta. Puedes suponer que si montaron su teatro lo hicieron bien, sin fallas, sin que se pudiese percibir resquebrajadura alguna. Sin eso ¡figúrate la que se hubiera armado! Sí, era otro. Como dos y dos son cuatro. Lo supe mucho después. Verás cómo: cuando me detuvieron fui a parar a Cartagena, allí conocí al que hizo el papel. La verdad: se parecían mucho. Se parecían, así en pasado. Todavía le quedaba algo. Por lo visto Bernardo no soltó prenda y debieron matarle —sin querer, desde luego, es de suponer— en un interrogatorio. Como ya se había armado el bochinche internacional callaron la noticia algunos días hasta que uno de la Brigada descubrió al Pedro Arévalo en cuestión. No era mala persona, un poco ladrón, un poco asesino, un poco fullero, un poco maricón y por entonces parecido a Bernardo como no tienes idea. Le convencieron. El Arévalo, que no era tonto, tenía sus dudas de que una vez condenado a muerte le pasearan por las buenas. La verdad, no tenía mucho que perder. Intentaron hacerlo pero intervino su defensor, un capitán Huesca —Antonio Huesca, cordobés—, y lo salvó. Respondió que no diría ni pío. Así fue. Cómo me llegué a enterar no te lo voy a decir. Desde luego, para que no hubiera dudas, lo sacaron a fusilar, lo fusilaron, lo metieron en un ataúd, lo sacaron del penal, lo metieron en un cuartel, lo sacaron del ataúd y lo mandaron a Cartagena. Enterraron el ataúd lleno de arena. ¿Contarlo? ¿Publicarlo? ¿Para qué? Bernardo está muerto. No habló: está bien, es honorable pero ten en cuenta que no sabía nada, que no estaba metido en nada. Es normal. Ahora bien, para la historia, con mayúsculas, es decir, incluida la de la literatura, le fusilaron después de haber aceptado estar metido hasta el cuello en una conspiración contra el Régimen. Queda muerto —eso no hay quien lo cambie— y muy honrado. Entonces ¿para qué nos metemos? ¿La verdad? Bueno... Un crimen más no importa cuando son tantos. Sin contar que si se llegara a saber ¿qué le pasaría a Pedro Arévalo? De acuerdo: ladrón, asesino, hijo de lo que quieras. ¿Y qué? ¿Quieres que se lo echen al colete de

veras? Está en tu mano. Te lo tenía que contar, a la fuerza. Yo soy Pedro Arévalo.

Hizo una pausa.

—Siempre he sido un segundón. No vaya a creer que es tan fácil. Bueno: tan fácil darse cuenta desde el primer momento y no conformarse. Quisieron —y yo también— que fuera ebanista. Es buen oficio. La madera me gusta y se deja trabajar. Pero en seguida me di cuenta de que nunca llegaría a maestro. Entiéndame, a maestro de verdad. Sería un oficio —y yo un oficial— como otro cualquiera. Pero lo que se dice figurar, llegar a ser alguien, jamás. Llegar a ser alguien. Hay que darse cuenta de lo que representa conformarse con ser nadie. Bueno: con no ser alguien. No que yo sea un don nadie; no, eso no. Ahí está la diferencia, señor. Porque si uno se convence de que no es nadie las cosas varían. Pero, auténticamente, ser nadie, convencerse de que uno no es nadie, debe ser muy difícil. Pero ser alguien, en mi oficio, es más difícil de lo que parece. Hay que haber nacido. Eso se nota, se nota cuando uno ha nacido para alguna cosa: ése ha nacido para torero, éste ha nacido para cómico, aquél para pintor. Lo dicen los demás, se dan cuenta. Yo no había nacido para ebanista. No que hubiera nacido para otra cosa. Lo mismo daba. Ebanista es un oficio muy bueno. Muy decente. De ninguna manera que me supiera mal haber escogido ese oficio. Lo mismo que me pasaba de ebanista me hubiera sucedido de panadero o de abogado o de fundidor. Era un segundón. Me dirá que eso le sucede a la mayoría y tendrá razón. ¿Y qué? ¿Desde cuándo tener razón ha sido una razón? Nunca. Y si se lo cree se engaña.

Hizo otra pausa.

—Ser alguien. No crea que me preocupaba mucho, pero amargaba. Un poso. Impedir que el agua estuviera clara. Algo. Claro que sin darme cuenta a todas horas. Nadie lo resistiría. No. Pero la vida acaba por tenerle a uno sin cuidado. Si uno no es gran cosa, ¿qué más da? No. No crea que sustituí a Bernardo con el afán de ser alguien. No es cierto. No me hubiese servido a mí: yo no era Bernardo, seguía siendo un sustituto. Un momento: un segundón siempre es un sustituto, no lo olvide. Es importante. Un segundón es intercambiable, como los sobresalientes. Sustituto, segundón, sobresaliente, todos empiezan con ese. Riman al revés, pero riman. Y eso que sobresaliente tiene lo suyo: es precisamente el que no sobresale, el que sustituye, el que está ahí por si acaso. Por si sucede una desgracia. El que entra a reparar. Los ebanistas solemos reparar. Es decir, también, mirar, fijarse. Y yo me fijé en que me parecía a Bernardo. No mucho, pero bastante. Ahora no se da cuenta por la barba y las gafas pero, sin ellas, doy el pego. Lo di. Me sacaron a fusilar: —Puedes dejar ahí el abrigo, me dijo el alférez—. Que te crees tú eso —le dije—. Hace frío. —Lo malo no es ir —me dijo— sino volver. Tenía razón. Yo estuve estudiando a Bernardo mucho tiempo. Me hacía gracia ver que nos parecíamos sin que nadie se diera cuenta. La verdad: Bernardo también era un segundón. No proteste. Un segundón. Si no no hubiese vuelto aquí. Me dirá que entonces ¿quién no es un segundón? Tal vez sea verdad. Pero no era Cervantes ni Calderón ni Gracián. Creo. Y él lo sabía. A eso llamo ser segundón. Me dirá que así cualquiera. Pues sí: cualquiera. No me mire así: soy Bernardo, Bernardo Candela: el sobresaliente de sí mismo. ¿Que cómo salí? Es otra historia. Si quiere se la cuento. ¿Qué más me da? Para un segundón es bastante fácil meterse en la piel de otro; ser su propio sobresaliente, el sobresaliente de sí mismo. Sin sobresalir, desde luego. Quedaba el problema de la familia. Se portó muy decorosamente. Sintieron mi muerte. Me sigue llevando luto. Claro, aquí no hubo artículos necrológicos. Todo lo más que

permitieron fue una esquila, en una capital de provincia, anunciando unas misas. Pero en el extranjero sí, muchos artículos, muchos telegramas, muchos actos necrológicos, mucha gloria, mucho fijarse en mi obra. Hasta van a representar algunos arreglos que hice el año de la nana. En todos los suplementos literarios, empezando por el *Times*, en todas las revistas, artículos como no los hubiese tenido —ni soñarlo— de no haber muerto fusilado —ajusticiado— por el Régimen. Para un segundón está bien. ¿No querrá que ahora lo eche todo a perder? No crea que hice lo que hice por ganar los artículos póstumos. No. No solamente eso: desde entonces he tenido muy buen cuidado de no escribir una sola línea. No me fuera a imaginar que era buena y se me metiera en la cabeza que pudiese trocar mi falsa gloria política por una de verdad. En general la gente no lee. Bernardo Candela se les queda en la memoria. Sí: el gran escritor sacrificado: sobresaliente. ¿Le hace gracia verme vender barquillos en la playa? ¿Por qué no? Descanso y los niños se me acercan, me pagan y le doy vuelta a la rueda de la fortuna.

Pausa.

—Soy un barquillero apócrifo. Veinte años de exilio no son cualquier cosa y más en país de lengua extranjera por bien que se la hable, que no es mi caso. Hablo inglés corrientemente pero mal. Igual que comía o vestía. Trabajaba, lo sabe y no lo sabe: radio, televisión, unos artículos; uno, dos, tres por año; alguno para México, otro para la Argentina, para Cuba, para Venezuela: teóricamente, porque los publican cuando quieren y los pagan bien o nunca. No se sabe. Cuentas con ello, y nada. Nombre sí, a menos que te creyeran muerto hace siglos. ¿A quién le interesamos hoy? Ni a los de fuera ni a los de dentro. La guerra... Quedamos como ejemplo de un pueblo que supo morir. Se descubren ante nosotros como en un cementerio. Llegó un momento en que no pude más, no aguanté y regresé. Es fácil decirlo, pero ¿con qué cara? Lo del consulado es lo de menos. En tantos años uno ha vuelto a hablar por lo menos con dos docenas de viejos amigos de la acera de enfrente. Y no pasa nada; al contrario: da gusto. Pedir el pasaporte ya es otra cosa. Declararse vencido a los veinte años de la derrota duele mucho. La mejor manera sería convencerse de que uno no tuvo razón: convertirse. Pero es difícil. Sí: allí estaban los de antes con veinte años más; los unos enterrados, los otros... Lo que más duele es la sensación de inutilidad. Haber echado su vida por la borda para nada. Esa sensación de que en ningún momento has hecho lo que hubieras querido hacer. La guerra, el exilio, el regreso con el rabo entre las piernas. Terrible destiempo. Aparte. Sí, en lo tuyo, en lo de siempre, como si no hubiese pasado nada. Fíjese bien: como si no hubiese pasado nada. Podía volver a ser el señorito de antes teniendo mucho cuidado de no sobresalir en nada. Ser sobresaliente de sí mismo teniendo mucho cuidado de no sobresalir. Estar a la defensiva en el sueño y la vigilia. Vigilar, mirar: ser muy mirado. Eso hubiese querido, pero sólo los viejos se acuerdan de uno. Desconocido. O: ¡Ah, sí! Bernardo Candela, cómo no... No faltaba más. Y ya. Acíbar. Eso sí: comer y no hacer nada. Sabes que hay otros que trabajan —trabajan políticamente— pero tienen muy buen cuidado de huirte. Te creen vigilado. ¡Ni vigilado siquiera! ¿Para qué? No poder hacer nada más que vivir en lo soñado durante años. Comer. Y no mucho, por los años. Sentirse inútil para siempre.

Hizo una pausa.

—Ahora creará que hice lo posible para comprometerme, para que me metieran en chirona y lo que siguió. No, no hubo nada de eso. ¡Ojalá se me hubiese ocurrido! No. Soy un segundón: eso

sólo le hubiera pasado por la cabeza a alguien de primera. A mí, no. Fue porque son brutos y les falta imaginación. Me cogieron por sorpresa. Ya llevaba allí casi un mes. Suponía que no existía para ellos. Y no. Había publicado un libro inútil, inútil para mi nombre, un libro viejo que ya había publicado en la Coahuila. Total: nada. ¿Por qué vinieron a buscarme? No lo sé. No sería por lo que confesé. Podía haberlo hecho cualquier otro con menos nombre que yo. Para lo que buscaban era igual. Estoy seguro de que después se arrepintieron, pero no tenía remedio. Además nadie iba a creer la verdad. Usted mismo no se lo cree y se lo cuento yo.

Hizo una pausa.

—Lo más triste es que esto está como antes, pero un antes que no conocimos, un antes como nos figurábamos que era, proyectado hacia el porvenir. Ya no sé qué pensar. Queda lo muy pasado. España es un país de eruditos para eruditos. Yo soy un erudito y usted, aunque no lo sepa, también es un erudito. Aquí todo está muerto. Aquí no hay nada, no existe. No crea que me pegaron tanto. No. Es la verdad. Aquí se vive sin darse cuenta, no una sino dos o tres vidas. No tiene importancia. Lo que cuenta es el folklore. Nunca ha tenido tanta importancia el cante jondo. Sí: además están los sucesos, las cárceles, pero como aderezo o mejor como aderezo del aderezo: sal y pimienta a lo sumo. ¿Juegas?

Le dio fuerte a la rueda dorada, la lengüeta de asta blanquinegra se deslizó doblándose rápidamente por los clavos brillantes que circundan los números.

# *REVERTE EN HUELVA*

—¡Hombre!, ¿a qué se debe tanto bueno?

—Ya ves.

—Meses que no nos vemos.

El profesor se atasca un momento, luego va a lo suyo:

—A ver si quieres firmar esto.

—No.

—Pero si no sabes...

—Ni quiero. Sencillamente, ya no firmo ninguna protesta, ni nada en favor de quien o de lo que sea. Ya está bien. Hace treinta años que basáis vuestra política en comprometer a la gente de esta manera: Pues fulano ha firmado... ¿Sabes? Zutano no ha firmado... Y basta para que los tengáis en más o menos. No os dais cuenta —si os dais— de que no sirve para maldita la cosa, como no sea para llevar un censo de quién está con vosotros y de quién flaquea. La gente ya no lee los documentos sino la retahíla de nombres que los calza. Todavía cuando era cosa de Romain Rolland o de Gide..., pero habéis rebajado tanto las cosas que ahora hasta importa que un periodista de mala muerte como yo lo firme o deje de hacerlo. ¿Sabéis lo que hace Franco o el Secretario de las Naciones Unidas con vuestros documentos...?

—Está bien, perdona.

—Y ahora, ¿qué cuerda se os ha roto?

—Olvidalo, no tiene importancia: uno más que han detenido.

—¿Y crees, de verdad, que estas firmas van a servir de algo como no sea para agravar el caso?

—Así se han salvado algunas vidas.

—Y hundido otras.

—En el fondo, es que no quieres que tus apellidos aparezcan al lado de los nuestros.

—No.

—Sé a qué atenerme. Y luego vais diciendo por ahí: siempre firman los mismos. ¿Cómo no, si los demás, como tú, se niegan?

—Dejando aparte la comodidad...

—Y tu cobardía.

El profesor se arrepiente, aunque pocas horas después —tras no pocas dudas— se justifica.

No se volvieron a hablar. Así cobró el periodista fama de anticomunista. No le supo mal, además de convenirle. Pero, cuando se enteró de quién se trataba, en el documento en cuestión, le remordieron los recuerdos, no por Jacinto Muriel —el preso— sino por «su padre»: *Reverte de Huelva*. Lo conoció en Barcelona, cuando él no era más que redactor —de tercera clase— de *El Día Gráfico*, suplente del suplente del cronista de toros.

Por casualidad hablé de ello con él, días después, cuando fui a verle para pedirle que publicara algo, en el periódico en el que trabajaba —casi de mandamás—, acerca de la fiesta «de quince años» de una de mis hijas.

—¿Jacinto Muriel?, —dije—. Jugábamos juntos en la Unión Deportiva de Montpellier. Él de portero, yo de medio centro. Salió del equipo por una sonada: íbamos a jugar contra el Lille, en Orleans. El sábado por la noche le llamaron por teléfono: se estaba muriendo su madre. Le dijo al entrenador que se iba en el tren que pasaba media hora más tarde. El entrenador, un italiano de buen peso, se puso hecho una fiera. Los napolitanos son casi tan mal hablados como los españoles, sin contar que no tenía quien sustituyera a Muriel. Mi Jacinto se la soltó: —¿A lo mejor tiene usted alguien para reemplazar a la suya (su madre)? Y se fue. ¿Usted le conoció?

—No. A su padre: *Reverte de Huelva*.

—Siempre creí que Muriel era catalán por todas partes.

—*Reverte de Reus* no suena. Dejando aparte que hijo, lo que se llama hijo de verdad, Jacinto no lo era. *Reverte* fue algo serio. Cuando pasa el tiempo y me pongo a recordar, me quedo de piedra. Ahora ya no hay tipos así. O, si los hay, no los conoce uno. El tiempo encierra a cada quien en su nicho mucho antes de diñarla. *Reverte* era un matarife de primera: despellejaba treinta ovejas en el tiempo que otro no pasaba de diez. Hábil, lo que se dice habilísimo con las manos: se afeitaba en un minuto; pero bien, ¿eh? Una pasada de brocha, una de navaja y ya estaba. Y no crea que no tenía la barba cerrada, que sí la tenía. Y buen mozo, guapetón, valiente: siempre con una puntilla en la faja —por oficio y gusto—. Como lo decía su apodo: torero. Debió empezar como becerrista a principios de siglo. No pasó de novillero; allá por 1920 solía matar seis erales —sin picadores— un domingo, fuera de temporada. Templado. Más bueno que el pan. ¡Qué digo bueno!, buenísimo. No lo querrá creer, pero era hijo de la superiora de las monjas del Hospital. (No precisa cuál; pero vi que para él —el que hablaba— no había más que uno. Lo estaba viendo: con una portada gótica temprana). Gran tipo. Tuvo muchas novias. Luego se lió con una. Eso pasa casi siempre a los tenorios. A los veinte años de vida marital, como decimos aquí, *Reverte* tendría ya cerca de los

cuarenta, va un becerro traidor, me lo coge, y al hospital. Le atendieron como si hubiese sido un rey, pero la madre superiora (otra ya, claro) le obligó a casarse, en la capilla, antes de que le dieran de alta. No le hizo gracia, pero... Lo malo, que la Amparo, ya «legítima», pescó allí mismo un tifus que la dejó mal de la cabeza. Le advierto que era buena, pero de la cochina enfermedad le entraron manías, entre otras la de ponerle cuernos al guapo de *Reverte*. Todos lo sabíamos, menos él. Bueno, eso pasa muchas veces. Las cosas fueron a peor, la mujer le tomó tal asco que ni acercarse le dejaba. Aquello no tenía explicación y menos el echarle la culpa a las bendiciones como hacía el *Chato de Morón*, un banderillero mala follá e hijo de puta, muy amigo de mi paisano. Como comprenderá, a mí las sotanas me caen de la patada, pero aquello no tenía nada que ver... No fue la misa sino el tifus. Unos meses más tarde quedó embarazada (¡Qué tino tengo!, decía el pobre *Reverte*), y dio a luz, en el hospital, a un niño que nació muerto. En la cama vecina, en cambio, la diñó la parturienta y la Amparo empezó a darle de mamar al recién nacido. El chaval se aficionó a ellos como no tiene idea. Se escapó cuatro veces de su casa para ir a vivir con ellos —la verdad es que su padre se había vuelto a casar y, aunque la nueva no era mala, como es natural, no era su madre—. Además, ya se lo he dicho, el *Reverte* era de pastaflora. El niño se llamaba Jacinto Muriel. Así que no crea que le contaba eso a beneficio de inventario, ni que me iba por los cerros de Úbeda.

—¿Qué fue de *Reverte*?

—Ésa es otra, la Amparo desapareció, bueno, se volvió a su pueblo. Jacinto iba a verla de cuando en cuando. *Reverte* siguió en lo suyo. Un día estábamos en un café del Paralelo: me acuerdo como si fuese hoy. Estábamos sentados al fondo, dos o tres toreros, el apoderado de Barajas, uno del matadero, *Reverte* y yo. Y entra una gachí, debía tener unos dieciocho años, preciosa, lo que se dice una mujer de bandera. Fue preguntando de mesa en mesa. Yo le digo a *Reverte*: —Ahora verás, nos toca a nosotros. En ésas unos torerillos que estaban unas mesas más allá nos señalan y la joven se viene derecho y pregunta a lo ídem:

—¿Quién es *Reverte de Huelva*?

Va *Reverte* y contesta, claro: Yo. Y la chica se le echa en los brazos llamándole: Papá. De veras; Rosario se llamaba, y Torta jada como él, y no sólo eso, sino que dieciocho años antes la había reconocido como hija. Era, claro, una historia vieja. Una novia que le engañó: le buscó y le hizo creer que la cría era suya. *Reverte* la inscribió a su nombre. Luego aquella mujer —Rosario se llamaba también— encontró algo que le convino más y se fue a vivir, creo que a Manresa; se murió el fulano y a los años mil se acordó del buenazo de Enrique —*Reverte* se llamaba Enrique Tortajada—, le buscó y lo encontró. Mandó la niña por delante y todo se arregló en un dos por tres: se las llevó a vivir a su casa. Jacinto Muriel abrió ojos de a palmo; bueno, es que la chica era pintada y gustarle a cualquiera: frescachona, bien plantada, con un par de pitones que ¡para qué le cuento! Ahí fue ella. *Reverte* se puso frenético: «Que era como si fuera su hermana». El caso es que los convenció y la chica se casó con un sinvergüenza. Resultado: que *Reverte* tenía que mantener a la mujer —que no era su mujer—; al hijo —que no era su hijo—; a la hija —que no era su hija—; al yerno —que no era su yerno—; al nieto, que era un demonio; al copón... No le importaba. Todavía con cerca de cincuenta años, hablo de antes del 36, ve a la Nuria —así se llamaba la de turno, por otra parte la última que le conocí— en compañía de un vejete, en el bar-restaurant de

Alejandro; no sé si se acuerda, casi en la esquina de Conde de Asalto; a punto de comerse una paella, que allí las hacían como Dios. Digo un vejete porque habla uno siempre con los ojos de entonces, pero tendría más o menos la edad de *Reverte* y la mía, pero ¡cómo se va a comparar! Sin contar que uno siempre es más joven que los demás de sus mismos años. Bueno, pues sin inmutarse, él era así, me dice:

—Espera, subo un momento a casa.

Vivía una manzana más allá: una cuadra (se creyó en la necesidad de explicar). Yo, como le conocía, no me preocupé, sólo tenía curiosidad por ver por dónde iba a salir. Pues bajó con una muleta y un estoque, se plantó en medio del bar, desplegando la muleta, el estoque en la derecha, como para un natural, citó al panoli gritando:

—Entra. Entra.

Como puedes comprender, el fulano no pidió más explicaciones y nos comimos la paella entre los tres.

—¿Qué pasó con él?

—La guerra. Yo estaba en Reus. Él, que no tenía ideas políticas de ninguna clase, se portó como Dios. De verdad, eh, como Dios. Cuando llegaron los fachas se quedó en Barcelona, seguro de que no le iba a pasar nada. Lo metieron en la cárcel, lo brearon a palizas. Salió —le soltaron— para que se muriera, el 41 o 42. Jacinto había hecho todo lo posible para decidirle a que pasara la frontera con él a principios del 39, pero no quiso, tal vez porque Jacinto recogió a la Amparo, de paso. A él ¿qué le iban a hacer? Ya se vio. Hay gente ciega que no quiere darse cuenta de lo que es aquello.

—De lo que fue.

Miré al periodista con cierta sorpresa. Recuerden que acababa de llegar.

—Bueno, ¡quién sabe! Todos hablan, todos dicen, pero lo cierto es que a Jacinto Muriel acaban de enchiquerarle allí y hay que hacer todo lo que se pueda por él. Es un chico estupendo.

—¿Qué propone?

—Protestas, en la prensa, en la ONU, a los representantes de Franco, a la Dirección General de Seguridad.

—¿Y cree que dará resultado? —me dijo misericordioso—. ¿A quién piensa ir a ver?

—A todos.

—¿A los socialistas?

—Claro.

—¿A cuáles?

—A los de Prieto.

—¿Y a los demás?

—Si firman unos no firmarán los otros...

—Y hay que recurrir a los más importantes...

—Claro.

—Aunque sean de lo peor...

—¿Usted qué se creía?

—Pero seguimos así ¿a los veinte años?

—Como si fuesen días.

—¿No ha pasado el tiempo?

—En absoluto. Aquí seguimos igual que al día siguiente de llegar. Bueno, entiéndame, usted acaba de llegar, seguimos igual en eso del *Jare*, del *Sere* (que han desaparecido hace lustros); se es del PC, de la CNT, de Unión Republicana, de Izquierda ídem, etc., etc. En lo demás todos han cambiado más o menos de ideas, pero lo que es juntarse para ver de hacer algo en favor de los españoles, de España, ¡ni hablar! No sea que salga bien y caiga Franco y entonces, ¿qué? Porque lo único que les preocupa a esos jóvenes republicanos o socialistas de setenta años es quién va a ser subsecretario de Marina u oficial mayor el día de mañana.

—¿Y no hay nada que hacer?

—No, hombre, ni hablar. No le digo que no se puedan reunir unas fraccioncitas por aquí y por allí, pero lo gordo: la UGT, la CNT, los comunistas, los socialistas: ni hablar, no sea que le coman el mandado a Llopis y a la Montseny...

—¿Y *Reverte*?

—Murió solo: en el centro del ruedo, a puerta gayola, viendo venir el toro. Jacinto Muriel estaba en Francia, con Amparo, ya chaveta perdida; la Nuria se había cansado de esperar; Rosario Torta jada está aquí, en México, con tres hijos, rica. ¿Quién se acuerda de un novillero de mala muerte, de cerca de setenta años y que además estuvo en la cárcel por «rojo»? Nadie, hombre, nadie...

—No veo de qué se asombra. ¿O es que alguien se acordará de usted o de mí?

Me miró, procurando esconderse en su desinterés, fríos los ojos.

—¿Qué hacemos por Jacinto Muriel? —volví a preguntar.

—Nada. Es lo mejor, créame.

# UN ATENTADO

*A Ramón Xirau*

## a) Rafael Vila

Alto, bigotudillo, con gafas, de buen porte, familia bifronte (de un lado respetable, por otro una hermana no tanto, que pesaba en el recuerdo por ser la preferida), gustos señoritos; cigarrillos ingleses, *whisky*, corbatas londinenses, zapatones de idéntica procedencia, sin contar las telas de sus trajes, con grave desdoro para las de su país, que defendía feroz en cualquier otro aspecto. Esta manera de enfocar el problema de los tejidos de lana —de los de algodón nada tenía que decir— de Sabadell, de Tarrasa frente a los de los Shetlands o de Nottingham fue una espina que nunca se pudo arrancar, teniendo en cuenta su infinito amor a su Cataluña natal y a su lengua. Se desquitaba afirmando, sin permitir objeción, que no había *tortells* como los de Esteva Riera ni longaniza como la de Valls ni melocotones como los del pueblo de su madre.

Siempre había de ser más que nadie, en la vanguardia, en la punta. Veintidós años en 1936, habiendo leído todo «lo más avanzado», marxista, pero como el ser comunista le sabía poco se hizo trotskista que, a sus ojos, era lo más de lo más. Nunca dejarían de tener razón los más adelantados y ya que el mundo rodaba hacia la izquierda allí había de estar Rafael Vila.

Para los catalanes, el trotskismo fue una manera de aunar el comunismo con el anarquismo que llevan en las entrañas. Rafael Vila, alto, bigotudillo, con gafas, peroraba horas y horas, capaz de denunciar al lucero del alba, con tal de hablar mal de quien fuese. Además, ¿qué valía algo como no fuesen aquellos *tortells*?...

Y, ahora, ni eso existía ya: se lo aseguraba Juan Banquells que acababa de llegar de Barcelona.

## b) Juan Banquells

Pequeño, renegrido, chupado por dentro, como si en tiempos hubiese sido mayor; venido a menos, se le notaba por las arrugas que lució —es mucho decir— desde muy joven: feo, más allá del mundo en que vivía: desde niño su deseo fue ser mayor. Siempre quiso tener cinco, diez años más que los que tenía. «Cuando tenga quince años», pensaba a los diez. «Cuando tenga treinta», se

desvivía a los veinticinco. «Cuando me muera», pensó con agrado desde que cumplió cuarenta... Con una salud a prueba de cualquier cosa, que no fue poco lo que pasó.

Huérfano, lo recogieron unos tíos verduleros que viéndole tan *esquifit* no le hicieron mucho caso. Creció a la buena de Dios, que suele ser de mala manera. Los niños de su edad viéndole tan desmedrado abusaron de él naturalmente. Fue tres días a la escuela y no volvió. Jamás supo leer ni escribir, si algo aprendió de cuentas fue con los dedos. No carecía de despejo. «Cuando cumpla cuarenta años...». Los tuvo, los pasó, siempre con el deseo de ser mayor. Casó con una infeliz, florista a lo que ella decía, de las que ofrecen ramilletes a la salida de cafés y *cabarets*; se le fue con un chófer dejándole dos niños de uno y tres años. No supo qué hacer con ellos. Los dejó en la puerta del Banco de España, frente a la Cibeles, se largó a Zaragoza y luego a Barcelona.

### c) Agustín Mijares

No tenía miedo, no le temblaba la mano, no fallaría. Quería hacer lo que iba a realizar, lo veía de frente y no sesgado como el hombre que saldría por aquella puerta —el 18—, al que iba a matar de cuatro tiros.

Agustín Mijares, con sus trece años, empuña la pistola con seguridad y piensa en el chasco que se van a llevar su hermano y sus compañeros. Amanece, la campana de los Dominicos tañe una vez. Deben ser las cinco y media. Las palmeras de la Gran Vía del Marqués del Turia pierden algo de su sombra y reflejos amarillos de la tristonza luz municipal. Los macizos se recortan sobre la tierra apisonada. El viento despierta con el día, estremece levemente las ramas altas de los plátanos de Indias, sin fuerza para mover las duras hojas puntiagudas de las palmeras plantadas de trecho en trecho. Un sereno se recoge. A lo lejos, un portal se entreabre, sale una vieja con manto. El día próximo da una primera lechada al cielo. Quedan pocas estrellas. Agustín es capaz de ver todo menos esto. Enfila el paseo, fija la mirada en las aceras. Huirá por el descampado de la avenida Victoria Eugenia, atravesará la calle de Ruzafa y, tan pronto como llegue al mercado, estará a salvo. Por otra parte, a estas horas, el peligro de que le alcancen es casi nulo. Se meterá en un tranvía, lleno, desde las seis, de obreros que van a trabajar al barrio de Sagunto. Si le persiguen echará la pistola en el solar contiguo a la casa de don Rafael Recasens. Pero no cree que sea necesario. ¿Quién sospechará de él?

El portal de la casa de don Rafael Recasens, alto, ancho, con una hermosa verja garigoleada. El timbre luce su cobre en un círculo de mármol verde veteado de blanco. Tras el hierro forjado, un grueso cristal. Don Rafael Recasens sale a las siete de la mañana para ir a la fábrica. Va a pie. Todavía de buen ver.

En su casa, en casa de su hermano, han estado discutiendo toda la noche el atentado. Seis esperarán al patrón apostados cerca de la verja de la fábrica. Le vienen siguiendo los pasos hace quince días. Agustín, desde su cuarto, lo ha oído todo y decidido lo que va a realizar, primero porque le parece más sencillo y luego por ver la cara que pondrá su hermano Manuel.

Su primer atentado. Sabe que no será el último. Le parece natural. Lo es, para él.

Agustín nació el 8 de abril de 1907 en la calle de En Bañ. Su padre murió diez años más tarde, en la cárcel, y su madre recibió un balazo en la frente. Manuel, su hermano mayor, tiene doce años más que él; lo llevó a rastras. Vivieron en Barcelona. Hace poco que han vuelto a Valencia. Manuel es del ramo de la madera, como lo fue su padre. Trabaja de cuando en cuando si no anda escondido, que es casi siempre, o en la cárcel, que es muchas veces. Entonces Agustín queda al cuidado de algunos de sus compañeros. Recuerda tres casas en Barcelona, una en Granollers, otra en Castellón. El mundo está formado por patronos y obreros; los patronos en combinación con la policía y la Guardia Civil (el Gobierno en lo alto) matan obreros a mansalva; éstos se defienden como pueden. Como son más y tienen razón acabarán por vencer, no importa que caiga el que sea.

Lo que Agustín no acaba de comprender es cómo siendo tantos los obreros y teniendo tantas razones para hacerlo, no se levantan todos a la vez y arrasan en un momento a sus enemigos. Le parece que falta organización. Cuando sea mayor y le escuchen pondrá orden en todo. El problema se puede resolver en veinticuatro horas si cada pobre se encarga de acabar con un rico. Y aún sobrarán. Después la vida será fácil y agradable.

## d) Ramón de Bonifaz

Solía acabar sus conferencias diciendo: «El hombre es un ser bastante despreciable. Lo echa todo a perder, no comprende nada; desagradecido, poco admirador de lo que vale la pena. (De mí, pensaba, si todos me rindieran la pleitesía que merezco no habría problemas). Así pues: vengan guerras. ¿Qué razón hay para que no las haya? Siempre fueron, una tras otra y, a veces, a la vez. ¿Entonces? ¿Es que el hombre es mejor, es que mejora, es que alguien ha notado alguna mejoría? Si fuese así me gustaría saberlo. No, compañeros, no: todo está como estaba sólo que multiplicado. Hay más imbéciles, más idiotas, más gente despreciable, más envidiosos, más gentes haciendo el amor porque no piensan por qué lo hacen, más brutos, más animales, más hombres crueles. En cambio, el número de sabios no aumenta, el número de genios es constante. Sólo la bazofia se multiplica. ¿Tienen algo que decir?». »

Nadie replicaba. Don Ramón se envolvía en una especie de toga saliendo, superiorísimo. Al llegar a su casa le pegaba la tunda correspondiente a doña Berta y dejaba sin cenar a sus hijos más pequeños —a veces tres, a veces cuatro—, sin más razón que la que aprendieran cómo es el mundo y la justicia de los hombres.

Muy mirado, escrupulosamente limpio, gran admirador de Inglaterra, avaro y, yo diría, hasta guapo. Protestante, desde luego.

Le respetaban mucho. Daba clases particulares de economía, de derecho comparado y de esperanto.

## e) Enrique Almirante

—En el mundo, comprendes, hay algo que está mal hecho. De raíz. Desde el principio. ¿No has visto nunca esas manadas de bueyes o de terneras o de corderos que llevan al matadero para que mañana sean convenientemente abastecidas las carnicerías? *Imagen espantosa de la muerte*. ¿Qué daño han hecho estos animales? Y van a morir para ser comidos. Nada me parece más horrible. Mírales los ojos. Ya sé, decís: es la vida. Lo que hay que hacer —para darse cuenta— es mirar los ojos de los hombres... Pero los animales no han hecho ningún daño... Desde un punto de vista moral la vida es una porquería. Defiendes a un perro, a un niño, a un caballo para comértelos mejor. No tiene el menor sentido.

¿No has visto nunca camiones de terneras yendo al rastro? ¿No has visto sus ojos? ¿O corderos? ¿O conejos? ¿No se ha fijado nunca en los ojos de los perros? Claro, usted se los come.

—¿Y queréis que este mundo tenga arreglo? Mientras alguien coma carne, mientras se sacrifiquen animales, este mundo no tendrá arreglo.

Magro, desorbitado, el cuello de la camisa siempre sin abrochar, más bien sucio.

No lo pensaron mucho: aquellos cerdos tenían dinero, dinero robado, dinero que —por lo menos en parte— les pertenecía. Durante tres meses recorrieron las instituciones que los refugiados habían organizado. Sólo les dieron míseras subvenciones para ir tirando.

No era cuestión de salir de pobres sino de justicia. El trabajo era difícil de conseguir, había que perder demasiado tiempo, sin contar que ninguno —siendo hombre— quería pasar hambre. Por algo habían hecho la guerra. Ya estaba bien.

Asaltar aquella camioneta no era cosa del otro mundo: pasaba por un callejón. Se le cerraba con cualquier cosa —fue carrito de mano—, los guardias se achicarían ante las pistolas. Se sacaba la plata y en el coche de Julián Ortega, al que se lo pedirían prestado con motivo de ir a Tlalnepantla, desaparecerían en un santiamén. Eran veinte mil pesos que, en 1940, no eran cualquier cosa.

Salió mal. Rafael Vila y Juan Banquells quedaron tendidos, comiendo barro. Bonifaz, malherido duró quince días. Los demás murieron en la cárcel: Enrique Almirante, de una puñalada; Agustín Mijares de un cólico acerca del cual los médicos no se pusieron de acuerdo.

# LA MERCED

Teóricamente se reunían todas las tardes en un café de la calle del Artículo 123; así fue durante los primeros cinco o seis años, cuando ellos mismos se denominaban *refugiados*. Con el tiempo desaparecieron algunos: Rafael Correcher murió atropellado por un camión en diciembre de 1943; Luis Ayala fue a vivir a Tainpico el año siguiente; *El Piti* casó con una gachupina viuda, que tenía un restaurante en un piso de la calle de Isabel la Católica, aunque continuó viniendo los primeros tiempos de su matrimonio fue desapareciendo lentamente como si se hundiera en un cenagal; ya García Oliver se había ido a trabajar a Guadalajara y Salgado se pasó al moro, tomando parte «como elemento destacado de la CNT» en los actos de los comunistas. Los hijos eran Ángel Ballester, Pedro Pruneda *El Gallego*, José Cordobés, Francisco de Luis y José Giaccardi. En 1942 se les unió Rafael González que estaba en México desde hacía veinte años. («No sé si seré mestizo, pero sí meste, producto a medias del alcornoque y la encina, cerrado como el primero, duro como la segunda, madre de mil bellotas. Gachupín de los buenos. ¿Tenéis algo más que decir? ¿Qué somos brutos los españoles? ¿Y qué? Dios lo quiso así, por algo sería»). Segundo Olcina se reunía con ellos los sábados, sin faltar uno; tenía un taller de hojalatería en Cuernavaca, aprovechaba el viaje para comprar lo necesario.

Pruneda y Cordobés eran amigos desde hacía treinta años, albañiles que fueron en Sevilla. Los demás, menos Giaccardi que había llegado de Cuba después de pasar dos años en Santo Domingo y uno en Venezuela, se habían conocido en el campo de concentración de Argelès y hecho juntos la travesía en el *Mexique*, a fines del 39.

Todos, menos Cordobés, habían cambiado de profesión en México: Ballester primero se ganó la vida vendiendo libros por los cafés, ahora tenía una fábrica de géneros de punto que prosperaba con la ayuda de la familia de su mujer que llegó de España en 1944; Pruneda, que fue estuquista, dirigía la propaganda de una fábrica de productos farmacéuticos, su apodo le había servido de mucho al socaire de la colonia gallega (en verdad era de León); Cordobés, metalúrgico, se abrió camino en una fundición de la que ahora era encargado; de Luis, que lúe camarero en Madrid, corregía pruebas en una imprenta importante; Giaccardi tenía una tienda de mercería por la Merced después de haber sido agricultor en Chihuahua; en España vivió de recursos no muy confesables, así no atañaran a su hombría, además de ser hombre de acción de la FAI.

Quince años de vivir en México les había cambiado del todo en todo aunque ellos perjuraran lo contrario —creyéndolo—; el café era lo único que les ataba a su vida pasada. Allí nada les costaba seguir siendo intransigentes durante el par de horas que pasaban muy a gusto, de las tres a las cinco, oyendo el ruido intermitente y fragoroso de los tranvías que les hacía subir todavía más la voz; que si habían perdido hasta el acento —ninguno de ellos era catalán— mantenían el alto tono que les hacía inconfundibles.

Un día cayó por allí Marcos Solé, compañero y amigo de Pruneda, republicano de Azaña que

fue, ahora olvidado por completo de su condición española, casado con mexicana —como, por otra parte, aun sin el visto bueno de la ley, Giaccardi y Cordobés—. La conversación, para no variar mucho, discurría con vaivenes y sacudidas alrededor de la situación de España; el intruso se atrevió:

—Bueno, ustedes son anarquistas.

Hablaban, hacía años, a la mexicana.

—A mucha honra —dijo Cordobés.

—Bueno, entonces ¿por qué no han matado a Franco? No me refiero a ustedes personalmente, pero sí a la CNT, a la FAI.

—No será por falta de ganas. No creas que no lo habrán intentado.

—La cosa es que no lo han hecho.

—¿De qué serviría? ¿Para que pusieran a otro hijo de la tal por cual?

—Pero, entonces, toda su teoría de la acción directa... Porque, en fin, en nuestro tiempo, se cargaron a bastantes.

—Pse...

—Total, que se han convertido.

—No hombre, no.

—¿O es que a la CNT le va bien en el machito?

—Eso, no lo digas ni en broma.

—¿Entonces?

—Tú, como eres republicano, crees que un atentado se hace así como así.

—Ya me figuro que no. Pero no me van a decir que si lo escabecharan no iban a cambiar las cosas.

—Tal vez no.

—Eso dirán los comunistas, pero están equivocados. ¿O es que la muerte de Alejandro de Serbia no le dio otro cariz al mundo? ¿O creen que si no hubieran matado a Obregón o a Madero...? ¿Y si no matan a Julio César? Muerto el perro, muerta la rabia.

Giaccardi se acuerda de los atentados en que tomó parte. Le parece otro mundo. Y, sin

embargo, es él, el mismo que se preocupa —ahora— si faltan camisetas de punto de la fábrica del Águila, del número 4; que acaba de comprar un terreno en la nueva colonia Santa María para construirse una casa, una casa propia. A esto le había llevado matar —o haber tirado a matar— a ocho patronos, allá por el 22 y el 23, en Barcelona, y haber andado metido en el asesinato del cardenal Soldevila.

Recuerda a la madre de Ascaso, insultándolos por no atreverse; la llegada de García Oliver; como se había hecho todo de golpe, sin que sirviera de nada el trabajo preparatorio, el estudio cuidadoso de las idas y venidas del arzobispo de Zaragoza... Sí: matar a Franco. Tenía razón aquel imbécil. ¿Por qué no lo había intentado la FAI? ¿Por qué no lo habían hecho —o por lo menos intentado— en el Pardo, mientras paseaba por el parque, tal como lo había visto en un noticiero norteamericano? No tenía que ser tan difícil... Si él estuviera en España... ¿Qué, quién le impedía ir y hacerlo? Con un nombre supuesto... Llegaba a Barajas, pasaba la aduana, entraba en Madrid, iba al Pardo, esperaba, disparaba. Era un hecho. Echaba a correr. Una escuadra del 38 era suficiente. ¿Una escuadra? Así no las llamaban en España. Todavía siente en la mano —a los treinta años— el peso de su 9 larga, F. N. belga. Aquí las llaman escuadras. Aquí: en México. ¿Por qué no lo intenta? Escondido, protegido por una esquina de piedra, esperando. No fallaría: la puntería no se pierde.

—Los tiempos han cambiado.

No los tiempos: nosotros. Y no es con mítines como se va a arreglar. Hablaron mal de los comunistas, para variar.

—Mire nomás, el gachupín ese.

Era a él, a Luis Giaccardi.

—¿A poco es usted muy hombre?

No había duda que estaba borracho, ojos de pescada camino de la descomposición, las piernas abiertas, mal apoyado en la sucia pared del callejón. Le conocía: un mecapanero de la Merced, un harapo; pero que le podía clavar su fierrito como si nada. Giaccardi dio media vuelta, para tomar por Correo Mayor. No dio más que tres pasos. ¿Era él? ¿Era él, Luis Giaccardi, que siempre se había aguantado el miedo cuando lo tuvo? ¿Él, que nunca había discutido cuando se trataba de jugarse la piel? ¿Le tenía miedo a aquel infeliz, a aquella podredumbre, a ese residuo de hombre? No es miedo —se dijo— es precaución. ¿Precavido Luis Giaccardi, el pistolero? ¿Para qué? ¿Por qué? ¿De qué le serviría volverse y enfrentarse a ese desgraciado? Lo había echado del escaparate de su tienda tres días antes, al verle apoyado en el cristal quitando vista a los estambres rebajados de precio. Le entró una gran lástima de sí mismo, de Luis Giaccardi, comerciante de la Merced. Dio vuelta, fue hacia el borracho:

¿Qué te traes conmigo?

—¿Con usted patrón? Deme para una cerveza.

—Toma.

—Dios se lo pague, patrón.

Le entraron, a raudales, ganas de machacarlo, como si fuese Franco.

Pasó adelante, furioso. Ya no era nadie, sino alguien: patrón. ¿Patrón de qué? ¿Patrón de quién? Patrón de mierda para medir su terreno de Santa María.

# *LA VERDADERA HISTORIA DE LA MUERTE DE FRANCISCO FRANCO*

## I

Ignacio Jurado Martínez, nació en El Cómichi, congregación del municipio de Arizpe, en el estado de Sonora, el 8 de agosto de 1918. Tres años después, la familia bajó al ejido del Paso Real de Bejuco, en el municipio de Rosamorada, en Nayarit. De allí, cuando la mamá enviudó por un «quítame estas pajas», se trasladaron —eran cinco hijos— a la villa de Yahualica, en Jalisco. Al cumplir los ocho años, Ignacio se largó a Guadalajara donde fue bolero hasta que a los quince, se descubrió auténtica vocación de mesero. Un lustro después entró a servir en un café de la calle del 5 de Mayo, en la capital de la República.

—¿Usted, de dónde es?

—De Guadalajara.

Ser mozo de café es prestar servicios, no famulato; dependencia, no esclavitud; tiénese ocasión de ofrecer, indicar, recomendar, reconocer; lazarillo de gustos ajenos; factótum, no lacayo; maestresala, copero, no mozo; camarero, no siervo ni siquiera apellidando libertad. Un mesero tiene personalidad, mayor con los años si cuenta con parroquia fija, más ligada ésta a la costumbre que el servidor. Sólo el peluquero se le puede comparar, y no en la asistencia, menos frecuente.

Ser mesero titular otorga derechos y conocimientos múltiples. Nacho, del café Español, llegó a institución. Renunció a su semanal día libre porque nada le gusta tanto como andar de la cocina a sus mesas —ocho, del fondo—, al tanto de las conversaciones, metiendo cuchara en cualquier ocasión, que no faltan.

Le place tener relación directa con las cosas: el mármol, tan duro, tan fino, tan liso, tan resbaladizo al paso del trapo húmedo; el vidrio, todavía un poco mojado, de los vasos; la loza, blanca brillante, de tazas y platos; las agarraderas de ébano —luego de baquelita— de las grandes cafeteras de aluminio.

El aseo, la nitidez, el abrillantamiento de la piedra, logrado por el rodeo vivo del paño. (No recoge los trastos; hácelo Lupe, la «GÜera»; la trata poco, teniendo en cuenta las categorías. Mándala con mirar, pocas palabras, alguna seña de la mano). Vierte el café y la leche con precisión, a chorro gordo, de pronto cortado a ras del borde de la taza o vaso, con un recorte que demuestra, a cada momento, su conocimiento profundo del oficio.

—¿Mitad y mitad?

—¿Basta?

Le molestó la introducción del café *exprés*, que le daba servido el brebaje.

Desde el día de su llegada a la capital, el 7 de octubre de 1938, halló un cuarto en la azotea de una casa de la calle de 57, a dos pasos de su trabajo; allí siguió. Bastábale su cama, una silla, una comodita, el baño común —al final del pasillo—, un aparato de radio, para que las noticias no le cogieran desprevenido, a la hora de los desayunos. Come y cena en el café, según lo que sobra en la cocina. Vida sentimental nunca tuvo; carece de interés masculino: nació neutro, lo dio por bueno. Abundaban busconas por el rumbo, sobre todo los primeros años —las alejó el crecimiento, a borbotones, de la capital—; le conocieron, dejándole de ofrecer sus servicios; él, en cambio, no dejó de prestarles algunos, con lo que fue bien visto, como en todas partes; que eran pocas. La ciudad, para él, empieza en el Zócalo, acaba en la Alameda: la calle del 5 de Mayo, algo de las de Tacuba y Donceles; mojones impasibles, a izquierda y derecha: la Catedral, el Palacio de Bellas Artes; enfrente, los Ferrocarriles Nacionales: la Religión, el Arte, el Mundo, todo al alcance de la mano; le bastaba, sin darse cuenta de ello.

Pequeño, hirsuto, canicas de obsidiana los ojos vivísimos; barba cerrada, magro, tirando a cobrizo, limpio a medias, los dientes muy blancos de por sí y de no fumar, se movía sin prisas, seguro de su importancia, de llevar a cabo sus funciones con perfección, lo cual era relativo.

—Dos exprés, dos capuchinos, un tehuacán.

—Una coca, un orange, un cuarto de leche.

—Unos tibios, tres minutos; pan tostado. Dos jugos de naranja.

—Una limonada preparada. Dos cafés americanos.

Conoció las paredes del establecimiento cremas, grises y verdes claras (1938-1948-1956); el mostrador al fondo, luego a la izquierda (1947); el cambio de ventiladores (1955), la subida paulatina de precio del café, de 0,25, en 1938, a un peso, en 1958. Un cambio de dueño, en 1950, sin que se alteraran rutina, lista de las consumiciones, ni disposición del local, como no fuese el cambio de lugar del mostrador, antes mencionado.

—Téllez renuncia la semana que viene.

—El 1 de septiembre, Casas será nombrado embajador en Honduras.

—Ruiz pasa a Economía.

—Desaforarán a Henríquez.

—Luis Ch. es el futuro gobernador de Coahuila.

Cierto odio hacia los vendedores de billetes de la lotería nacional, que juzga institución inútil no teniendo necesidades económicas; añádese la protección un tanto prosopopéyica que otorga a los boleros, por su pasado.

Con los años y el oído se hizo «una cultura». Su concepción del mundo es bastante clara; aceptable como está. Más, constante, la curiosidad por los problemas de sus parroquianos y los planteados por los mismos; nada preguntón, por oficio, seguro de que su clientela acaba revelando, a la corta o a la larga, a unos u otros, la solución de sus casos, si la hay.

Existen, naturalmente, consumidores de paso, sin interés, a menos que entren a dilucidar un problema, y lo logren, lo cual se refleja en la propina. De por sí, el oído fino; lo afinó, como sucede con todo, con el diario ejercicio. Las fuentes de su saber fueron variadas, según las horas y el tiempo. Temprano, desayunaban en la mesa de la esquina unos altos empleados de la Compañía de Luz y Electricidad comentando la actualidad puesta de relieve por los titulares de los diarios. Dejando aparte a don Medardo García, bilioso, que sólo se preocupa de su salud, a menos que salte el tema de las inversiones extranjeras, su fuerte, y a don Gustavo Molina, frotándose siempre las manos, lector de algunas revistas norteamericanas, que pasa por listo, a pesar de los cuernos, apasionado por los chistes. Fijos eran, en la mesa contigua, dos librereros, don Pepe y don Chucho, que parecen hermanos, sin serlo; dos funcionarios de los Ferrocarriles, donjuán y don Blas, que sólo se afeitan los miércoles; dos joyeros, don Antonio y don Sebastián; todos viejos, con aficiones a la política aduanera, al cine y a los toros. Dos jóvenes empleados de confianza de un banco gubernativo hablaban, con una regularidad digna de mejor causa, de lo ingurgitado la noche anterior y sus, para ellos, naturales consecuencias. Nacho tuvo así —a lo largo de cinco años, al cabo de los cuales, por cambio normal de Presidente de la República, pasaron a ocuparse de los problemas nacionales de la pesca— conocimiento preciso de casas de lenocinio de todas calañas; lo cual le dio autoridad hasta en este tema, que no le atañía. Juntábanse, a la misma hora, en las otras mesas, tres masones, dependientes de la Secretaría de Comunicaciones, comentando tenidas y los avalares escondidos de la política nacional; el sonorenses se dio pronto cuenta de que no se debían tomar muy en serio sus constantes vaticinios de cambios en los equipos burocráticos y ministeriales. A pesar de ello, le servían, sirviendo, para darse por enterado:

—Téllez renuncia la semana que viene.

—El 1 de septiembre, Casas será nombrado embajador en Honduras.

—Ruiz pasa a Economía.

—Desaforarán a Henríquez.

—Luis Ch. es el futuro gobernador de Coahuila.

En las horas semivacías que siguen, aparecen forasteros; se encuentran amigos que se ven de tarde en tarde; cuéntanse sus peripecias, el nacimiento del último hijo, el cambio de «chamba», la perspectiva de un negocio, cómo les fue en un viaje reciente. Algún senador bebe agua mineral con un amigo particular en busca de recomendación; otro toma café con un conocido apenas, que intenta

lo mismo.

De dos a tres y media, el café se puebla de oficinistas: de Comunicaciones, de Agricultura, del Senado, de Correos, de Bellas Artes, del Banco de México, de Ferrocarriles, cuyos edificios fueron construidos alrededor del «Español».

Es la hora menos interesante: se comentan hechos pequeños, se truena contra los jefes y compañeros, se hacen planes para la tarde, se habla —poco— de la familia, se interpretan las noticias de los periódicos de mediodía, algún artículo o caricatura de los de la mañana, las agruras, el dolor de riñones, la solapada intención de un columnista.

A las dos y treinta y cinco don Luis Rojas Calzada se sentaba en su mesita cercana al mostrador, hablaba con Elena Rivas, la cajera, mientras trasegaba sus primeros tequilas antes de irse a la cantina de la esquina, a seguir tomando y jugar dominó hasta la una de la mañana. Don Luis, cajero de Ferrocarriles en tiempos de don Porfirio, se conservaba en alcohol; rojito, rejileto, feliz. Faltó el 14 de junio de 1948 porque le enterraron esa misma mañana. Sólo hablaba de lo muy pasado; el mundo, para él, acabó en 1910.

Pegado en la calle —en la mesa que por la mañana ocupaban los de la Compañía de Luz— se reúnen, antes de comer en un restorán de las calles de Brasil, Celerino Pujadas, Nemesio Santos, Mauricio González y Norberto Moreno; suele añadirseles algún conocido de todos. Para ellos no hay más universo que el que forjaron, en la década de los veinte, Carranza, Obregón y Calles. Discuten y añoran tranquilamente, aportando datos (todos guardan, a su decir, documentos inéditos que causarían gran revuelo).

—Cuando Maytorena...

—Cuando el general González...

—Cuando el coronel Martínez...

—Cuando Lucio...

—Cuando Villa...

—Eso fue cuando Emiliano...

—No, hermano, perdóname, fue Cárdenas, en 1929.

A lo largo de los años, Nacho, tuvo por esa sola mesa, aunque algo unilateralmente —lo reconocía—, un conocimiento pormenorizado de la Revolución; anecdótico y parcial desde luego, pero suficiente para sus afanes históricos, lo que compensaba ciertas exigencias acerca de la temperatura de los brebajes que tragoneaban: tibio el café de don Nemesio, hirviendo el de don Mauricio.

Cuando se retiran los «revolucionarios», empiezan a llegar los «intelectuales», que ocupan,

durante tres horas —de tres y media a seis y pico—, las tres mesas del centro.

Los Revueltas, Jorge Cuesta, Xavier Villaurrutia, Octavio Barreda, Luis Cardoza y Aragón, Lolito Montemayor, José y Celestino Gorostiza, Rodolfo Usigli, Manuel Rodríguez Lozano, Lola Álvarez Bravo, Lupe Marín, Chucho Guerrero Galván, Siqueiros, a veces Diego Rivera, hablan de literatura, de la guerra española, de arte; unos de otros, mal por lo común. De teatro, de política, de viajes, de las noticias de los ausentes. Comentan las revistas propias y ajenas. De cine.

La noche, en México, no es propicia para el café; sí para el amor. Entran y salen mujeres al acecho, cinturitas, jotos. Algunos empleados cansados; varios provincianos haciendo recuerdo de lo hecho y por hacer antes de recogerse en los hoteles cercanos. Dos o tres burócratas en mal de horas extraordinarias.

Las meretrices callejeras le tienen al corriente de los chismes de unas y otras, cuidadosas de callar —como no sea de bulto— los azares de su profesión.

A las nueve y media se bajan las cortinas de fierro. A las diez, tras mojar dos panes de dulce en su café con leche, a dormir despaciosamente.

Todo cambió a mediados de 1939: llegaron los refugiados españoles.

## II

Varió, ante todo, el tono: en general, antes, nadie alzaba la voz y la paciencia del cliente estaba a la medida del ritmo del servicio. Los refugiados, que llenan el café de la mañana a la noche, sin otro quehacer visible, atruenan: palmadas violentas para llamar al «camarero», psts, oigas estentóreos, protestas, gritos desaforados, inacabables discusiones en alta voz, reniegos, palabras inimaginables públicamente para oídos vernáculos. Nacho, de buenas a primeras, pensó regresar a Guadalajara. Pudo más su afición al oficio, la cercanía de su alojamiento, la comodidad, el aprecio del patrón (feliz con el aumento consumicionero, que le permitió traspasar provechosamente el establecimiento a los tres años). El hondo resquemor del inesperado y furioso cambio no desapareció nunca. Sufrió el éxodo ajeno como un ejército de ocupación.

Los recién llegados no podían suponer —en su absoluta ignorancia americana— el caudal de odio hacia los españoles que surgió de la tierra durante las guerras de Independencia, la Reforma y la Revolución, amasado los mismo con los beneficios que con las depredaciones. Ni alcanzarían a comprenderlo, en su cerrazón nacionalista, con el orgullo que les produjo la obra hispana que descubrieron como beneficio de inventario ajeno, de pronto propio. Jamás las iglesias produjeron tanta jactancia, y más en cabezas, en su mayor número, anticlericales.

Los primeros años, la prensa más leída, partidaria de Franco, les solía llenar de lodo; mientras los revolucionarios, en el poder, antihispanistas por definición, los acogían con simpatía

política, los opositores —*carcas y gachupines*— los vieron con buenos ojos, por españoles, repudiándolos por revolucionarios. Un lío. Para Ignacio la cosa resultó más fácil, los despreciaba por vocingleros.

A los dos meses, supo de la guerra española como el que más.

Hasta este momento, las tertulias habían sido por oficios u oficinas, sin hostilidad de mesa a mesa. Los españoles —como de costumbre, decía don Medardo— lo revolvieron todo con sus partidos y subdivisiones sutiles que sólo el tiempo se encargó de aclarar en la mente nada obtusa, para estos matices, del mesero sonoreense; por ejemplo: de cómo un socialista partidario de Negrín no podía hablar sino mal de otro socialista, si era largocaballerista o «de Prieto», ni dirigirle la palabra, a menos que fuesen de la misma provincia; de cómo un anarquista de cierta fracción podía tomar café con un federal, pero no con un anarquista de otro grupo y jamás —desde luego— con un socialista, fuera partidario de quien fuera, de la región que fuese. El haber servido en un mismo cuerpo de ejército era ocasión de amistad o lo contrario. El cobrar los exiguos subsidios que se otorgaron a los refugiados los primeros años, subdividía más a los recién llegados: los del SERE frente a los del JARE, así fuesen republicanos, socialistas, comunistas, ácratas, federales, andaluces, gallegos, catalanes, aragoneses, valencianos, montañeses o lo que fueran. En una cosa estaban de acuerdo: en hablar sólo del pasado, con un acento duro, hiriente, que trastornaba. Nacho llegó a soñar que le traspasaban la cabeza, de oreja a oreja, con un enorme alfiler curvo, en forma de C, en un pueblo catalán. De tanto español le nació afición por Cuauhtémoc, que supo perder callando, rémora de cierta tertulia de los jueves por la tarde, de algunos escritores de poco fuste y mala lengua, amenizada por un coronel de tez muy clara y ojos azules, enemigo personal de Hernán Cortés y sus descendientes que —para él— eran, sin lugar a duda, todos los refugiados. A pesar de que Carmen Villalobos —zapoteca puro— le hizo ver, el 11 de febrero de 1940 (lo hago constar porque luego las frases se han repetido como propias), que los recién llegados no parecían haber tenido gran cosa que ver en la toma de Tenochtitlán, sino más bien los ancestros del bizarro coronel Chocano López.

El mal era otro: traíanse impertérritos en primer lugar y voz en grito:

—Cuando yo...

—Cuando yo...

—Cuando yo...

—Cuando yo le dije al general...

—Cuando tomamos la Muela...

—Cuando yo, al frente de mi compañía...

De la compañía, del regimiento, de la brigada, del cuerpo de ejército... Todo héroes. Todos seguros de que, a los seis meses, regresarían a su país, ascendidos. A menos que empezaran a echarse la culpa, unos a otros:

—Si no es porque la 47 empezó a chaquetear...

—Si no es porque los catalanes no quisieron...

—¡Qué carajo ni qué coño!

—Si no es porque Prieto...

—¡Qué joder!

—Si no es porque los comunistas...

¡No hombre!

—¡Mira ése!

—¿Qué te has creído?

—Ese hijo de puta...

Todos con la c y la z y la ll a flor de labio, hiriendo los aires. Horas, semanas, meses, años.

En general, los autóctonos emigraron del local. Quedaron los del desayuno —que los españoles no eran madrugadores— y los «intelectuales». Ese grupo creció en número y horas. A los mexicanos, se sumaron puntuales Pedro Garfías, León Felipe —barba y bastón—, José Moreno Villa —tan fino—, José Bergamín —con el anterior, únicos de voz baja—, Miguel Prieto, Manuel Altolaguirre, Emilio Prados, José Herrera Petere, Juan Rejano, Francisco Giner de los Ríos, Juan Larrea, Sánchez Barbudo, Gaya: veinte más que trajeron aparejados otros mexicanos en edad de merecer: Alí Chumacero, José Luis Martínez, Jorge González Durán, Octavio Paz. Con ellos transigió Nacho a pesar de lo parco de las consumiciones: ocupábanse del presente, hablaban de revistas y de libros; pronto, el número se redujo por incompatibilidades personales, a las que no solían referirse en voz alta. Además, las conversaciones variaban al aire de las circunstancias, lo que no era el caso en las otras mesas:

—Cuando atacamos la Muela...

—Si los murcianos no hubieran empezado a gritar: ¡estamos copados!...

—Si el gobierno no hubiera salido de naja, el 36...

—Cuando yo...

—Cuando yo...

—Cuando yo...

—No, hombre, no.

—¡Qué carajo, ni qué coño!

—La culpa fue...

—Pues joder...

—Ahora, cuando volvamos, no haremos las mismas tonterías...

No sólo la lides militares: los jueces, los fiscales, los directores generales, los ministros, rememorando —siempre como si fuese ayer—, y la esperanza, idéntica:

—Cuando caiga Franco...

Ahí estaba el quid:

—Cuando caiga Franco...

—Cuando caiga Franco...

Horas, días, meses, años. Vino la guerra, la otra; contó poco:

—En Jaén, cuando atacamos...

—En el Norte, durante la retirada...

—En Lérida...

—¡Qué te crees tú eso!

—En Brunete, cuando yo...

—Y veíamos Córdoba. Si no hubiera sido por el traidor del general Muñoz, nos colábamos...

—Vete a hacer puñetas...

En 1945 todo parecía arreglado. No hubo tal. Algunos murieron; otros no aparecieron más por el café, trabajando. Llegaron más: de Santo Domingo, de Cuba, de Venezuela, de Guatemala, según los vaivenes de la política caribeña. Lo único que no variaba era el tema, ni el tono, de las discusiones:

—Cuando caiga Franco...

—Aquello no puede durar.

—Tiene que caer...

—¿Ya leíste que...?

—Es cuestión de días...

De semanas, de meses, a lo sumo. Los que dudaban acababan callando, apabullados.

El ruido, las palmadas (indicadoras de una inexistente superioridad de mal gusto), la algarabía, la barahúnda, la estridencia de las consonantes, las palabrotas, la altisonancia heridora; días, semanas, meses, años, iguales a sí mismos; al parecer, sin remedio.

### III

En 1952, entró a servir en otro turno Fernando Marín Olmos, puertorriqueño, exilado en México por partidario de Albizu Campos, cabeza cerrada —y encerrada— de los independentistas de Puerto Rico.

Fernando, hablar cantarino y nasal caribeño, menudo, oliváceo, pelo lacio —tan abundante como oscuro—; nariz afilada, larga; boca fina, de oreja a oreja, había sido maestro rural. Luego, en Nueva York, probó toda clase de oficios; en México, después de intentar vender libros a plazos, entró a servir al café Español; cumplido y de pocas palabras. Entendióse bien con Nacho, que respetaba su desmedido afán por las mujeres, y aun le ayudó en alguna ocasión en que el sueldo no le daba para satisfacer su cotidiano apetito sexual.

Tenía Nacho sus ahorros; empujado por su compañero, que no carecía de ideas comerciales, aunque no las supiera poner personalmente en práctica —¿con qué?, siempre en la quinta pregunta — empezó a prestar pequeñas cantidades a gentecillas de los alrededores, con elevados réditos, que acrecieron su capital con cierta rapidez. Pronto Fernando Marín fue confidente de la indignación que le producían el tono —y las salidas del mismo—, los temas obsesivos de los refugiados españoles. No compartió el isleño esa opinión, antes muy al contrario. Nacho cesó inmediatamente su lamentación; le molestaba hablar con quien no fuera de su parecer. Su reconcomio siguió, solitario, carcomiéndole el estómago. De ahí cierta úlcera que, desde entonces, le ató al bicarbonato y al insomnio.

—Cuando caiga Franco...

—El día que volvamos...

Las interminables discusiones hurgaban al sonoreense de la glotis al recto. Pensó, con calma, midiendo estrechamente ventajas y desventajas, cambiar de establecimiento; tuvo proposiciones: una de San Ángel, otra en Puente de Vigas, otra al final de la calle de Bolívar; todas lejos de su casa, que no quería abandonar a ningún precio, entre otras razones porque parte de sus obligados económicos solían pagarle allí los intereses semanales de sus préstamos; otros lo hacían en el café (el W. C. era buen despacho). Sin contar que no quería perder la compañía de Fernando, siempre dispuesto a sustituirle mientras despachaba con su clientela reditora. Supo corresponder,

duplicando su turno, cuando después de un frustrado atentado, en Washington, de unos irredentos puertorriqueños contra el Presidente Truman (germen, tal vez de su gran idea), detenían a Marín cada vez que llegaba a México algún personaje norteamericano en viaje oficial (si venía de vacaciones, le dejaban en paz).

Marín solía discutir con los refugiados españoles acerca de las ventajas e inconvenientes del atentado personal. No comprendía cómo habiendo tantos anarquistas en España no hubieran, por lo menos, intentado asesinar a Franco. Los comunistas se oponían asegurando que no serviría de nada su desaparición violenta, como no fuera para reemplazarlo por otro general de la misma clase; los republicanos objetaban sus propios convencimientos liberales; algún federal, opuesto a la pena de muerte, se sublevaba con la sola idea. Los ácratas traían a colación las insalvables dificultades policíacas y militares.

(Nacho no sabe abstraerse; no puede oír el alboroto como tal y desentenderse: tiene que saber y, si puede, meter baza, pegar la hebra, sacar consecuencias. Los diálogos, la cháchara, el chisme, son su sustento, si no mete cuchara, si no echa su cuarto de espadas, si no comenta —que no es discutir—, no está contento. Lo que le gusta del oficio es el ruido confuso del café, pero con sentido: el palique, el cotorreo, el oír mantener opiniones contra viento y marea, una pregunta tras otra, atropelladas; ver crecer, aproximarse como una ola reventona el momento en que alguien no puede zafarse más que con insultos; resiente propias las victorias de la dialéctica, pero no aguanta —aguantándolas— tantas alusiones, parrafadas, retruques, indirectas, memorias acerca de si hicieron o dejaron de hacer fulano y zutano en Barcelona, éste o aquél en Lérida, Pedro o Juan en Valencia, Negrín, Prieto, Caballero, Azaña en Madrid, en Puigcerdá, en Badajoz, en Jaén, en Móstoles, en Alcira, en Brunete, en Alicante. Todos los días, uno tras otro, durante doce horas, desde 1939; desde hace cerca de veinte años:

—Cuando caiga Franco...

—El día que Franco se muera...

—Cuando tomamos la Muela...

—No entramos en Zaragoza por culpa de los catalanes.

—¡Vete a hacer puñetas!).

Ignacio Jurado Martínez —casi calvo, casi en los huesos (la úlcera), casi rico (los préstamos y sus réditos)— no aguanta más. A lo largo de sus insomnios, el frenesí ha ido forjando una solución para su rencor, entrevé un calé idílico al que ya no acuden españoles a discutir su futuro enquistados en sus glorias multiplicadas por los espejos fronteros de los recuerdos: resuelto el mañana, desaparecerá el ayer. Tras tanto oírlo, no duda que la muerte de Francisco Franco resolverá todos sus problemas —los suyos y los ajenos hispanos—, empezando por la úlcera. De oídas, de vista —fotografías de periódicos españoles que, de tarde en tarde, pasan de mano en mano—, conoce las costumbres del Generalísimo. Lo que los anarquistas españoles —que son millones al decir de sus correligionarios— son incapaces de hacer, lo llevará a cabo. Lo hizo.

(Nunca se supo cómo; hasta ahora se descubre, gracias al tiempo y mi empeño. ¿Hasta qué punto pesaron en la determinación de Nacho los relatos de las arbitrariedades, de los crímenes del dictador español, tantas veces relatadas en las mesas que atendía? Lo ignoro. Él, negando, se alzaba de hombros).

## IV

El 20 de febrero de 1959 habló con su patrón, don Rogelio García Martí, haciéndole presente que, en veinte años, jamás había tomado vacaciones.

—Porque usted no quiso.

—Exactamente, señor.

—¿Cuánto tiempo faltará?

—¿Mande? (A veces, desde hacía tiempo, se le iba el santo al cielo, aun en el servicio). No sé. Pero no se preocupe, el Sindicato le enviará un sustituto.

—¿Para qué? Marcial (su entenado) no tiene mucho que hacer. ¿Dónde va a ir?

—A Guadalajara.

—¿Por mucho tiempo?

—Pues a ver.

—¿Un mes, dos?

—Quién sabe.

—Pero ¿volverá?

—Si no, ¿qué quiere que haga, señor Rogelio? —También es cierto... Y ¿cuándo se va?

—Ya le avisaré con tiempo.

Sacó su pasaporte. Tuvo una larga conversación con Fernando:

—México no reconoce al gobierno de Franco.

El puertorriqueño le miró con cierta conmiseración: Chico, si no tienes algo más nuevo que decirme...

—¿Me vas a guardar el secreto?

—¿De qué? ¿De que México...?

—No. Voy a ir a España.

—¿De viaje?

—¿Qué crees? ¿A quedarme en la mera mata? No, hermano; con los que hay aquí me basta.

—Entonces ¿a qué vas?

—Eso es cuestión mía.

—Chico, perdona.

—Quiero que me hagas un favor.

—Tú mandas.

—México no reconoce al gobierno de Franco...

—Chico, y dale.

—Me molesta ir con mi pasaporte.

—¿Por qué?

—Cosas mías. Pero tú tienes un pasaporte americano.

—Por desgracia de Dios.

—Préstamelo.

—Nos parecemos como una castaña a una jirafa.

—Perico lo arregla de dos patadas. Nos cambia las lotos como si nada.

(Perico Guzmán, «El gendarme»; porque lo fue después de ladrón, antes de volver a serlo. No le gustó el «orden»).

—Y yo ¿mientras tanto?

—¿Para qué lo quieres?

—Chico, a veces, sirve.

—Te quedas con el mío.

—A ti no te puedo negar nada.

Así se hizo: por mor de unos papeles, exactamente a las 11 P. M. del 12 de marzo, Ignacio Jurado Morales se convirtió, para todas las naciones del universo, en Fernando Marín Olmos sin que, por el momento, hubiera reciprocidad. El flamante ciudadano norteamericano obtuvo sin dificultad un visado de tres meses para «pasearse» por España; añadió Francia e Italia, con la buena intención de conocer esos países antes de regresar a la patria. Voló a España el 2 de junio, en un avión de la compañía Iberia.

En Madrid, se alojó en el 16 de la Carrera de San Jerónimo, en una pensión que le recomendó don Jesús López, que iba y venía con frecuencia «de la Corte a la Ciudad de los Palacios», como le gustaba decir, rimbombante y orondo representante de una casa de vinos de Jerez de la Frontera (gastaba una de las pocas rayas en medio que quedaban —peinado de libro abierto a la mitad, como decía Juanito, el bolero— y reloj de bolsillo).

Sabía, por Fernando, que en la embajada norteamericana de la capital española trabajaban algunos paisanos de la Isla. Como sin querer, Nacho se relacionó, a los pocos días, con uno de ellos, en el local del consulado de la gran república. Para curarse en salud, evitando preguntas a las que no pudiera dar cumplida respuesta, se inventó una vida verosímil: salido niño de San Juan, años en Nueva York (sin necesidad del inglés), muchos más en México, de donde el modo de hablar.

Madrid le gustó. Le pareció que los de la «Villa del oso y del madroño» —otra expresión aprendida de don Juan López— «pronunciaban» menos que sus parroquianos del café Español. Sintióse a gusto en tantos cafés de los que salió poco, como no fuera para acompañar a Silvio Ramírez Smith, su nuevo amigo, empleado puntual, aficionado a los toros y a la manzanilla, deseoso de permanecer en España, con el miedo constante de ser trasladado a Dinamarca o a Suecia, lo que parecía muy posible; casado con una madura flaca de Iowa que, al contrario, ansiaba abandonar la península, que la molestaba en todo.

El 21 de junio, conoció a Silvano Portas Carriedo, teniente de infantería, ayudante de uno de los cien agregados militares de la embajada. Liberal de sí y de sus dólares, bien parecido, menudo, de ojos verdes, no daba abasto al tinto ni a las mujeres bien metidas en carnes, de su real gusto, generalmente compartido. Nacho le fue útil por sus conocimientos profesionales en ambas materias; así, por su ser natural y la úlcera, no fuera más allá de los consejos, eso sí, excelentes; como tal, agradecidos. El sonorenses iba a lo suyo, sin esforzarse; callar y mentir no le costaba. Vivía el teniente Portas en un hotel de la calle de Preciados, en el que ocupaba dos cuartos para mayor facilidad de algunos compañeros que los pagaban a escote, utilizándolos de cuando en cuando. Silvano era de los pocos solteros de la misión. (La palabra *misión* hacía gracia en el caletre más bien estrecho de Nacho: la *misión* norteamericana, que le recordaba las españolas de California —un poco más arriba de su Sonora natal— y la que le llevaba a Madrid).

Dejando aparte unos solitarios paseos por la Castellana, Nacho Jurado no hizo nada para

preparar el atentado; tenía la convicción de que todo saldría como se lo proponía. De lo único que no prejuzgaba: de la fuga. En el fondo, le tenía sin cuidado. Lo que llevaría a cabo, respondiendo a un impulso natural, era completamente desinteresado, como no fuese por librarse, si salía con bien, de las conversaciones españolas en «su» café mexicano. Puede ser que obedeciera, sin saberlo, a los intereses de su clase meseril. De todos modos, no esperaba agradecimiento: de ahí el anonimato en que permaneció el autor del hecho hasta hoy.

El 18 de julio, víspera del *Gran Desfile*, convidó a Silvano Portas a comer en la Villa Romana de la Cuesta de las Perdices; el invitado prefirió dar vueltas por algunas tascas y freidurías en busca de pájaros fritos, a los que era muy aficionado, entre otras cosas porque daban ocasión de distinguir entre los tintos vulgares, ciencia en la que demostraba un conocimiento que dejaba atónitos a los dueños de las tabernas. Recalaron, hacia las tres, en el Púlpito, en la Plaza Mayor, donde comieron, muy a gusto, una tortilla de espárragos.

—¿Qué pasa contigo hoy, viejo?

—Es mi santo.

—No es cierto.

—Bueno, mi cumpleaños.

—¿Cuántos?

—Tanto da.

Tomaron café y coñac en el Dólar, en la calle de Alcalá, y tanto hablaron de cocina y en particular de corderos asados que, después de haber tomado unos vasos de tinto en una taberna de la Cava Baja, donde era muy conocido el militar puertorriqueño, fueron a comerse uno, al lado, en el Mesón del Segoviano, tras una visita a casa de la Lola, en la calle de la Luna, frente a las Benedictinas de San Plácido.

—Tú, ¿no?

—No.

—No eres poco misterioso en este asunto.

—Cada uno es como es.

—¿No te gusta ninguna? Te advierto que esta trigueña no está mal.

—Otro día.

—Tú te lo pierdes, viejo.

A las dos de la mañana fueron, paseando la noche, a Heidelberg, en la calle de Zorrilla, a comerse un chateaubriand, como resopón. Transigió el de la isla con un Rioja, aún emperrado:

—Con todo y todo, prefiero mi Valdepeñas...

Uva perdido, salieron los últimos.

—Me tengo que acostar temprano, viejo. Mañana tengo que estar a las diez en la Castellana. El desfile ese de mierda.

—¿Nos tomamos un coñac? ¿El del estribo?

—¿Tú, viejo?

—Por una vez...

Mientras su invitado iba al urinario, el sonoreense echó unas gotas de un compuesto de narcotina en la copa del milite, al que tuvo que sostener regresando al hotel, y meter en la cama.

Lo despertó a las nueve, el de la isla no podía entreabrir los ojos:

—Agua.

Se la dio, con más soporífero.

—No te preocupes: tienes tiempo.

Antes de dar media vuelta, Portas regresó al mundo de los justos. Nacho se vistió, con toda calma, el uniforme de gala, recién planchado, dispuesto en una silla. Le venía bien. Se detuvo a mirarse ante el espejo, cosa que nunca hacía. El verse le dio pie al único chiste que hizo en su vida, de raíz madrileña para mayor inri:

—Hermano, das el opio.

El botones le vio salir sin asombro: los militares norteamericanos suelen vestir de paisano. Sin embargo, pensó:

—Creí que éste no lo era.

Ignacio tomó un taxi, hizo que lo dejara en la calle de Génova. Bajó hacia la Plaza de Colón, tranquilamente se dirigió hacia la tribuna de los agregados militares extranjeros. Hacía un tiempo espléndido, el desfile había comenzado; la gente se apretujaba por todas partes; aviones por el cielo; pasaba la tropa con pasos contados y recios por el centro del paseo. El cielo azul, los árboles verdes, los uniformes y las armas relucientes, los espectadores bobos: todo como debía ser.

Se acercó a la entrada de la tribuna:

—Traigo un recado urgente para el general Smith, agregado militar norteamericano.

Se cuadró el centinela. Pidiendo perdón, Nacho se abrió paso hacia la esquina izquierda del tablado. Apoyó la pierna zoca contra el barandal. A diez metros, en el estrado central, Francisco Franco presidía, serio, vestido de capitán general. Jurado sacó la pistola, apoyó el cañón en el interior de su codo izquierdo doblado —exactamente como lo pensó— (¿quién podía ver el estrecho círculo de la boca?). Disparó al paso bajo de unos aviones de caza. El estruendo de los motores cubrió el de los tiros. El generalísimo se tambaleó. Todos se abalanzaron. Nacho entre los primeros, la pistola ya en el bolsillo del pantalón. Poco después, se zafó de la confusión, subió por Ayala hasta la calle de Serrano; frente a la embajada de la República Dominicana alcanzó un taxi.

—¿Ya acabó? —preguntó el chófer, interesado.

—Sí.

Se referían a cosas distintas.

—¿Adónde vamos?

—A la Puerta del Sol.

—No se puede pasar.

—Dé el rodeo que sea.

—A sus órdenes, mi general.

Silvano Portas, como era de esperar, seguía dormido. Nacho tuvo tiempo de limpiar y engrasar la pistola. A los diez días, tras dos pasados en Barcelona, asombrado de tanto catalán, pasó a Francia. Estuvo un día en Génova, otro en Florencia, tres en Roma, dos en Venecia, según el itinerario establecido por la agencia Hispanoamericana de Turismo, de la Plaza de España. Llegó a París el 7 de agosto. A su asombro, le sobraba dinero, el suficiente para quedarse un mes más en Europa. Pensando en dejar boquiabierto a Fernando Marín se pagó un *tour* por Bélgica, Holanda, Dinamarca y Alemania. Desembarcó en Veracruz el 13 de septiembre, del *Covadonga* que había tomado en Vigo. Dejó pasar las fiestas patrias y se presentó a trabajar el 17, muy quitado de la pena.

## V

Parece inútil recordar los acontecimientos que, para esa época, se habían sucedido en España: formación del Directorio Militar bajo la presidencia del general González Tejada; el pronunciamiento del general López Alba, en Cáceres; la proclamación de la Monarquía, su rápido

derrumbamiento; el advenimiento de la Tercera República. (Todo ello oscura razón verdadera de la tardanza de Ignacio Jurado en regresar a México; dando tiempo a que los refugiados volvieran a sus lares).

Don Rogelio —el patrón— le acogió con el mayor beneplácito:

—Ya era hora. Y ¿cómo le fue?

—Bien.

—¿Cuándo entra a trabajar?

—Ahora mismo, si le parece.

—Perfecto. Ya podía haber enviado alguna postal.

Acudía presuroso Fernando Marín:

—¿Te cogió allá el bochinche?

—No. Estaba en Dinamarca.

—Chico: ¡vaya viaje!

—¿Y tú? ¿Mucho trabajo?

—No quieras saber.

—¿Qué pasa?

Lo supo enseguida. Allí estaban los de siempre —menos donjuán Ceballos y don Pedro Torner, muertos—, todos los refugiados, discutiendo lo mismo:

—Cuando yo...

—Calla, cállate la boca.

—Cuando yo mandaba...

—Cuando tomamos la Muela...

—Cuando yo, al frente de la compañía...

—¡Qué coño ibas tú!...

Más cien refugiados, de los otros, recién llegados:

—Cuando yo...

—Al carajo.

—¿Eras de la Falange o no?

—Cuando entramos en Bilbao.

—Allí estaba yo.

¡Qué joder!

¡Qué joder ni qué no joder!

Ignacio Jurado Martínez se hizo pequeño, pequeño, pequeño; hasta que un día no se le vio más.

Le conocí más tarde, va muy viejo, duro de oído, en Guadalajara.

—El café es el lugar ideal del hombre. Lo que más se parece al paraíso. ¿Y qué tienen que hacer los españoles en él? ¿O en México? Sus ces serruchan el aire; todo este aserrín que hay por el suelo, de ellos viene. Y si los hombres se han quedado sordos, a ellos se debe. Un café, como debiera ser: sin ruido, los meseros deslizándose, los clientes silenciosos: todos viendo la televisión, sin necesidad de preguntarles: —¿Qué le sirvo? Se sabe de antemano, por el aspecto, el traje, la corbata, la hora, el brillo de los zapatos, las uñas. Las uñas son lo más importante.

Hecho una ruina.

—¿Ya se va? Cuando de veras se quiere hablar de cosas que interesan, siempre se queda uno solo. De verdad, sólo se habla con uno mismo. ¿Usted no es mexicano, verdad? Uno no acaba haciéndose al acento de los demás. A mí me hubiera gustado mucho hablar. Por eso fui mesero; ya que no hablaba, por lo menos oía. Pero oír veinte años lo mismo y lo mismo y lo mismo, con aquellas ces. Y eso que soy muy aguantador. Me ha costado mucho darme cuenta de que el mundo no está bien hecho. Los hombres, a lo más, se dividen en melolengos, nangos, guarines, guatos, guajes, guajolotes, mensos y babosos. Cuestión de matices, como el café con leche. ¿O cree que el café con leche ha vuelto idiota a la humanidad?

Al día siguiente, en su puesto de tacos y tortas, me contó la verdad.

(Guadalajara, amarilla y lila, tan buena de tomar, tan dulce de comer).

# *DE CÓMO JULIÁN CALVO SE ARRUINÓ POR SEGUNDA VEZ*

*A Alí Chumacero*

## I

Reconstruida, pero, para el caso, como si fuese nueva. Daba gusto verla. Cuatro mil tiros a la hora, como si nada, con su abanico, su alimentador, su juego de rodillos, con sus ramas nuevas, su bancada y el motor recién pintados de gris, las tablas acabadas de barnizar. Julián Calvo se había empeñado hasta las cejas; veinticuatro meses de crédito que le concedió, sin fiador, la Wreight Paper Co., porque era español. Tardaron quince días más de los dichos en instalarla: que la grúa, que el camión, que el señor Lupe tuvo que ir a Toluca:

—¿Qué pasó?

—Pues a mí me dijo que iba a ver a su papá que estaba malo. Hasta le dije que me saludara al tío Alonso.

Quince días de dormir mal y poco. Pagar las letras. Claro que aquí no tiene tanta importancia. Pero de todas maneras... Julián Calvo era valenciano y comunista. A los quince años de estar en México, seguía siendo ambas cosas. Tozudo.

Lo cierto, ahí estaba la prensa. Iba a poder trabajar más y mejor. Juanito González y Rafael Mediavilla le habían prometido que la CIMESA... Los de la *Astral* se habían comprometido a darle tres libros. Benito Castroviejo haría en la imprenta su *Revista Fiduciaria y Comercial*; no eran más que quinientos ejemplares pero buenos eran.

Había que celebrarlo. No faltaba más. Lo esperaban todos; en primer lugar, los obreros del taller. Trajeron dos cajas de Coca-Cola, dos de cerveza, un garrafón de ron, las botanas: carnitas —el chicharrón lo trajo don Pedro, de la Villa—, una cazuela de mole, regalo de Rafael Porrúa, queso, barbacoa, chile y una canasta de tortillas. Por su parte, él trajo manzanilla, salchichón, chorizo español, hecho en Tacuba, que le vendía Rafael Gómez Izquierdo —que iba por el café—, aceitunas y dos latas de navajas «Albo».

Antonio el prensista le preguntó:

—¿A qué hora va a venir el padrecito?

—¿Qué?

—Sí, patrón, el padrecito...

—¿Qué padrecito?

—Pues, patrón, para bendecir la maquinita.

Se sublevó.

—¿No les da a ustedes vergüenza, o pena, como dicen, de creer todavía en esas cosas? El clero es lo peor: el responsable directo de cómo está el mundo.

—Así será, patroncito, ya que usted lo dice. Yo estoy de acuerdo. Pero, ya ve usted, la costumbre...

—Pero ¿ustedes no están sindicalizados?, ¿no pertenecen a la CTM?

—¿Qué tiene que ver?

—¿Tú no perteneces a un partido? ¿No me habías dicho que eras masón?

—Sí, pero ¿qué tiene que ver, patroncito?

—¿Cómo que qué tiene que ver? ¡Todo!

—Piénselo bien, patrón. Aquí estamos acostumbrados a que venga el padrecito y haga su faramalla y todos tan contentos. ¿Qué mal hay en eso?

—No habrá ningún mal; pero lo que es en la casa de un servidor, no entra un tío vestido de sotana.

—Pero si vienen de civil, patrón.

—El hábito no hace al monje. Ea, recontra, ¡que no!

—Está bueno, patrón.

Acabaron cuanto había. Fueron luego a comprar dos botellas grandes de tequila. Ya anochecido, el formador y dos prensistas llevaron a Julián Calvo al «Tampico de Noche» y, después de no dar con dos casas de mala nota que uno del suplemento de *Novedades* les había recomendado, acabaron por Cuauhtemotzín, al alba. Julián Calvo estaba en la imprenta a las ocho de la mañana.

—¡Cómo es usted, don Julián!

—Hombre, se trabaja o no se trabaja. Bien está lo que está bien.

El prensista no se presentó hasta dos días después.

## II

Hacía quince años que se reunían en el café Barcelona, todas las noches: Julián Calvo, hoy impresor, ayer magistrado; Rafael Gómez Izquierdo, fabricante de chorizo y jamón español, antes aparejador; Luis Sánchez Hernández, vendedor de agua de colonia, ayer radiotelegrafista; Santiago Carretero Mompou, periodista, antes topógrafo; Gabriel Balbuena, director de cine, antes ingeniero naval, y Manuel Alemany, antes pistolero de la CNT y hoy fabricante de ladrillos en Tlalnepantla.

—Menos mal que no te pidieron colgar un altar con la virgen de Guadalupe, con sus veladoras y todo.

—Claro que intentaron ponerlo. Pero me tuvieron que oír.

—No te arriendo las ganancias.

—Es que, para mí, primero son las ideas.

—Las tuyas, claro.

—Las mías, claro, que son las buenas. Lo que pasa es que son muy atrasados.

—Y los quieres arrear en contra de su voluntad.

—Es la única manera.

—Déjate de historias.

—Así no irás a ninguna parte. Hay que adaptarse. ¿Que te crees que sigues viviendo en Valencia? ¿En qué se parece?, —hablaba el ladrillero—. Me recuerdas a un comandante que tuve en el frente de Aragón, de carrera, no creas, que quería hacerlo todo según las ordenanzas y lo que le habían enseñado en la Academia de Zaragoza. No daba una. Hay que atemperarse, Julián. Tenemos que acomodarnos.

—Así andamos, por dejarnos ir. Pues, no. No me da la gana. Los principios son los principios. ¿Por qué estamos aquí?

—Pero estás aquí, pedazo de mula.

—De acuerdo. Pero ¿por eso voy a dejar de ser yo? Tú comes tortillas, y chile, y frijoles y esa porquería que llaman barbacoa y bebes pulque, que ya es el colmo. Pero yo no.

—¿Y por eso te crees superior?

—No, hombre, no. Pero sigo fiel a mis principios. ¿Cuándo va a entrar un cura en algo que tenga que ver conmigo?

—Estás ciego.

—No digo que no. Pero soy el que soy. ¿A que fuiste ayer a la boda de la hija de Alfonso Ramírez?

—Claro.

—No lo entiendo, hombre, no lo entiendo.

—Lo cual no quiere decir sino que eres muy bruto.

—A Dios gracias.

—También citas a Dios.

—Es una manera de hablar.

—También ellos tienen una manera de vivir.

—Bueno, fijaos vosotros: conocéis a Alfonso Ramírez, un mexicano de peso, grado 33. Del Partido Popular, es decir, casi comunista. Ateo, bueno ¿para qué hablar? La chica, lo mismo.

—¿También es grado 33?

—No fastidies. El novio, profesor de la Universidad, marxista a lo que dice. Se casan. ¿Sabéis dónde? En plena iglesia de Santo Domingo, a la una de la tarde, y mi bueno de Alfonso Ramírez, de chaqué, lleva a su hija hasta el altar. ¿No os fastidia? A mí me subleva. ¿A vosotros no?

—No entiendes lo de aquí.

—Ni quiero.

—Ahí está lo malo. Tú no te puedes imponer.

—Yo no me impongo.

—¿Cómo que no te impones? Claro que te impones.

—¿A quién?

—A tus obreros.

—¡Hombre, es por su bien!

—Eso crees tú.

—No lo creo: estoy convencido. Lo que me subleva es que tú, tú un anarquista, me salgas con ésas.

—Tal vez porque yo vivo con mis trabajadores y tú sólo les ves en el taller a la hora de la raya y echas rayos y centellas si faltan los lunes.

—Claro que sí.

—Al fin y al cabo lo que te importa es que trabajen para que puedas cumplir y ganar dinero; a ellos, eso les tiene sin cuidado. Buscan otra cosa.

—Fastidiar al prójimo.

—¡Qué equivocado estás! ¿No te quieres dar cuenta que éste es otro mundo? ¿Dónde vives? Aquí. Entonces, si eres socialista o comunista o lo que sea, date cuenta y vive aquí. Que dicho sea de paso, es un país estupendo.

—Cuéntaselo a tu abuela.

—Y a quien sea. Mira, Julián, ¿cómo no quieres que esta gente tenga supersticiones...?

—Todo lo que digas está bien: pero en casa de menda, no entra un cura ni por equivocación, y menos a bendecirnos una prensa. Estaría bueno, después de lo que uno ha pasado.

—Pero si te lo piden ellos, que son tus obreros. No olvides que eres el patrón.

—Ya es hora de que se enteren de cómo se les engaña con esas pamemas.

—¿Crees que no lo saben?

—Claro que no lo saben.

—Es otra cosa más honda, señor Calvo —tercia José Luis Moriñigo, que no es de la tertulia—, que no tiene que ver con los curas, sino con los espíritus, con la divinidad.

—Pues ahora sí que lo ha arreglado usted: peor que peor.

—Allá tú.

—Mira: una cochina ladrillera no es lo mismo que una imprenta.

—De acuerdo, viste menos. Y cuando encendimos el nuevo horno, vino el padrecito, y todos tan contentos.

—Sí, y menuda borrachera.

—Sí, hombre, y no fue menuda. ¿Y qué? Además métete una cosa en la cabeza: les encanta pedir trabajo y que no se lo den. Para que veas. Y rezan el *Padrenuestro* y el *Ave María* al revés, hacen un nudo a cada palabra y a los siete nudos cae la bruja a sus pies. Además, los que nacen el día de San Juan son los que tienen más poder y mis hornos son mejores o peores según queman mejor o peor los diablitos que les ponen. Y me dicen: «Su merced...». ¿Y qué?

—Allá tú.

—Y me dicen: «Dios y usted nos dan el pan, patroncito». Y me preguntan: «Dígame usted, patrón, ¿el comunismo es bueno? Porque por ahí dicen que nos hagamos comunistas». Entérate: al nahual le ponen alas de petate para pedirle que sus hijos sean guapos y, si las buscas, encontrarás velas negras, para el Diablo...

### III

—¿Qué pasó?

—No sé.

—Está sucia.

—Si la limpió ayer el Güero...

—Pues que la vuelva a limpiar.

—Es que tiene que ir por tinta, patrón.

—¿Qué pasó con Agustín?

—Está mala su mamá.

—¿Quién va a tirar la revista?

—Usted dirá, don Julián.

—Que se ponga Rafael.

—Tiene que meter las correcciones del libro del Fondo.

—Entonces, usted.

—Mire, patroncito, yo no me encuentro nada bien.

—Pero, hombre, haga un esfuerzo.

—Me duele el estómago.

—¿Qué pasó?

—Se atora.

—¿No vino el mecánico?

—Sí, señor Julián.

—¿Y qué dijo?

—Dice que no lo entiende, quizás es de la marcha. Yo creo que no sirve.

—El que no sirve es usted. ¡Agustín! ¡Agustín! ¿Dónde se ha metido ese gandul? ¡Agustín!  
¡Agustín!

Se desgañita.

—Salió a almorzar.

—¿Qué pasó?

—Está mal el registro.

—¿Por qué?

—Pues, vaya usted a saber. Yo creo que esta máquina no sirve. —¡Habrá que reponerlo todo!  
¡Este trabajo no se puede entregar así!

—Eso, usted sabrá, patrón.

—¿Quién va a pagármelo? ¡Me va a costar los ojos de la cara! —¿Qué pasó?

—No lo sé, pero se atora, se atora.

—Pero ¡si es una máquina nueva!

—Sí, patroncito, no digo que no. Pero a veces se ponen así. Hay máquinas rejegas.

—¿Y qué pasó ahora?

—Yo creo que lo engañaron a usted, patroncito. No hay manera. Cuando no son los platillos,  
es el entinte, siempre pasa algo. Yo creo que lo engañaron a usted.

—¡Esta máquina está bien...!

—Pos, ya ve usted que no. Algo falla. Ni modo.

Así se arruinó por segunda vez Julián Calvo. La primera no tuvo nada de particular: dejó lo que tenía al salir de España, como buen soldado de su justa causa.

Ahora vende medicinas de patente. Le va bastante bien. Tiene coche, piensa comprar una casa en Cuernavaca.

*HOMENAJE*  
*A*  
*LÁZARO VALDÉS*



VERACRUZ  
1954

# HOMENAJE A LÁZARO VALDÉS

*En 1954 se publicó en Veracruz un folleto de homenaje a don Lázaro Valdés Lázaro cuya portada se reproduce aquí. (22 x 14,5 cm., 16 páginas). Tirado a 25 ejemplares en la Imprenta Moderna es, hoy, inencontrable. No tengo por qué ocultar que escribí el texto de presentación; no que fuese gran amigo del difunto, sí de algunos de sus contertulios que, teniéndome en más de lo que soy, no me dejaron salida.*

J. F. F.

Don Lázaro Valdés Lázaro fue profesor del Liceo Mexicano Español, hombre viejo para refugiado, ya que contaba más de cincuenta años al llegar a México, en 1940. Fue de los pocos que siguió en el exilio su profesión hispana y aun se negó a cambiar de materia: geografía. Hombrecillo bigotón y esmerado, vestido de gris, con chaleco y sombrero, enemigo personal de Dantín Cereceda —persona famosa en la profesión—, y una teoría muy particular acerca del terciario. El no querer, por sencilla honradez, enseñar otras disciplinas que juzgaba fuera de sus alcances hicieron necesario para su sustento largos desplazamientos: del Liceo Mexicano Español al Liceo Español Mexicano (seis kilómetros), del Liceo Español Mexicano al Colegio Hispano Mexicano (ocho kilómetros), del Colegio Hispano Mexicano a la Escuela Mexicana Española (dos kilómetros tan sólo), y vuelta a las clases vespertinas del Liceo Mexicano Español (doce kilómetros) antes de rematar en las nocturnas del Hispano Azteca (cuatro kilómetros). En camión y en tranvía. Don Lázaro Valdés Lázaro había sido profesor del Instituto de Segunda Enseñanza de Baeza, ciudad —como se sabe— más bien chica.

—Aunque las distancias son cosas de mi especialidad —decía— no me acostumbro, no me acostumbro.

Por eso y un infarto —leve, pero un infarto— a los quince años aceptó un puesto en Veracruz a pesar de tener que enseñar, muy contra su voluntad, además de geografía, historia universal y de México, gramática y civismo.

—Con los años —decía— pierde uno entereza.

No le conocí familia. Sí un ahijado, Marcos, recogido en el barco que le trajo de Francia a Santo Domingo —donde estuvo dos meses, en 1939—. Era hombre un tanto afónico, de costumbres apagadas, feliz de pasar desapercibido. Marcos se hizo hombre e impresor. Casó, su mujer no hizo migas con el viejo.

Don Lázaro había sido republicano, no mucho, pero republicano. Fue compañero de claustro de Antonio Machado, pero, a pesar de mi acoso, no recordaba anécdota valedera:

—No era buen profesor. Buena persona, eso sí. Con bastante caspa y no pocas manchas. Iba mucho a Madrid.

En Veracruz, don Lázaro cambió no poco los últimos cinco años de su vida. Tal vez la multiplicación de sus enseñanzas le llevó a mayor amplitud de criterio; lo cierto, que Alfonsa Romero Fernández, de buenas carnes en todos sentidos ya que *cocinaba como los ángeles*: «Lo que está mal dicho —comentaba el catedrático— porque lo más probable es que esta profesión no sea ejercida entre seres incorpóreos».

Alfonsa era de Ixhuacán de los Reyes; en edad de ser más la llevaron a Catemaco y a poco al Puerto. Gustó más de los pantalones que de otra cosa, lo que no le reportó grandes beneficios aparte de ocho hijos, todos varones, que cuando cumplió los cuarenta le consiguieron un puesto en el malecón, donde vendía peines de carey.

Don Lázaro, metódico, pasaba a hora fija, cuatro veces al día frente a la tiendecilla. Las relaciones empezaron de la manera más normal al comprar el geógrafo cuatro batidores para las cuatro hijas de Sebastián, el portero del Liceo Mexicano Español, la primera Navidad que pasó en el Puerto. Lo demás vino solo, al asombro de los amigos del menudo hombre de ciencia, reverdecido.

—Me sienta este clima, me sienta.

—Y aun algo más —le decía Segrelles, arquitecto amigo suyo, que ya no pitaba.

—¡Qué bonito habla!, —admiraba Alfonsa.

Don Lázaro, nacido en Medina del Campo, tuvo en mucho su condición de castellano. Mientras estuvo en la capital, México, no fue para él más que estación de paso:

—Cuando Franco se muera...

No era convicción política sino cuestión personal; vivía entonces de cualquier manera pensando en su casa de Baeza, contentándose con lo primero que le venía a mano. Luego, en la costa, se convenció de que ya no tenía nada que hacer en la Península —jubilado de todas maneras—; se resignó, no sin cierta amargura. ¿Por qué?, —se preguntaba— si tengo lo que nunca tuve.

Tal vez hubiera sido buen escritor. En homenaje a su memoria se reimprime lo poco que dio a la imprenta en su larga vida. Lo primero fue escrito para Marcos cuando éste cumplió sus veintiún años y publicado en 1947, en el número único de la revista *Ultramar*. Lo pergeñó una noche después de haber discutido con el muchacho acerca de si se acordaba o no de las calles de Barcelona:

—Yo ya no me acuerdo de aquello ¿y qué?

(Por aquel entonces, Marcos se movía mucho entre otros jóvenes españoles, pertenecía a varios grupos: cantaba en coro, representaba sainetes. Después se casó y si no cambió de ideas por lo menos se le borraron. Con los hijos le importó tener casa y coche). Don Lázaro no era hombre para discutir; si algún alumno le interrumpía se aturullaba. Sin embargo, aquel día contestó:

—¿Cómo vais a luchar, del modo que sea, por algo que no sabéis cómo es?

—Hombre, padrino...

—Ni padrino, ni hombre, habláis de España, de reconquistarla, y no tenéis ni idea de como es.

Por la noche escribió las páginas que siguen. Hacía ocho años que estaba en México.

«¿Crees que el hombre es sólo el hombre? ¿Crees que sólo se trata de reconquistar al hombre? No, Marcos, no: se trata también de volver a tener lo que el hombre hizo y, además, lo que lo hace: el Arlanzón y el Tajo, los picos de Europa, Urbión y el Guadarrama. Cuando luchas por España, no es sólo para volver por el derecho de los hombres españoles: es para que las piedras de Valladolid, las de Burgos, las de Alcoy, las de Granada, vuelvan a ser tuyas, claras y libres; para que San Marcos y San Isidro de León, San Juan de los Reyes, el puente romano de Córdoba, el castillo de Medina y toda Salamanca vuelvan a ser tuyas, de todos los españoles. (Salamanca entera: San Esteban, dorado; la catedral, como ascua; la casa de Monterrey; la Universidad, de oro cálido. Y Candelaria, y Miranda de Castañar, y las Hurdes). ¿No oyes las piedras? ¿No te dicen nada los ríos? (entre Eresma y Clamores, Segovia mía...). Porque, piénsalo, dices: allí están, inmutables, y no es cierto; ni el Tormes es ahora el Tormes, ni el Duero es ahora el Duero, ni el Guadalquivir es ahora el Guadalquivir que tú conociste. Los ríos y las montañas de tus recuerdos no son ahora, Marcos, más que recuerdos. Y para que vuelvan a ser de verdad tienes que luchar por ellos de la misma manera que luchas contra los generales traidores y su colastra falangista. Por esto no basta luchar donde sea, sino allí, en España. Aunque estés aquí, luchar allí, en España: que te oigan las piedras —no que te oigan hasta las piedras: sino que te oigan las piedras—, tanto las piedras como los hombres, tanto por las piedras como por los hombres, tanto por las piedras como por los aires, que las paredes oyen y forman ecos, y retumban. Y el mar. Acuérdate ahora de las viñas, y de los olivos, y de los almendros de Tarragona, del castillo de Tamarit o de Poblet... Del sol inmirable y del Mediterráneo dormido, sábanas azules con sus festones bordados de blanco en las playas verdes —en embozo de arena dorada y cernida, bozo de espuma—, dulce almohada vieja de los veranos perdidos en los océanos[31]. El mar también es de reconquistar... Me dirás: —¡Cuánta literatura! Tan pronto como caigan los hombres... Pero es que sin las piedras los hombres no tienen patria. Son las piedras y los ríos los auténticos padres de los hombres, sus progenitores. Y no bastan los recuerdos que envanecen desvaneciéndose, sino las piedras; y las sombras de los árboles en los ríos y en los canales. (¡Álamos invertidos en los canales de Castilla y Aragón!). Para reconquistar, no olvidar; el olvido nace del recuerdo vago e impreciso.

»También las piedras olvidan, aunque tarden más que los hombres. Pero olvidan más hondo, cuando se quedan solas. Y si las destierran al cabo de los siglos, ya no sabemos lo que quieren decir. De la misma manera que los hombres desterrados se olvidan de sus piedras y sus ríos, de la

inflexión de su hablar y cuando se les interroga ya no saben qué decir, borradas en su mente las líneas precisas de los cantos y de las esculturas. (Por hermosas que sean las piedras extranjeras, siempre necesitamos introductores para entenderlas). En España están tus piedras y tus ríos, Marcos, en nuestra múltiple España multiplicada. (Las casas blancas de Ronda; los burritos de Cabra —de piedra gris y parda— o los de Lucena; el airoso Felipe IV; el palacio aquel de Villacarriedo[32]; el ciprés de Silos, las calles de Betanzos, el Tajo lento de Toledo; los árboles negros, tan verdes, de Pollensa, Montserrat de los santos tolmos, Santo Tomás de Ávila, Úbeda y Baeza —siempre unidas—...).

»Los libros no son más que un reflejo de las piedras. No basta leer y perderse luego en las figuraciones de los recuerdos que a veces se desamarran de las perspectivas y se enmarcan en los horizontes vagos y brumosos de los deseos vagos. ¡Mira! Sí, mira, Ve y atiende: mira, contempla, divisa, observa. El hombre ha aprendido a salvar algunas distancias del ver: para eso están los retratos. No te baste recordar: abre libros donde haya fotografías de España y míralas. Aprende, velas como nuevas, no recuerdes. Que las piedras, tal como están ahora, no son ya las que tú viste. Cambiaste de ojos. Tienes que ver a España con tus ojos nuevos, no con aquellos que dejaste allí. Prométete que cuando los reconquistes irás a ver lo que aquí sólo imaginas, a acariciar y que te acaricien, de verdad, las piedras y los ríos, a quitarles ese polvo que hoy los recubre y ahoga. No sólo las catedrales, no sólo las ciudades, no sólo Salamanca, sino Alba de Tormes y Béjar; no sólo Santander, sino Potes y Cabuérnigá; no sólo Santiago, sino Cambados y Villanueva de Arosa; no sólo Sevilla, sino Carmona y Aracena; no sólo Valencia, sino Xátiva y Alberique. Que la lejanía te sirva —a través de la fotografía, del fotograbado, del negro y el color— para adaptar tus ojos a una nueva realidad.

»No basta el oído, que se engaña a sí mismo; no basta el recuerdo que no tiene donde asirse sino en el recuerdo y se vierte en el sentimentalismo y viene, sin darse cuenta, a cromo y fórmula, a espejismo y falsedad; ni el pensamiento que se enreda alrededor de su propio tronco y a lo sumo se queda en las ramas. No hay bien como el de la vista, ni cosa más certera. Para crear: ver. Ya lo dice el refrán: lejos de los ojos, lejos del corazón. Y no sólo mirar, que se puede mirar sin ver. Si miras por España, tienes que verla; no pasar los ojos, sino dejarlos allí, Marcos, bien abiertos, desvelados; que es la única manera de no dormirse. Echa la mirada y recoge la red; alegra tus pupilas; abraza las cosas con los ojos y cébete la vista. Mira, pero mira para ver; no para olvidar: no almacenes recuerdos sino trasuntos de realidad; no pierdas nunca a España de vista, escudriña, mira de lleno: que las manos dependen siempre de los ojos; ábrelos y no te hartarás. Ponte a mirar a España, fíjate y te darás cuenta —la cuenta que te tiene—. Despliega la vista y a su través el entendimiento. No te desvíes.

»Mira de hito en hito las piedras y los ríos de España, cómetelos con la vista, no les quites ojo: que te llamen lince.

»Marcos, saliste de tu patria siendo niño todavía, pero lo que te digo sirve para cualquiera. Toma, mira, compra fotografías de España. Fíjate: (¿qué más da una que otra?) esta portada de la Universidad de Osma (hoy cuartel de la Guardia Civil), o estos campos de Bujalance, o las casas consistoriales de Sevilla (donde Queipo...) o este panorama de Barcelona con Montjuich a la derecha (donde Companys...), y el Prado y el cuartel de la Montaña, y Quinto, y el Ebro, y el

Óvalo de Teruel. Míralos, míralos cómo eran, cómo son ahora, de papel, míralos y trabaja para que vuelvan a ser otra vez de piedra. De piedra tuya. Que sin piedras no hay hombres».

En 1953 Alfonso Reyes fue unos días a Veracruz. En los portales del Hotel Diligencias un amigo común le presentó a don Lázaro. Hablaron de España, de algunos conocidos comunes, de la temperatura, de los mariscos, de Saavedra Fajardo, del *Discurso sobre la Historia Universal* de Bossuet que releía el águila de Monterrey; de ciertas mujeres y del gusto que todavía les daban. A los pocos días, Fernando Benítez fue a dar una conferencia a Veracruz, nuestro hombre le entregó, para el Suplemento de *Novedades*, el siguiente *Ejercicio retórico contra la juventud*. Se publicó el 3 de enero de 1954.

*A Alfonso Reyes*

«¿Cuándo se aquilata mejor, querido Alfonso? ¿Cuándo se paladea con mayor placer? ¿Cuándo se tiene “la diferencia de los gustos y sabor en la boca” —como se dice en *La Celestina*? ¿Cuándo lo nimio viene a golosina? Con la sazón.

»Todo tiende hacia la madurez y si no se frustra. Poco les luce la vida a los que mueren en agraz: no sacan fruto de haber nacido, quedan en blanco sus esperanzas, pierden la oportunidad y el crédito. Se les llama malogrados, mal logrados: bien está el cogollo pero ¿qué tal las hojas? Lo bueno: el colmo.

»¿Qué árboles más admirados si no los más altos? Importa del trigo la espiga; del maíz, el elote; de la vid, el racimo, pero a su vez, de éste el vino y de él la solera. Sólo con el madurar se produce semilla, razón de ser del mundo. El consejo sólo es bueno en sazón, y la prudencia, el mejor abono, se adquiere con los años.

»La fruta verde a todas horas da mal resultado. La madurez, enemiga de la violencia —ese cáncer—, es sabor del pensamiento, sal del entender: consérvase todo lo de la juventud, aumentado. Lo que importa es estar en su punto, sólo así se toma y se da color, meta del más pintado. Sólo así cuajan y granan las virtudes. Se necesita tiempo para pensar maduramente, sólo con él se sazona el fruto y siempre es menester esperarle si se quiere seguir adelante.

»¿Quién destila miel —¿y qué hay mejor?— lo verde o lo maduro? Lo sabroso es la plenitud. ¿Qué son las canas sino corona, al igual que la nieve en los picos más altos? También las sacan los cuidados, pero sin ellos ¿cómo saber lo que es la vida?, y, sin saber cómo es ¿qué gusto hallarle? El saber —y el sabor— son cosa de los años, hacen éstos su obra y dejan más que quitan; por eso nadie quiere morir, no por miedo del más allá sino porque el afán de cada día trae razones de apreciar lo conocido. Sólo el que mucho conoce es de buen consejo; el hombre va, poco a poco, dando su medida.

»Nunca se está en el mismo estado sino que como el universo vamos expandiéndonos —con lo que se demuestra que la sabiduría no tiene gran cosa que ver con la estética— y ¿qué será mejor,

siendo la calidad la misma, lo poco o lo mucho? El tiempo no borra sino que añade. Añoran las arrugas la frente para darle mayor superficie.

»Lo que más cuenta, para la vida, es el otoño: que la primavera sólo es hermosa —lo que no es poco— pero solamente se comprende desde la atalaya de la madurez. Los duelos, los dolores, las penas —sentirlas como son—, enseñan más que la alegría y la inconsciencia; cuando más se suma más se comprende la urdimbre de la vida. Sólo en la meseta de la existencia, vislumbrados los horizontes, se alcanzan la cordura y la prudencia.

»Por algo la gente quiere llegar a vieja: la juventud es de cualquiera. No se reverencian las ruinas por antiguas sino por hermosas, por lo que es gran injusticia dar a la vejez un sentido peyorativo, cuando no es sino prueba del amor de los dioses. ¿Produjo la humanidad algo mejor que las últimas composiciones de Beethoven, los cuadros de las postreras épocas de Tiziano, Goya, Miguel Ángel? ¿Cuándo escribió Goethe la segunda parte de *Fausto*? Joven lo es cualquiera. Ahora que la moda la determinan los más, que hay más jóvenes que nunca, convendría recordarles que no son sino transición hacia algo mejor.

»Todo se transforma hacia un estado de madurez, que es extremo; tiende hacia ella, allí las facultades se conservan atemperadas por la sabiduría; los dioses mayores —lo más alto figurado por el hombre— si, al principio, pudieron aparecer jóvenes, cuando se asentaron en el alma de los pueblos cobraron apariencia enverada, no me dejan mentir Buda, Zeus, Tor, el propio Dios en Majestad (sé que las diosas hacen excepción, como es natural, para confirmar las reglas), sólo el Diablo no se sabe que peine canas aun siendo verbal aquello de que sepa más por viejo que por diablo.

»La madurez lleva en sí, implícita cuanto le ha precedido. El hombre está hecho, en lo que más vale, de recuerdos. Viene a testigo, sin envidiar los placeres ajenos —porque le son conocidos— y, en cambio, comprende, virtud que sólo se adquiere con el transcurso de los días y de las obras. Más alcanza el entendimiento a medida que la experiencia instruye. Para medir y pesar, gozo muy humano, se necesitan medidas con las que tal vez se nace, pero se desarrollan con nuestra órbita. Sólo con el tiempo se aprende a amar.

»La moral es fruto tardío en las naciones y en los hombres. El progreso de las ciencias del espíritu exige un conjunto de observaciones que no pertenecen sino a la edad madura. Sólo los bárbaros no las respetan, que también la barbarie es cuestión de transformación, así en los frutos como en los hombres. Bajo el fermento de los ácidos la fruta se hace sabrosa, el hombre más humano. Proceso lento; sólo los santos reciben la sabiduría por carisma; sólo el sol madura y no en un instante. Cuando más se haya visto mejor se comprende. Dícelo bien, como casi siempre, Saavedra Fajardo: “*los consejos se han de madurar, no apresurar*”.

»¿Qué es la perfección, en arte, sino sentir cierto punto de madurez?, como dijo —poco más o menos— nuestro amigo el buen obispo de Meaux. ¿Qué es de un negocio si no está maduro? ¿Qué la madurez del espíritu y del juicio si no la indicación de la forma más perfecta que puedan alcanzar? ¿Y qué la juventud si no anhelo insatisfecho de llegar a ese estado?

»La madurez es tolerancia porque desde su cumbre permite llevar todo con suavidad, tratar con respeto a los que ignoran, amonestar con blandura, tener y prestar paciencia, ver ofensas y callar. Pero de la tolerancia no le hablo hoy, querido Alfonso, para ser tolerado. Además ¡qué caray!, ¿qué es la madurez si no juventud en sazón? La juventud es envidia; envidiosos, los pueblos jóvenes. Lo malo: que no podemos escoger».

Don Lázaro Valdés Lázaro tenía al morir 71 años. Está enterrado en el cementerio nuevo de Veracruz, lote H, tercera fila, número 24.

# *AMANECE EN CUERNAVACA*

En la huerta ni las adelfas ni las bunganvillas dan aún la medida de su color. Todo el sol está prendido en redes de musaraña. Todo duerme, todavía, un poco. Los colores sobrellevan la pátina del amanecer. Verdes ligan con plata, el aire es fino, los ruidos mansos. La soledad y el silencio a punto de perderse. Los enjalbegados se tiñen de amarillo en espera del blanco restallante que el sol en añil les deparará sin remedio. El cielo es azulenco, celeste claro. Todo despierta, hasta los colores. Nadie es todavía exactamente el que ha de ser. El despertar tiene algo de nacer, todo es tierno, más lento, más débil, más puro, mejor. Es la hora de los buenos propósitos: hoy haré esto y lo otro. Luego picará el sol y los hombres se dejarán ir por la corriente, los rojos serán más violentos, los blancos inmirables, el polvo corruscante; sahornado el día de gritos, hormigas, pulgas, mosquitos, niños, gasolina, gana de no hacer nada. Pero ahora, al amanecer, todo es esperanza, fuerza y milagro.

Los montes parecen más lejanos, espolvoreados de plata, los grises todavía empañados de malva, los verdines de azul. La tierra seca no muestra aún sus cicatrices ni sus arrugas de vieja pedigüeña. La sed se remedia con el airecillo corredor. Los surcos y las acequias prometen agua con la neblina y el corazón da gracias de ser.

Las manos alisan el pelo todavía revuelto del contacto con la noche o bajan a recargarse sobre los riñones encajándose en el nacimiento de las caderas. El hombre se planta, perniabierto, ante el día, lleno, fuerte, contento, sin saber por qué. Mundo abierto, mañanilla.

Todavía no zumban las moscas, todavía no salen las lagartijas, todavía no picotean las gallinas ni alza sus crines el caballo. Sólo un perro sin nombre corretea flaco, la cola a lo que sea, husmeando sin parar hasta perderse tras el recodo.

Como si fuese en Aragón o en Cataluña.

# *ENTIERRO DE UN GRAN EDITOR*

*A Manuel Durán*

Me llamó Vicente:

—Se murió *El Mapamundi*.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. El entierro es a las cuatro.

—Allí nos vemos.

El viento frío no era a propósito, pero fui hasta el cementerio y eso que, en veinte años, en México, no había hablado con el difunto más que tres o cuatro veces. Cuando trabajé para él pasaba como un rey, sin volver la cabeza ni dignarse mirar a sus esclavos. Como si no me conociera.

El Presidente de la Cámara del Libro hizo un discurso muy sentido.

—Don Gabriel Solá fue espejo de hombres honrados, ejemplo y paradigma de varón dedicado a nuestra industria, nuestra gloriosa industria, en cuerpo y alma, dechado de caballeros, etc.

Como dirían los periódicos al día siguiente:

«En el Panteón Español, fueron inhumados ayer, a las 16 horas 30 minutos, los restos del señor Gabriel Solá. Partió el cortejo fúnebre de la esquina de Sullivan y Rosas Moreno.

»El señor Solá murió anteanoche a las 20 horas víctima de una trombosis cerebral a la edad de 68 años. Nació en Valencia (España) y desde hacía muchos años radicaba en esta capital. Lo acompañó un numerosísimo grupo de familiares y amigos, etcétera».

El duelo se despidió rápidamente, empezaba a lloviznar. Regresé a la ciudad en el coche de Vicente tras haber estrechado las manos blandengues de Gabrielito, de Ignacio y de José María, los hijos de la viuda.

—Le acompañó en el sentimiento, etc.

—Los rosarios, en la casa, desde mañana.

El difunto se había hecho muy rico aprovechando como parias a mil refugiados republicanos españoles. De algo había de servir tanto licenciado. Allí trabajamos casi todos, unos al principio —como yo—, otros luego, en los puestos que dejamos o al crecer el negocio. Catedráticos, profesores, periodistas, escritores, músicos, bibliotecarios, militares, magistrados, doctores, ingenieros, directores de archivo, de museos, etc. Todos metimos mano en la *Historia general del mundo*, al igual que en la *Historia de la marina española* o en el famoso *Diccionario de frases hechas y por hacer*.

Gabriel Solá murió siendo un gran personaje (en el velorio aparecieron los subsecretarios y tres exministros). La mayoría le tenía por ignorante, él se divirtió manteniendo el equívoco: un hombre salido de la nada tiene buena prensa en América si se ha hecho millonario, lo que le permitió, los últimos lustros, dar suelta a toda la mala educación que había almacenado bajo la férula de su abuela, de su madre, de su primera esposa. Con los cuartos, se hizo intratable con los inferiores teniendo en cuenta que la abuela quedó en Valencia, su madre murió en Veracruz en 1948 y su mujer desapareció al año de llegar, cuando empezó a irle bien en sus negocios. La segunda era viuda, bastante fea, pero con imprenta.

Sé que estas líneas tienen interés para pocos. ¿Dónde están la mayoría de los que conocieron a Gabriel Solá hace casi medio siglo? Pero si uno no escribe de su juventud en la vejez, ¿de qué habla? Los hombres se van empequeñeciendo con los años. La madurez es una filfa: todo se arruga, empezando por el entendimiento. No me saquen a Goethe o al Tiziano como ejemplos: si hubiesen seguido siendo jóvenes aún nos estaríamos haciendo cruces; más de las que hay en tantos panteones. Importa el empuje. Tal vez porque no lo tuvo en su juventud. *El Mapamundi* hizo carrera maduro. ¿Quién lo iba a suponer?

A Gabriel Solá —el padre— le conocían mucho todos los estudiantes valencianos porque solía sacarlos de apuros dándoles algo más por sus libros de texto que Plácido Cervera o Manuel Berenguer, los librereros de viejo. El hijo, el actual difunto, estudió tres años en la Universidad. Lo dejó una mañana para servir en la tienda paterna. Allí se vendía de todo; el viejo Solá era chamarilero y prestamista. La verdad: el dejar el retoño la carrera fue para casarse: la Fuensanta no le dejaba vivir ni de día ni de noche y quería algo más que meterle mano: renunciando a ser abogado podría acostarse con ella tres años antes, ya que, en eso, la abuela y la madre eran intratables: primero el título, después la coyunda.

El ingreso en el comercio produjo un gran disgusto al progenitor que ansiaba tener un hijo con carrera. El tal don Gabriel no era hombre para gran cosa. La que lo llevaba todo era la abuela, mujer como hay pocas: infatigable, parlanchína, fuerte, dura, lista —que no inteligente— y amiga de darle gusto al cuerpo como no recuerdo otra: fumaba, bebía, comía y lo demás, como la mejor. Su marido no la resistió, prefirió morir en los lejanos tiempos en los que Blasco Ibáñez y Rodrigo Soriano andaban a la greña, en los primerísimos años del siglo. Tras el luto, dejó chica a doña Isabel II: no hubo galán buen mozo de los muy poblados alrededores que no pasara por sus horcas. Y nadie chistaba ni chismorreaba, tal pánico le tenían. Con el pelo muy blanco —y ninguno en la lengua—, cuando el reuma la sumió en un sillón desde el que mangoneaba, gritaba y

perjuraba, riendas de todo en la mano, no había quien sisara ni ordenara la comida ni quien prestara como no fuera a su mandato o con su consentimiento expreso.

Disculpó al nieto y si la escogida salió rana, le echó la culpa al cabezotas. Así fuera su nieto, era hombre y ella sabía para lo que servían; para llevar el mundo adelante: sólo las mujeres, por algo parían.

Primero le llamaron *El Cabezotas*, luego *El Mapamundi*. De estatura regular, más bien tirando a pequeño, la frente en forma de globo, el pelo huido arriba de los temporales abriendo entradas, la nariz gruesa, los labios abultados, la barbilla partida, los ojos muy saltones —mirando vagamente unos bultos que se le escapaban—; adargados tras gafas armadas de gruesos cristales, se le reducían a miniatura. Tras los lentes, Gabriel Solá se sentía protegido, a cubierto de unos y otros. Llegó a figurarse que sus antiparras eran una especie de escudo que le separaba, protegía y aun escondía de los demás; impresión en la que se encastilló con el tiempo al sustituir los cristales blancos por otros oliváceos. Ese seto vivo, que le distanciaba de los demás ocultándole a sí mismo sus rasgos, le imposibilitaba toda comunicación cordial, cualquier fraternidad con sus semejantes. Pensábalo todo dos veces y hacía, a la segunda, lo contrario de lo que sus impulsos le aconsejaban primero.

Mozo, Gabriel Solá, fue partidario del amor libre, del reparto igualitario de los bienes, tal vez porque la oscura tienda de empeño de su abuela abría sus puertas vergonzosas en la calle de Garrigues, cercana a la de Gracia, en los aledaños del barrio chino, albergue de valientes y pirujas. Con la coyunda y el tiempo, cambió del todo en todo, en cuanto a los bienes.

Del amor, que no es cosa de uno solo, la parte que tomó Fuensanta no llegó a satisfacerla. La mujer, alta, rubia, guapetona, fue a lo suyo —que era huir del padrastro y asegurar el condumio— y puesta a lo otro los prefirió de mejor ver que el escuerzo cabezón que le tocó —no es un decir— en suerte.

Fuensanta era capaz de hacer feliz a cualquiera. No creo que ella llegara a serlo; por eso se le agrió el carácter y —cosa curiosa— se le aflautó la voz.

Gabriel Solá, por la índole del negocio, encontró fácilmente donde dar cuerda a su amor universal. Se hizo ilusiones, muy parecidas a las que le proporcionó, desde años antes, la literatura. Que, desde que estudió Preceptiva literaria en el Instituto, rumiando despechos, tal vez ya sintiéndose impotente para crear, sin quererlo admitir, aficionado que fue a pergeñar renglones cortos en cuartillas de desecho apoyándose en la curiosidad temprana que le despertó el hojear lotes de libros empeñados, quizá por la costumbre de prestar, dio en copiar a los autores que le parecieron rimbombantes y adjudicarse la paternidad de sus plagios para admiración de compañeros, clientes y extraños poco *versados* en poesía. En el Instituto, en la Universidad, en ciertas redacciones de periódicos tuvo sus admiradores y más al empeñarse en no publicar lo que daba por suyo. Al principio, Gabriel tragó más rejalgos cuanto más ponderaban sus obras, pero acabó por tomarse en serio y creer que todo lo que antologaba había salido de las manos de sus autores por métodos parecidos al suyo, lo que le fue de gran consuelo. Dicho de paso, el negocijo le ayudó no poco a llegar a esta convicción, que fue un adiestramiento espléndido para sus futuras

aventuras editoriales, profesión en la que por entonces nunca soñó, mas a la que se adaptó con fruición y provecho al no tener ni siquiera que decidir que todo el campo —literario— era orégano.

Jamás se le ocurrió pagar derechos de autor. Sin ir tan lejos, a los pocos años, todavía en Valencia, se cansó de sus ejercicios espirituales prefiriendo ocupar su tiempo en ganar amigas con la ayuda de la floreciente industria familiar a la que aportó —a la gran sorpresa de su padre— no escasos dotes comerciales. Ahora bien, los empleó en puro provecho propio hasta el día en que su engendrador descubrió sus raterías y le abofeteó delante de su abuela, su madre y su mujer, gesto que nunca le perdonó nuestro personajillo.

Lacayo, vil, servil —ser vil—, humilde y rastrero con los que le podían servir para algo; altanero, despreciativo, desdeñoso y avaro con los que le servían, haciéndoles tragar la mala sangre que almacenaba frente al espejo lamentándose de su físico, ser intermedio, intermediario entre lamer plantas más altas y segregar veneno contra sus dependientes, más miserable todavía si columbraba en éstos cierta superioridad del orden que fuese; buscando siempre el arrimo del más fuerte, dispuesto a lo que fuera con tal de que no se le volvieran a reproducir agruras y angustia de estómago que el odio le fermentaba, la envidia le reconcomía sin que la pudiera eludir: la sentía atada a sus hombros inficionándole la sangre, rebulléndole las tripas, atenazándole la lengua en circunloquios que suponía hábiles y zarpazos pseudomaquiavélicos. Su desencanto le añadía bilis que le obligaba, de cuando en cuando, a guardar cama para librarla. Pagábalo Fuensanta, que le aguantaba por el solo placer de devolvérselo en cuernos.

Cuando en 1936 estalló la rebelión y tuvo que escoger sindicato, ingresó en la CNT donde hizo una carrera brillante y rápida. Su barniz intelectual impuso respeto entre tantas gentes de buena fe y otros de no tanta, pero, todos ellos, con una cultura tan superficial que las más de las veces no alcanzaba a verse. Lo cual para la revolución —y dicho sea de paso— no importa gran cosa. Lo cierto que, a fines de agosto, Gabriel Solá era subdirector del periódico de la organización ácrata, y se sentía feliz. Descubrió que lo que ansiaba era el poder, no para mandar sino para ser temido.

Todos callaron, menos la abuela. Él se las agenció para verla lo menos posible y que la férula batiera el cobre sobre el sufrido lomo de sus padres; el viejo no lo resistió, de tanto callar reventó.

Al llegar a México, *El Mapamundi* se dedicó a vender libros a plazos hasta que ideó su primer diccionario y descubrió la viuda, es decir, la imprenta.~

Sé que todo esto no tiene nada de particular, que hay miles de vidas así. Pero al ver en tantos escaparates, en tantas casas, el *Gran Diccionario Sola*, me acuerdo de mis tiempos de estudiante, de cuando iba a empeñar mis textos a la tienda de su abuela para poder comprar las novelas de Baroja, y pienso que si hubiese seguido en Valencia, si no hubiese habido guerra civil, el triste *Mapamundi* no hubiera tenido el entierro que ha tenido.

Consecuente con su fortuna, se volvió franquista. Los últimos años de su vida iba cada verano a España, fundó allí una gran editorial de libros técnicos. Con una gran «S» en los lomos, rematada, eso sí, con unos cuernitos.

—La «V» de la victoria —decía.

No quisiera que mis lectores se dejaran sorprender por el tono amargo de este relato. Sí: adolescente estuve perdidamente enamorado de Fuensanta, que debía tener por lo menos diez años más que yo; no me hizo caso más que una vez. Me emperreé, sin resultado.

Cualquiera sabe que a esa edad, el tiempo no cuenta; sí el rejalgar que tragué.

No paró en esto: empleado en la H. U. S. C. de V. —la editorial ya famosa— no tuve reparo en ponerle cerco a cierta joven secretaria, en este caso diez años más joven que yo —lo que, por el entretanto, también era natural—. No supe a tiempo que mis gustos coincidían con los del *Mapamundi*. Pero no fui al entierro por Virginia. Fue por Valencia, el Instituto, la calle de la Sangre, la calle de Garrigues, la de Gracia, el olor del azahar, los recuerdos de las librerías de viejo, mi juventud.

Carta póstuma del *Mapamundi* al anterior.

Querido Jaime:

Muero del corazón —mi tercer infarto— pero que no te dé gusto. Muero queriendo. Feo, cabezón, sin carrera, tuve siempre las mujeres que deseaste y algunas más.

¿Cuántas veces no procuraste acabar conmigo? Hasta supongo que escribirás un relato —de los que te han hecho célebre— para ensañarte en mi retrato y mi biografía. Si eres justo remátalo con estas líneas que le dicté a Virginia, encamado en el Instituto Nacional de Cardiología.

Siempre tuve diez años más que tú. La cosa empezó con Fuensanta y acaba con Virginia. Es decir, con mi difunta esposa primero y tu querida. Sabiendo que mi médico —que es también el tuyo— me prohibió cualquier exceso, tuviste la delicada idea de colocar a Virginia al alcance de mi mano, de mis manos, mejor dicho, con la seguridad que no dejaría de aprovecharlas. A los 68 años me dejé caer con todo gusto en tu ¿ingeniosa? trampa. Dos horas diarias de tentarrujos fueron —y lo sabía, pero no me importaba— demasiadas para mis endurecidas arterias. Acertaste, pero no sabes con cuánto bien. Nunca supiste, infeliz, gozar —y hacer gozar— a las mujeres. Te faltó siempre el gusto y el tiempo que se necesitan para llegar a ser —de verdad— un viejo verde.

Virginia ¿tu cómplice? Déjame reír. A nuestra edad entran en juego ciertos elementos que no están —que nunca estuvieron— a tu alcance, empezando por el dinero. No la compré, ¿a qué santo? Basta el placer: es decir, el placer bien administrado que yo sentía tan vehementemente y es pago suficiente. Sin contar que te salías con la tuya, acelerando mi muerte. Saber que el gusto que dan es el último, próxima la muerte, debe de impeler a no pocas mujeres a dejarse querer. Por algo son madres. Para mí... (No sabes ni sabrás el prodigioso aliciente de ignorar si ese momento es el último —encantador— de tu vida).

Quédate ahora con ella, será por poco tiempo —dejando aparte los jóvenes de su edad, que, para mí, y no para ti, no cuentan—. Virginia sabe a lo que nunca sabrás, inocente. Muero pero en ella quedo, tan a gusto. Te lo agradece eternamente tu viejo,

P. D. Conste que cuanto has ido proclamando por ahí de mi franquismo es mentira. Con la política, mi pobre Jaime, te pasó igual que con las mujeres: no entendiste ni papa. Y ya muérete de una vez, ni siquiera tendrás quien se meta contigo. Donde te meterán será en tierra y te borrarán del mapa. Yo, por lo menos, tendré un entierro de primera. También como es natural, habría que saber el punto de vista de Virginia. Pero eso ¿quién? Hubiera sido del gusto de mi abuela. ¿Sabes cómo te llamaba? *El Hemisferio*. Palabra. Vale.

Jaime Moltó no publicó la carta anterior. La encontré entre sus papeles. Sobrevivió tres semanas a su coterráneo.

# EL REMATE

*A Jorge Guillén*

# ***EGISTO***

*Ya sé que los desterrados se alimentan de esperanzas.*

*¡Hínchate hollando la justicia, puesto que puedes!*

Esquilo: *Agamenón.*

Antes de contar el fin de mi inolvidable amigo Remigio Morales Ortega será bueno que diga dos palabras acerca de mí. Nuestro común primer apellido podría dar lugar a confusión; pero siendo idénticos no son de la misma familia: él, de Madrid; yo, de Castellón de la Plana[33]; si fuimos algo, político el parentesco.

Fui escritor y periodista de cierto nombre hacia 1930; los azares de la guerra, los vaivenes posteriores, me hicieron abandonar la pluma, por lo menos públicamente. Vivo en Cahors, donde me he casado y he formado una familia. Lo digo sin vergüenza: mis hijos hablan muy mal el español; mi mujer es francesa, profesora de francés, para mayores señas. Enseño matemáticas; si no con gusto, muchas horas a la semana. Vivimos con cierta estrechez pero no nos falta nada, lo que —en Francia— no es poco decir, aunque sin duda, para los mejicanos —es decir, los refugiados españoles— vamos poco al cine y el carecer de cuarto de baño sea un estigma.

En España, Remigio era como mi hermano. Nos conocimos en Madrid, en 1922, cuando él empezaba a hacer oposiciones a notarías. Por entonces yo quería ser arquitecto. Él era empeñoso y yo porfiado en la variación. Acabó ganando sus oposiciones en 1927. Yo fui cambiando de aspiraciones, me llamaron la atención la pintura, el grabado, la topografía, la química, para acabar en periodista, profesión que cuadró con mi gusto impreciso.

Remigio fue a parar a un pueblo de mi región natal, donde yo tenía familia lejana. Allí casó con Pilar Ramos, prima mía en tercer grado. Nos veíamos, por lo menos, durante las vacaciones de verano y los días de Navidad; más alguna escapadita que solía hacer por Madrid cuando podía. Remigio era subido de color —*Cara de hogaza* le decían—, bajito, más bien rechoncho; buen comedor, cabeza clara, muy amigo de todo lo por derecho, más ateo que el Papa y respetuoso de todas las creencias. Ni que decir tiene que se casó por la Iglesia, muy bien visto por todos. Cuando —en 1931— se proclamó la República se hizo de Izquierda Republicana, es decir, de los de Azaña; el ideario liberal y democrático le sentaba bien. Se entusiasmó de veras con su jefe, al que conoció. Cuando nos impusieron la guerra civil lo hicieron alcalde del pueblo. Luego, al ser llamada su quinta, fue a Barcelona, colocado en el Ministerio de Comunicaciones. Tras la retirada de Cataluña pasó a Francia; en mayo o junio de 1939 llegó a Méjico donde residió desde entonces. Pilar y los chicos se quedaron en España, en el pueblo, con la familia.

Durante muchos años estuve sin noticias de Remigio, o tan vagas que no vale la pena hablar de ellas. Llegaron a asegurarme que había muerto; por otra parte, a él le dijeron lo mismo referente a mí, con mayor precisión: primero que me habían fusilado en Sevilla, luego que había muerto deportado en Alemania. No hubo tal, desde el principio del fin me quedé en el centro de Francia. No me interesaba ir a América. Conocí a la que hoy es mi mujer, estuvimos en la Resistencia, nos casamos y aquí seguimos.

Remigio trabajó mucho en Méjico con un compañero de profesión de aquel país, ya que allí sólo pueden ser notarios los mejicanos por nacimiento. Publicó artículos, dio conferencias, fue profesor de la Escuela de Derecho, editó libros, entre ellos una novela —*Juan Escudero*— que tengo por algo de lo mejor que se ha publicado en estos últimos años. (Digo editó porque tuvo que pagar imprenta y papel, y quedarse con la mayoría de los ejemplares, que invadieron su piso).

Como hombre de bien todos lo respetaron. Con algunos compañeros formó allí el partido de Izquierda Democrática. Se reunían todos los días en un café céntrico. Recogió sus conferencias del Ateneo Español en un volumen, muy bien editado por Emilio Prados, que tampoco tuvo resonancia; vendió lo más al peso: no cabían en su estrecha casa.

No tengo por qué meterme en la vida privada de nadie y menos en la de mis amigos: ignoro por qué Pilar no se reunió con él. Mi familia me escribe lo menos posible. Primero por miedo, luego por costumbre o desinterés. Una vez nos vino a visitar un sobrino recién casado —Roberto Martínez—; de Pilar no dijo gran cosa: —Ahí sigue.

¿Qué pasó entre ellos? Lo ignoro. Cuando, años después, hace poco, hablamos Remigio y yo, hizo un gesto de desinterés cuando me referí a ella que me quitó las ganas de seguir adelante.

(Me acuerdo de la boda. Un tío de Pilar, que era de León, se levantó muy digno y dijo como creo que ya no se dice:

—Que sea fecundo este matrimonio, como fecundo es el trigo.

Los gritos de todos: ¡*Que vivan los novios!* La figura acartonada y un poco ridícula de los futuros cónyuges. ¡*Vivan muchos años el padrino y la madrina!* ¡*Que vivan todos!* Otro mundo).

Supe que Remigio vivía en Méjico con una señora colombiana o argentina, después de haber tenido que ver con una refugiada que se las hizo tragar de todos colores. Tampoco le pregunté nada acerca de ello. Soy así. Además no tiene que ver con lo que quiero hacer constar.

Pilar siguió, sigue, en Utiel. Remigio, por lo que supe, le mandaba dinero de cuando en cuando (nunca les faltó para vivir decorosamente). Tenían tres hijos, un varón y dos hembras: Remigio, Gloria y Vicenta. Las chicas se casaron pronto y bastante bien con dos primos hermanos —entre ellos—, vinateros de la región. Remigio, como es natural en hijo de notario (por muy desterrado que fuese), estudió leyes; primero en Valencia, luego en Valladolid y Madrid.

A los veinte años de exilio del padre, el chico tenía veintiséis o veintisiete y Remigio dinero suficiente para darse una vuelta por aquí. Entrar en España no era concebible: se lo impedía su

conciencia, toda la vida dedicada a una causa.

—¿Ir yo a España? Sería como faltar a un voto. No que me prometiera nada ni a nadie. Pero me sentiría disminuido, deshonorado, humillado, esclavo.

—Nadie te dice que te quedes a vivir allí. No se puede.

—Ni he venido a hacer de turista. Eso, para los que hayan olvidado.

Lo decía, indudablemente, aunque sólo fuera en parte, por mí.

—Y no es por vanidad.

—Algo hay de eso.

—Si sigues, vamos a tarifar.

—¿Qué?

—Claro: aquí no se dice.

—No.

Se echó a reír. Éramos los mismos, ni soberbios ni suficientes.

Pilar no quiso oír hablar de un viaje a París, ni siquiera a la frontera. ¿Para qué?, dijo con bastante sentido común. Las chicas tenían críos que amamantar. Cuando no una, otra; Remigio sí dijo que vendría a ver a su padre con mucho gusto. Decidieron verse en Cerbère, en la frontera misma. Luego, ya verían.

Remigio hizo el viaje a Europa en avión. De París vino a casa, donde pasó el fin de aquella semana. Mis chicas fueron a dormir a casa de su abuela. Hablamos mucho esos días, sobre todo del pasado. Hacía veinticinco años que no nos habíamos visto; no nos encontramos cambiados, sólo con veinticinco años más.

Las amistades de los veinte años son las verdaderas, las que resisten. Remigio era el mismo: no se cambia desde que se tiene uso de razón. Las variaciones son físicas (v. gr.: el pelo, menos en todos) y no sólo en el aspecto: Remigio, gran comilón, no era ya ni sombra de lo que había sido. Yo, que nunca fui gran cosa con el tenedor y la cuchara, sí conté como empinador, pero el hígado vio caer torres más altas que la mía. Al sabor del reencuentro hicimos algunos pinitos. Mi mujer es gran cocinera. Desde que supe del viaje de mi viejo amigo hicimos, antes de dormir, planes gastronómicos de varias clases; Remigio no durmió la primera noche (no atreviéndose a despertarnos) pidiendo al cielo descubrir a tientas el bicarbonato.

Se fue al día siguiente, a ver al chico. Volvió con los ojos hinchados —aseguró que de un orzuelo— de llorar. Me dijo que estuvieron en Perpiñán.

—¿Y qué?

—Bien.

No tenía ganas de nada.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

Me miró desamparado.

—Te juro que no lo sé. Si por lo menos hicieran burla o mofa. No. Sin querer le dejan a uno solo. Me desconoció, mirándome como extraño. Nos han desahuciado. ¿Volverme a Méjico? Pues sí. A empezar de nuevo, a darme cuenta de que aquello es mi tierra. Y no lo es. Uno es de donde crece. ¿Tú te sientes de aquí?

—No. Pero mis hijos sí.

Lo dije sin ganas de ofender (Dios lo sabe) pero le ofendí.

—Pues los míos son españoles. Por lo visto el que ya no lo es soy yo.

Se echó a llorar. Creo que nunca he pasado un rato más amargo. No quiso cenar; se fue a dormir, dijo que como un tronco. Seguramente hacía días que velaba, que se velaba a sí mismo.

—No hijo, ya no somos nadie, ni sabe nadie quiénes fuimos. No tiene nada de particular. ¿Qué sabíamos de la gente que tenía treinta años más que nosotros? Poco, pero algo. Ahora, ni eso.

—Exageras.

—No, hijo.

—Hubo la guerra.

—Por eso mismo: nos han borrado del mapa. ¿Te acuerdas de una comedia, no recuerdo exactamente de quién, creo que la primera de un autor que luego tuvo mucho éxito en Francia?: ¿Pagnol? ¿Se llamaba *Jazz*? ¿*Los mercaderes de gloria*? Lo que importa: es la historia de un profesor, de un erudito, que dedica su vida a no sé qué arte extraño, basado en documentos falsos. Toda su obra se derrumba a la vejez, sin remedio.

—Aquello era teatro.

—Pero lo nuestro es verdad.

—No más que la de otros.

—Pero era la nuestra y no tenemos otra. Luchamos por una realidad y no fue.

—¿No crees que eso le pasa a todos los políticos?

—Primero, yo no soy político, no me importa, nunca me importó el poder[34]. ¿No quieres comprender?

—¿Comprender qué?

—Durante veinte años, hemos... Bueno, por lo menos yo, he luchado por la República, por mantener, sin querer oír hablar de otra cosa... Y ahora resulta...

—¿Qué?

—Ahora resulta que trabajaba por algo inexistente.

—¿Cómo inexistente?

—Sí, algo que nadie tiene ya en cuenta. Creía cuidar, curar a alguien vivo y velaba un cadáver. Muerto yo, sin saberlo. Sin saberlo ellos mismos.

—¿Quiénes, ellos?

—Los españoles.

—Respiras por otra herida.

—Por la misma. Mira, hermano, los que nos fuimos ya no contamos, para eso mejor nos hubiésemos quedado.

—¿Para acabar en el paredón?

—Muerto antes o después ¿qué más da?

—¿Así que ahora crees que cuanto hiciste no va a servir para nada?

—No. Y duele. Mira: ¿en qué libro que trate de la novela española contemporánea me ves citado?

—¿Qué tiene que ver?

—*Juan Escudero* será lo que será pero no es peor que...

—Soy el primero en proclamarlo.

—Ninguno de estos muchachos que empieza ahora ha leído nada mío, ni conocen el santo de mi nombre. Les suenan —a algunos— los de aquellos que publicaron antes del 36. Los demás nos

podríamos, desaparecemos. Porque, como es natural, tampoco en Méjico somos nada. Y yo, gracias a que Max me citó en un ensayo bastante reproducido, que si no, te lo aseguro: ni el santo de mi nombre. No por su culpa: sencillamente no saben, nadie ha leído *Juan Escudero* porque los ejemplares quedaron varados del otro lado del océano. No me levanto contra la ignorancia sino contra el hecho que la determina.

Fumaba sin cesar aunque le hacía daño.

—No que haya una conspiración en contra mía. Ni de nadie. No. Que las cosas son así, que han venido a ser así. Que posiblemente siempre fueron así. No me hagas caso. Es una tontería: las cosas no han sido nunca igual ni lo vuelven a ser. Fíjate en Paulino; salió de España habiendo estrenado dos o tres comedias tan buenas como las mejores. Dos o tres comedias para un dramaturgo español son poca cosa.

—Y para un francés.

—Para cualquiera. Pero no me interrumpas. No se trata de eso. Le ha ido bien: hizo muchas películas. Ha vivido sin que le faltara nada. Pero ¿estrenar?

—¿Por qué?

—No sé. Tal vez porque las que hizo allí suenan a otra cosa.

—¿No traducen comedias?

—Sí.

—¿No representan obras de españoles?

—Sí... No sé. Lo cierto es que ha escrito tres, cuatro comedias excelentes y las ha tenido que guardar en sus cajones, como yo he publicado mi novela, mi libro de ensayos, sin que nadie se enterara.

—Ni Paulino ni tú sois los primeros...

—¿En ser leídos dentro de cien años? No lo creo. Falta la tierra. No es nuevo. Pasó igual con los jesuitas expulsados en el XVIII, con Marchena, con Blanco. Tendré que conformarme con un Llorens futuro.

—No está tan mal.

—No. Estoy dispuesto a firmar un contrato.

Había tal amargura en su aseveración que se me asomaron las lágrimas. Me he vuelto sentimental.

(Llorens, Vicente Llorens, un viejo amigo nuestro, profesor en una universidad norteamericana, que publicó un excelente libro acerca de la emigración de 1823).

—Yo también escribí un drama, mejor dicho: una tragedia. En ella Franco, mezcla de Egisto y Clitemnestra, asesinaba a Agamenón.

—Soñaste que tu hijo...

—Mi hijo o los tuyos.

—¿Fuesen Orestes?

—Eso lo podía advertir cualquiera.

—¿Y?

—Al cabo de siete años la rompí. A nadie le interesaba.

—Tal vez con razón.

—Con razones. Pero no nos enseñaron a vivir de otra manera. El tiempo nos mata.

—Y que lo digas.

—No, sino en vida. Nos hunde. Vamos desapareciendo poco a poco en un terreno cenagoso, en un tremedal, viendo cómo los demás siguen andando. Atrapados. No hay derecho.

—No lo hay.

—¿Entonces hicimos el idiota?

—Probablemente.

—No lo puedo creer.

—Entonces, ¿de qué te quejas?

Reproduzco este trozo de conversación que apunté horas después. Difícilmente pueden entenderla otros. Se mueven y remueven en ella recuerdos, odio contra la enseñanza que recibimos, desesperación por la jugada que nos hizo la historia y, a pesar de todo, la lívida luz de cierta esperanza que sabíamos fenecida y nos empeñábamos en revivir.

—Ni siquiera la voz, hermano, ni la voz siquiera. Oí hablar a mi hijo y su acento me sonaba gutural, duro, extraño. Veinte años de América modifican hasta el oído. Ya no estamos hechos al español, al español de España, menos al de Zaragoza. Ya sé: al cabo de unas semanas no me chocaría. Pero el hecho es que, de buenas a primeras, se alzó entre nosotros lo que menos había sospechado.

Sacó otro pitillo.

—No fumes.

—Es un buen chico. Muy interesado en lo suyo. Perito mecánico. Muy perito, muy mecánico.

—¿No había estudiado leyes?

—Sí.

—¿Entonces?

—Ahora se cambia más fácilmente que en nuestro tiempo. Otro mundo. Hemos sido cortos de seso... No sé por qué creímos que faltando nosotros el país se quedaría dormido, inmóvil como la Bella Durmiente; esperándonos, como si fuésemos el Príncipe imprescindible para echar a andar de nuevo...

Hizo una larga pausa. Luego, como si repitiera algo muy sabido:

—Si fuéramos perfectos y a semejanza de Dios seríamos dos en uno. Uno, el que somos; otro, el que debimos ser. O, uno: el que fue; otro: el que debió ser. Ése sí hubiese sido el Gran Teatro del Viejo y del Nuevo Mundo. A los veinte años: ¿quién me conoce que me conoció? ¿Quién me reconoce? Ni yo mismo. Un Remigio que aguantó en Madrid lo que había que aguantar ¿es lo mismo que este Remigio americano que puede hacer más o menos lo que quiere?

Seguía con su perra, un poco engalletado, como siempre:

—Sencillamente, no existimos. Mira: ahí tienes la historia de la literatura hispanoamericana de Anderson Imbert, que no es mejor ni peor que otras tantas: un catálogo casi exhaustivo. Busca mi nombre a ver si lo encuentras; ni por casualidad. Coge cualquiera de las historias de la literatura española de las corrientes; tampoco. ¿Para eso luchamos?

—¿Crees que hicimos la guerra para que aparecieras en las historias de la literatura?

—Sí.

Me dejó con la boca abierta.

—Perdimos. No lo admití hasta ahora que regresé. Creía que, a pesar de todo, quedaba vivo nuestro recuerdo, nuestro rastro; que la gente no hablaba, no escribía acerca de nosotros porque no podía, porque se lo prohibían, por miedo. Tal vez fue cierto los primeros tiempos, pero después, en seguida, sencillamente fuimos borrados del mapa. Un auténtico remate. Nadie sabe quiénes fuimos, menos todavía lo que somos. Ni siquiera vendidos al mejor postor... En cambio los traidores, los traidores imbéciles: imbéciles, no; ignorantes, fanfarrones, como Queipo...

—¡Qué sabes de Queipo!

—Lo que todos, más lo que cuenta Koestler en *Un testamento español*, que habrás leído.

—No. ¿Te das cuenta de que todo lo tuyo es literatura?

—Ese libro no tiene nada de literario. Son sus memorias de condenado a muerte en la cárcel de Sevilla, en la primavera del 37. Lo que no se podrá perdonar nunca a Queipo es el mal gusto, la grosería de sus continuas intervenciones en la radio. Chabacano, ramplón, prolijo...

—Esto es precisamente lo que se le podría perdonar. De ser cursi nadie tiene la culpa. Pero ¿dónde se mató más gente? ¿Dónde se asesinó más a mansalva? ¿Dónde se ejecutó con más sangre fría?

—Tú lo sabrás. Por eso te traje esta mugre.

Me sacó el *ABC* de Sevilla, del 9 de marzo de este año de 1961, que debió comprar en la frontera para mí. Me leyó el artículo de fondo.

«Hoy hace 10 años rendía el alma, en su casa de Gambogaz, don Gonzalo Queipo de Llano y Sierra. La Milicia perdía uno de sus príncipes más esclarecidos; la Patria a un hijo que la sirviera con entregado amor; Sevilla lloraba a su padre.

»Sí, a su padre. Muy contadas veces, en el lento caminar de los siglos, puede una ciudad convertirse en deudora absoluta de un solo hombre. Sin la menor hipérbole, atenido exclusivamente a la excelsa coyuntura histórica que le tuvo de protagonista. Queipo de Llano no tiene otro antecedente que Fernando III de Castilla y de León, el Santo Rey. Éste redimió a la ciudad de su esclavitud islámica; aquél la salvó de la dominación marxista. Uno y otro fueron brazos de la Providencia para incorporar a Sevilla al destino de España eterna...

»... En Queipo el hombre de gobierno —funciones que en buena parte cayeron sobre sus hombros por razón de la circunstancia— no desmereció al insigne soldado. Hasta se aventuró con pie firme por el difícil campo de lo económico y lo social. La retaguardia de su ejército estuvo siempre perfectamente organizada, incluso antes de la constitución del Poder central. La vida no sufrió interrupción alguna, antes, al contrario, cobró un ritmo intenso, en rudo contraste con el dislocamiento, la arbitrariedad y la ruina en que sumieron a la región, como a España entera, los gobiernos del bienio republicano-socialista y del Frente Popular. Lo extenso de sus facultades le dio sobrada ocasión para satisfacer uno de los más regios imperativos del espíritu: el afán de justicia. Aunque dura es la ley de la guerra, supo mitigarla con frecuencia; y en el ámbito civil para nadie tuvo mayores desvelos de comprensión y de apoyo como para los humildes. Dirimió con criterio ecuánime conflictos laborales nacidos en el anterior régimen, llevó a los puestos de trabajo un espíritu de cristiana hermandad, edificó centenares de viviendas para empleados y obreros, fue de todos y convivió con todos...

»Queipo de Llano —hay que proclamarlo— no era sólo, con ser tanto, un general alzado en armas, sino un hombre de ideas precisas y consecuentes, enamorado de la acción en cualquier noble terreno donde hiciera falta gente animosa...

»El sepelio fue memorable. Se veía llorar sin recato. Sevilla daba su adiós a los despojos de su salvador y valedor insigne. Encerrado en aquel ataúd iba uno de los más preclaros colaboradores de España renacida, iba el hombre suscitado por la Providencia para librar del oprobio a las aras y a los hogares de Sevilla, iba el esforzado galán que había sabido conquistarla por las bravas.

»Sevilla le tiene enterrado en la Macarena, como él lo quiso. Desde aquel día, la Virgen de la Esperanza vela su descanso».

Calló. No dijimos palabra. Nos regurgitaba —ahora sí— la misma rabia, idéntico desconsuelo. Queipo... Le conocí, señorito marchoso, en París, hacia 1927 o 1928, más revolucionario que nadie, conspirando contra la monarquía antes de proclamar sus simpatías comunistoides por los cafés de la Puerta del Sol.

No le había contado nada de lo mío a Remigio; si no pregunto ni me quiero enterar de lo de los demás no voy a andar pregonando lo que me roe. En su desconsuelo, mi viejo amigo no me unía a su desesperación; tenía demasiado consigo.

Puesto a sacar papeles, me enseñaba, amargo, el último número de *Cuadernos*, dedicado a la actual literatura española; hecho con cuidado y cariño.

—Es lo peor. Fíjate: Cela, Delibes, los Goytisolo, la Matute, ese joven García Hortelano. ¿Referencias anteriores? Baroja y para de contar. Del 98 a ahora un salto, mortal para nosotros.

—Así es la historia, sin eso ¿quién sería capaz de digerirla, tan enorme?

—¿Qué dirá Pérez de Ayala? Valle-Inclán puede reírse, muerto, pero Ayala...

Por no hablar de él mismo. A la noche estalló —en casa de Jiménez, un medio librero, papelerero, mercero, donde se encuentran libros de texto y la colección *Austral*— frente a un joven imbécil, profesor de español en Montpellier.

El tal mequetrefe —Jesús García García—, nariz respingona, barbitas y bigote como es de moda ahora, más seguro de sí que de cualquier otra cosa, fanfarrón, orgulloso de su condición de español por serlo, ignorante de cuanto no le hubiesen enseñado oficialmente, dijo pestes de *Azorín*. Don José Martínez Ruiz no es escritor de la preferencia de Remigio, pero le vi salirse de sus cabales como un chorro de agua de alta presión:

—¿Por qué no se calla, jovenzuelo? No sabe usted nada. ¿Me oye usted?, nada, absolutamente nada. Está en la más perfecta inopia. Aun los que están en babia, los lelos, los tontos, están en blanco; cabe, entonces, una ligera esperanza. Con usted, ninguna. No sólo le envenenaron sino que se tragó el veneno a gusto. Lo poco que sabe lo aprendió mal y tarde. Todavía le falta nacer, joven. ¿Habla mal de *Azorín*? ¿Lo ha leído? No me diga que sí. Usted sólo lee el *ABC*, hermoso periódico donde viejos cobardes alzan barreras para hacer olvidar que fueron amigos de Azaña. Los mismos que escriben historias embarrando de mierda a quienes sirvieron; u otras de la literatura ensalzando a escritores de nada, sólo por ser del régimen, sólo por eso. No tiene usted toda la culpa, sino

nosotros que no supimos ganar la guerra.

—Los vencedores siempre tienen la razón —le soltó el escuerzo barbichuelero.

—Usted nunca ha oído el santo de mi nombre.

—El santo tal vez sí, el apellido es el que se me escapa.

—Insolencia no le falta.

—Donde las dan...

Un espectáculo lamentable. Intervinieron los presentes. Me llevé a Remigio al *Café du Commerce et de l'Industrie*.

—Me sacó de quicio.

Bebió.

—¿Para eso perdimos la vida? Sí, ya sé, cállate. Sacarás a colación el actual grupo de Barcelona, el de Madrid, tal vez el de Valencia. ¿Qué son al lado de lo que quisimos? ¡Claro que hay cientos que, por sí solos, llegarán a darse cuenta! ¿Y qué? Lee, lee las historias de guerra que empiezan a salir ahora, escritas por nuestros hijos. Resulta que *hicimos*, que queríamos hacer la revolución. Que fue el pueblo... ¡Cuentos! La guerra la hicimos nosotros: los señoritos, los empleados, la clase media. ¡Y de qué manera! Y si no ya viste lo de Sevilla, y lo de Zaragoza, y lo de Oviedo. Es decir que en esas tres ciudadelas de la clase obrera vencieron los militares sin mayores penas. Aún me acuerdo de Durruti: —¡Que no me toquen Zaragoza! Es cosa mía...

¿Qué le iba a contestar? Fue republicano, sin más, como yo, pero he visto más cosas. No iba a discutir sabiendo que no serviría para nada.

—Te has vuelto muy callado.

—Es posible.

—Estoy harto de oír hablar de revolución cuando se trata de nuestra guerra. Revolución quisieron hacerla algunos aprovechando las circunstancias; pero a nadie, lo oyes bien, a nadie que luchaba entonces se le ocurría pensar en la revolución sino en la libertad. Defendíamos la libertad, pura y sencillamente.

Tan patético su acento que no admitía réplica.

—Cuando leo hoy, y posiblemente así quedará, que los «rojos» queríamos hacer la revolución, que, de hecho, Franco la detuvo, algo se me solevanta dentro, me indigno. Porque no sólo ganó la guerra sino que ha envenenado la Historia ganando a todos los paños.

—Así se hicieron o empezaron todas las revoluciones.

—Es posible, pero ¿dónde empezaba la nuestra? ¿Quién la quería hacer? Nadie. ¿El gobierno? ¿Los sindicatos? ¿Los partidos? No. Defendíamos lo establecido. Y ahora —exactamente a los 25 años— sólo a los 25 años puedes leer en un libro *nuestro*: «La revolución se convirtió en guerra civil». ¿Qué monstruosidad es ésta?

—No entiendo su arretrato —dijo el hijo de Manuel— ¿qué mal hay en ello?

—Tú también, hijo. No queréis comprender.

—Lo que no alcanzo es por qué tiene en menos ser —haber sido— revolucionario.

—Es que no lo fuimos.

—No es desdoro.

—Pero falso. ¿Por qué hemos de pasar por lo que no fuimos? Claro, ahora reina cierto sentido del *aprovechen* que no fue de nuestro tiempo.

En eso Remigio tenía razón. Fuimos, despacio, a casa.

—De pronto me siento viejo, acabado, sin nada más que hacer. Lo peor: que cuanto hice —si algo hice— no sirve —no sirvió— para nada. Que lo mismo da que hubiese nacido que no. Ni siquiera mis hijos son mis hijos. Es lo más grave. Pueden ser —son— hijos de... No esperéis una mala palabra, ¡no! Son hijos de Juan, de Pablo, de Ramón, de Francisco, de quien sea. Hijos de su madre. Tampoco veáis aquí mala intención. Hijos de Pilar; no míos. Otros. Y no me salgan diciendo que a cualquier gallina le sucede empollar huevos de pato.

Su amargura se tintó de cierto humor.

—Creí rejuvenecer al llegar a Cerbère, al enfrentarme con los acantilados que se parten, mitad Francia, mitad España; cuando vi el altozano por donde entramos en manada; cuando me paré a contemplar el túnel donde nos rechazaron y pasamos dos días esperando que nos quisieran admitir... Pensé que había llegado la hora de regresar con la frente alta diciendo: «Aquí estamos, esto fuimos y seguimos siendo. Sí, sí...».

Se mordió el labio inferior.

—Se me cayó el alma a los pies. Está bien dicho. Por lo general las cosas están bien dichas, pero ésta mejor: se me cayó el alma a los pies.

»«¡Hola!», me dijo el chico, como si nada. No, si no está mal. ¿Qué querías que me dijera? Sí, está bien. ¡Hola! Pero...

Se le arrasaron los ojos agravándole la voz que tenía aflautada.

—Y ni una palabra de agradecimiento, de consuelo, de interés por lo que fue, por lo que hicimos.

Calló.

—Otra cosa: éstos y los otros, éstos de los que me hablas: la esperanza: no nos deben ni nos deberán nada.

—No estés seguro.

Pasaba —en él era natural— de una cosa a su contraria ensartándose a fondo.

—Si creyera en Dios... Aún podría justificar tanto mal sobre España, con tal de salvarla eternamente. Pero no creo. ¡Si creyera! ¡Cómo lo insultaría! ¡Cómo le llenaría de lodo tal como me llena de dolor!

—¿Te llena?

—Si Dios existiera y la verdad fuera la que nos rodea, ¿para qué vivir?

—El Paraíso republicano...

—Tal vez, si nos hubiesen dejado construirlo.

—Y tú no te puedes quejar: no te va mal. En Méjico vives como un rey.

—Cada quien vive como puede. No escogí mucho.

—Hubieras preferido que tu mujer te siguiese.

—¿Lo dudas? La perdí, y a mis hijos.

—¿Por qué no se reunió contigo?

—No te oíste nunca decir al oído: «¿olvídate de quién eres?». «¿para qué quieres ideas?». «eres un primo». «hay que vivir sin preocuparse de los demás». «hay que aceptar las cosas como son». ¿Cómo son?

Como prueba, remató:

—Ya ves Ramón.

Ramón, el hermano de Pilar, la oveja negra, médico, amigo del doctor Puche, amigo y compañero del doctor Negrín. Ramón sirvió toda la guerra en Sanidad Militar, pasó a Francia con su mujer y sus tres hijos. Trabajó de escribano, modestamente, en el SERE; un hijo de perra lo denunció como comunista.

—La gente tiene que vivir, la policía se nutre de las piltrafas que le echan.

—Le detuvieron los socialistas.

—Sí, aunque me esté mal el decirlo, y lo tuvieron en la cárcel hasta que llegaron los alemanes, y éstos se lo llevaron quién sabe dónde. Lo cierto: que nunca más se supo de él. En el registro, en su casa, bueno, en la habitación donde vivía con su mujer y sus tres hijos, encontraron una carta de Negrín referente a unas prestaciones para un compañero suyo. Pero como Prieto acababa de publicar un libelo en el que se aseguraba que todos los negrinistas eran más o menos comunistas, pues... Me lo contó Angustias y a ella el propio Ramón. Desde la antesala del despacho, oyó al comisario hablar con el agente que le había detenido: «¿Qué hacemos con el español ése?». «¿Qué hay?». «Nada. Sí: una carta de Negrín». «Ah, entonces lo guardamos» (*Nous le gardons*). «En conserva». Te juro que si Angustias, todavía hoy, se encuentra a Prieto, lo escabecha.

—La verdad es que no tuvimos suerte.

—¿Con qué?

—Con los hombres que nos tocaron en ídem.

—Eran infinitamente mejores que los del otro lado.

—Eso no quiere decir nada.

—Azaña, en la paz, hubiese sido un gran presidente.

—Pero le tocó guerra.

—El juicio final.

—No lo habrá. Y ésta es la tragedia. Los hombres desean que lo haya. Son capaces de cualquier cosa por conseguirlo. Lo quieren, aunque sea tardísimo, a lo último. Cuando lo único que hay, a lo sumo, son juicios sumarios, sumarísimos, aquí y allá, sin los elementos necesarios, rendidos de cualquier manera. ¿Quién se acuerda de nada?

—¡No digas barbaridades!

Le sacaba de quicio pensar que la guerra española no era ya el centro de las preocupaciones del mundo, el punto de referencia obligado.

Al día siguiente acudieron Enrique Olmos, Bernardo Suárez y Serafín Torres al saber que Remigio había llegado. Al principio, a pesar del tiempo transcurrido y la vieja amistad, o tal vez por ello, no dijeron gran cosa: ¿Cómo estás? ¿Cómo te va? Te veo joven. No pasan los años.

—No pasan en balde. —Un pimpollo.

Enrique es —ahora— labrador; Bernardo, obrero; Serafin, contable. Eran para más; vinieron a esto por necesidad. Hicieron como yo, quedándose aquí.

—¿Para eso nacimos? —les dijo inmisericorde Remigio—. No tengo nada contra Dios sino el hecho de haber nacido.

—Muy deprimido estás —retrucó Enrique, católico antes de nacer—. Mientras estabas en Méjico seguramente no te lamentabas así. Si lo haces hoy, ¿estás seguro de estar limpio de culpa? Te lo pregunto a ti, que te quejas. Nosotros hace tiempo que nos resignamos. Tuvimos la culpa, la que fuera.

—¿Y no te desespera?

—De furia o de desesperación sólo mueren los imbéciles.

—Hace mucho que se sabe y no sirve de gran cosa. El saber no remedia las circunstancias. Las hace más intolerables; consecuencia: uno se indigna con más razón. De lo que se deduce, si quieres, que los más sabios son los más imbéciles. Bueno, según tú.

—Calla, insensato. Lo inicuo no surge de la tierra, la pena no germina como una semilla. Es cosa de hombres, de los hombres. Dios es Dios y sabe lo que hace. Nunca ahoga.

—Hasta el pan me da asco. No tengo la fuerza de las piedras ni mis músculos son de acero. Nada os pido, ni siquiera que me libréis de la mano de un enemigo ni de la de un tirano. Pero explicadme en qué me equivoqué, explicádmelo y me callaré. ¿O es que no digo la verdad? ¿Fuimos mercenarios? Me acuesto y me pregunto: ¿cuándo será el día? Y cuando me levanto me pregunto: ¿será esta noche? Los días pasan. ¿Qué detiene la angustia? No viviré siempre. ¿Por qué me había de pasar a mí? ¿Qué culpa pagamos?

—Todo lo que dices es viento. No somos más que sombra de lo que fuimos.

—Pero España sigue ahí.

—Llegará el día.

—Ya lo sé, ¿y qué? ¿Lo veré? No. Entonces, ¿cómo ser justo? Ante el exterminio —según tú— sólo cabe la reverencia y decir: todo es perfecto. Cambiaré de cara y me pasaré riendo el resto de mis días.

—Habla la amargura. Sé tanto como tú. Por otra parte, ¿quién ignora? Hasta los animales pueden contestarnos. Dios lo puede todo.

—Sí: hace las naciones y las deshace, mata, asesina, emborracha. Los inventores de mentiras somos nosotros. Calláis conformes. ¡Qué bueno sería si de las plantas de los fusilados retoñaran, como de los árboles, sus hijos! Pero no lo veréis. No somos árboles.

—Tus hijos harán lo que no hiciste.

—Los míos no, desde luego. Y aun así sería un triste consuelo. Si no hubiese querido hacer nada hablaría como vosotros. Pero si hablo no cede mi dolor y si callo se queda en mí. Estaba, estábamos tranquilos y nos rompió y nos hizo polvo y nos sigue machacando como si fuésemos culpables. ¿Qué nos queda? Cuatro pasos hasta el cementerio y hundirnos en el polvo. Me echáis en cara mi oprobio, pero sabedlo: ¡no hay juicio! Podéis burlaros de mí. ¿Quién padece hoy con gusto? Eso en otros tiempos cuando se tenía la seguridad de la compensación celestial.

—Di, como Job, ¡no he pecado de manera que merezca el mal que padezco! Te quedarás más tranquilo. ¿O crees que tus males (los nuestros, los míos) son de hoy? ¿Desde cuándo los buenos, por serlo, vencen? Lo que sucede es que con el racionalismo vinimos a pensar que ese mal era anacrónico. Si Dios quiere... No, Remigio: con toda la razón nos dan de palos. No olvides que a esto hace muchos siglos lo llamaron «valle de lágrimas».

—¿Te consuela?

—No, pero me acostumbro.

—Eres más joven que nosotros.

—Que tú; exactamente tres meses, si mal no recuerdo.

—Recuerdas demasiado. ¿Te das cuenta que el paraíso sería precisamente un mundo donde no existiera la memoria?

—Sí: a los siete días Dios descansó. ¿Sabes lo que hizo el octavo? Se olvidó de lo hecho. Dejó memoria. La que le falta.

Fuimos a cenar sin escatimar. Hablamos de otra cosa, es decir, de lo mismo.

—Recuerda a cualquiera de nuestros amigos americanos de Madrid, el que menos es embajador...

—¿Te molesta? ¿Te mueres de envidia?

—Sí. ¿Por qué ellos y no nosotros?

—Porque nos tocó la de perder.

—Entonces ¿es que no se va a ninguna parte?

La verdad: seguro de estar en lo cierto, me había resignado hacía mucho. Remigio no lo aceptaba. Recurrí a la cocina, a los vinos, con resultado pasajero.

—Es una injusticia demasiado flagrante —repetía.

—Probablemente desde que el mundo es mundo.

—Nos enseñaron a ser decentes clamando que la porfía en los ideales es una virtud esencial; que la libertad vale más que todo, que cualquier cosa debe sacrificarse a la honradez; y ahora, porque cumplí esos mandamientos lo mejor que pude, me han borrado del mapa. Si me hubiera quedado en España o vuelto en seguida, seguramente sería alguien. Y no soy nadie. Ser decente ni viste ni sirve. Dejadme hablar. Es hora. Son cosas que no se dicen a nadie. A vosotros, bueno. ¿Qué nos queda sino morirnos?

—Me recuerdas un cantar, de los de mi tierra:

*A la muerte yo no temo*

*aunque la encuentre en la calle,*

*que sin licencia de Dios*

*la muerte no mata a nadie.*

con lo que se demuestra que los fáchas nos despachaban con licencia del Señor; si eran, como aseguraban sin lugar a dudas, sus representantes directos en esta cochina tierra.

—¿Crees que temo a la muerte?

—No he dicho eso, Remigio.

—Por si acaso.

Al llegar a casa, encima de la mesa del comedor estaba el número aquél del *ABC* de Sevilla. Yo no tenía ninguna gana de dormir. Remigio se metió en su cuarto.

—Llévate el bicarbonato.

—Más falta te hará a ti si relees esto.

¿Por qué me recordaría Sevilla? ¿Lo hizo adrede? La mejor amistad tiene a veces extraños recovecos. O, quizá, para él fue lo más natural. ¿Sabía que allí me sorprendió la sublevación, que me salvé por pura casualidad? No hablamos de eso. Durante muchos años —diez o doce— no pude apartar mis ojos —abiertos o cerrados— de lo que vi en el corralón de la Magdalena: los moros entrando, empujando a culatazos a unos cuarenta hombres de todas edades y luego asesinándoles a bayonetazos, cebándose como nadie que no lo viera puede imaginar. Lo escribo hoy, veinticuatro años después. Lo vuelvo a ver y me detengo. No puedo. Sangre, sangre, sangre. Ayes ahogados y, al final, aquellos treinta moros subidos sobre los cadáveres, hincando bayonetas a más y mejor, y, a machetazos, capando. Y yo en aquel sótano, escondido, gracias a Carmen Trejo.

Y pensar que el responsable personal fue Queipo de Llano —don Gonzalo Queipo de Llano y

Sierra— a quien «la Virgen de la Esperanza vela en su descanso». El «padre de Sevilla», en la que, el primer día que pudo, mandó asesinar a más de novecientos obreros antes de lanzar a señoritos, moros y legionarios a asolar Andalucía.

Lo había olvidado. Palabra. Lo quiero volver a olvidar. No lo había olvidado. Sucede que hay un compartimento donde descansan (¿descansan?) algunas imágenes claves de nuestra vida, un escondrijo del que tenemos la llave; sabemos lo que hay adentro, no lo dejamos salir. Si se escapan, ¿quién las vuelve a encerrar vírgenes?

Me cogió la rebelión en Sevilla, por casualidad, había ido a ver a mis padres. Por lo menos eso aseguraba: Carmela pesaba tanto o más que mis progenitores.

No me decidía. Nos habíamos conocido de chicos; siempre me gustó. Que ella me quería, ni que decir tiene. Podía haber hecho con ella lo que hubiese querido. Pero uno es —y era— decente. No se casó por esperarme, por ver si me decidía. Y yo terne, en Madrid, con la idea clavada de que el matrimonio no estaba hecho para mí. Tal vez no estaba equivocado. La verdad: hija de jornalero, apañadita, leidita, eso sí. ¿Quién era mi padre? Un empleado, un empleado sin más. Pero uno, y más en la juventud, se ofusca. Escribo tonterías, que es lo que me ocurre cuando quiero defender posiciones imposibles. «Todavía hay clases», decíamos en broma; pero era —y es— verdad, ante todo para los que quieren auparse sobre la suya (a costa de la suya).

Quería a Carmela como no he vuelto a querer. Me gustaba más que la mar. Por gustarme se metió en las Juventudes Socialistas. Me tomó afición en contra de los de su casa, más bien de la cáscara amarga por fidelidad a un tío llegado a canónigo.

La mañana del 18 de julio, con la noticia de la sublevación, nos echamos a la calle. Pasó por mí: no le costaba mucho, vivía casi al lado de la casa de mis padres.

No sé quién había dicho: ¡Dan armas en el cuartel de los guardias de asalto! El cuartel estaba en la Alameda. Allí fuimos. Aquellos guardias murieron todos.

Me acuerdo sin querer y escribo esto para ver si lo echo afuera otra vez. No he de saber quién fue la primera que me dijo:

—¡En el cuartel de la Alameda reparten armas!

Carmela del alma mía. Fuimos. Como fuimos después a Amor de Dios, y salí del barrio de San Julián por ella. Pero ¿para qué hablo? Y ya que hablo, vamos por partes:

La gente se echó a la calle. Sevilla hervía. Eran —éramos— más que nunca: los obreros de la construcción, los del sindicato de dependientes de bebidas, los del puerto. Primero cientos, después miles. En la puerta del cuartel estaba Manuel Delicado:

—¿Qué hacemos?

Nadie sabía lo que había que hacer. Lo que se dice nadie: ni los republicanos, ni los

socialistas, ni los comunistas, ni los anarquistas. Los guardias de asalto dieron las pocas armas que les sobran y nos fuimos todos, sin orden —sin órdenes—, a Amor de Dios. Para lo mismo. El único que hubiese podido dar armas era el gobernador y estaba dormido, lo tenía embaucado Queipo de Llano. Nadie sabía a qué atenerse. La radio tocando el himno de Riego y aquel maldito asegurando que defendía el orden de la República. No sé quién dijo:

—¡A la Macarena!

Éramos miles. Si entonces surge un hombre y dice: Hay que hacer esto y lo otro, hubiéramos tomado los cuarteles en un dos por tres. Es curioso pensar que los rebeldes pudieron vencer por la actuación sagaz de dos traidores: Queipo, en Sevilla, y Cabanellas, en Zaragoza. Bueno, traidores lo eran todos, pero éstos más; Aranda, en Oviedo, no hubiese sido problema.

Los alzados vencieron en Sevilla porque se hicieron con el centro de la población (fueron vencidos en Barcelona precisamente porque no pudieron hacerlo[35]) y porque nos quedamos quietos —sin saber qué hacer— en los barrios de la periferia. La lucha empezó en la plaza Nueva entre un pelotón de soldados y unos guardias de asalto.

La tropa se hizo con el edificio de la Telefónica y con el Ayuntamiento, emplazaron dos piezas del 7,5 frente al Hotel Inglaterra, al que se habían corrido unos guardias de asalto para defender el Gobierno Civil.

La radio era todavía nuestra y pregonaba la huelga general, la reunión en los sindicatos, el pueblo armado...

Mi padre había ido a la Casa del Pueblo, a quemar los archivos. De poco iba a servir: un policía —la policía se pasó casi íntegra a los rebeldes tan pronto como se rindió el Gobierno Civil—, un policía que conocía «bien» el movimiento obrero sevillano, entregó todas las fichas.

De la Macarena pasamos a San Julián. Allí se inició la resistencia espontáneamente. Empezamos a levantar barricadas, a apostarnos donde hubiera algún resguardo. A esperar. Pasamos la noche en vela.

Por la mañana aparecieron rondando algunos guardias civiles y los primeros soldados. El sitio de San Julián duró cuatro o cinco días. Se acabó cuando los nuestros vieron llegar a los moros y la Legión. ¡Si hubiese habido un hombre al frente de la CNT, la UGT o del PC! Lo mismo pasó en San Bernardo, en el Pumarejo, en Triana.

Dijeron que en San Julián se habían hecho toda clase de barbaridades. ¡Cuando lo único que hicimos fue sacar a las monjas del convento de Santa Paula, al cura y a una mujer que iba a dar a luz, con bandera blanca, haciéndoles cruzar la calle!

Sentados en casa de un ladrillero, de la familia de una compañera de Carmela, hablamos mucho ella y yo. Casi no hicimos otra cosa, esos dos días con sus noches, como no fuera oír la radio. Carmela caló en seguida el juego de Queipo.

—Aquí tenemos las de perder.

—Van a llegar los mineros de Río Tinto —aseguraba Juan Morales, el ladrillero.

El recuerdo del año 32 les embargaba. Y ese empeño que tienen los hombres de no perder lo que tienen, agarrándose a cualquier esperanza, por remota que sea.

—Ya veréis.

—La tunda que les vamos a dar.

Yo, que venía de Madrid y conocía el paño, no las tenía todas conmigo. La noche del 19 nos quedamos solos en la casa: habían herido a un compadre de Juan, toda la familia fue a verle. Pasó lo que tenía que pasar. Nunca tuve a una mujer como te tuve, Carmela. Pensabas que el que iba a morir era yo.

—Si te cogen, no pasas de la primera esquina.

Tal vez hubiera sido verdad; al fin y al cabo tenía algún nombre, era periodista «de izquierdas», «republicano de toda la vida», tonto por añadidura.

—¿Quieres? —le pregunté.

—Sólo hay una manera de saber si la fruta está madura —me contestó mirándome atada—, mordiéndola.

Fue en una habitación de arriba. Nos quedamos allí toda la noche. Nadie nos buscó, tal vez no volvieron. Aún de noche empezamos a discutir.

—Tienes que salir de aquí y esconderte.

—Aquí estoy bien. Nunca estuve mejor.

—No es hora de galanterías, no se trata de mí: ahora que te tengo no te voy a soltar. Tenemos toda la vida por delante. Por eso tienes que salir de esta ratonera.

—¿Y tú?

—No te preocupes.

—Vámonos juntos.

—No podríamos. El barrio está rodeado. Sólo podrás escapar de noche.

—Contigo.

—No. Ni yo contigo. Sólo me fijaría en ti y es cuestión de mirar alrededor.

—Pero...

—No hay peros.

—¿Ya mandas?

—Ya mando.

Me dejé: todo nuevo para mí. Bajamos al mediodía. Me encontré con Antonio, un sobrino, hijo de mi hermana mayor. Tenía 17 años y pertenecía también a las Juventudes Socialistas. Un chico muy majo.

Como lo había previsto Carmela, San Julián estaba rodeado o, por lo menos, no se podía salir sin ser frito por la Guardia Civil o la tropa. Bien apostados, a atacar no se atrevían después de un intento que les ardió; y eso que nuestro armamento era risible: entre los cuatro reunidos en casa de Juan teníamos dos pistolas y, para ellas, en total, cuatro balas. Los demás, por el estilo. Pero éramos muchos y la moral buena; las noticias de Madrid y de Barcelona permitían esperanzas. Carmela, a solas, insistía en que aquello no tenía solución y si la tenía, ¡qué bueno!, miel sobre hojuelas.

—Sales, te escondes, no quiero saber dónde: no te faltan amigos. Cuando todo esté tranquilo me mandas recado o, si ganamos, vienes por las buenas a casa.

—Pero...

—No hay peros, mi vida.

No fue tan fácil como supusimos. Insistí en que me acompañara Antonio. El muchacho se dejó convencer, entre otras cosas «porque no había avisado en casa». Pasamos de patio en patio, de azotea en azotea. Cuando quisimos cruzar la ronda de Capuchinos, para meternos en la Macarena, nos encontramos, en un recoveco oscurísimo, con otros dos que llevaban el mismo camino: un cojo de Utrera, tuberculoso para mayores señas, y un bedel del Museo Provincial que no quería saber nada de nada: había ido a ver a su hija que vivía en la plaza del Pelicano; intentó salir de día pero los guardias civiles no atendían razones. El cojo se llamaba Bernabé; Antonio le conocía.

—¿A dónde vas?

—A buscar munición.

¿Hablabas en serio? Era anarquista y músico de ocasión. Su oficio: panadero.

Entre los cuatro teníamos dos pistolas y, ahora, seis tiros. Esperaban que se fuera una pareja de la Guardia Civil apostada en una esquina. Contra lo que supusimos, a la media hora se le añadió otra.

En esa calle los postes de la luz tienen, o tenían, en su parte baja un reborde de cemento. El

cojo ordenó:

—Vengan las pistolas.

—Estás loco.

—Nos van a freír.

Bernabé se abalanzó sobre Antonio, le quitó la Star vieja que llevaba, dio un salto insospechado, se tumbó a media calle protegido —es un decir— por el altillo del poste, empezó a disparar, gritando:

—Echad a correr, imbéciles.

Le tiré mi pistola, que tenía una bala. Fuimos a salir a la Cruz del Campo. Allí nos separamos. Por el barrio de Santa Cruz llegué al Alcázar. El que, veinticinco años después, no pueda estampar aquí el nombre y los apellidos de quien me recogió es prueba de lo que ha sido y sigue siendo la política de nuestros enemigos. Tenía razón Remigio: ¡anatema al olvido! Pero, ahora, la indignación dura cada vez menos.

Permanecí dos meses en el Alcázar, encerrado en una habitación, sin que me faltara más que noticias fehacientes. Sólo cuando oí que Queipo ordenaba que no se fusilara a personas de menos de quince años me eché a la calle... con una camisa azul, bigote y gafas negras.

Con el único con quien pude entablar relación sin mayor peligro fue con Antonio, mi sobrino. Su padre le escondió primero en casa de un primo suyo. Estuvo dos días debajo de la cama de las dos chicas de la casa. Ignoraban que estaba ahí. Todo era hablar de lo que pasaba. Hablaban, hablaban, hablaban.

—Si cogen al Antonio...

—A los dos días, el primo de mi padre, tú le conoces, Andrés Bañuelos, dijo que no me podía tener más allí. Entonces mi padre me llevó a un colegio, donde todavía estoy. Un colegio de señoritos, de frailes, claro. El tío Andrés es muy, pero que muy amigo de uno de los mandamases del internado.

—¿Cómo lo pasas?

—No quieras saber.

Es lo que quería.

—¿Y mi padre?

—No sé.

Lo sabía, yo también. ¿Cómo?, no lo recuerdo, pero lo sabía. Lo que ignoraba era que mi madre no tenía qué comer, y que nadie se atrevía a remediarla como no fuese Agustín Romero, un carterista, que se ponía el mundo por montera.

—¿Qué sabes de Carmela?

—Nada.

—¿Nada?

—De verdad, te lo juro.

No lo sabía ni lo supe, con seguridad, hasta tres meses después. La llevaron al barco, desde San Julián mismo.

—Todas las noches, mis «compañeros» —seguía Antonio— salen a matar gente. «Anoche, en Triana...». «Anteanoche, en Triana...». «¡Qué juerga!». «¿Te fijaste en el tío aquel...?». «Ya por la Macarena y por San Julián hay poco que hacer». «Siempre queda algo que limpiar». Una noche llenaron de cadáveres la piscina de los Remedios; les hicieron lavar la sangre... Ahora empiezan a matarlos en el cementerio.

Reunían a los prisioneros en la plaza de España, en la plaza de toros, en el convento de los jesuitas de la calle de Jesús del Gran Poder, convertido en parte en cuartel de la Guardia Civil; en un *cabaret*, ¡en la Casa del Pueblo!, en un barco anclado en el Guadalquivir. ¡Ese barco que todavía tengo anclado en el alma! De 1936 a 1940 sólo en Sevilla, mataron a más de cuarenta mil. Sobre todo obreros, claro. En la carretera de Alcalá asesinaron a algunos republicanos amigos míos, al doctor Aceituno, al doctor Argüelles, a Fernández de la Bandera, a Víctor Adolfo Carretero, que era poeta.

No hubo casa en Sevilla, bueno, en los barrios obreros, donde no hubiera por lo menos un muerto. En la casa de mi padre vivían cuatro familias: mataron a mi padre, que era revisor ferrocarrilero; a un barbero que era del POUM y al portero porque leía el *Heraldo de Madrid*.

Los primeros meses los mataban con ametralladoras. En las calles estrechas tenían que amontonar los cadáveres contra una de las paredes para dejar paso a los autos. Hablo de los barrios. Luego, cuando hubo bastantes moros, los mandaron fusilar. No fallaban.

Antonio me contó el final de los mineros de Río Tinto: los dejaron llegar, desde Huelva, hasta Castilleja de la Cuesta. Allí acabaron con ellos. Como con los mineros de Aznalcollar: se habían ido todos al monte; Queipo les mandó decir que volvieran prometiéndoles que no les pasaría nada. No dejaron uno. Y, luego, a cualquiera que diera de comer a sus familias se lo cargaban.

Quise ver a mi padre. Mi amigo me lo desaconsejó; no por mí, por ella. Me sabía vivo. (Conténtate con eso).

—Ahora lo que los más temen es encontrarse con un conocido.

Volví a ver a Antonio otras dos veces: se quería escapar del colegio:

—Esta noche vamos de razzia, ¿vienes?

Tenían diecisiete, dieciocho años. Antonio inventaba cada noche una excusa, pero no podía seguir así.

—A la madre de Barneto —uno de los buenos— que tenía setenta años, la vi muerta en la plaza Pumarejo, en la Macarena. Tirada allí en medio, sin que nadie se atreviera a nada.

»Y todas las noches, venga matar y matar. En Arahál, donde decían que habían quemado a algunos ricos, de los cuatro mil habitantes han matado a mil.

Antonio, siguiendo mi consejo, se alistó en Granada con una cédula que me proporcionó mi amigo. Le mataron en el frente de Bilbao.

(Recuerdo ahora a Juanito Mirelles que escapó estando condenado a muerte. Le salvó un cura. Por un chiste. Palabra. Le llevaban a fusilar. Estaba a punto de acabar la guerra. El cura le consolaba:

—La muerte es una liberación.

Entonces Juanito, que es un tío de una vez, le dijo:

—¡Vaya por Dios! ¡Antes de morir por fin he sabido por qué llamáis a esto: «Guerra de Liberación»!

El cura se puso blanco; no sé cómo se las arregló, pero lo trajeron de vuelta a la cárcel).

Y ahora leer: «Hoy hace diez años que rendía el alma, en su casa de Gambogaz, don Gonzalo Queipo de Llano y Sierra. La Milicia perdía a uno de sus príncipes más esclarecidos; la Patria a un hijo que la sirviera con entregado amor; Sevilla lloraba a su padre...».

Todos estos muertos han caído en el olvido. Claro, éstos y millones más. Nada tiene importancia; es lo que repito —ahora que Remigio removié las aguas— y lo que machaconamente me estuve metiendo en la mollera años y años, en España y aquí. Pero, si bien está que se olvide a los muertos, que los muertos —naturalmente— olviden a los muertos, lo que no me cabe en el entendimiento es la glorificación del asesino. ¡No! Que se sepa, aunque sólo sea una vez, por un Llorens del porvenir, que Queipo fue un asesino, un cochino asesino, un asesino...

No es esto lo que quería hacer constar al empezar a escribir. No se sabe nunca a dónde se va a salir. Escribir es morir un poco, puedo decir parodiando a un segundón. Escribo para olvidar. Creo que al dejar estas hojas en un cajón de mi escritorio descansaré.

Ya no tengo sino que ocuparme de mis hijas; que se les haga la vida más fácil. El año próximo compraremos un coche. Aquí quedan también, enterrados, Remigio y la Segunda

República —la nuestra—. Ya pronto no habrá quien se acuerde de ellos, como no sea por los libros. Ojalá sirvan entonces estas páginas. Al fin y al cabo, como dice Jorge Guillén:

*El mundo es más que el hombre.*

Y he aquí que creo, con un poco de retórica, haber hecho algo. Y antes que se me olvide: hallaron a Remigio, destrozado, en el túnel que une Cerbère a Port Bou. Sin duda se tiró sobre la vía. Como le descubrieron español, en Port Bou le enterraron.

Bernardo dijo: Es la última víctima de Queipo.

Enrique: Eres optimista.

Remigito apareció por casa algún tiempo después. Le pregunté por la entrevista de Perpiñán.

—Bien —me dijo.

—¿Qué pasó?

—¿Cómo quería que le conociera? ¡Tantos años! A mí me interesan muchas cosas, a él le importaban otras. Se empeñaba en recordar algo que yo no había olvidado porque nunca lo supe. Y si algo sabía era tan distinto que preferí callar.

Quería saber qué había dejado su padre. Si había testamento.

—Tal vez en Méjico —le dije.

—Cualquiera va allá.

—Si hay algo os avisarán.

Le recordé nuestras últimas palabras:

—Me voy.

—¿Adónde?

—A dar una vuelta —hizo una pausa—, una vuelta completa.

# *EL ZOPILOTE*

*A Agustín Yáñez*

—Antes era más fácil decir este hombre tiene cincuenta años, esta mujer parece de cuarenta. Ahora todo se ha trastocado: los afeites, la gimnasia, cuando no la homeopatía, se han puesto de acuerdo para despistar teniendo además en cuenta que vivimos más —así, en general—. Ahora entran en juego edades intermedias que antes no existían. ¿Cuántos años supone que tiene este ciego?

—No lo sé. Cincuenta, sesenta. ¿Le conoce?

—De vista.

El marqués miró al gran industrial, sorprendido:

—No es chiste.

Iba a añadir: «Tengo mejor gusto». Calló. Habían bajado al pueblo —o mejor dicho, subido — porque el teléfono de la finca no funcionaba. El intelectual invitado —que era yo— volvía en este momento de hablar a México.

—Ya. Cuando quieran.

—No habrá servido de nada.

—No. Había salido.

—¿Le dejó recado?

—¿Para qué? No los oye. Todavía, hablándoles... Perdonen la molestia. (Siempre me hago el chiquito).

—Adrián se va a quedar sin pareja. ¿Cuántos años crees que tiene este ciego?

—Bastantes.

Tenía comida la cara.

—No habla pero oye. Es ciegomudo.

—¿Se lo comieron las ratas?

—No.

Horrible; viejo.

—Pues no tiene más allá de treinta años. Le llaman el *Zopilote*.

—¿Por feo?

—No.

—¿Qué hay para comer?

Los zopilotes daban vueltas, altísimos, lentos, señoriales.

—Parecen aviones.

El marqués, que había visto la guerra en Polonia, levantó un dedo hacia los cielos.

—Pequeña diferencia, *mon cher ami*. Pero sí, parecen aviones.

—¿Vamos?

Se me quedó grabado el ciego carcomido. Además resultó español, aunque parece que no se acordaba. Se lo pregunté al día siguiente —todavía no habían arreglado el teléfono—, se alzó de hombros. Tenía seis años cuando llegó al pueblo.

—¿Así?

—No. Vino con un grupo de niños. Sus padres habían muerto en un bombardeo, en Valencia o en Barcelona, no sé: cuando la guerra de España. Cuando llegó aquí, a los dos días, descubrió los zopilotes; echó a correr como un loco, cerro arriba. Debió caer, quedar inconsciente del golpe. Los animales lo dejaron como lo ve.

Cuando regresé a la finca, el marqués, plantado en medio del prado del césped, miraba los pajarracos.

—Lástima que no se les pueda tirar. ¡Qué blancos!

—Son muy útiles —dijo el anfitrión—. Acaban con las basuras.

# *EL TESTAMENTO*

—Nos quedamos de piedra. Porque, de veras, lo único que hizo bien aquel hombre durante su vida fue su testamento. Y cuando digo bien quiero decir algo que se saliera de lo ordinario. Porque bien ordinario fue aquel Remigio Salas, de Logroño, educado —si es que se puede decir— en Teruel. Comerciante en abonos, republicano porque lo fueron sus padres —al abuelo Andrés le quemaron los pies los carlistas—, que llegó a sargento durante los treinta y tantos meses de nuestra guerra, que pasó íntegra en la milicia, sin herida. Lo evacuaron a Orán, estuvo unos días en Inglaterra, luego en Cuba y, desde fines de 1940, en México. Aquí entró en una casa de refacciones de coches —en Bucareli 287— donde trabajó hasta el día de su muerte, el 7 de julio de 1960. Le susurraban marica, pero no lo creo; indiferente, eso sí. Iba por el café, discutía poco. En 1950 trajo de España a un sobrino suyo, de Calatayud, al que pagó buen colegio y carrera. Acaba hoy la de veterinario, casado con una muchacha de Veracruz, muy guapa. El testamento nos sorprendió a todos, debió pensarlo mucho: lo dictó hace siete años a uno de esos notarios españoles refugiados que no pueden ejercer pero que de hecho lo hacen bajo el nombre prestado de un colega mexicano: Castellón, debe conocerlo: de Cuenca. Las últimas voluntades de Remigio Salas fueron más o menos éstas: «Si muero en México, entiérreseme normalmente, es decir, acostado en un ataúd, cara arriba. Si muero en cualquier otro lugar de la tierra cuyo gobierno reconozca al de Franco, entiérreseme cara para abajo para no ver un mundo tan indecente. Si muero en España otra vez republicana, entiérreseme de pie. Si por casualidad, que no se puede prever, paso a mejor vida, en la que no creo, en la España de Franco, entiérreseme cabeza para abajo».

—Lo de vuelto hacia la tierra no es nuevo. Lo pidieron algunos nobles del Franco Condado (otra vez el nombre de Franco) para no ver a su país dominado por Luis XIV: nostalgia de seguir siendo españoles.

—No creo que lo supiera el difunto.

—Claro que no.

—Dejó lo suficiente para que, en un caso dado, dieran vuelta o plantaran el ataúd, según las circunstancias.

—Por lo visto fue la ilusión de su vida.

—Nunca se sabe con quién se juega uno el dinero. Lo que sucedió fue que el sobrino, ignorando la existencia del testamento, lo hizo incinerar de buenas a primeras, siguiendo sus propios deseos. Ahí lo tiene, en la trastienda, un poco remordida la conciencia.

# *DE LOS BENEFICIOS DE LAS GUERRAS CIVILES*

Tal para cual. Don Rogelio Puchol y Doña Manolita ídem. Gordo el uno, gorda la otra. Avaros a quien más y la lengua llena de ponzoña. Sastre él, sastresa ella.

Tenían el taller en un entrepiso de la calle de Sogueros. Vivían en el principal. Apolillados de veneno y desdorando lo que les viniese a las mentes, envileciendo con bajas palabras todo lo que no fuera el regalo de su carne o el provecho de su bolsillo. Temidos y bien comidos, que, eso sí, la mesa era abundante si no exquisita. Se hinchaban: arroces, que les traían de Gandía; butifarras secas de Onteniente; longanizas de Buñol; jamones serranos, salchichas de Vich —preferencias al cerdo—. Frutas brillantes, en sazón.

Desayunaban su café con leche, almorzaban su pataqueta con filetes o chuletas bien mojados con vino más que tinto, negro, que recibían de Utiel. Comían su arroz, su pescado y su carne guisada. Merendaban su leche merengada con panquemados o ensaimadas y cenaban —ligeramente— su plato de hervido, su tortilla, su ensalada y su fruta. Y café a todas horas.

Honrados hasta el punto en el que no podían beneficiarse. Incapaces de limosna. Dos hijos: Amparo e Ignacio, metidos en dos puños: el del padre y el de la madre, muchas veces encontrados. Siempre con la celada preparada.

La concupiscencia, bien alimentada, daba para llenar las horas muertas.

Amparo iba para monja, Ignacio para médico. Vino la guerra. Don Rogelio era tradicionalista: le pasearon. Doña Manolita hizo tonterías y murió en la cárcel. Amparito se puso a coser y se casó con un pillo, que desapareció con lo poco que quedó en la casa. Ignacio hizo la guerra, llegó a capitán. Lo hicieron prisionero en Madrid, donde lo fusilaron porque se había hecho comunista. Amparo había muerto al año anterior, en un bombardeo.

Sólo quedó, en un rincón oscuro y húmedo de la tienda de don Claudio Messeguer, chamarilero, una placa de cobre, montada sobre una madera ya carcomida, con letras negras, despintadas, en la que, aún últimamente, mal se leía sastresa, que doña Manuelita fue la madre del negocio y al casarse no gastó en transformar el femenino ni a Rogelio le pasó por las mientes sentirse menos por ello. Cuando Vicente Rojo le hizo una alusión acerca de quién «cortaba el bacalao», el hombre le contestó que: ¡quién era capaz de saberlo!, estando Escocia tan lejos; pero que por lo que se refería a los ternos, él; porque así convenía, así su legítima fuera capaz de todo y que el SA, que le parecía sobrar en la placa, indicaba, con admirable perspicacia, la compañía formada por su esposa y por él: S. A. Sociedad Anónima, modo que empezaba a usarse a troche y moche. Y que volviese por otra.

Es curioso hacer saber que si no es por la guerra civil que mencioné y que acabó con la

familia, ésta se hubiese acrecentado enlazando con la mía. Ignacio se habría casado con Petra, mi hija mayor, y hubiesen tenido cuatro retoños, por orden de antigüedad: Luis, Pedro, Julio y Juanita. Esta última hubiese sido famosa cantante, debutando en el Metropolitan de Nueva York, en 1961, cantando *El barbero de Sevilla*, mi ópera favorita. Luis estaría ahora ejerciendo la medicina en Moncófar; Pedro tendría una tienda de antigüedades en la calle de las Huertas, en Madrid. Julia estaría a punto de casarse con el hijo del sobrino de Indalecio Prieto, que hubiera sido Presidente de la República en 1945. Era la más guapa de la familia y también la más tonta, lo que no importa para la felicidad propia ni la ajena. Si no hubiese sido por la guerra; pero fue y no quedó sino la placa.

La tengo.

---

[1] Con la compra del legado del escritor por parte del Ayuntamiento de Segorbe, la creación del «Archivo-Biblioteca Max Aub» también de Segorbe, el «Congreso Internacional Max Aub y el Laberinto español» celebrado en Valencia y Segorbe del 13 al 17 de diciembre de 1993, y el proyecto, poco definido aún, de edición de las obras completas del escritor, es muy probable que la situación a la que nos referimos cambie para siempre y Max Aub ocupe el lugar que, por méritos literarios, le corresponde en el panorama histórico de la literatura española del siglo XX.

[2] Para el lector interesado en la obra literaria de Max Aub, es de lectura imprescindible, aparte de otros numerosos trabajos, el libro de Ignacio Soldevila-Durante, sin duda el mejor especialista en la obra de Aub, *La obra narrativa de Max Aub (1929-1969)*, Madrid, Gredos, 1973.

[3] Por razones de coincidencia editorial, el relato *La llamada* se incluye en la antología de Ignacio Soldevila-Durante y Franklin B. García Sánchez *Escribir lo que imagino* —publicada en esta misma colección—, por lo que sólo aparecen treinta y nueve cuentos.

[4] Existe una contradicción de fecha, incomprensible para mí. La frase antecitada la pronunció don Adolfo Hitler el día 6 de junio de 1939 con ocasión de la vuelta a Alemania de una parte de los efectivos nazis enviados a España. No nos fiemos demasiado de los árboles: con su aire de incapaces de matar una mosca, adivinan. Aquí está la prueba.

[5] Otro error. Muchos españoles lucharon codo a codo con los franceses.

[6] Un norteamericano, que no duda de nada, tuvo la desfachatez, al rotular una obra suya, de asegurar que *Todos los hijos de Dios tienen alas*. ¿Qué Dios, qué hijos, qué alas?

[7] Se refiere sin duda al dicho *Venirle a uno el cuervo*, y a San Pablo. (N. del E.).

[8] *Y esperó aun otros siete días, y envió la paloma, la cual no volvió ya más a él.*

[9] Todo parece indicar que nuestro cuervo era racista. (N. del T.)

[10] La locura —si buena— no se cura, dicen.

[11] Me refiero, como es natural, al gran fuego del vientre del Gran Cuervo Rojo, allá más abajo de la sabana del Gran Cuervo Amarillo, que los hombres llaman Sahara. Parece que únicamente allí reside la posibilidad de cierta regeneración de la especie humana. Dicen que en esas latitudes inferiores, al calor del Gran Cuervo Rojo, está formándose un nuevo tipo de hombre que avizorando nuestra superioridad procura copiar mejor nuestra manera de ser. Ahora bien, por el momento, sólo se les ha ocurrido —y es comprensible dado el atraso mental que les abotarga— imitarnos por lo más sencillo, por el color: ya hay hombres negros. Los he visto. Yo, desde luego, no tengo prejuicios, pero, sin duda alguna, y a las prueba me remito: los hombres, cuando más blancos —ellos dicen rubios—, más bárbaros y salvajes. Existe ahí un problema acerca de la pigmentación de la epidermis humana, que no puedo detenerme ahora a examinar.

[12] ¿Referencia a la gimnasia? (N. del T.).

[13] Este paréntesis parece interpolación de mano de urraca. (N. del T.).

[14] Posiblemente por falta de tiempo: llegaría la primavera tuvo que ir a empollar los huevos de su compañera. (N. del T.).

[15] No quiero entrar en el misterio de la *moneda*, el *capital*, los *intereses*, la *bolsa*, etc., ya que cada uno de estos conceptos merece un estudio aparte. Espero que estas breves líneas despierten el interés de algunos cuervos estudiosos, y pronto podamos contar con buenas monografías acerca de ello.

[16] Su gran libro *El capital* que, contra lo que el título hace suponer, va todo él dirigido contra de lo que anuncia. Nadie entiende a los hombres.

[17] Concentración, es decir, lo más aquilatado, la médula, los más enjundioso.

[18] Para saber el valor de un hombre, tan pronto como pasa por la policía —organización subsidiaria de los bancos— lo tallan y pesan.

[19] Cosa que no hizo, o papeles perdidos. (N. del T.).

[20] Debo esta información a un *hijo de Jehová*, no pude confirmarla, muchos la niegan.

[21] Escrito en 1941 y seguramente antes del 22 de junio (N. del E.).

[22] Como siempre, aún en el uso y abuso del alcohol, recurren a lo superior para salvarse un tanto: dicen merluza, mona, lobo, zorra, perra, o —y esto nos atañe de más cerca— coger un cernícalo. El Gran Cuervo lo entienda, que yo no.

[23] No sé lo que es.

[24] Esta exclamación indica, a mi juicio, que Jacobo era oriundo del Rosellón.

[25] Aquí acaba el diario de Celestino Grajales.

[26] Se recibió el 17 de mayo, manchado y desgarrado el sobre, con una nota de la Administración de Correos de México (n.º 5) que decía: «Se recibió así».

[27] Murió en el frente. Frente al Rin, los días últimos de la guerra.

[28] Campo de concentración del sur de Francia.

[29] Respeto las repeticiones, la puntuación, la ortografía.

[30] En un papel suelto

1.ª letra: Dicen que Dios en la tierra/ con su poder tan divino/ ha creado un balneario/ que se llama el Paraíso/ Sus aguas son milagrosas/ su ambiente es encantador/ por eso el veraneante/ lo elogia con ilusión.

2.ª letra: Las fuentes del Paraíso/ son de agua medicinales/ y dicen sabios doctores/ que curan todos los males./ Para la Vías Biliares/ eczemas y digestión/ las aguas del Paraíso/ consiguen curación.

Estrillo: Que bonito es Manzanera/ Manzanera que bello es/ con su hermoso balneario/ sus cascadas y chalets./ El hotel del Balneario/ es una preciosidad/ y en verano allí es un sueño/ por su gran comodidad.

[31] Don Lázaro, castellano, prefería el mar de Alicante al de Santander, por lo dejado a entender sus razones eran muy particulares, femeninas.

[32] Don Lázaro se educó en un colegio de Escuelas Pías de ese lugar, donde vivía su abuelo materno, en la vega del Pisueña. La familia era de San Roque de Romeira.

[33] Todos me creen andaluz, sevillano para mayor precisión. Mi padre, empleado de los Ferrocarriles Andaluces, lo fue antes de la compañía del Norte. Lo que explica, por razones de comodidad, que siguiera viviendo en La Macarena; lo segundo, el lugar de mi nacimiento.

[34] Verdad hasta cierto punto. En el 31, el 33, el 36, aunque no fue —ni fui— candidato a diputado, anduvimos en las campañas de Blas Morado y Jorge Pérez Muñoz, en Extremadura.

[35] V. Campo cerrado.